

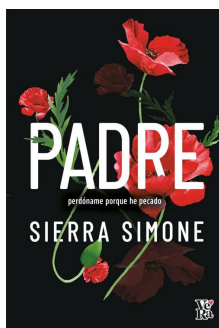
The background of the entire cover is black. It is decorated with several red carnations and poppies. Some flowers are in full bloom, while others are buds. Green stems and leaves are also visible, weaving through the composition. The title 'PADRE' is written in large, white, sans-serif capital letters, centered horizontally and partially overlaid by the flowers.

PADRE

perdóname porque he pecado

SIERRA SIMONE

The logo for the publisher 'Vera' is located in the bottom right corner. It features the word 'Vera' in a stylized, white, serif font. A small red heart is positioned above the letter 'a'.



Hay muchas reglas que un sacerdote no puede romper.

Un sacerdote no se puede casar. Un sacerdote no puede abandonar a su rebaño. Un sacerdote no puede romper la sagrada confianza que su parroquia ha depositado en él. Un sacerdote no puede abandonar a su dios.

Reglas que parecen obvias. Reglas por las que Tyler Bell prometió regir su vida tres años atrás, después de una tragedia familiar. Y siempre se le ha dado bien seguir las reglas. Hasta que apareció Poppy Danforth. Desde el momento en que escuchó su deliciosa voz a través de la mampara del confesionario, y no podía quitarse sus pecados de la cabeza, supo que estaba perdido.

Debería ser fácil dejar de lado sus pensamientos impuros cuando su fe lo es todo. Pero una vez que prueba el fruto prohibido, Tyler no puede evitar romper todas las reglas, aunque arda en el infierno por ello.

Esta es su confesión.

De la autora superventas de *USA Today* y *Wall Street Journal*, Sierra Simone, llega su apasionante serie *Priest*, famosa en TikTok, en la que tanto pecadores como santos ponen a prueba los vínculos de la religión, el amor y la lujuria.

«La teología se encuentra con la perversión. No pude dejar este libro. Simone teje una historia de amor y fe».

—Corinne Michaels, autora superventas de *The New York Times*

«Tentador como el pecado. Si quieres un libro que te caliente por la noche y encienda tu mente sucia, entonces prueba el fruto prohibido».

—Lauren Blakely, autora superventas de *The New York Times*

SIERRA SIMONE es una exbibliotecaria que pasaba demasiado tiempo leyendo novelas románticas en el mostrador de información, cuanto más picantes mejor, hasta que decidió escribir sus propias historias.

Vive en Kansas City con su marido, dos hijos y dos perros gigantes. Y un gato horrible.



PADRE

SIERRA SIMONE

**Ve
Ra**

Aviso de contenido

Este libro contiene menciones a un abuso sexual sistemático y al suicidio de una hermana.

Nota de la autora

La mayor parte de mi vida me guie por la fe católica y, aunque ya no soy católica, todavía le tengo cariño y le guardo respeto a la Iglesia católica. Si bien el pueblo de Weston existe (y es encantador), St. Margaret y el padre Bell son producto de mi imaginación y completamente ficticios. Dicho esto, esta novela trata sobre un sacerdote católico que se enamora. Hay sexo, mucho sexo y, sin dudas, algunas blasfemias (de las divertidas).

Avisados estáis.



PRÓLOGO

Hay muchas reglas que un sacerdote no puede romper.

Un sacerdote no se puede casar. Un sacerdote no puede abandonar a su rebaño. Un sacerdote no puede romper la sagrada confianza que su parroquia ha depositado en él.

Reglas que parecen obvias. Reglas que recuerdo mientras me ato el cinturón. Reglas por las que prometo regir mi vida mientras me pongo la casulla y me ajusto la estola.

Siempre se me ha dado bien seguir las reglas.

Hasta que apareció ella.

Me llamo Tyler Anselm Bell. Tengo veintinueve años. Me licencié en Lenguas clásicas y tengo un máster en Teología. Llevo tres años en mi congregación y me encanta.

Hace varios meses rompí mi voto de celibato en el altar de mi propia iglesia y, que Dios me perdone, lo volvería a hacer.

Soy sacerdote y esta es mi confesión.



CAPÍTULO 1

No es ningún secreto que la reconciliación es el menos popular de los sacramentos. Tenía muchas teorías sobre el motivo: orgullo, impracticidad, pérdida de autonomía espiritual. Pero mi teoría principal era este puto confesionario.

Lo odié desde el momento en que lo vi: estaba anticuado, era de los años previos al Concilio Vaticano II. Cuando era pequeño, mi iglesia en Kansas City tenía una sala de reconciliación, limpia, luminosa y bonita, con sillas cómodas y una ventana enorme que daba al jardín.

Este confesionario era la antítesis de esa habitación: pequeño y formal, hecho de madera oscura y ornamentos innecesariamente recargados. No sufro de claustrofobia, pero este taburete podría provocármela. Crucé los brazos y le di gracias a Dios por el éxito de nuestra última colecta. Diez mil dólares más y podríamos convertir St. Margaret de Weston, Missouri, en algo parecido a una iglesia moderna. No más paneles de madera falsa en el vestíbulo. No más alfombra roja (admito que ayuda a disimular las manchas de vino, pero no colabora nada con el ambiente). Habría ventanas y luz y modernidad. Me asignaron esta parroquia porque tenía un pasado oscuro... y yo también. Un lavado de cara no era suficiente para superarlo, pero quería demostrarles a mis feligreses que la iglesia podía cambiar. Crecer. Avanzar hacia el futuro.

—¿Tengo que cumplir penitencia, padre?

Me había distraído. Uno de mis defectos, lo admito. Rezo todos los días para cambiarlo (cuando me acuerdo).

—No creo que sea necesario —dije. Aunque el separador no me permitía ver mucho, reconocí al penitente cuando entró en el confesionario. Rowan Murphy, profesor de Matemáticas y agente de policía aficionado. Ha sido el único penitente del mes y sus pecados van de la envidia (el director felicitó al otro profesor) a los pensamientos impuros (provocados por la recepcionista del gimnasio de Platte City). Aunque sé que algunas iglesias siguen cumpliendo las viejas reglas de la penitencia, yo no soy de los que aconsejan «dos avemarías y vuelve a verme mañana». Los pecados de Rowan venían de su estancamiento y ningún rosario bastaría para cambiarlo si no abordaba el problema de raíz.

Lo sé porque había estado en su posición.

Y, más allá de eso, me caía muy bien Rowan.

Era divertido de un modo astuto e inesperado, la clase de persona que podía invitar a un mochilero a dormir en su sofá y despedirlo a la mañana siguiente con comida y una manta nueva. Quería verlo feliz y tranquilo. Quería verlo desarrollar todas esas cosas tan geniales para construir una vida más feliz.

—Penitencia no, pero sí tengo una pequeña tarea —dije—. Quiero que pienses en tu vida.

Tienes una fe sólida, pero no tienes dirección. Además de la iglesia, ¿qué te apasiona? ¿Qué te hace levantarte por la mañana? ¿Qué le da significado a tus actividades cotidianas y a tus pensamientos?

Rowan no respondió, pero podía escucharlo respirar. Pensar.

Oraciones y bendiciones finales y Rowan se fue a acabar su jornada laboral. Y, si su hora de almuerzo había acabado, era porque también habían terminado mis horas de reconciliación. Miré el móvil para confirmarlo, me puse de pie, pero me detuve cuando oí la puerta del confesionario abrirse. Alguien entró y me volví a sentar conteniendo un suspiro. Tenía la tarde libre, algo extraño en mi rutina, y lo esperaba con ansia. Nadie más que Rowan venía a la reconciliación. Nadie. Y justo el día en que quería acabar pronto para aprovechar el clima perfecto...

«Concéntrate», me ordené.

Alguien se aclaró la garganta. Una mujer.

—Yo, eh. Nunca he hecho esto. —Habla con voz baja y seductora, la representación auditiva de la luz de la luna.

—Ah. —Sonríe—. Una novata.

Conseguí hacerla reír un poco.

—Sí, supongo que sí. Solo lo he visto en las películas. ¿Aquí es cuando digo «Perdóneme, Padre, porque he pecado»?

—Casi. Primero hacemos la señal de la cruz. *En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo...* —Podía oírla repitiendo junto a mí—. Ahora dime, tu última confesión fue...

—Nunca. —Terminó por mí. Parecía joven, pero no demasiado. De mi edad, quizás unos años menos. Y su voz no tenía el arrastre que a veces se oye por aquí, en el Missouri rural—. Yo, eh... Vi la iglesia desde la vinoteca de enfrente. Y quería... Bueno, hay unas cosas que me molestan. Nunca he sido especialmente religiosa, pero pensé que tal vez... —Arrastró las palabras por un minuto y luego inhaló abruptamente—: Esto ha sido una estupidez. Debería irme. —La oí levantarse.

—Espera —dije y me sorprendí a mí mismo porque nunca doy órdenes así. Bueno, ya no. «Concéntrate». Se sentó y podía oírla jugar con su bolso—. No eres estúpida —dije con la voz más calmada—. Esto no es un contrato. No estás prometiendo venir a misa todas las semanas por el resto de tu vida. Este es un momento para hablar y que te escuchen. Yo... Dios... tal vez tú misma. Has venido porque estabas buscando ese momento y yo puedo dártelo. Así que, por favor, quédate.

Respiró hondo.

—Es solo que... No sé si debería hablar con nadie de las cosas que me pesan. Mucho menos contigo.

—¿Porque soy un hombre? ¿Te sentirías más cómoda con una mujer?

—No, no es porque seas un hombre. —Oí la sonrisa en su voz—. Es porque eres sacerdote.

Decidí jugarla:

—¿Las cosas que te pesan son de origen carnal?

—Carnal —repitió—. Eso suena a eufemismo.

—Puedes ser tan ambigua como quieras. La idea no es que te sientas incómoda.

—El separador ayuda —admitió—. Es más fácil si no te veo con, ya sabes, la sotana y eso, mientras hablo.

Me hizo reír.

—No tenemos que llevar la sotana todo el rato, ¿lo sabías?

—Ah. Bueno, adiós a mi imagen mental. ¿Entonces qué llevas puesto?

—Una camiseta negra de manga larga con el alzacuellos blanco. Ya sabes cuál. Como los de la televisión. Y vaqueros.

—¿Vaqueros?

—¿Tanto te sorprende?

La escuché apoyarse contra el separador del confesionario.

—Un poco. Es como si fueras una persona real.

—Solo los fines de semana de nueve a cinco.

—Genial. Me alegra saber que no vives en un congelador entre domingo y domingo.

—Lo intentaron. Mucha condensación. —Hago una pausa—. Y, si ayuda, en general llevo pantalones de vestir.

—Eso es mucho más acorde con la idea que tengo de un sacerdote. —Hay un largo silencio—. ¿Qué pasa si...? ¿Tienes gente que haya hecho cosas muy malas?

Pienso mi respuesta con cuidado.

—Todos somos pecadores a los ojos de Dios. Yo incluido. La idea no es hacerte sentir culpable ni categorizar la magnitud de tu pecado, sino...

—No me vengas con esa mierda de seminario —dijo, cortante—. Te estoy haciendo una pregunta seria. Hice algo malo. Muy malo. Y no sé cómo seguir.

Se le rompió la voz en la última palabra y, por primera vez desde que tomé los hábitos, sentí la necesidad de ir hacia el otro lado del confesionario y abrazar a la penitente. Algo que hubiera sido posible en una sala de reconciliación más moderna, pero sería alarmante e incómodo en este antiguo confesionario de la muerte.

En su voz... había un dolor real, e incertidumbre y confusión. Y yo quería ayudarla.

—Necesito saber que todo va a ir bien —continuó despacio—. Que voy a poder seguir adelante.

Sentí un pinchazo en el pecho. ¿Cuántas veces había susurrado esas palabras al techo de la rectoría acostado en la cama, sin poder dormir, consumido por los pensamientos de lo que podría haber sido mi vida? *Necesito saber que todo va a ir bien.*

¿No era lo que todos queríamos? ¿No era ese el grito mudo de nuestras almas rotas?

Cuando volví a hablar, no me molesté en ir a los tópicos o soltar consuelos espirituales. En cambio, dije con seguridad:

—No sé si todo va a ir bien. Tal vez no. Tal vez pienses que no puedes caer más bajo y luego mires un día y te des cuenta de que ha empeorado mucho. —Bajé la vista a mis manos, las manos que habían bajado a mi hermana mayor de la soga después de que se colgara en el garaje de mis padres—. Tal vez no puedas salir de la cama por las mañanas con esa seguridad. Quizás ese momento nunca llegue. Lo único que puedes hacer es intentar encontrar un nuevo equilibrio, un nuevo punto de partida. Encontrar el amor que queda y aferrarte a eso. Y un día las cosas serán menos grises, menos sosas. Un día tal vez descubras que vuelves a tener una vida. Una vida que te hace feliz.

Podía oírla respirar, corta y profundamente, como si estuviera intentando no llorar.

—Yo... Gracias —dijo—. Gracias.

Ahora no quedaban dudas de que estaba llorando. Podía oírla agarrar pañuelos de la caja que había en el confesionario para ese fin. Podía percibir un atisbo de sus movimientos a través del separador, lo que parecía un cabello brillante y el blanco pálido de su rostro.

Una parte primitiva de mí quería oír su confesión, pero no para poder ofrecerle un consejo y un consuelo más específico, sino para saber exactamente cuáles eran los pecados carnales por los que esta chica tenía que pedir perdón. Quería escucharla susurrar esas cosas con la voz

entrecortada, quería cogerla en mis brazos y limpiarle las lágrimas con besos.

Dios, quería tocarla.

¿Qué cojones me pasaba? Hacía tres años que no deseaba a una mujer con esta intensidad. Y ni siquiera le había visto la cara. Ni siquiera sabía su nombre.

—Me tengo que ir —dijo—. Gracias por lo que has dicho. Ha sido... muy preciso. Gracias.

—Espera —dije, pero la puerta del confesionario se cerró y se fue.



Pensé todo el día en mi penitente misteriosa. Pensé en ella mientras preparaba la homilía para la misa del domingo. Pensé en ella mientras dirigía la reunión de estudios de la Biblia para hombres y mientras rezaba mis oraciones por la noche. Pensé en ese atisbo de pelo oscuro, en esa voz ronca. Algo en ella... ¿Qué era? No es que me hubiera convertido en un ente desde que había tomado los hábitos; seguía siendo bastante hombre. Un hombre al que le gustaba mucho follar antes de oír la llamada de Dios.

Y sigo mirando mujeres, claro, pero me he vuelto muy bueno en alejar mis pensamientos del ámbito sexual. Durante estos años, el celibato se ha convertido en un tema controversial en el sacerdocio, pero yo he seguido siendo muy cuidadoso. En especial teniendo en cuenta lo que pasó con mi hermana y con esta congregación antes de que llegara.

Era fundamental que yo fuera la cumbre de la moderación. Que fuera la clase de sacerdote que inspirara confianza. Y eso implicaba que fuera recatado tanto en público como en privado en lo que respecta a la sexualidad.

Así que, aunque su risa ronca resonara en mis oídos durante el resto del día, oculté firme y deliberadamente el recuerdo de su voz y seguí con mis deberes con la única excepción de rezar uno o dos rosarios de más por esa mujer, pensando en su ruego. *Necesito saber que todo va a ir bien.*

Deseaba que, donde estuviera, Dios la acompañara, la consolara igual que me había consolado a mí tantas veces.

Me quedé dormido con las cuentas del rosario apretadas en el puño, como si fuera un amuleto que pudiera protegerme de pensamientos indeseados.



En mi pequeña y envejecida parroquia suele haber uno o dos funerales al mes y cuatro o cinco bodas al año, misa casi todos los días y más de una los domingos. Tres días a la semana dirijo el encuentro de estudios de la Biblia, una noche a la semana me junto con el grupo de jóvenes y todos los días excepto los jueves estoy disponible durante el horario de oficina para que los fieles puedan visitarme. También corro varios kilómetros todas las mañanas y me obligo a leer cincuenta páginas de algo que no esté relacionado con la iglesia ni la religión ni nada por el estilo.

Ah, y paso mucho tiempo en el Reddit de *The walking dead*. Demasiado tiempo. Anoche me quedé despierto hasta las dos discutiendo con algún barbudo si se podía o no matar a un zombi con la columna vertebral de otro.

Es obvio que no, considerando la degradación ósea de los caminantes.

La cuestión es que, para ser un hombre de fe en un tranquilo pueblo turístico del centro del país, estoy bastante ocupado, así que me sorprendió que la mujer regresara a mi confesionario la mañana siguiente.

Rowan acababa de irse y de nuevo estaba listo para ponerme de pie cuando escuché que se abría la otra puerta y alguien entraba al confesionario. Creí que podía ser Rowan: no hubiera sido la primera vez que regresaba porque se había olvidado de contarme algún pecado leve.

Pero no. Era esa voz ronca conocida, la voz que había inspirado mi rosario extra.

—Yo otra vez—dijo la mujer con una risa nerviosa—. ¿La no católica?

Mis palabras salieron más profundas de lo que quería, más apretadas. Un tono que hacía mucho tiempo que no usaba con una mujer.

—Me acuerdo.

—Ah —dijo. Parecía un poco sorprendida, como si de verdad no esperara que la recordara—. Me alegro. Creo.

Se movió un poco y, a través del separador, vi rastros de la mujer que había al otro lado: pelo oscuro, piel blanca, un atisbo de pintalabios rojo.

Yo también me moví un poco, inconscientemente, mi cuerpo de pronto estaba alerta a todo. Los pantalones de sastre (un regalo de mi hermano empresario), la dura madera del banco, el alzacuellos que de pronto estaba demasiado apretado.

—Eres el padre Bell, ¿no? —preguntó.

—El mismo.

—Vi tu fotografía en la web. Me pareció que iba a ser más sencillo si sabía tu nombre y tu apariencia. Ya sabes, más parecido a hablar con una persona y no con una pared.

—¿Y es más fácil?

Vaciló.

—La verdad es que no. —Pero no profundizó y yo no insistí, sobre todo porque estaba intentando alejarme de los deseos imposibles que invadían mi mente.

No, no puedes preguntarle su nombre.

No, no puedes abrir la puerta para ver su aspecto.

No, no puedes pedirle que solo hable de sus pecados carnales.

—¿Estás lista para empezar? —pregunté intentando redirigir mis pensamientos al tema en cuestión, a la confesión.

Sigue el guion, Tyler.

—Sí —susurró—. Sí, estoy lista,



CAPÍTULO 2

Bueno, resulta que tengo un trabajo. Tenía un trabajo en realidad porque ahora hago algo distinto, pero hasta hace un mes, trabajé en un sitio que podría considerarse... pecaminoso. Creo que esa es la palabra correcta, aunque no me sentía pecadora por trabajar allí. Pensarás que esa es la razón por la que estoy aquí (y en cierta forma sí), pero en realidad es porque creo que debo confesárselo a alguien porque no quiero confesarlo. ¿Tiene sentido? Como que tendría que sentirme fatal por lo que hice y por cómo me ganaba la vida, pero en realidad no me siento mal y sé que eso está mal.

No soy prostituta por si es lo que estás pensando.

¿Sabes por qué otra cosa debería sentirme culpable? Por haber malgastado el tiempo y el dinero de todos. En particular el de mis padres, pero también el tuyo, persona que no conozco y a la que le estoy contando con lujo de detalles todas mis mierdas y por lo tanto malgasto tu tiempo y el dinero de tu iglesia.

Parte del problema es que un lado de mí, que siempre existió, o tal vez no sea tanto un lado como una capa, como el anillo de un árbol. Y está todo el tiempo, donde quiera que vaya. Y no encajaba en mi antigua vida en Newport, y luego no encajaba con mi nueva vida en Kansas City y ahora me doy cuenta de que ya no encaja en ninguna parte, ¿entonces qué quiere decir? ¿Eso significa que no encajaré más? ¿Qué estoy destinada a estar sola porque cargo con este demonio a cuestas?

Lo raro es que siento como si hubiera otra vida, esta sombra de vida que se me ofreció donde el demonio podía andar libremente y yo podía permitir que ese anillo, esa capa, me consumiera. Pero el precio es el resto de mí. Es como si el universo (o Dios) estuviera diciendo que puedo salirme con la mía, pero me costará el orgullo y la independencia y la idea que tengo de la persona que quiero ser. Y entonces, ¿cuál es el precio de este camino? ¿Me escapo a un pueblecito y paso los días con un trabajo que no me importa y las noches sola? Tengo mi orgullo y buenas intenciones, pero déjeme decirle, padre, que las buenas intenciones no calientan mi cama por la noche y siento una desesperación horrible porque no puedo tener ambas cosas y quiero ambas cosas.

Quiero una buena vida y quiero pasión y romance. Pero me criaron para ver una como un desperdicio y la otra como de mal gusto y, no importa cuánto me esfuerce, no puedo dejar de sentir que «Poppy Danforth» se ha convertido en sinónimo de desperdicio y mal gusto, aunque he hecho todo lo posible para escapar de ese sentimiento...



—Tal vez podamos seguir la semana que viene.

Estuvo un rato callada después de su última oración, con la respiración temblorosa. No me hizo falta espiar en el confesionario para saber que estaba al límite. Si hubiéramos estado en una sala de reconciliación moderna, podría haberle cogido la mano o tocarle el hombro o algo. Pero allí no podía ofrecerle más consuelo que mis palabras y me parecía que ya no las estaba absorbiendo.

—Ah. Vale. ¿Te...? ¿Te he robado mucho tiempo? Lo siento, no estoy familiarizada con las normas.

—Para nada —dije despacio—. Pero me parece que lo mejor es empezar poco a poco, ¿no?

—Sí —murmuró. Podía oírla juntando sus cosas y abriendo la puerta mientras hablaba—. Sí, supongo que tienes razón. Entonces... ¿no hay penitencia ni nada que tenga que hacer? La semana pasada, cuando busqué en internet *confesión*, decía que a veces hay una penitencia como rezar un avemaría o algo de eso.

Dudé, pero al final salí del confesionario porque me pareció que sería más sencillo explicarle qué era la penitencia y el arrepentimiento cara a cara y no a través de ese estúpido separador. Me quedé helado.

Su voz era *sexy*. Su risa era más *sexy*. Pero nada de eso le hacía justicia.

Tenía pelo oscuro, casi negro, y una piel muy pálida que resaltaba el rojo del pintalabios que llevaba puesto. Su rostro era delicado, pómulos finos y ojos grandes, la clase de caras que aparecían en revistas de moda. Pero fue su boca lo que me atrajo: labios lujuriosos ligeramente abiertos que dejaban ver dos paletas un poco más grandes que sus otros dientes, una imperfección que, por algún motivo, la hacía más perfecta.

Y, antes de que pueda detenerme, pensé: «Quiero meter la polla en esa boca».

«Quiero que esa boca grite mi nombre».

«Quiero...»

Miré hacia la entrada de la iglesia, hacia el crucifijo.

«Ayúdame», pedí en silencio. «¿Esto es una prueba?»

—¿Padre Bell? —interrumpió.

Exhalé y pedí rápidamente que no se diera cuenta de que estaba embobado con su boca... ni de la repentina presión que había en mis pantalones de franela.

—No hace falta una penitencia ahora. De hecho, creo que hayas vuelto ya es un acto de arrepentimiento, ¿no?

Una pequeña sonrisa le torció los labios y quise besar esa sonrisa hasta que estuviera apretada contra mí rogando que la follara.

Mierda, Tyler, ¿qué cojones?

Recé un avemaría para mis adentros mientras ella se acomodaba el bolso en el hombro.

—¿Entonces nos vemos la semana que viene?

Mierda. ¿Podría volver a hacer esto en siete días? Pero pensé en sus palabras tan llenas de dolor y confusión y volví a sentir esa urgencia por consolarla. Por darle alguna clase de paz, una llama de esperanza que pudiera llevarse para construir una vida nueva y completa para ella.

—Por supuesto. Te espero, Poppy. —No quise decir su nombre, pero sucedió y lo dije con esa voz, la que ya no uso, la que usaba para poner a las chicas de rodillas y coger mi cinturón sin tener que decir más que «por favor».

Y su reacción mandó una descarga directa a mi polla. Puso unos ojos como platos, con las pupilas dilatadas y el pulso visible en la garganta. No era solo mi cuerpo el que estaba teniendo una reacción sin precedentes, ella estaba tan turbada por mí como yo por ella.

Y de alguna forma eso lo empeoró todo, porque ahora la delgada línea de mi autocontrol era lo único que impedía que la doblara sobre un banco y le diera unos azotes por habérmela puesto dura, aunque yo no quisiera, por hacerme pensar en su sucia boca cuando debería estar pensando en su alma.

Me aclaré la garganta, tres años de inquebrantable disciplina era lo único que mantenía mi voz bajo control.

—Y solo para que lo sepas...

—¿S-sí? —preguntó mordiéndose el labio.

—No tienes que venir desde Kansas City solo para confesarte. Estoy seguro de que allí habrá algún sacerdote encantado de escucharte. De hecho, mi confesor, el padre Brady, es muy bueno y está en las afueras de Kansas City.

Torció la cabeza, como un pájaro.

—Pero ya no vivo en Kansas City. Vivo aquí, en Weston.

Mierda.



Martes. Putos martes.

Di misa a primera hora con una iglesia casi vacía (Rowan y dos abuelas con sombrero) y después fui a correr, repasando mentalmente todas las cosas que quería hacer, que incluían recopilar información para el viaje que hará el grupo de jóvenes en primavera y escribir la homilía de esta semana.

Weston es un pueblo lleno de acantilados, una topografía de campos que desembocan en el río Missouri, con colinas bien empinadas. Correr aquí es un ejercicio brutal y esclarecedor. Después de los primeros diez kilómetros, estaba cubierto de sudor y respiraba con dificultad; subí el volumen para que la voz de Britney ahogara todo lo demás.

Giré en la esquina hacia la calle principal del pueblo, la acera casi libre de gente curioseando antigüedades y tiendas de arte como los fines de semana. Solo tuve que esquivar a una pareja de ancianos mientras subía por la calle empinada con los músculos de las piernas gritando. El sudor corría por mi pecho, hombros y espalda, tenía el pelo empapado, cada respiración era como un castigo y el sol de la mañana me saludó con una ola de calor emanando del asfalto.

Me encantó.

Todo lo demás desapareció: la inminente remodelación de la iglesia, las homilías que tenía que escribir, Poppy Danforth.

En especial Poppy Danforth y la certeza de que solo pensar en ella me la ponía dura.

Me odié un poco por lo del día anterior. Claramente era una mujer bien educada, inteligente e interesante y había venido a mí, a pesar de no ser católica, para que la ayudara con mis palabras. Y yo, en lugar de verla como un cordero que necesitaba una guía, no pude concentrarme en nada más que en su boca mientras estábamos hablando.

Yo era sacerdote. Yo había jurado frente a Dios que no conocería otro cuerpo mientras viviera; ni siquiera el mío, si nos ponemos técnicos. No estaba bien tener la clase de pensamientos que tenía con Poppy.

Se suponía que debía ser el pastor del rebaño, no el lobo.

La culpa me atravesó al recordarlo.

«Iré al infierno», pensé. «No hay forma de que no vaya al infierno».

Porque, por más culpable que me sintiera, no sabía si iba a poder controlarme si la volvía a ver.

No, eso no era cierto. Sabía que iba a poder, pero no quería. Ni siquiera quería renunciar al derecho de llevar su voz y sus historias en mi mente.

Lo que era un problema. Mientras corría el último kilómetro, me pregunté qué le diría a un feligrés si estuviera en mi situación. Cuál sería mi más sincera opinión de la voluntad de Dios.

La culpa es una advertencia de tu conciencia de que te has alejado del Señor.

Confiesa tu pecado a Dios de forma abierta y sincera. Pídele perdón y la fuerza para superar la tentación resurgirá.

Y, por último, aléjate por completo de la tentación.

Podía ver la iglesia y la rectoría a poca distancia. Ahora sabía lo que iba a hacer. Iba a darme una ducha y luego iba a rezar y pedir perdón un buen rato.

Y fortaleza. Sí, también iba a pedir eso.

Y la próxima vez que viniera Poppy, encontraría la forma de decirle que ya no podría ser su confesor. Por alguna razón, ese pensamiento me deprimió, pero hacía bastante tiempo que era sacerdote como para saber que a veces las mejores decisiones eran las que provocaban mayor infelicidad a corto plazo.

Me detuve en una intersección a esperar que el semáforo se pusiera verde, estaba más tranquilo ahora que tenía un plan a seguir. Era lo mejor; todo iba a ir bien.

—Así que Britney Spears, ¿eh?

Esa voz. Aunque solo la había oído dos veces, se me había quedado marcada a fuego en la memoria.

Era un error, pero me di la vuelta mientras me sacaba los auriculares.

Ella también estaba corriendo y, por lo que parecía, había ido tan lejos como yo. Llevaba un sujetador deportivo y unos pantalones muy cortos que apenas le cubrían ese culo perfecto. Por su cuerpo también rodaba el sudor y no llevaba el pintalabios rojo, pero su boca era aún más sensacional y lo único que me impedía mirarla con adoración era que sus muslos firmes y vientre plano y tetas redondas estaban tan a la vista.

La sangre se agolpó en mi entrepierna.

Seguía sonriéndome y recordé que había dicho algo.

—Lo siento, ¿qué? —La voz me salió ronca, agitada. Hice una mueca, pero no pareció importarle.

—Que no me imaginé que fueras fan de Britney Spears —dijo, señalando al iPhone atado a mi bíceps que mostraba claramente *Oops... I did it again*—. Encima Britney retro.

Si no hubiera estado ya incendiado por el ejercicio y el calor, me hubiera ruborizado. Cogí mi teléfono y quise cambiar sutilmente la canción.

Se rio.

—Está bien. Diré que te he visto escuchando... ¿Qué deberían escuchar los hombres de Dios mientras corren? ¿Salmos? No, no me lo digas. Cantos de monjes. —Di un paso hacia ella, sus ojos se desviaron hacia mi torso desnudo, pasando por el lugar en el que los pantalones colgaban de mis caderas. Cuando volvió a encontrarse con mis ojos, su sonrisa se había borrado un poco. Y sus pezones eran unos puntitos duros en su sujetador deportivo. Cerré los ojos intentando calmar mi polla dura—. O tal vez sea todo lo contrario, como metal sueco, ¿no? ¿Metal estonio?

¿Metal filipino? —Intenté pensar en cosas no *sexys* cuando abrí los ojos. Pensé en mi abuela, en la alfombra gastada del altar, en el sabor del vino de cartón para la comunión—. No te caigo muy bien. ¿no? —preguntó y eso me devolvió de golpe al presente. ¿Estaba loca? ¿Pensaba que mis permanentes erecciones cuando estaba con ella eran una señal de desagrado?—. Fuiste tan amable la primera vez que nos vimos... Pero siento que te hice enfadar con algo. —Bajó la vista a sus pies, un movimiento que solo resaltó lo largas y tupidas que eran sus pestañas.

Sus pestañas me la ponían dura. Eso era una novedad, debo admitir.

—No me hiciste enfadar —dije, aliviado de descubrir que mi voz sonaba normal, bajo control y amable—. Me alegro mucho de que la experiencia fuese tan enriquecedora como para hacerte volver. —Iba a continuar con la petición de que buscara otra parroquia para confesarse, pero habló antes de que yo pudiera hacerlo.

—Para mi sorpresa, así fue. De hecho, me alegra haberme encontrado contigo. Vi en la web de la iglesia que tienes un horario de oficina para que la gente pueda ir a hablar y me preguntaba si podría pasarme alguna vez. No necesariamente para una confesión... —Gracias a Dios... pero no sé, supongo que para hablar de otras cosas. Estoy intentando empezar una nueva vida, pero no dejo de sentir que falta algo. Como si estuviera viviendo en un mundo aplastado, desaturado. Y después de hablar contigo esas dos veces, me sentí... más ligera. Me pregunto si lo que necesito es una religión, pero la verdad es que no sé si quiero.

Su confesión despertó mi instinto sacerdotal. Respiré hondo y le dije algo que le había dicho a mucha gente, pero seguía teniendo tanto valor como la primera vez.

—Creo en Dios, Poppy, pero también creo que la espiritualidad no es para todo el mundo. Tal vez encuentres lo que estás buscando en una profesión que te apasione o en un viaje o en una familia o en otro montón de cosas. O tal vez descubras que prefieres otra religión. No quiero que te sientas presionada a explorar la fe católica por una razón que no sea genuino interés o curiosidad.

—¿Qué tal un cura tremendamente *sexy*? ¿Esa es una buena razón para explorar la iglesia? —Seguro que se me desconfiguró el rostro (sobre todo porque sus palabras amenazaban lo que quedaba de mi autocontrol) y ella se rio. Un sonido brillante y agradable, la clase de risa hecha para retumbar en salones de baile o al borde de una piscina en los Hamptons—. Tranquilo —dijo—. Estaba bromeando. O sea, sí eres tremendamente *sexy*, pero esa no es la razón por la que me interesas. O por lo menos —volvió a mirarme de arriba abajo y sentí que se me incendiaba la piel— no es la única razón. —Y entonces el semáforo cambió y se fue corriendo con un breve movimiento de mano.

Estaba perdido.



CAPÍTULO 3

Fui directo a casa y me di la ducha más fría que pude soportar. Me quedé bajo el agua hasta que se me aclararon los pensamientos y, por fin, la erección cedió. Aunque, si los eventos recientes eran señal de algo, regresaría en cuanto volviera a ver a Poppy.

Bueno, tal vez no podía arrancar este deseo de mi interior, pero sí podía ejercitar el autocontrol. Basta de fantasías. Basta de despertarme con el colchón hecho un desastre por soñar con ella. Y tal vez hablar con ella era exactamente lo que necesitaba: así iba a verla como una persona, como un cordero perdido buscando a su Dios y no como el deseo con piernas.

Con unas piernas perfectas.

Me puse un par de pantalones y una camiseta negra limpia que arremangué hasta los codos. No vacilé antes de coger el alzacuellos. Sería el recordatorio necesario. Un recordatorio de practicar la abnegación y a recordar por qué debía hacerlo.

Lo hacía por mi Dios.

Lo hacía por mi parroquia.

Lo hacía por mi hermana.

Y por eso me molestaba tanto Poppy Danforth. Quería ser el epítome de la pureza sexual por mi congregación. Quería que volvieran a confiar en la iglesia; quería borrar las heridas hechas en nombre de Dios por hombres horribles.

Y quería una manera de recordar a Lizzy sin que mi corazón se desarmara por la culpa y el arrepentimiento y la impotencia.

Estaba exagerando. Todo iba a ir bien. Me pasé una mano por el pelo y respiré hondo. Una mujer, sin importar lo sexy que fuera, no iba a arriesgar todo lo que consideraba sagrado del sacerdocio. No iba a destruir todo lo que había construido con tanto esfuerzo.



No siempre voy a casa en mis jueves libres, aunque mis padres viven a menos de una hora de distancia, pero esta semana fui, desesperado por evitar física y mentalmente a Poppy durante mi ejercicio matutino y también las cerca de veinte duchas frías que me había dado en el transcurso de dos días.

Solo quería ir a un lugar (sin el alzacuellos) a jugar videojuegos y comer la comida de mi madre. Quería beberme una cerveza (o seis o siete) con mi padre y escuchar a mi hermano

adolescente hablar de la chica que «solo quiere ser su amiga» de este mes. Un lugar donde la iglesia y Poppy y el resto de mi vida quedaran en segundo plano y pudiera relajarme.

Mis padres no me defraudaron. También estaban mis otros dos hermanos (aunque ambos tenían sus vidas y sus casas), atraídos por la comida de mamá y la incomparable comodidad que genera estar en casa.

Después de la cena, Sean y Aiden me dieron una paliza en el nuevo *Call of Duty* mientras Ryan se escribía con la chica de turno y la casa aún olía a lasaña con pan de ajo. Una fotografía de Lizzy nos miraba desde encima del televisor. Una chica bonita, congelada para siempre en 2003, con flequillo al lado, cabello teñido de rubio y una gran sonrisa que ocultaba las cosas que no supimos hasta que fue demasiado tarde.

Miré la fotografía un buen rato mientras Sean y Aiden hablaban de sus trabajos (ambos eran inversores) y mamá y papá jugaban al *Candy Crush* en sus sillones reclinables.

Lo siento, Lizzy. Lo siento por todo.

Lógicamente, sabía que no podría haber hecho nada, pero la lógica no borraba el recuerdo de sus labios azulados o los vasos sanguíneos que habían explotado en sus ojos.

De entrar al garaje buscando una linterna y encontrarme con el cuerpo frío de mi única hermana.

La voz de Sean me sacó de mis pensamientos y poco a poco volví a la realidad y a escuchar el chillido del sillón reclinable de papá y las palabras de Sean.

—... solo con invitación —dijo—. Llevaba años escuchando rumores, pero hasta que no recibí la carta no creí que fuera real.

—¿Vas a ir? —Aiden también hablaba bajo.

—Claro que iré.

—¿Ir adónde? —pregunté.

—No te gustará, monaguillo.

—¿El evento con invitaciones de Chuck E. Cheese? Estoy muy orgulloso de ti.

Sean puso los ojos en blanco, pero Aiden se acercó.

—Tal vez Tyler debería enterarse. Probablemente tenga que descargar el exceso... de energía.

—Es solo con invitación, idiota —dijo Sean—. Eso significa que no puede ir.

—Se supone que es el mejor club nudista del mundo —continuó Aiden, ignorando el insulto de Sean—. Pero nadie sabe cómo se llama ni dónde está hasta que te invitan. Dicen que no te dejan entrar hasta que no ganas un millón al año.

—¿Entonces por qué invitaron a Sean? —pregunté. Aunque Sean tenía tres años más que yo, seguía ascendiendo en su firma. Tenía un muy buen sueldo (impensable para mí), pero no estaba ni cerca de ganar un millón al año. Todavía no.

—Porque conozco gente, idiota. Tener contactos es una moneda de cambio más confiable que el salario.

Aiden habló un poco más fuerte que antes.

—Sobre todo si así puedes elegir un co...

—Chicos —dijo automáticamente papá sin despegar la vista de su teléfono—. Vuestra madre está aquí.

—Perdón, mamá —dijimos al unísono.

Ella hizo un gesto con la mano. Más de treinta años con cuatro hijos varones la habían vuelto inmune a casi todo.

Ryan irrumpió en el salón mascullando algo sobre las llaves del coche y Sean y Aiden volvieron a acercarse.

—Iré la semana que viene —dijo Sean—. Os lo contaré todo.

Aiden, un par de años más joven que yo, y mucho más rezagado en su carrera profesional, suspiró.

—Cuando crezca quiero ser como tú.

—Mejor como yo que como el señor celibato. Dime, Tyler, ¿ya tienes túnel carpiano en la mano derecha?

Le arrojé un cojín a la cabeza.

—¿Te estás ofreciendo para ayudarme?

Sean esquivó el cojín sin dificultad.

—Solo tienes que pedirlo, cariño. Apuesto a que podremos darle un buen uso al aceite bautismal.

Gruñí.

—Irás al infierno.

—¡Tyler! —dijo papá—. No le digas a tu hermano que irá al infierno. —Siguió sin despegar la vista del teléfono.

—De qué sirven todas esas noches de soledad si no puedes condenar a alguien de vez en cuando, ¿eh? —preguntó Aiden mientras se estiraba para buscar el control remoto.

—¿Sabes qué, Campanilla? Tal vez busque la manera de llevarte al club. No tiene nada de malo mirar la carta mientras no comas nada, ¿no?

—Sean, no iré contigo a un club nudista. Da igual lo elegante que sea.

—De acuerdo. Supongo que tú y tu póster de San Agustín podéis pasar el viernes por la noche juntos. Otra vez.

Le arrojé otro cojín.

Los Hermanos Negocios se fueron cerca de las diez, de regreso a sus corbatas y sus máquinas de espresso y Ryan seguía fuera, haciendo eso para lo que tanto necesitaba el coche. Mi padre estaba dormido en su sillón y yo estirado en el sofá mirando Jimmy Fallon y pensando qué película elegir para el pernocte del próximo mes cuando escuché correr el agua en la cocina.

Fruncí el ceño. Los Hermanos Negocios y yo (junto con un Ryan protestón) habíamos lavado todos los platos después de la cena para que no tuviera que hacerlo nuestra madre. Pero, cuando fui a ver si podía ayudar, la vi fregando la olla de acero inoxidable en círculos frenéticos, envuelta en una nube de vapor.

—¿Mamá?

Se giró y enseguida vi que había estado llorando. Me regaló una sonrisa rápida, cerró el agua y se limpió las lágrimas.

—Lo siento, amor. Solo estaba limpiando.

Era por Lizzy. Lo sabía. Siempre que toda la pandilla Bell estaba reunida, podía ver en sus ojos que se imaginaba la mesa con un plato más, el fregadero con un juego más de vajilla sucia.

La muerte de Lizzy me rompió. Pero sin dudas había matado a mamá. Y todos los días era como si estuviera conectada a un respirador que la mantenía con vida de manera artificial hecho de abrazos y bromas y visitas ahora que habíamos crecido, pero cada tanto se podía ver que una parte de ella nunca había sanado por completo, nunca se había recuperado y nuestra iglesia había tenido mucho que ver, porque fue la razón por la que Lizzy se quitó la vida y nos dio la espalda cuando el hecho se hizo público.

A veces me sentía como si estuviera luchando en el bando enemigo. Pero ¿quién iba a poder arreglarlo si no lo hacía yo?

Envolví a mi madre en un brazo y se derrumbó.

—Ahora está con Dios —murmuré; mitad sacerdote, mitad hijo, una quimera de ambos—. Está con Dios, te lo prometo.

—Lo sé. —Inhaló—. Lo sé. Pero a veces me pregunto...

Sabía lo que se preguntaba, Yo también me lo preguntaba en mis horas más oscuras: qué señales me había perdido, qué debería haber visto, todas esas veces que estaba a punto de decirme algo pero luego se ocultaba en una niebla de silencio.

—Creo que no había manera de que nos diéramos cuenta —dije despacio—. Pero no tienes que cargar sola con este dolor. Quiero compartirlo contigo. Y sé que papá también.

Asintió contra mi pecho y nos quedamos así un buen rato, meciéndonos despacio con la mente doce años atrás, en un cementerio al lado de la carretera.



Cuando estaba conduciendo de vuelta a casa, escuchando mi habitual cóctel de canciones hípster y Britney Spears, conecté el club de Sean y la confesión de Poppy. Había mencionado un club y dijo que la mayoría lo consideraba pecaminoso. ¿Podría ser el mismo?

Los celos florecieron en mi interior, pero me negué a admitirlo y apreté la mandíbula mientras entraba con mi camioneta en la interestatal. No me molestaba que Sean fuera a ese club, a ese lugar en el que posiblemente Poppy había expuesto su cuerpo. No, no me molestaba.

Y esos celos no tenían nada que ver con mi repentina decisión de encontrarla al día siguiente y aceptar su petición de conversar en mis horas de oficina. Era porque me preocupaba por ella, me dije. Era porque quería darle la bienvenida a nuestra iglesia y ofrecerle consuelo y aconsejarla porque sentía que era una persona que no se perdería ni se rompería tan fácilmente, y que algo la hubiera arrastrado hasta un confesionario... Bueno, nadie debería cargar solo con semejante peso.

En especial alguien tan sexy como Poppy.

Basta.



No fue tan difícil volver a encontrarme con Poppy. De hecho, no hice más que pasar por el estanco en mi ruta matutina y choqué con ella cuando dobló la esquina. Perdió el equilibrio y llegué a evitar que se cayera apretándola entre mi pecho y mi brazo.

—Mierda —dije, arrancándome los auriculares de las orejas—. ¡Lo siento! ¿Estás bien?

Asintió, alzó la cabeza y me regaló una sonrisa que me provocó escalofríos; esas dos paletas que asomaban entre sus dientes y la capa de sudor que le cubría el rostro la volvían perfectamente imperfecta. Los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de cómo estábamos: yo envolviéndola con un brazo, sin camiseta, y ella sin más que un sujetador deportivo. Bajé los brazos e inmediatamente extrañé la sensación de sostenerla. Extrañé sus tetas apretadas contra mi pecho desnudo.

«De ahora en adelante: solo abrazos de lado», me dije a mí mismo. Ya veía la ducha fría.

Puso la mano en mi pecho, tranquila, inocente, pero seguía sonriendo de esa forma.

—Si no fuera por ti, me hubiera caído.

—Si no fuera por mí, no hubieras estado en peligro en primer lugar.

—Pero no lo cambiaría por nada.

Su contacto, sus palabras, esa sonrisa... ¿Estaba coqueteando? Pero entonces sonrió más y me di cuenta de que solo estaba bromeando de esa manera segura y juguetona en la que las chicas bromean con sus amigos homosexuales. Me veía como alguien seguro y, ¿por qué no habría de hacerlo? Después de todo, era un hombre de hábito, señalado por Dios para cuidar su rebaño. Por supuesto que habría de asumir que podía hacer bromas y tocarme sin perturbar mi compostura. ¿Cómo habría de saber lo que me provocaban sus palabras y su voz? ¿Cómo habría de saber que su mano había quedado marcada a fuego en mi pecho?

Sus ojos color avellana subieron a los míos, lagos verdes y marrones llenos de curiosidad y energía inteligente, piscinas verdes y marrones que reflejaban el dolor y la confusión si te detenías a mirarlas el tiempo suficiente. Lo reconocía porque así había estado yo después de la muerte de Lizzy, pero, en el caso de Poppy, sospechaba que el dolor que sentía (la persona que había perdido) era ella misma.

«Permíteme ayudar a esta mujer», recé en silencio. «Permíteme ayudarla a encontrar su camino».

—Me alegro de verte —dije, enderezándome mientras su mano se alejaba de mi piel—. ¿Hace unos días me dijiste que querías reunirte conmigo?

Asintió entusiasmada.

—Sí, así es.

—¿Qué te parece si nos vemos en mi oficina en media hora?

Me hizo un saludo militar juguetón.

—Ahí nos vemos, padre.

Intenté no mirarla alejarse, en serio, pero juro que solo fue un segundo, un segundo infinito, un segundo que bastó para catalogar cada gota de sudor y protector solar en sus torneados hombros, el tentador movimiento de su trasero.

Definitivamente una ducha bien fría.



CAPÍTULO 4

Media hora más tarde ya volvía a llevar mi uniforme: pantalones negros, cinturón Armani (herencia de alguno de los Hermanos Negocios), camisa de manga larga arremangada hasta los codos. Y el alzacuellos, por supuesto. San Agustín y su austeridad me miraban desde la pared de la oficina y me recordaban que estaba aquí para ayudar a Poppy, no para soñar despierto con sujetadores deportivos y pantalones para correr. Y quería ayudarla. Recordé su petición en el confesionario y se me cerró el pecho.

Iba a ayudarla, aunque me costara la vida.

Poppy llegó un minuto antes y el modo tranquilo pero preciso con el que cruzó la puerta me indicó que estaba acostumbrada a ser puntual, que le gustaba, que era la clase de persona que no entendía por qué el resto no llegaba a la hora. Mientras que, a mí, los tres años de levantarme a las siete, seguían sin hacerme disfrutar las mañanas y, casi siempre, la misa de las ocho comenzaba a las ocho y diez.

—Hola —dijo mientras yo le señalaba la silla junto a mí. Había escogido las dos sillas tapizadas de la oficina porque odiaba tener que hablar con la gente desde el otro lado del escritorio como si fuera el director de una escuela primaria. Y, en el caso de Poppy, quería poder consolarla, tocarla en caso de ser necesario, mostrarle una iglesia más cálida que la del confesionario de la muerte.

Se hundió en la silla de esa forma elegante y grácil que me resultaba tan cautivadora... Era como mirar una bailarina ponerse sus zapatos o a una *geisha* servir el té. Volvía a llevar ese pintalabios, rojo vibrante, y unos pantalones cortos de cintura alta y una blusa atada al cuello; parecía más preparada para navegar en un yate que para reunirse en mi oficina. Pero todavía tenía el cabello húmedo y las mejillas con ese rubor posejercicio y sentí un orgullo posesivo de poder ver un poco desaliñada a esta mujer que siempre iba tan arreglada, lo que era una mala señal.

—Gracias por recibirme —dijo, cruzando las piernas y poniendo bien el bolso. Que en realidad no era un bolso, sino una funda para ordenador portátil llena de coloridas carpetas—. Le he dado muchas vueltas a buscar un espacio así, pero nunca he sido religiosa y una parte de mí todavía se resiste a la idea...

—No lo pienses como ser religiosa —aconsejé—. No estoy aquí para convertirte a la fe católica. ¿Por qué no hablamos? Y tal vez encontremos alguna actividad o algún grupo que te ayude.

—¿Y si no? ¿Me derivarás con los metodistas?

—Jamás —dijo con fingida indignación—. Siempre recurriré primero a los luteranos.

Me gané otra sonrisa.

—Bueno, ¿cómo acabaste en Kansas City?

Vaciló.

—Es una larga historia.

Me recliné en la silla.

—Tengo tiempo.

—Es aburrido —advirtió.

—Mi día se basa en la praxis de leyes litúrgicas de la Edad Media. Créeme, soporto el aburrimiento.

—De acuerdo, bueno, no sé bien por dónde comenzar, así que supongo que ¿por el principio?

—Su mirada recorrió la pared de libros mientras se mordisqueaba el labio como si estuviera decidiendo cuál era el principio—. No soy la clásica fugitiva —dijo después de un minuto—. No me escapé por la ventana cuando tenía dieciséis ni le robé el coche a mi padre y conduje hasta la playa más cercana. Era aplicada y obediente y la favorita de mi padre hasta que crucé el escenario en Dartmouth, recibí mi diploma, miré a mis padres y por fin me di cuenta de lo que veían cuando me miraban: un activo, otra carpeta en su portafolio. «Ahí está, la más pequeña», los imaginaba decirle a la familia de al lado. «Graduada *magna cum laude*. Ha asistido a los mejores colegios. Ha pasado los últimos tres veranos como voluntaria en Haití. La aceptaron en el programa de danza de Julliard, pero por supuesto que escogió estudiar negocios, nuestra niña es muy lista».

—¿Fuiste voluntaria en Haití? —interrumpí.

Asintió.

—En una fundación llamada Maison de Naissance. Es un espacio al que las madres haitianas de zonas rurales pueden acudir para recibir asistencia prenatal gratuita y también ir allí a dar a luz. Es el único lugar aparte de la casa de veraneo en Marsella donde me resultó útil haber aprendido francés en el internado.

Dartmouth. Marsella. Internado. Me parecía que Poppy era elegante; cuando mencionó Newport supuse que en algún momento de su vida había tenido riqueza y privilegios, pero ahora entendía mejor el nivel de privilegios, el nivel de riqueza. Estudié su rostro. Había cierta confianza en la prosperidad, una anticuada inclinación hacia la etiqueta y los modales, pero nada de pretensiones ni elitismo.

—¿Te gustaba trabajar allí?

Se le iluminó la cara.

—¡Sí! Era precioso, lleno de gente encantadora. Ayudé en el nacimiento de siete bebés durante mi último verano. Dos fueron mellizos... eran diminutos, y la partera me dijo que, si la madre no hubiera ido a MN, casi seguro que ella y los bebés hubieran muerto. La madre hasta me dejó ayudarla a escoger los nombres para sus hijos. —Su expresión se volvió casi tímida y me di cuenta de que era la primera vez que compartía con alguien esta alegría tan pura—. Lo echo de menos. —Le sonreí. No pude evitarlo, es que era raro ver a alguien tan contento por poder ayudar a los necesitados—. La idea que tenía mi familia de la caridad era organizar una recaudación de fondos con políticos —dijo devolviéndome una sonrisa torcida—. O donar a una causa cualquiera para poder fotografiarse con un cheque gigante. Y luego en la calle pasaban de largo a las personas sin hogar. Es vergonzoso.

—Es normal.

Sacudió la cabeza con vehemencia.

—No debería serlo. Yo, por lo menos, me niego a vivir así.

Bien por ella. Yo también me niego, pero yo crecí en una casa religiosa, solidaria. Para mí había sido fácil; pero no creo que esta convicción hubiese sido fácil para ella. Quería que se detuviera ahí, oír más sobre sus días en Haití, mostrarle todas las formas en las que podría ayudar a la gente en St. Margaret. Necesitábamos personas como ella, personas que se preocuparan, personas que ofrecieran su tiempo y su talento, no solo su dinero. De hecho, casi se lo digo. Casi me arrodillo y le ruego que nos ayudase con el banco de comida o con el desayuno de tortitas en el que siempre faltaba gente, porque necesitábamos su ayuda y (para ser sincero) la quería en todo, quería verla en todas partes.

Pero que me sintiera así no era lo mejor. Volvimos a nuestro tema seguro.

—Entonces estabas en tu graduación...

—La graduación. Cierto. Y me di cuenta, mirando a mis padres, de que era todo lo que ellos querían. Para esto me habían criado. Era el combo completo, con la manicura, el maquillaje y la ropa cara. —Ella era todas esas cosas. Era cierto que en la superficie era el combo perfecto... pero debajo podía sentir que era mucho más. Rebelde y apasionada, salvaje y creativa... un ciclón encerrado en una cáscara de huevo. No me sorprendió que la cáscara se hubiera roto—. Adorné esas vidas que ya tenían demasiados automóviles, demasiadas casas, demasiados almuerzos y galas de caridad. Una vida que ya estaba completa con dos hijas que también se graduaron en Dartmouth y luego procedieron a casarse con personas ricas y a tener bebés ricos. Estaba destinada a trabajar en un sitio con recepción vidriada y a conducir un Mercedes clase S, al menos hasta casarme, y entonces iría reduciendo la carga laboral y aumentando mi compromiso con la caridad hasta, que, por supuesto, los bebés ricos vinieran a completar el portarretratos familiar. —Bajó la vista a sus manos—. Probablemente esto suene ridículo. Como la reversión de una novela de Edith Wharton.

—No suena para nada ridículo —le aseguré—. Sé exactamente de qué clase de persona hablas. —Y era cierto; no lo decía por decir. Había crecido en un vecindario bastante acomodado y (en una escala mucho menor) sucedía lo mismo. Las familias con sus casas bonitas y sus hijos con diplomas de honor que además eran buenos deportistas, esas familias que se aseguraban de que todos supieran lo exitosas y perfectamente estadounidenses que eran sus vidas.

—Rechacé esa realidad por completo —confesó—. La vida Wharton. No la quería. No podía hacerlo.

Por supuesto que no podía. Estaba muy por encima de esa vida. ¿No se daba cuenta? Porque yo apenas la conocía y ya sabía que era la clase de mujer que no puede vivir sin un propósito poderoso y real. Y no lo hubiera encontrado al otro lado del escenario de Dartmouth.

—Se me rompía el corazón por Sterling, sí —continuó, seguía mirándose las manos—, pero también por mi vida... y ni siquiera había pasado aún. Acepté el falso diploma que te dan antes de mandarte el verdadero, bajé del escenario y me fui del campus; no me quedé ni para el tradicional lanzamiento de birretes ni para las fotografías ni para la cena carísima con la que habían insistido mis padres. Me fui a mi apartamento, dejé un mensaje en el buzón de voz de mi padre, metí mis cosas en el coche y me fui. Nada de prácticas para mí. Nada de galas de diez mil dólares el plato. Nada de citas con hombres que no fueran Sterling. Dejé atrás esa vida; junto con las tarjetas de crédito de mi padre. Me negué a tocar mi fideicomiso. Me iba a mantener sola como fuera.

—Eso fue muy valiente —murmuré. ¿Quién era este Sterling que tanto nombraba? ¿Un exnovio? ¿Un viejo amante? Tenía que ser un idiota si había dejado ir a Poppy.

—Valiente o tonto. —Se rio—. Tiré por la borda una vida de educación; educación cara. Supongo que mis padres quedaron devastados.

—¿Supones?

Suspiró.

—No he vuelto a hablar directamente con ellos después de irme. Todavía no. Han pasado tres años y sé que deben estar furiosos...

—No lo sabes.

—No lo entiendes —dijo con tono amigable pero firme—. Eres sacerdote, por el amor de Dios. Apuesto a que tus padres estaban eufóricos cuando se lo dijiste.

Bajé la vista a mis pies.

—En realidad, cuando se lo dije, mi madre lloró y mi padre no me habló durante seis meses. Ni siquiera vinieron a mi ordenación. —No era un recuerdo que me gustara visitar.

Cuando alcé la vista hacia ella, tenía los labios apretados.

—Qué feo. Parece algo que harían mis padres.

—Mi hermana... —Hice una pausa y me aclaré la garganta. Eran incontables las veces que había hablado de Lizzy en homilías, en pequeños grupos, en sesiones individuales. Pero, por algún motivo, explicarle su muerte a Poppy era algo más íntimo, más personal—. El sacerdote de nuestra parroquia abusó de ella durante años. Nunca lo supimos, nunca lo sospechamos... —Poppy puso una mano sobre la mía. La ironía de que ella me consolara a mí era palpable, pero, al mismo tiempo, la sentía bien. Era agradable. Nadie me había consolado cuando ocurrió; todos estábamos en nuestros mundos separados de dolor. No había nadie para escuchar, como si le importaran mis sentimientos. Como si le importara todavía—. Se suicidó cuando tenía diecinueve años —continué como si el contacto de Poppy hubiera desencadenado un impulso de compartir que ya no podía detener—. Dejó una nota con los nombres de los otros chicos a los que había hecho daño. Pudimos detenerlo, hubo un juicio y los sentenciaron a diez años de prisión.

Respiré, haciendo una pausa por un segundo, porque era imposible no sentir los dragones gemelos de furia y dolor apretándome el pecho, calentándome la sangre. Sentía una furia tan profunda cuando pensaba en ese hombre que me creía capaz de cometer un asesinato y, sin importar cuántas veces rezara porque me librasen de este odio, sin importar cuantas veces me forzara a repetir «Te perdono, te perdono» imaginándome su rostro, esta furia y este dolor nunca desaparecían del todo.

Cuando por fin recobré la compostura, continué:

—Las otras familias de la parroquia... No sé si no querían creerlo o se sentían humillados por haber confiado en él, pero el caso es que se enfadaron con nosotros por pedir su detención, se enfadaron con Lizzy por ser una víctima, por tener las agallas de escribir una nota relatando con lujo de detalles lo sucedido y a quién más le estaba pasando. Los diáconos intentaron impedir que tuviera un funeral y un entierro católico y hasta el nuevo sacerdote nos ignoró. Entonces toda la familia dejó de ir a la iglesia; mi padre y mis hermanos directamente dejaron de creer en Dios. Solo mi madre sigue creyendo, pero nunca va a volver. Salvo cuando me visita, no ha vuelto a entrar a una iglesia desde el funeral de Lizzy.

—Pero tú sí —señaló Poppy—. Tú sigues creyendo.

Su mano seguía en la mía, tibia a pesar del aire acondicionado de la oficina.

—Me llevó un buen rato —admití.

Nos quedamos sentados en silencio, procesando las chicas muertas y los padres enfadados y las tragedias que nos rodeaban.

—Entonces —dijo después de un rato—, supongo que sí entiendes lo que es enfrentarse al rechazo de tus padres.

Conseguí dibujar una sonrisa e intenté que no desapareciera cuando alejó su mano.

—¿Qué hiciste cuando te fuiste de Dartmouth? —pregunté, para no hablar de Lizzy y los años dolorosos que pasaron después de su muerte.

—Bueno —dijo, moviéndose en su silla—. Hice muchas cosas. Conseguí mucho trabajo con mi licenciatura, pero ¿cómo saber si lo que les interesaban eran mis notas o solo tener una Darnforth en la oficina? Después de seis meses trabajando en una oficina en Nueva York, sentí que tenía la palabra DARNFORTH tatuada en la frente, así que me fui tan de repente como me había ido de New Hampshire y conduje hasta que no quería conducir más. Así terminé en Kansas City. —Respiro hondo—. Nunca quise terminar en el club —dijo por fin y su voz se puso grave—. Creí que tal vez podía encontrar alguna fundación en la que trabajar o hacer algo útil. Pero un camarero me contó que había un club oculto en alguna parte de la ciudad: privado, exclusivo, discreto. Y estaban buscando chicas. Chicas que parecieran caras.

—¿Chicas como tú?

Poppy no se ofendió. Se rio con esa risa ronca, esa que encendía el calor en mi bajo vientre cada vez que la oía.

—Sí, chicas como yo. Blancas. Las que les gustan a los ricos. ¿Y sabes qué? Era perfecto. Podía bailar; hacía tanto que no bailaba fuera de una gala. Hay que decir que era un lugar bastante elegante. Una entrada obligatoria de quinientos dólares, setecientos cincuenta por mesa, mil por un baile privado. Sin contacto iniciado por el cliente. Dos copas como máximo. Estaba orientado a una clientela muy específica, así que terminé desnudándome para los mismos hombres que, en otra vida, me hubieran contratado, con los que me hubiera casado o los que hubieran donado a mis causas de caridad. Me encantaba.

—¿Te encantaba?

Niña sucia.

La idea salió de la nada, inesperada pero insistente, susurrando una y otra vez en mi mente.
Niña sucia y loca.

Me clavó esos ojos avellana.

—¿Está mal? ¿Es un pecado? No, no respondas, en realidad no quiero saberlo.

—¿Por qué te gustaba? —Estaba preguntando por mera curiosidad de consejero, por supuesto—. Si no te molesta que te pregunte.

—¿Por qué habría de molestarme? Después de todo fui yo la que se ofreció a contártelo. —Se puso cómoda y los pantalones cortos dejaron ver más de esas firmes piernas. Piernas de bailarina, ahora lo sabía—. Me gusta la sensación. Que los hombres me miren con admiración, que me deseen solo a mí; no a mi educación, ni a mi familia ni a mis contactos. Pero, sobre todo, a un nivel más básico y primitivo, me encanta que los hombres reaccionen a mi cuerpo. Me encanta ponérsela dura.

Me encanta ponérsela dura.

Casi me atraganto, mi mente se dividió en dos; una determinada a ver esta reunión con gracia y compasión y la otra determinada a contarle lo dura que me la ponía a mí.

Ella ignoraba mi lucha interna.

—Me encantaba que se volvieran locos de las ganas que tenían de tocarme, tanto que llegaron a ofrecerme exorbitantes sumas de dinero para que me fuera con ellos, que me fuera del club y me convirtiera en su amante. Pero nunca acepté. Aunque muchos eran guapos, aunque no estaba en posición de hacer como si el dinero no me importara. Pero algo me resultaba antiético y no me podía imaginar aceptando ninguna de esas ofertas. ¿Es una idea ridícula? ¿Una *stripper* que quiere preservar su virtud? —No parecía esperar una respuesta, así que continuó—: Lo triste era

que estaba desesperada por tener sexo mientras rechazaba todas esas ofertas. Estoy segura de que sabes lo que se siente, padre, como si la más ligera de las brisas pudiera llevarme al límite, como si mi propia piel fuera combustible. —Dios, sí que conocía ese sentimiento. Lo sentía ahora mismo. Le ofrecí una sonrisa débil que me devolvió—. Estaba tan cachonda, padre Bell. Me mojaba solo de ver a los hombres frotarse sobre los pantalones de vestir. En las habitaciones privadas, me apartaba el tanga y les dejaba mirar mientras me tocaba. Les gustaba, les gustaba cuando me acariciaba y me masajeaba hasta que temblaba y gemía de placer. —Me di cuenta de que estaba aferrado al respaldo de la silla con todas mis fuerzas e intenté borrar las imágenes que conjuraban sus palabras, pero no lo conseguí y ella continuó, haciendo caso omiso a mi repentina incomodidad, resguardada inocentemente en la errada idea de que yo no era más que un receptáculo de información que daba consejos y no un hombre de veintinueve años—. Pero no era lo mismo complacerme a mí misma. Quería que me follaran, que me follaran y me usaran. Quería tener la polla de alguien dentro, quería tener dedos en mi boca y en mi coño. En mi culo. —Respiró. Yo, por mi parte, no podía respirar—. ¿Cómo se llama ese pecado? Sé que tiene que existir. Solo es lujuria... ¿o es algo peor? ¿Qué clase de oración debería rezar? ¿Y qué pasa si no me siento mal por lo que hice, por las cosas que quise hacer? Incluso ahora, después de lo que ocurrió el mes pasado, todavía lo quiero. Todavía me siento sola, todavía quiero que me follen.

A pesar de todo, quería responder a su última oración, su motivación final para venir hasta esta oficina. Quería cogerle la mano y ofrecerle mi sabiduría, pero, joder, ya no quedaba nada suave en mí.

Sus palabras.

Sus jodidas palabras.

Ya era bastante malo tener que oírla hablar sobre su trabajo en el club, pero, cuando empezó a hablar de tocarse, de llevarse hasta el orgasmo y yo me imaginé como uno de esos voraces hombres de negocios que miraban, ofreciendo todo lo que tenía en la cartera solo para ver ese brillante coño latir de placer. Apuesto que, si quisiera, podría verla ahora. Podría apretarla contra la pared, arrancarle los pantalones, abrirle las piernas para que quedara expuesta ante mí...

No había forma de que pudiera aguantar un minuto más de esta reunión.

Dios debió escuchar mis plegarias porque le sonó el móvil, un breve pitido, y lo cogió de su bolso.

—Lo siento —dijo mientras respondía la llamada. Le hice un gesto para indicarle que no pasaba nada mientras intentaba resolver el gran problema de cómo ponerme de pie sin revelar lo que me habían hecho sus palabras. Terminó rápidamente la llamada—. Lo siento —volvió a disculparse—. Un asunto del trabajo y...

Alcé una mano.

—No te preocupes. De todos modos, tengo una reunión de parroquia en breve. —Eso era mentira. La única reunión que tenía por delante era la de mi mano con mi polla. Pero probablemente no era algo apropiado para contarle a una posible conversa. (Tomé nota de pedir perdón por esa mentira y por lo que estaba a punto de hacer)—. Yo, eh, espero verte pronto.

Me regaló una sonrisa preciosa mientras se levantaba y cogía su bolso.

—Yo también. Adiós, padre.

Ni siquiera pude esperar a estar seguro de que se hubiera ido de la iglesia. Tan pronto como Poppy se retiró, me levanté, trabé la puerta y solo me tomé el tiempo de ir hacia mi escritorio para apoyar encima una mano y forcejear con el cinturón con la otra.

No había tiempo para sentirme culpable ni para cuestionarme mis motivaciones ni nada parecido. Ni siquiera me bajé los pantalones más de lo necesario y, cuando estaba frotándome

rápido y fuerte, solo podía sentir alivio. Intenté pensar en otra cosa (en otra persona) y no en la mujer que había venido buscando el perdón y el consuelo de Dios. Pero mi mente seguía volviendo a ella, imaginándola en el club, moviéndose solo para mí, apartándose el tanga para mostrarme lo que yo más quería.

Cristo, ayúdame. Sentí una creciente electricidad en mi pelvis y ahora estaba bombeando en mi mano, deseando estar follando con Poppy Danforth (no me importaba si era su coño, su boca o su culo) y entonces disparé sobre mi escritorio, latiendo y derramando e imaginando que cada gota de mí caía en su blanca piel.

Dejé la mano quieta, mi respiración se normalizó y volví a la realidad. Ahí estaba, polla en mano, con semen sobre el calendario litúrgico que había en mi escritorio y una imagen de San Agustín mirándome con un gesto reprobatorio desde la pared.

Joder.

Joder.

Adormecido, me subí la cremallera de los pantalones, arranqué la primera hoja del calendario y la arrojé a la basura, el crujir del grueso papel se oyó alto y casi acusatorio. Joder, ¿qué acababa de hacer?

Me senté en la silla y miré fijamente a San Agustín.

—No finjas que no sabes cómo me siento —mascullé. Apoyé los codos en el escritorio y apreté las palmas de las manos contra los ojos.

Poppy Danforth no iba a desaparecer. Vivía aquí. Iba a volver y estaba seguro de que apenas habíamos arañado la superficie de sus pecados carnales. E iba a tener que oírlos sin excitarme como un adolescente. No solo oírlos, iba a tener que responder con gracia y empatía y compasión, aunque solo pudiera pensar en esa boca con esos dientes imperfectos.

Las estrellas bailaban detrás de mis párpados, pero no moví las manos. Ahora no quería ver la oficina ni a San Agustín. No quería ver los bordes húmedos de mi calendario ni el cesto de basura lleno.

Quería orar en la más absoluta oscuridad. No quería que nada se interpusiera entre Dios y mis pensamientos, entre esta mujer y mi vocación. Quería despojarme de todo excepto mis pecados y estas estrellas en los ojos.

«Lo siento», recé. «Lo siento tanto».

Lo sentía por haber traicionado la confianza de un cordero de Dios. Lo sentía por haber violado la santidad de este sitio y su vocación, por haber sentido atracción hacia alguien que buscaba consuelo y guía. Lo sentía por no haber podido controlar mi deseo lo necesario como para darme una ducha fría o ir a correr o algún otro de los trucos que había aprendido en tres años de contener mis impulsos.

Y sobre todo...

Sobre todo, lo sentía porque no lo sentía.

Joder, no lo sentía en absoluto.



CAPÍTULO 5

—Y yo que creía que los sacerdotes solo bebían vino de comunión.

Giré la cabeza y vi a Poppy parada delante de mi mesa. Estaba en la pequeña cafetería frente a la iglesia, intentando sin éxito ordenar el presupuesto para las reformas; solo había conseguido ponerme al día con los foros de *The walking dead* y reducir el *stock* de café de la tienda.

Quería pensar una respuesta ingeniosa al saludo de Poppy, pero llevaba puesto otro vestido (color crema, estilo *vintage*, con mangas tres cuartos y una falda que le acariciaba la mitad de los muslos) y, aunque no era especialmente revelador ni escotado, tampoco ocultaba la perfecta estrechez de su cintura ni la suave curva de sus pechos. Estaba tan cerca que podía estirarme y coger sus caderas entre mis manos para acercarla a mí, levantarle la falda y enterrar el rostro en el paraíso que ocultaba debajo.

(Además, estaba el detalle perturbador de que la última vez que la había visto, terminé encastrando todo mi escritorio).

Por suerte, se sentó en la silla libre antes de que perdiera el control y rompiera mis votos frente a toda la cafetería.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó, señalando el ordenador con la cabeza.

Le agradecí en silencio a Dios porque no se hubiera notado (o por lo menos hubiera dejado pasar) mi falta de respuesta y volví a dar las gracias por el cambio de tema.

—Estamos trabajando en una colecta para renovar la iglesia —le conté—. Y ya tenemos algunos presupuestos, solo es cuestión de asignar bien los recursos para llegar al objetivo inicial.

—¿Puedo mirar? —preguntó, inclinando la cabeza hacia la pantalla. Antes de que pudiera asentir, ya había girado el ordenador hacia su lado de la mesa y estaba repasando mis hojas de cálculo. Una pequeña sonrisa alzó las comisuras de su boca, lo que le dio un aspecto *sexy*, sabio y pícaro, todo al mismo tiempo—. ¿Qué estudió en la universidad, padre Bell? —preguntó mientras seguía navegando y se detenía a hacer clic de vez en cuando.

—¿Antes del seminario? Lenguas clásicas. *Si vis amari, ama*.

—Me parece que no te enseñaron mucho sobre fórmulas en clase de Latín.

—Estaba ocupado con otras cosas. —Mi intención fue distender la conversación, pero la voz me salió más grave de lo que quería, más intensa. Casi como una advertencia. No. Como una promesa. Sus ojos avellana se clavaron en los míos y se le cortó la respiración cuando vio mi rostro. Joder, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no podía tener con ella interacciones normales sin doble sentido?—. ¿Qué decías de las fórmulas?

—Ah, cierto. —Sus ojos volvieron a la pantalla y tragó saliva. Su suave garganta se movió y deseé tener esa garganta arqueada para mí. Quería todo su cuerpo arqueado para mí—. ¿La

iglesia no tiene un sistema de contabilidad? —preguntó y se detuvo para arreglar una fila que yo había duplicado por error.

—Sí, lo tiene la secretaria, pero yo no lo sé usar.

—Entonces, puedes citar a Séneca, pero no puedes usar Quicken.

—¿Sabías que era Séneca? —Sonreí contra mi voluntad. No conocía muchas personas que supieran quién era Séneca, y muchas menos que pudieran reconocer una cita de sus cartas.

—Cuando era pequeña mis padres pagaron mucho dinero para asegurarse de que supiera toda clase de cosas inútiles.

—¿Te parece inútil? *Non scholae sed vitae*. «No aprendemos en la escuela sino en la vida».

—¿Pero *si vis amari, ama*? ¿«Si quieres ser amado, ama»? Lo intenté una vez. No salió tan bien. —Había amargura en su voz.

Puse una mano sobre su muñeca. Fue por puro instinto, para consolar a alguien herido, pero no contaba con el calor que emanaba su mano, la piel de gallina que trepó por mis brazos ante el contacto. No contaba con lo perfecta que se sentiría su delicada muñeca envuelta en mis dedos, como si Dios la hubiera creado solo para que yo la cogiera.

Tenía que soltarla. Tenía que disculparme.

Pero no pude. Y no pude evitar decir:

—Tal vez quisiste a la persona incorrecta.

¿Porque quién no amaría a esta preciosa criatura? ¿Esta mujer sobreeducada y sobresexualizada que desprendía inteligencia y sensualidad? ¿Esta mujer de piel blanca y labios rojos y un cerebro moldeado para dirigir imperios financieros?

Volvió a encontrar mi mirada.

—Tal vez tengas razón —susurró.

Nos quedamos así unos segundos, mirándonos a los ojos, con mi mano en su muñeca, y entonces (que me perdonen) acaricié con el pulgar la base de su muñeca, en un movimiento que nadie pudo ver, pero sin dudas ella sintió porque se le entrecortó la respiración.

Joder, su piel era tan suave, tan sedosa. Quería besar esa parte de su muñeca, apretar mis labios contra su pulso justo antes de atarla con una soga. De hecho, llegué hasta a levantarla de la mesa antes de que el silbido de la máquina de espresso me trajera de vuelta a la realidad.

¿Qué coño estaba haciendo?

Solté su mano, cerré el ordenador y me puse de pie de golpe.

—Lo siento. No es asunto mío.

—Eres consejero espiritual —dijo mirándome—. ¿No es todo asunto tuyo?

Estaba demasiado ocupado metiendo mis cosas en el maletín del ordenador como para responderle, desesperado por irme, intentando convencerme a mí mismo de que estaba bien. Solo la había consolado, no había hecho más que cogerle la mano, algo que no pensaría dos veces con otro feligrés.

Estaba bien.

Pero, cuando me di la vuelta, Poppy estaba de pie a mi lado, con su bolso listo.

—¿Puedo caminar contigo hasta la iglesia? —preguntó—. Vivo en la misma manzana.

Por supuesto que sí.

—Claro —dije, esperando sonar normal y no como un sacerdote que lucha por ocultar su erección en público—. No hay problema. —Salimos hacia la intensidad del calor del verano y cruzamos la calle. El silencio entre nosotros era extraño, invadido por el incómodo momento que acabábamos de vivir, así que hablé intentando ahogar las fantasías que se agolpaban en mi mente —. ¿Hace cuánto que vives aquí?

—No mucho —dijo—. De hecho, compré la casa hace solo dos semanas. Cuando el dueño del club en el que trabajaba se enteró de que tenía un máster en negocios y mucha experiencia, me ofreció un puesto como consultora en comercialización y finanzas, algo que podía hacer de forma remota y que se paga... bueno, se paga muy bien. Y luego, el mes pasado, cuando él me encontró... —Su voz se rompió y miró la acera como si estuviera buscando algo. No estaba seguro de qué era lo que la alteraba, pero le di un momento para recomponerse. Caminamos varios metros y luego continuó—: Así que ahora me gana bien la vida, trabajo para un hombre agradable y tengo la libertad de empezar de nuevo en un pueblecito precioso. Es lo que quería antes de que Sterling viniera al club. —Sterling. Recordaba ese nombre de nuestra conversación sobre su pasado y me hacía sentir un ridículo pinchazo de celos, como si en algún universo tuviera permitido ponerme posesivo con Poppy Danforth. Llegamos a la iglesia—. Me alegro de haberle encontrado, padre —dijo con otra de esas sonrisitas como para seguir caminando.

—¿Cuál es tu casa? —Estaba fuera de lugar. Lo sabía, pero no pude evitarlo. Necesitaba ver una vez más esos labios rojos, escuchar una palabra más de esa voz ronca.

—Esa. —Señaló una casa al otro lado del parque, un bungalow acogedor con un gran árbol enfrente y un jardín crecido detrás. Podía verla desde la rectoría. Podía ver si las luces estaban encendidas, si estaba su coche, si se preparaba un café en la cocina por la mañana.

No parecía ser lo más saludable para mí.

—Bueno, si necesitas ayuda para mover algún mueble o algo de eso...

Mierda. ¿Por qué le había ofrecido eso? Como si estar solo con ella en su casa fuera una excelente idea.

Pero entonces su rostro se iluminó y se me retorció el estómago al verla. Porque siempre estaba preciosa, pero ¿cuando estaba feliz? Feliz era radiante.

—Eso sería maravilloso —dijo—. No conozco a nadie y mis amigos de la ciudad están tan lejos... Si, definitivamente te avisaré si necesito ayuda.

—Bueno —dije, todavía cautivado por su sonrisa y sus ojos llenos de vida—. Cuando quieras.

Se puso de puntillas y no tenía ni idea de qué iba a hacer hasta que sentí sus suaves labios contra mi mejilla. Me quedé helado, cada detalle, cada sensación quedó grabada en mi alma con su labial carmesí.

—Gracias —murmuró con las palabras y la respiración cerca de mi oreja y luego se mordió el labio y se alejó hacia su casa.

Y yo entré en la rectoría para otros veinte minutos de ducha fría.



Mentiría si dijera que no sentía ansiedad y pánico por la confesión del lunes a partes iguales. Me había pasado la misa del domingo buscando rastros de Poppy y, cuando no apareció, una bola de esperanza y desesperación se instaló en mi mente. Tal vez se había ido, tal vez su fugaz coqueteo con la religión se había apagado y por fin había acabado esta insoportable prueba a mi autocontrol. Tal vez había acabado conmigo, pensé, y esa bola era de alivio.

Pero, cuando Rowan por fin abandonó el confesionario ese lunes y otra persona entró, la bola reventó, llena de venganza, y mi pulso se empezó a acelerar con una agitación que no conocía.

—¿Padre Bell? —preguntó una voz grave.

—Hola, Poppy —dije, intentando que esa voz no fuera directamente a mi polla.

Dejó escapar una risa breve de alivio, ese sonido me recordó la risa del viernes y cómo se

iluminó cuando le ofrecí ayuda para instalarse.

—No sé qué esperaba. Eso solo que... está bien confiar en alguien. Dejé Kansas City buscando un nuevo comienzo, algún significado en mi vida sin sentido, y aparece este sacerdote tremendamente guapo, casi en mi jardín, dispuesto a escuchar todos mis problemas.

—Es mi trabajo —dije, hosco, intentando ignorar la súbita e infantil alegría que sentí cuando me llamó guapo—. Estoy aquí para todos.

—Sí, lo sé. Pero ahora «todos» me incluye. No sabe lo mucho que agradezco eso.

«Dile que no puedes hacerlo», ordenó mi conciencia pensando en la escena del otro día en mi oficina. «Ayúdala a encontrar a alguien más (a cualquiera) con quién confesarse».

Sí. Debería hacer eso. Porque ella estaba dejando claro que confiaba en mí mientras yo traicionaba esa confianza una y otra vez en mi mente. (En muchas posiciones. En cada superficie de mi casa).

Pero, justo cuando había decidido hacer lo que correspondía y decirle lo que tenía que decir, ella preguntó:

—¿Estás listo?

Y solo apareció una palabra en mi mente:

—Sí.



Las cosas siguieron así durante un año y medio. Entre bailar y ayudar a Mark con el negocio, estaba haciendo casi tanto dinero como podría haber hecho en esas oficinas de Nueva York. Me encantaba poder bailar, me encantaba. Aunque no fuera jazz o ballet, seguía siendo mi cuerpo, mi música y mi ritmo. Y me encantaba que fuera un trabajo tan sexual: aunque nadie tuviera sexo allí, estaba en el aire, como una niebla de deseo, y yo no me cansaba.

Pero estaba sola. Los hombres del club me rogaban que me fuera con ellos, me ofrecían mucho más que algo de una noche, me ofrecían apartamentos y yates y una remuneración, pero yo me negaba a ser amante. Aunque me encantaba el sexo, también tenía mente y alma. Algún día quiero tener marido e hijos, nietos y todo eso... No podría soportar ningún sustituto, sin importar lo bien que me hiciera sentir durante un tiempo.

Pero, a cambio de mi orgullo, me quedaba con una cama fría y un vibrador gastado de tanto uso, y estaba empezando a cansarme. Sin contar las otras cosas que acabo de mencionar: el marido, los hijos y todo eso. Empecé a echar de menos mi otra vida. No la monotonía ni la hipocresía, sino las garantías. Si me hubiera quedado, jamás habría estado sola. Ya estaría casada, posiblemente embarazada. ¿Y si había tomado una decisión incorrecta? ¿Y si había desperdiciado mi oportunidad de tener una vida feliz porque, seamos sinceros, qué hombre se casaría con una stripper sin importar quién sea ni de donde venga?

Y entonces Sterling apareció en el club.

Sterling Haverford tercero. Sí, sé que es un nombre ridículo, pero es moneda corriente de donde venimos (en especial entre quienes tienen mansiones con campos de golf).

Llevaba garabateando Señora Sterling Haverford en mis diarios desde que tenía memoria. Había sido mi primer beso, mi primer cigarrillo, mi primer orgasmo. Por supuesto que ahora sé que yo no fui su primer nada y que mientras salía conmigo, follaba con otras chicas. Pero en ese momento estaba convencida de que íbamos a casarnos. De que me quería.

Estaba convencida de eso hasta que mis padres recibieron la invitación a su boda con la puta

Penelope Middleton.

Lo nuestro estaba lleno de idas y venidas, claro, pero yo pensé que era por la distancia y por lo centrada que estaba con los estudios y la caridad y, joder, estoy llorando, lo siento tanto. Ni siquiera me pone triste, es solo que sigo enfadada por haberle dedicado tanto tiempo a este imbécil y que, cuando me sentía tan mal por todo, él tuviera el valor de venir al club.

Asumí que estaba en el pueblo para alguna reunión de negocios y que algún potencial cliente lo había traído al club para darle un incentivo; no era algo extraño donde trabajaba, en especial en las habitaciones privadas del fondo. Y de todas las chicas que podrían haber estado trabajando en esa habitación en particular aquella noche, me había tocado a mí.

A mí.

Llevaba unos tacones de quince centímetros y peluca azul y, sin embargo, me reconoció apenas entré, así como yo de solo ver un atisbo de su perfil supe que era él.

—¡Jesús! —dijo, y sus palabras viajaron como una melodía venenosa por encima de la música—. ¿En serio eres tú?

Me quedé petrificada en la puerta, no tenía ni idea de qué cojones hacer. Sabía que podía ir a buscar a Mark, explicarle que conocía al cliente y que no podía bailar para él; Mark lo hubiera entendido. Pero, aunque hubieran pasado tres años desde que me había dejado con la invitación a su boda con otra chica, todavía no podía alejarme.

Dijo que no se lo podía creer; que todos creían que había escapado a Europa o a algún destino exótico y que todo ese tiempo yo había estado allí. Hizo un gesto hacia mí atuendo atrevido para señalar todo lo que implicaba que hubiera estado allí, los bailes y la evidente deshonra, pero pude ver el momento en el que terminó de decir lo que tenía para decir, el momento en que sus pupilas se dilataron y vio mi cuerpo casi desnudo.

Se había casado con la puta Penelope, pero estaba allí por mí y, joder, yo lo deseaba. Ese momento en que me eligió a mí por encima de ella. Sin importar que estuviera mal.

—Entra —dijo, y así lo hice.

¿Dios me va a perdonar? Porque podría haberme ido. Sin consecuencias. Podría haber dejado el club sin tener que pasar un segundo más junto a Sterling Haverford tercero. Pero, en el fondo, quería saber qué podía pasar si me quedaba.

Cerré la puerta a mis espaldas y me crucé de brazos, y luego le dije todo lo que pensaba de él. En su defensa, no lo negó.

Me pidió que me acercara. Fue una orden y, que Dios me perdone, siempre he respondido a las órdenes. Caminé hacia él y él pasó una mano por mi muslo, justo donde la falda caía apenas por debajo del culo. Su alianza brilló en la tenue luz de neón de la habitación. Su puta alianza de su puto matrimonio con la puta Penelope Middleton.

Intenté retroceder, pero él se estiró y me cogió del brazo.

Y entonces dijo:

—¿Sabes por qué no me casé contigo, Poppy? —Ahora estaba acariciando el interior de mi muslo y yo no pude evitar dar un pasito hacia un lado para abrir un poco las piernas. Sonrió y continuó—: No fue porque no quisiera estar casado con una Danforth. Dios sabe que con tu familia y tu dinero y tu cerebro eras, en teoría, la esposa perfecta. Pero ambos sabemos la verdad, ¿no, Poppy? —Sus dedos por fin encontraron lo que estaban buscando, mi tanga de encaje, los enroscó en la tela y tiró, el delicado material se desgarró con facilidad y le dio acceso a mi entrada—. En el fondo —dijo, continuando su discurso, tocándome, tocándome mucho—, en el fondo ambos sabemos que eres una putita. Sí, con una herencia y una educación perfecta, pero fuiste hecha para ser prostituta, Poppy, no una esposa.

Le dije que se fuera al carajo y entonces dijo:

—¿Crees que he venido por accidente? Llevo tres años buscándote. Eres mía, ¿o lo has olvidado?

¿Cómo podía ser suya cuando él estaba casado? Se lo pregunté.

Y él me respondió que le importaba una mierda su esposa; lo que probablemente fuera cierto. Pero me dijo que se había casado con ella porque necesitaba una mujer apropiada, alguien a quien sus clientes no se quisieran follar.

Y entonces dijo que yo no era así. Dijo que yo gritaba sexo con mis tetas y mi boca y que no solo siempre quería, sino que siempre parecía que quería. Y que no podía tener eso en su precioso árbol genealógico Haverford.

La peor parte era que sabía que no lo decía como un insulto. Eran hechos. La gente como nosotros no debería ser así. Deberíamos ser fríos y reservados. Delgados y sin sangre. El sexo era una necesidad o un asunto calculado. Yo lo había amado y él quería que fuera su amante, guardada en una caja sin lugar para amor ni un futuro verdadero.

Pero, mientras yo pensaba todo esto, él se estaba bajando la cremallera y estaba tan duro que se me hizo la boca agua y no me pude contener; sabía que estaba casado, sabía que era un imbécil, pero había pasado tanto tiempo, demasiado, y lo había querido una vez...

¿Me está juzgando, padre Bell? ¿Está pensando que soy una perra tonta? Sé que no, usted no es como Sterling y como yo. Es probable que nunca haya usado las palabras «perra» y «tonta» en la misma frase. Pero yo sí lo pensé en ese momento, y también lo pienso ahora. Era estúpida. Pero también estaba sola y tenía el corazón roto y estaba tan mojada que me chorreaban los muslos.

Entonces le dejé follarme. Porque tenía razón, sí me gustaba, sí lo quería. Y mientras él empujaba una y otra vez, le pedí que me contara la fantasía, esta vida que me ofrecía. Y lo hizo, maldito sea, y todo sonó tan perfecto en su boca de empresario mentiroso. Me habló de las tardes tranquilas que pasaríamos juntos, de los restaurantes caros a los que me llevaría, los orgasmos que me daría entre sábanas de suave algodón egipcio. Me habló de las flores y las joyas y las vacaciones en Bora Bora y los coches caros y todo lo demás con lo que llenaría nuestra vida ilícita; todo mientras yo enterraba su polla en mi interior hacia el mejor orgasmo que había tenido desde la universidad.

A esas alturas, él estaba maldiciendo, montándome por detrás mientras apretaba mi rostro contra el cuero y yo sentía el frío metal de su alianza en mi cadera. Era degradante y terrible, y me corrí casi de inmediato.

Y luego volví a correrme.



CAPÍTULO 6

—Y ese es mi verdadero pecado —terminó Poppy—. Esa es mi verdadera vergüenza. No puedo dormir por las noches pensando en que le permití... me permití a mí... —Se rompió y hubo un minuto de silencio que no interrumpí, por respeto y porque no confiaba en mi voz. Su confesión había sido tan cruda, tan jodidamente detallada, y yo estaba lleno de ira por el imbécil de Sterling y de pena por ella. Y también sentía unos feroces celos porque hacía apenas unas semanas él había estado dentro de ella y no se lo merecía ni un poco.

Pero, más que nada, estaba tan duro que no podía pensar.

—Me permití acabar —dijo por fin en voz baja y triste—. Es un hombre casado y me engañó durante años sin sentirlo ni un poco y, sin embargo, no solo me lo follé, sino que me corrí, dos veces. ¿Qué más da si lo obligué a irse después? ¿Qué clase de chica hace una cosa así?

Necesitaba decirle algo, necesitaba ayudarla, pero, joder, era tan difícil concentrarse en algo que no fuera la imagen de su rostro apretado contra el asiento mientras se entregaba a múltiples orgasmos. Iré al infierno por solo pensar en esto, en especial porque quería darle un puñetazo en la garganta a Sterling por actuar de ese modo. Pero era insoportablemente sensual que esas cosas la encendieran, porque también me encendían a mí y hacía tanto tiempo que una mujer no gemía por mis caricias...

«No eres mejor que él», me castigué. «Contrólate, joder. Sentimientos, concéntrate en sus sentimientos».

—¿Cómo fue?

—¿Cómo fue? Fue maravilloso. Como si le perteneciera de dentro hacia fuera. Y, cuando acabó dentro de mí, sentí que me estaba marcando como su propiedad y fue eso lo que me llevó otra vez al orgasmo. No puedo evitarlo, que un hombre se corra es lo más sexy de todo, en especial cuando puedo sentirlo dentro de mí...

Dejé caer la cabeza contra la madera del confesionario, y el golpe se sintió.

—Me refería —dije con la voz ahogada— a tus emociones.

—Ah. —Y entonces se rio un poquito y, joder, que me trague el infierno porque no iba a poder evitar masturbarme. Estaba tan duro que podía sentir cada detalle de mi polla a través de los pantalones. Mi otra mano buscó la cremallera mientras me frotaba, intentando callar mi respiración. ¿Podía bajarla sin que se diera cuenta? ¿Podía masturbarme en este confesionario sin que se enterara?

Porque a estas alturas no había manera de que fuera a poder vivir sin eso. Sus palabras se tallaron en mi mente e iban a quedarse allí por siempre.

—Supongo que sentí que Sterling tenía razón. Soy una puta, ¿no? Tuve un baile de

presentación y mi familia pertenece a las más altas esferas, pero eso no cambia lo que soy en mi interior. Pienso que en el fondo siempre supe que Sterling no me quería, pero estaba dispuesta a aceptar sexo en lugar de amor porque lo deseaba tanto como al romance, y qué clase de mujer piensa así. ¿Padre? ¿Quién preferiría tener sexo sin amor a no tener sexo? ¿Y ahora qué hago? ¿Cómo cargo con la culpa de todo esto sabiendo que es una parte fundamental de quién soy?

Vergüenza. Si, conocía ese sentimiento; de hecho, lo sentía en este momento. Dejé firmes las manos en los muslos, bien lejos de mi erección. «Concéntrate», me dije, «y cuando estés solo podrás ocuparte de tu... asunto».

—Dios nos creó como criaturas sexuales, Poppy —dije intentando que mis palabras sonaran más consoladoras de lo que fueron. Con la voz atragantada y la respiración casi fuera de control, parecieron una amenaza. Oscura, inminente.

—A mí me hizo demasiado sexual —susurró—. Incluso ahora, yo...
Pero se detuvo.

—¿Incluso ahora qué? —Otra vez estaba usando esa voz, y ahora el peligro era inconfundible. Podía escucharla acomodarse en su asiento.

—Tengo que irme —dijo. La oí buscar su bolso y luego empujar la puerta, pero en menos de un segundo salí del confesionario y me paré a su lado. Apoye una mano a cada lado de la puerta (¿qué cojones estaba haciendo?) para impedirle el paso porque tenía que saber qué iba a decir o iba a volverme loco.

Alzó la vista para mirarme y puso unos ojos como platos.

—Oh —exhaló. Nos miramos fijamente durante un rato.

Podría haberlo dejado ahí. Así debería haber sido, a pesar de sus labios rojos, sus pezones duros debajo de la fina blusa de seda. Incluso con mis anchos hombros bloqueando la puerta del confesionario, incluso con la oleada de poder y satisfacción y lujuria que provocaba apretar mi cuerpo contra el de una mujer de esta forma primitiva y dominante.

Juro que lo hubiera hecho.

Pero entonces se mordió el labio con esos dientes un poco más grandes de lo normal, el blanco más puro clavándose en el rojo más perfecto y sangriento que se pueda imaginar, y un sonido muy sutil se escapó desde el fondo de su garganta.

Dejé de ver una penitente.

Dejé de ver una hija de Dios.

Dejé de ver un cordero perdido que necesitaba un pastor.

Solo vi una mujer con una necesidad, una necesidad poderosa y encantadora.

Retrocedí conteniendo la respiración, una parte de mi conciencia me pedía que retrocediera y ella salió a tientas del confesionario con los ojos clavados en los míos. La dejé pasar, pero no porque quisiera que se fuera ni porque necesitara terminar con esta tentación. No, en realidad le estaba dando una última oportunidad de escapar, y, si no lo hacía, entonces que Dios la ayudara, porque iba a tener que tocarla, iba a tener que saborearla y tenía que hacerlo ahora mismo.

Dio unos pasos hacia atrás hasta chocar con el piano de cola que estaba detrás de la plataforma del coro. Seguía sin hablar, pero ya no hacía falta porque podía leer cada uno de sus temblores, su respiración, su piel de gallina. Se seguía mordiendo el labio que ahora quería morder yo con tanta fuerza que la haría gritar.

Avancé hacia ella mientras miraba mis pasos con un hambre que era más que palpable, era opresivo, era feroz.

—Date la vuelta —le ordené y, joder, me hizo caso de inmediato; se dio la vuelta y apoyó las manos en el borde de madera oscura. Seguía apretando las piernas cuando me paré detrás de ella.

Le pasé el dedo índice desde la palma de la mano hasta el hombro, sintiendo cada centímetro de la piel erizada de su brazo—. ¿Qué ibas a decir en el confesionario? Y recuerda que mentir es pecado.

Se estremeció.

—No puedo decirlo. No aquí. No a ti.

Mi mano llegó hasta su hombro. Tenía el cabello recogido en un moño que dejaba expuesta su nuca, y la acaricié, queriendo devorar cada suspiro, cada respiración entrecortada. Y entonces apoyé la mano abierta entre sus omóplatos y la empujé hasta que quedó doblada sobre el piano con la mejilla apoyada en la madera brillante. Era tan pequeña que debía ponerse de puntillas, sus bailarinas de cuero se le salieron del talón y las pantorrillas se convirtieron en dos pelotas apretadas.

Llevaba una falda de tubo y, cuando se inclinó, el dobladillo se alzó lo necesario para revelar un fragmento de carne rosada.

—Poppy —dije en tono peligroso—. ¿Has venido sin ropa interior? —Yo todavía tenía la mano en su espalda y los dedos en su cuello, y ella asintió—. ¿Lo has hecho a propósito?

Una pausa. Volvió a asentir.

El sonido retumbó en la iglesia y ella se sobresaltó cuando mi mano le golpeó el trasero. Entonces gimió y lo alzó aún más.

No le volví a pegar, aunque Dios sabe que quería hacerlo. En cambio, moví la mano de su hombro a su cintura, sintiendo la curva de su pecho apretada contra el piano, la hendidura de su cintura, la firmeza de su culo. Y luego repetí la acción, pero esta vez dejando que ambas manos bajaran hasta el borde de su falda. Inhaló y yo alcé su cintura abruptamente.

Me arrodillé detrás de ella y le abrí las piernas, las separé para que su coño quedara gloriosamente expuesto ante mí.

—Mi corderita —susurré—. Estás tan mojada.

Así era, la humedad brotaba por todas partes. Pero su coño no solo estaba húmedo, estaba chorreando frente a mi rostro.

Cogí su culo en mis manos y le enterré los dedos, me acerqué para que mi respiración le hiciera cosquillas en esa parte sensible.

Gimió.

—Esto está muy mal —dije, acercando más la boca. Podía olerla y olía a cielo, a jabón y piel y esa delicada esencia femenina que volvía loco a cualquier hombre—. Pero solo voy a probar —murmuré hablándome más a mí que a ella—. Dios no va a castigarme por probar. Por favor —susurré contra su piel—, solo una más. —Aplasté la lengua contra su clítoris y la volví a lamer; tenía la polla tan dura que me dolía.

Gritó contra la madera del piano y casi me muero porque ese sonido y, joder, ese sabor. Me enterré en ella como un hombre poseído, clavé los dedos en sus nalgas para abrirla a mi arrebato. La follé con la lengua, los labios y los dientes; me la comí como un hombre muerto de hambre. Su coño era tan perfecto como me lo había imaginado todas esas noches de duchas heladas fantaseando con esto mismo.

Iba a hacerla llegar al orgasmo, lo decidí en ese momento. Se correría contra mi cara, y solo de pensarlo se me hincharon las pelotas y mi polla se sobresaltó en mis pantalones. Era una posibilidad muy real que fuera a tener un orgasmo sin siquiera tocarme.

Llevé un dedo hacia su coño y se lo metí; busqué ese lugar suave y rugoso que la volvería loca. Ahora se frotaba contra mi cara sin vergüenza mientras arañaba la madera del piano y pequeños gemidos y suspiros brotaban de su garganta.

Solo podía respirarla y saborearla, y entonces alcé la vista y vi el crucifijo de la iglesia (un Dios trágico y agonizante colgando en su sacrificio) y se me estrujó el corazón. ¿Qué cojones estaba haciendo? Podía entrar alguien en cualquier momento y ver al sacerdote con una mujer inclinada sobre el piano, arrodillado como si le estuviera rezando a su coño con el rostro enterrado en su culo.

¿Qué pensarían? ¿Después de haber trabajado tan duro para reparar el dolor de este pueblo, después de haber ayudado a esta comunidad a volver a confiar en la iglesia?

Y más aún... ¿El voto que había hecho ante mi familia y ante Dios? ¿Qué significaba para mí este juramento si solo tres años después de haber jurado castidad estoy metiendo la lengua en el coño mojado de una mujer?

Pero entonces Poppy llegó al orgasmo, su grito era el himno más bonito que había escuchado en la vida y todo a su alrededor se desvaneció excepto ella, su sabor y la sensación de su presión en mis dedos.

Retrocedí contra mi voluntad, queriendo darle otro orgasmo, queriendo enterrar otra vez mi rostro en su culo, pero sabiendo que no podía, que no debía, y entonces me puse de pie y la vi mirando por encima de su hombro como si fuera la cosa más maravillosa que hubiera visto jamás.

—Nadie me había hecho eso antes —susurró. ¿Follarla con la lengua en una iglesia? ¿Doblarla sobre un piano y lamerla hasta que no aguantara más? Junté las cejas y ella respondió la pregunta que no había hecho—. Me refiero a que nadie me había hecho llegar al orgasmo con la boca —dijo. Todavía tenía un rubor en las mejillas que bajaba hacia su cuello.

No lo entendí.

—¿Nunca te habían comido?

Negó con la cabeza y cerró los ojos.

—Ha estado muy bien.

Estaba sorprendido. ¿Cómo es que nunca le habían hecho sexo oral?

—Qué pena, corderito —dije, y no pude contenerme, apreté mi erección contra su culo—. No te han tratado como es debido. —Bajé la mano y volví a buscar su clítoris, gruñí cuando descubrí que seguía hinchado y caliente—. Pero no te voy a mentir. Me la pone dura saber que soy el primer hombre que te prueba.

Escuché las palabras mientras las decía y, de pronto, volví a la realidad.

¿Qué cojones estaba haciendo? ¿Qué cojones había hecho?

¿Y por qué, entre todos los sitios posibles, lo hacía aquí?

Retrocedí, respirando con dificultad, sin poder pensar en nada más que escapar a cualquier parte antes de que me consumiera la culpa y el arrepentimiento.

Poppy se dio la vuelta, seguía teniendo la falda enroscada en la cintura, con los ojos brillantes.

—No te atrevas —dijo—. No te atrevas a huir ahora.

—Lo siento —dije—. No... No puedo.

—Puedes —dijo avanzando. Apretó su palma contra mi erección y cuando bajé la vista la vi desabrocharme el cinturón.

—No puedo —repetí, mirando cómo sacaba mi polla. En el momento en que sus dedos acariciaron mi piel desnuda me quise morir, porque no había exagerado en mis fantasías cuando me imaginé lo bien que iba a sentirlo, para nada.

—Eres un buen pastor, padre Bell —dijo, y su mano se movió para explorar más abajo—. Pero también eres un buen hombre. ¿Y un buen hombre no merece un poco de indulgencia de vez en cuando? —Me sujetó con fuerza y comenzó a frotar con firmeza. Miré su mano moverse

de arriba abajo como si estuviera hipnotizado—. No tendremos sexo —prometió—. Sin sexo no estamos rompiendo ninguna regla, ¿no?

—Te equivocas —dije con dificultad, cerrando los ojos para no ver lo que estaba haciendo.

—Entonces te haré otra confesión —dijo arrastrando las uñas desde mi pelvis hasta mi ombligo, lo que me hizo apretar los abdominales—. Después de la primera vez que hablamos, te busqué en internet. No podía dejar de pensar en tu voz como si, de alguna forma, pudiera oírla resonando en mi mente. Y entonces vi tu imagen en la web y estabas... bueno, ya sabes cómo estabas. Esa fue la primera vez que me toqué pensando en ti.

—¿Te tocaste pensando en mí? —Lo que quedaba de mi autocontrol amenazó con romperse.

—Más de una vez —admitió, pasando los dedos por mis abdominales, debajo de la camiseta—. Porque cuando vi tu cuerpo la primera vez que nos cruzamos corriendo... y luego tu cara la última vez que hablamos. Dios, tu cara, estaba tan ensombrecida, como si quisieras hacérmelo ahí mismo... Tuve que masturbarme tres veces antes de poder concentrarme en otra cosa.

Y ahí se fue cualquier disciplina que conservara y solo quedó un macho, ni Tyler ni el padre Bell, sino algo más primitivo y demandante.

—Enséñamelo —ordené.

—¿Qué?

—Recuéstate en el suelo, abre las piernas y enséñame cómo te masturbas pensando en mí. —Abrió la boca, sus mejillas se enrojecieron y al segundo estaba acostada sobre la alfombra con la mano entre sus piernas. Me paré detrás de ella, con la polla en mano, entregándome a todo, dispuesto a todo siempre que esto terminara con ella cubierta de mi semen—. ¿Por qué has venido sin ropa interior hoy? —pregunté, mirándola dibujar círculos en su clítoris.

—La última vez que hablamos estaba tan cachonda... Pensé que, si volvía a pasar, sería más fácil si no llevaba bragas. Y ha sido más fácil.

Me arrodillé entre sus piernas y sujeté sus finas muñecas. Me estiré sobre ella, clavándolas en el suelo sobre su cabeza, acariciándole el coño y la falda arremangada con la polla.

—¿Me estás diciendo —pregunté— que te estabas masturbando en el confesionario junto a mí?

Asintió, atrevida.

—Me haces mojarme tanto —dijo—. No puedo soportarlo.

Hicieron falta todos mis esfuerzos para no penetrarla en ese mismísimo momento. Cada vez que movía las caderas, mi polla se deslizaba contra sus labios y estaban tan calientes. Tan húmedos.

Agaché la cabeza y enterré mi rostro en su cuello. Olía a piel limpia con un rastro de perfume de lavanda que seguro que costaba más de lo que yo ganaba en un mes. Por algún motivo, este exceso, esta posible decadencia alimentó mi necesidad de despedazarla. Le mordí el cuello, las clavículas, le raspé los hombros con los dientes mientras presionaba la polla contra su clítoris y le cogía el pecho hasta llevarla a un segundo orgasmo como si la estuviera castigando con placer. Castigándola por venir aquí y derrumbar mi vida construida con tanto cuidado como si fuera un castillo de naipes.

Se retorció debajo de mí, jadeando y gimiendo, retorciendo las manos contra el suelo sin sentido porque las tenía inmovilizadas usando una sola mano. Estaba tan húmeda que sería sencillo, un ligero cambio de ángulo y podría penetrarla.

Quería. Quería, quería, quería, quería. Quería follarme a esta mujer más de lo que había querido nada en la vida. Y era tan perverso que el hecho de que no pudiera, de que estuviera mal a tantos niveles (el moral, el profesional, el personal), lo hacía aún más sexy. Hacía que la

imagen, la sensación imaginada, me obsesionara hasta estar como loco golpeando contra ella, chupando y mordisqueándola como si pudiera apagar este deseo devorando cada centímetro de su piel.

—Oh, Dios —susurró—. Voy a... Oh, Dios...

Me hubiera azotado todos los días del resto de mi vida por poder estar dentro de ella en ese momento, por sentirla apretarme la polla, sentir sus convulsiones temblorosas desde dentro. Pero estar encima de ella era casi igual de increíble porque sentí cada respiración acelerada, cada movimiento salvaje de su cadera y, cuando la miré a los ojos, estaban encendidos y penetrantes, pero también sorprendidos como si le hubieran dado un regalo inesperado y no estuviera segura de si debía estar agradecida o sospechar.

Pero, antes de poder indagar más en esa mirada, arqueó la espalda, rompió mi equilibrio y me empujó para dejarme de espaldas y poder ponerse encima de mí.

Sin vacilar, me levantó la camiseta para poder mirarme el vientre y no ignoré la forma en que apretó la mandíbula y se le encendieron los ojos. Me rasguñó el estómago (con fuerza) como si le enfureciera que fuera sólido y musculoso, como si le enfadara excitarse. (Y mentiría si dijera que no me excitó).

Se sentó encima de mí, su coño deslizándose junto a la base de mi polla, y empezó a frotarme como si me estuviera masturbando con la vagina. Me incorporé sobre los codos para poder mirarla, para mirar la forma en que su carne se apretaba contra la mía, la forma en que su coño desnudo me dejaba ver su clitoris. Estaba tan mojada y con toda la presión de todo su peso corporal sobre mi polla se parecía mucho a lo real, tal vez demasiado, pero técnicamente seguía sin ser sexo; me mentí, tal vez no contaba, tal vez no estaba pecando.

Pero, aunque así fuera, joder, no iba a parar.

Era tan sucia la forma en que su falda seguía enroscada en sus caderas que me hubiera bajado los pantalones solo lo necesario para liberar las pelotas, mientras la vieja alfombra me raspaba el culo y la espalda. La forma en que se movía sin vergüenza para que mi pene le apretara justo donde quería, que la excitación fuera el único lubricante y, Dios, quería casarme con esta mujer o atarla o secuestrarla; quería ser su dueño, hacerle de todo, poseerla; quería que estuviéramos por siempre en esta vieja alfombra, con su cabello despeinado y sus pezones erectos.

—Acaba —me dijo con voz ronca—. Tengo que verte acabar. Lo necesito. —Tenía la mandíbula demasiado apretada como para responder porque estaba a punto de hacerlo, algo más intenso a lo que había sentido en años creciendo en la base de mi columna vertebral y viajando hacia mi pelvis—. No te aguantes —rogó haciendo aún más presión, y joder, ahí estaba—. Dámelo todo. Dame hasta la última gota.

Mierda, esta mujer era sucia. Y perfecta. Y fue puro instinto lo que me hizo coger sus caderas y moverla más rápido y más fuerte, con la mente llena de la imagen de ella montándome y su clitoris rosado, hinchado y demandante, y el recuerdo de su sabor y su aroma en mi nariz y en mi rostro, y luego me inundó; no, me incendió y me devoró, y ella dejó escapar un gemido grave al ver mi esperma disparado sobre mi vientre. Había tanto y parecieron horas y no segundos el tiempo que pasé latiendo y aliviado mi cuerpo.

Y en ese momento; en el pico, en la cumbre de su codicioso triunfo, nos miramos fijamente y atravesamos todas las barreras: desconocido y desconocida, sacerdote y penitente, Tyler y Poppy. Solo éramos hombre y mujer, como nos hizo Dios; Adán y Eva en su forma más elemental y fundamental. Éramos biología, éramos la creación encarnada, y vi el momento en el que ella también sintió que, de alguna forma, nos habíamos fusionado. Irrevocable e innegablemente fusionados en algo singular y completo.

El orgasmo cedió, pero casi no podía respirar ni procesar qué cojones acababa de sentir, y entonces Poppy se mordió el labio y pasó un dedo por mi vientre, llenándolo de mi orgasmo, y luego se lo llevó a la boca. Mi polla saltó al verla chupándolo.

Volví a apoyar la cabeza contra el suelo, abrumado por la idea de que posiblemente nunca fuera a poder alejarme de esta mujer. Era la clase de mujer que podía hacerme acabar una y otra vez, la clase de mujer con la que podría pasarme una semana follando sin parar y seguiría queriendo más, y esas eran malas noticias para mi autocontrol, que poco a poco volvía a la vida junto con mi consciencia abatida y maltrecha.

—¿Te volvería loco —preguntó al cabo de un rato— saber que voy a masturbarme a pocos centímetros de ti cada vez que venga a confesarme?

Gruñí. Claro que sí.

—Poppy —dije, pero luego me detuve. ¿Qué podía decir en este momento que tuviera alguna clase de valor, que representara este torrente de culpa y vergüenza y, a la vez, expresara lo mucho que esta mujer me había conmovido?

—Lo sé —susurró—. Yo también lo siento.

Se puso de pie y se puso bien la ropa mientras yo me limpiaba el vientre con la camiseta y me sentaba. ¿Solo había pasado un minuto desde que todo el universo se había reducido a nosotros dos, a nuestras narices y nuestro sudor y este follar sin follar? Y ahora la iglesia parecía enorme y vacía, una caverna cuyo silencio solo interrumpía el sonido del aire acondicionado.

La iglesia estaba vacía. El pueblo no estaba en la puerta listo para arrojarme rocas o exiliarme. Me había salido con la mía.

Y, por algún motivo, eso me hizo sentir peor.

Poppy y yo no nos despedimos. Nos quedamos mirándonos, sudorosos y revueltos, emanando sexo, y entonces ella se fue sin decir nada.

Regresé despacio a la rectoría, pegajoso, empalmado otra vez y odiándome sin piedad.



CAPÍTULO 7

La puerta se cerró de golpe y yo di un salto en la silla de la cocina esperando encontrarme con Poppy o una horda de feligreses enfurecidos dispuestos a excomulgarme, pero solo era Millie con los brazos llenos de guiso congelado.

Pasó por mi lado hecha un torbellino y entró en la cocina; la luz de la tarde rebotaba en su peluca rojo fuego mientras descargaba su cargamento.

—Eres demasiado limpio —dijo a modo de saludo, mirando con expresión de fastidio los armarios bien organizados—. Los chicos de tu edad tienen que ser desordenados.

—No soy un chico, Millie —dije mientras me acercaba para ayudarla a poner la comida en el congelador.

—A mi edad, cualquiera que tiene menos de sesenta me parece un chico —dijo al pasar, apartándose para meter una bandeja en el horno.

Millie tenía unos ciento treinta años, pero no solo era una de mis feligresas más activas, sino también era la implacable contable de la iglesia. Fue la que insistió en que usáramos iPads y hojas de cálculo para las ferias de pasteles y viernes de pescado frito; fue quien estuvo a cargo de la instalación de la fibra óptica cuando nadie en el pueblo la tenía.

También me había adoptado como una especie de proyecto personal cuando me mudé aquí, era nuevo en el pueblo y en eso de vivir en cualquier parte que no fuera un moderno apartamento del centro cerca de un Chipotle. Chasqueaba la lengua por mi edad y por mi apariencia (me apodaba «Padre Desperdicio») y venía una vez a la semana con comida, aunque ya le había dicho mil veces que podía cocinar (sopa de fideos, pero da igual). Y, después de conocer a mi madre y pasarse horas conversando sobre la temperatura ideal del agua para hacer masa quebrada, no me la quito de encima. Millie también adoptó a mi madre y a mis hermanos, que todas las semanas recibían paquetes de galletas en sus elegantes oficinas de Kansas City.

Pero hoy no me creía digno de sus apabullantes atenciones. No me creía digno de nada (de esta casa, de este trabajo, de este pueblo) y solo quería quedarme sentado aquí, en la mesa de mi cocina, hasta la muerte.

No, eso era mentira. Quería hacer algo: correr, levantar peso o limpiar hasta que me sangraran las manos. Quería penitencia. Era curioso pensar en cuántas veces había aconsejado a mis feligreses sobre el verdadero valor de la penitencia, el verdadero peso del amor y el perdón incondicional de Dios y que, sin embargo, mi primera reacción al pecar con Poppy fuera castigarme.

O al menos cansarme hasta no poder pensar más.

—Te pasa algo —declaró Millie sentada en la mesa con las manos. Alguien me contó alguna

vez que había sido la primera ingeniera mujer en Missouri y había hecho inspecciones para el gobierno cuando construyeron la interestatal del oeste. Y ahora era fácil creerlo, con esa mirada determinada, con esos ojos afilados buscando cada detalle.

Hice un gran esfuerzo por sonreír. Admito que tengo una sonrisa bonita. Es una de mis armas más efectivas, aunque últimamente la uso más con feligreses que con mis iguales.

—Es el calor, Millie —dije y comencé a levantarme.

—Mmm. Prueba otra vez —dijo y señaló la silla con la cabeza. Me volví a sentar, inquieto como un niño. (Millie tenía ese efecto en mí. Cuando nuestro arzobispo la conoció, dijo que debió de haber sido la Madre Superiora de una abadía hace cientos de años, y lo único que puedo decir sobre eso es que lo lamento por cualquier monja que tuviera que trabajar bajo su mando).

—No me pasa nada —dije con voz relajada—. Te lo prometo.

Se estiró sobre la mesa y cubrió mi gran mano con la suya, pequeña y arrugada.

—Los viejos sabemos cuándo nos están mintiendo. Ahora, hasta donde sé, estás a cargo de toda la congregación. No le mentirías a uno de tus feligreses, ¿o sí?

¿Teniendo en cuenta que casi acabo follando en suelo santo? Me invadió una nueva ola de culpa cuando me di cuenta de que estaba agravando mis pecados. Estaba mintiendo (y a una buena persona que no había hecho más que cuidarme). De pronto quería contarle a Millie todo lo que había ocurrido tarde, esas últimas semanas, hablarle de esta nueva tentación, que era la más vieja del mundo. Pero en cambio miré nuestras manos y no respondí. Porque era orgulloso y estaba a la defensiva y sentía furia conmigo mismo. Y eso no era todo.

Quería volver a hacerlo. Quería a Poppy. Y, si le contaba mi pecado a alguien, tendría que hacerme cargo. Estaría obligado a cumplir mis votos, a comportarme.

Nada en Poppy Danforth hacía que quisiera comportarme.

Pero lo estaría arriesgando todo si no lo hacía; mi trabajo, mi comunidad, mi misión, la memoria de mi hermana y tal vez también mi alma.

Bajé la cabeza hacia la mano de Millie, con cuidado de no descargar todo el peso sobre sus frágiles huesos, pero desesperado por el consuelo.

—No puedo contártelo —dije contra la mesa. No iba a mentirle (¿Cuánto había hablado en el grupo de jóvenes de las mentiras por omisión? ¿Cuándo me había convertido en un hipócrita?)

Millie me palmeó la cabeza.

—No tendrá nada que ver con la chica que compró la casa de los Anderson, ¿verdad?

Levanté la cabeza de golpe. No sé qué vio en mi rostro, pero se rio.

—Os vi en la cafetería la semana pasada. Me di cuenta de que hacíais una bonita pareja incluso a través del cristal.

Joder. ¿Sospechaba algo? Y si era así, ¿me juzgaba?

—Estaba mirando los números de la renovación. Tiene experiencia en finanzas y un máster en Administración de empresas en Dartmouth. —No mencioné que también tenía experiencia en seducir a millonarios bailando en un escenario. O que su coño sabía a cielo.

—Tal vez tenga que ir yo a tomarme café con ella —dijo Millie—. Considerando que los números se te dan fatal. A menos, claro —dijo mirando mi cara— que prefieras seguir viéndola tú.

—*Rem acu tetigisti* —dije alejando mis ojos de los suyos. *Has dado en el clavo.*

—Voy a asumir que eso quiere decir «Tienes razón, Millie, soy un cero a la izquierda en matemáticas». —No—. Siempre he dicho que eres demasiado joven y guapo para limitar tu vida de esta manera. «Solo traerá problemas», dije. «Recordad mis palabras». Y nadie las recordó.

No respondí. Otra vez estaba mirando nuestras manos entrelazadas, pensando en el silencio de

la rectoría después de haber acabado en mi estómago, la sensación del calor húmedo de Poppy apretándose. Me había dado dos duchas, había frotado hasta dejarme la piel roja, pero nada podía borrar la sensación de su piel en la mía. La sensación del calor golpeando contra mi estómago mientras ella me miraba con ojos hambrientos y salvajes.

—Mi querido niño, ¿te das cuenta de que esto es perfectamente natural? ¿De qué hablaste en la homilía que diste en tu primer mes aquí? ¿Eso de que sanar implica celebrar el sexo normal, consentido y divino?

Había dicho eso. Dejando de lado que había disfrutado del sexo consentido en la universidad (consentido, pero no siempre normal), tenía una fuerte creencia teológica en la importancia de la sexualidad humana. Casi todas las versiones del cristianismo se ocuparon de borrar el sexo y su placer, pero los deseos reprimidos no desaparecen sin más. Crecen. Crean culpa y vergüenza y, en el peor de los casos, perversiones. No nos avergonzaba disfrutar con moderación de la comida y del alcohol..., ¿por qué le teníamos tanto miedo al sexo?

Pero por supuesto que este mensaje estaba pensado para mi congregación, no para mí.

—¿Cuál era la cita? —preguntó Millie—. ¿*Mera cristiandad*? Los pecados de la carne son malos, pero son los menos malos de los pecados... y por eso una persona fría, pedante y egoísta que va cada domingo a la iglesia está más cerca del infierno que una prostituta.

—Sí, pero Lewis acaba ese párrafo con «Por supuesto que es mejor no ser ninguno de los dos».

—Tú no eres ninguno de los dos. ¿En serio creías que por ponerte un alzacuellos todos los días ibas a dejar de ser un hombre?

—No —dije, agitado—. Pero pensé que iba a poder contener mis impulsos con oración y disciplina. Es mi vocación. Elegí esta vida, Millie. ¿Y voy a abandonar ante la primera tentación?

—Nadie ha hablado de abandonar. Solo digo, mi niño, que puedes elegir no flagelarte por esto. He vivido mucho tiempo y que un hombre y una mujer se deseen es una de las cosas menos pecaminosas que he visto.



Había creado el cronograma de lecturas para el grupo de hombres a principios de año, así que no fue más que una horrible coincidencia que ese día comenzáramos a hablar sobre sexualidad masculina. A pesar de los consejos prácticos de Millie, me pasé el resto de la tarde y el principio de la noche descargando energía en el gimnasio del sótano hasta que ya no podía respirar, moverme ni pensar. Pero ya era hora de ir a la pequeña aula con paneles de falsa madera en la otra punta de la iglesia.

Sabía que Millie había estado intentando hacerme sentir mejor, pero no me merecía sentirme mejor. Ella no sabía lo lejos que había ido, lo mucho que ya había roto mis votos. Probablemente porque jamás iba a asumir que su sacerdote fuera tan débil como para ceder a sus deseos.

Me froté la cara con ganas. *Espabílate, Tyler, y resuélvelo*. Solo habían pasado unas semanas y ya había fallado estrepitosamente en controlarme. ¿Qué iba a hacer en dos meses? ¿En dos años? Ella había llegado para quedarse y yo también, y de ninguna manera podía permitir que se repitiera lo de esta tarde. O sea, si de solo vernos una vez (en público e inocentes) Millie sospechaba, ¿qué pasaría si empezábamos a escabullirnos?

Alcé la cabeza para saludar a los hombres cuando entré. De todos los grupos y actividades, este era el que más orgullo me generaba. En general, las mujeres eran mayoría en la concurrencia

a la iglesia; los hombres solo venían a misa a petición de sus mujeres. En especial después de los crímenes de mi predecesor, sabía que los hombres en particular (muchos con hijos de las mismas edades que las víctimas) guardaban un profundo rencor y desconfianza que no cedería con los métodos tradicionales.

Así que fui a los bares locales a mirar partidos. De vez en cuando disfruté de un cigarro. Me compré una camioneta. Organicé un grupo de caza en la iglesia. Y, mientras tanto, les hablé del pasado de mi familia y de todos los modos en que la iglesia necesitaba (e iba a) cambiar.

Y, gradualmente, este grupo floreció. Comenzó con dos ancianos que llevaban tanto tiempo viniendo a la iglesia que ya no sabían cómo parar y ahora eran cuarenta hombres que iban de recién graduados a jubilados. De hecho, había crecido tanto que ya teníamos planteado empezar uno nuevo.

Pero ¿y si había echado por la borda tres años de trabajo duro? ¿Tres años de esfuerzo desperdiciados por media hora con Poppy?

Si parecía distraído, nadie se dio cuenta ni hizo ningún comentario y yo me las ingenié para no atragantarme con mis palabras cuando leímos los pasajes de Timoteo y el Cantar de los cantares. Hasta que llegamos a un verso de Romanos y entonces sentí que se me cerraba la garganta y me temblaban los dedos mientras leía.

—No entiendo lo que hago. Porque no hago lo que quiero hacer, pero hago lo que odio hacer... porque tengo el deseo de hacer lo correcto, pero no lo consigo. Qué hombre tan desdichado.

Qué hombre tan desdichado.

Qué hombre tan desdichado.

Tuve que venir a un pueblo partido en dos por culpa de un depredador y había prometido arreglarlo. ¿Por qué? Porque cuando miraba las estrellas por las noches, podía sentir a Dios observarme. Porque sentía su respiración en mi nuca. Porque había conseguido mi fe gracias a mucho esfuerzo y dolor, pero sabía que también era mi fe la que le daba forma y razón a mi vida y no quería que los errores de la iglesia privaran a un pueblo entero de ese regalo.

¿Y qué había hecho yo? Había traicionado todo eso. Los había traicionado a todos.

Pero no era eso lo que me hacía temblar las manos y me cerraba la garganta. No, era entender que había traicionado a Dios tal vez más que a las personas que había en esta sala.

Mi Dios, mi salvador. Quien recibió todo mi odio después de la muerte de Lizzy y esperó pacientemente mi regreso pocos años después. La voz que me ha consolado, iluminado y guiado. La voz que me dijo lo que tenía que hacer con mi vida, adónde tenía que ir para encontrar la paz.

Y lo peor era que sabía que Él no estaba enfadado conmigo. Él me había perdonado antes de que ocurriera y yo no me lo merecía. Merecía ser castigado, una lluvia de fuego divino, agua amarga, una auditoría, algo, cualquier cosa, joder, porque era un hombre miserable, repugnante, lujurioso que se había aprovechado de una mujer vulnerable.

Qué hombre tan desdichado.

Acabamos con los estudios de la Biblia y yo limpié el café y las patatas fritas como un robot, mi mente seguía turbada por esta nueva ola de vergüenza. Esta sensación de ser demasiado pequeño, demasiado horrible para cualquier cosa que no fuera el infierno.

Apenas podía soportar pasar junto al crucifijo de regreso a la rectoría.



CAPÍTULO 8

Anoche dormí unas tres horas en total. Me quedé despierto hasta tarde leyendo la Biblia, repasando cada pasaje sobre el pecado que conocía hasta que mis ojos cansados se negaron a seguir prestando atención a las palabras y se cerraron como dos imanes con la misma carga. Por fin me metí en la cama con mi rosario, murmurando oraciones hasta que me entregué a un sueño intranquilo.

Una parálisis extraña me invadió cuando di misa esta mañana y cuando me até las zapatillas para correr después. Tal vez fue por la falta de sueño, por el agotamiento emocional o solo fue el efecto de la conmoción. Pero no quería parálisis, quería paz. Quería fuerza.

Tomé la ruta que salía del pueblo para evitar a Poppy y corrí más rápido de lo normal, hasta llegar a los calambres en las piernas y a que la respiración fuera un grito que salía de mi pecho. Y, en lugar de ir directamente a la ducha, entré tambaleándome a la iglesia con las manos entrelazadas en la nuca y las costillas desgarradas de dolor. El interior estaba oscuro y vacío, y no sabía por qué estaba allí y no en la rectoría, no sabía por qué había entrado en la iglesia y me había desplomado de rodillas frente al altar.

Tenía la cabeza colgando, el mentón tocando el pecho, sudor por todas partes, pero no me importaba, no podía importarme y no podía indicar en qué momento mi respiración agitada se había convertido en llanto, pero no fue mucho después de arrodillarme cuando las lágrimas se mezclaron con el sudor hasta que ya no estaba seguro de qué era qué. La luz del sol se filtraba por los gruesos vidrios de colores, patrones como joyas derramándose y cayendo sobre los bancos, mi cuerpo y el altar; las puertas doradas brillaban en tonos más oscuros, sombríos y sagrados, amenazantes y benditos.

Me incliné hasta que mi cabeza quedó apretada contra el suelo, hasta que pude sentir mis pestañas tocando la alfombra industrial gastada. San Pablo decía que no hay que poner en palabras nuestras plegarias, que el Espíritu Santo sabe interpretarnos, pero esta vez no hacía falta interpretación porque estaba susurrando «perdón, perdón, perdón» como un canto, como un mantra, como un himno sin música.

Supe al segundo que ya no estaba solo. Mi espalda desnuda se erizó como una advertencia y me enderecé, ruborizado de vergüenza de que un feligrés o un trabajador de la iglesia me hubiera visto llorar así, pero no había nadie. La iglesia estaba vacía.

Sin embargo, sentía una presencia que era más como una carga, como una electricidad estática a través de mi piel; miré cada rincón oscuro, seguro de haber visto a alguien.

El aire acondicionado se encendió con un ruido sordo y un silbido, y el cambio en la presión del aire cerró de golpe las puertas de la iglesia. Me sobresalté.

«Solo es el aire acondicionado», me dije.

Pero, cuando volví a mirar al altar, dorado y bañado en colores, no estaba tan seguro. Había algo anticipatorio y sensible en el silencio y el vacío. De pronto sentí como si Dios estuviera escuchando muy atento a lo que yo estaba diciendo, esperando, y bajé la mirada al suelo.

—Lo siento —susurré una última vez, la palabra colgaba en el aire como las estrellas cuelgan del cielo: brillantes y preciosas. Y luego dejó de existir junto con mi carga de pena y vergüenza.

Hubo un segundo de completitud perfecta, un momento en el que sentí que podía arrancar cada átomo del aire, en el que la magia y Dios y algo por encima de nuestra comprensión fue real, absolutamente real.

Y luego todo desapareció, todo, reemplazado por un profundo sentimiento de paz.

Exhalé al mismo tiempo que parecía hacerlo el edificio, el cosquilleo en mi piel desapareció, el aire volvió a quedar vacío. Tenía mil explicaciones para lo que acababa de sentir, pero también sabía que yo solo creía una.

«Moisés tuvo su árbol en llamas y yo tengo el aire acondicionado», pensé con tristeza cuando me volví a poner de pie, incorporándome tan despacio e inestable como un niño pequeño. Pero no me quejaba. Como San Pedro, había sido puesto a prueba y perdonado.

Podía hacerlo. Había vida después de haberlo arruinado todo.



Los siguientes dos días no pasó nada. Me pasé el jueves tirado en el sofá mirando los episodios de *The Walking Dead* en Netflix y comiendo sopa de fideos que había preparado solo con agua caliente.

Sofisticado, lo sé.

El viernes me levanté, llegué a la misa matutina unos minutos tarde, como siempre, por enésima vez me recordé que tenía que reorganizar la sacristía y entonces me preparé para entrar en la iglesia. Las misas de entre semana son breves (no hay música, no hay segunda lectura ni homilía), algo así como una eucaristía para los extremadamente fieles. Como Rowan y las dos abuelas y...

Jesús, ayúdame.

Poppy Danforth.

Estaba sentada en la segunda fila, con un vestido recatado de seda azul, escote Peter Pan, sandalias y el cabello recogido en un moño suelto. Parecía remilgada, serena, modesta... excepto por ese puto pintalabios rojo fuego que pedía a gritos que lo borrasen. Alejé la vista apenas la vi, intentando recuperar esa bendita sensación de paz que había sentido el martes, esa sensación de que podía controlar cualquier tentación siempre que tuviera a Dios de mi lado.

Ella necesitaba algo de este sitio, de mí, algo mucho más importante que lo que habíamos hecho el lunes. Y yo tenía que honrar mi oficio y dárselo. Me concentré en la misa, en las palabras y en las plegarias, contento de ver a Poppy esforzarse por seguir, rezando especialmente por ella mientras practicaba los ritos ancestrales.

Por favor, ayúdala a encontrar guía y paz.

Por favor, ayúdala a sanar su pasado.

Y por favor, por favor, por favor, ayúdanos a comportarnos.

Cuando llegó la hora de la eucaristía, formó fila detrás de las abuelas y de Rowan con un gesto de incertidumbre.

—¿Qué hago? —susurró cuando llegó al final de la fila.

—Cruza las manos sobre el pecho —susurré también.

Lo hizo, sin despegar los ojos de los míos, sus delgados dedos sobre los hombros. Volvió a bajar la vista, era tan adorable, pero tan frágil, y yo quería abrazarla. Sin ninguna connotación sexual, solo abrazarla. Quería envolverla en mis brazos y sentir su respiración en mi pecho, y enterrar su rostro en mi cuello para protegerla de su pasado, de su ambiguo futuro. Quería decírselo y que supiera (de verdad) que todo iba a ir bien, porque había amor y porque alguien como ella debería ir por la vida compartiendo ese amor, como lo había hecho en Haití. Toda esa alegría que había sentido allí iba a poder sentirla en cualquier parte si se abría.

Apoyé la mano en su cabeza, a punto de murmurar una bendición y entonces alzó los ojos hacia mí y todo cambió. El suelo y el techo y el lazo apretado en mi cintura y la suavidad de su pelo y la sensación de su piel en mi piel encendieron los pensamientos. La electricidad me recorrió la columna vertebral y todos mis sentidos la recordaron (el sabor, la sensación, los sonidos) y la conmoción se apoderó de mí.

Abrió la boca. Ella también lo había sentido.

Casi no pude pronunciar la bendición por lo seca que tenía la garganta. Y, cuando ella se giró para volver hacia el banco, también parecía conmovida, como si la hubieran cegado.

Después de la misa, salí disparado a la sacristía, sin mirar a nada ni a nadie. Me tomé mi tiempo para quitarme las vestiduras, colgué en su percha la casulla bordada que era muy muy cara y doblé el alba en un cuadrado. Me temblaban las manos. Mis pensamientos se convirtieron en fragmentos incompletos. Las cosas habían salido tan bien esta semana. Y todo iba bien durante la misa, incluso a pesar de verla tan adorable y devota, pero entonces la toqué...

Me quedé parado durante un minuto con solo el pantalón y la camiseta, mirando fijamente a la cruz (un poco defraudado, para ser sincero). Si me había perdonado, ¿por qué Dios no había alejado también la tentación? ¿O por qué no me había dado más fuerza para soportarla? ¿Para resistir? Sabía que no era justo desear que Poppy se mudara, se bautizara o algo por el estilo, pero ¿por qué Dios no eliminaba la atracción hacia ella? ¿Por qué no anulaba mis sentidos y esa sensación que me invadía cuando le daba la bendición? ¿Por qué no bloqueaba de mis ojos esos labios rojos y brillantes?

Padre, si estás dispuesto, lleva esta mochila por mí. Hasta Jesús había dicho esas palabras. Tampoco es que le hubieran resultado tan bien... ¿Por qué Dios insistía en dejar mochilas por todas partes?

Dejé la sacristía con un humor extraño, intentando invocar esa tranquilidad etérea, no física que había sentido antes, pero entonces doblé la esquina y vi a Poppy parada en el centro del altar, la última fiel que quedaba.

Sinceramente, no sabía qué hacer. Quería huir de la tentación, pero mi trabajo no hacía más que alimentarla. ¿Era peor escaparme y dejarla sin ayuda para evitar la lujuria y el deseo? Porque por supuesto que la lujuria era problema mío, no suyo, y eso no era excusa para ser frío con ella.

Pero si iba con ella, ¿qué más estaba poniendo en riesgo?

Más importante, ¿lo estaba arriesgando todo porque quería arriesgarlo? ¿Solo me estaba diciéndome a mí mismo que me importaba su desarrollo espiritual para poder estar cerca de ella?

«No», me decidí. Eso no era cierto. Pero la verdad era mucho peor. Me importaba ella como persona, me importaba su alma y quería follármela, y esa era la receta para algo mucho peor que un pecado carnal.

Era la receta para enamorarse.

Iría con ella. Pero la pondría en contacto con la líder del grupo de mujeres, para que Poppy

buscara su camino con ella y no conmigo y, con algo de suerte, una misa de vez en cuando sería el máximo de nuestras interacciones.

Poppy miró el altar mientras me acercaba.

—¿Hay huesos ahí dentro?

—Preferimos llamarlos vestigios. —Sin querer, mi voz volvía a tener ese tono grave. Me aclaré la garganta.

—Parecen un tanto macabros.

Hice un gesto hacia el crucifijo que mostraba a Jesús ensangrentado, roto, torturado.

—El catolicismo es una religión macabra.

Poppy se giró hacia mí con un gesto pensativo.

—Creo que eso es lo que me gusta. Es imperfecta. Es real. No oculta el dolor ni la pena ni la culpa: los resalta. Donde crecí, nunca te haces cargo de nada. Tomas pastillas, bebes, lo reprimes todo hasta convertirte en un cascarón caro. Esto me gusta más. Me gusta enfrentarme a las cosas.

—Es una religión activa —concordé—. Es una religión de hacer. Rituales, oraciones, encuentros...

—Y eso es lo que te gusta a ti.

—¿Que sea activa? Sí. Pero también me gustan los rituales en sí mismos. —Miré la iglesia—. Me gusta el incienso y el vino y los cantos. Es antiguo y sagrado. Y hay algo en los rituales que me devuelve a Dios cada vez, sin importar lo malhumorado que esté, sin importar lo mucho que haya pecado. Una vez que empiezo, el resto desaparece como si no fuera importante. Y es así. Porque, aunque el catolicismo pueda ser macabro, también es una religión de alegría y conexión, de recordar que no podemos aferrarnos al dolor y al pecado.

Se movió y su sandalia golpeó contra mi zapato.

—Conexión —dijo—. Claro.

De hecho, sentía la conexión en ese momento. Me gustaba hablar de religión con ella; me gustaba que lo entendiera, que lo entendiera más que personas que habían venido toda la vida a la iglesia. Quería hablar con ella todo el día, escucharla todo el día, que me susurrara sus palabras agitadas por las noches hasta quedarme dormido.

Noooo, Tyler. Malo.

Me aclaré la garganta.

—¿En qué puedo ayudarte, Poppy?

Me mostró el boletín informativo de la iglesia.

—Vi que hay un desayuno de tortitas mañana y me gustaría ayudar.

—Por supuesto. —El desayuno había sido una de las primeras cosas que hice cuando vine a St. Margaret y la respuesta fue abrumadora. Había suficiente pobreza en las zonas rurales y en las afueras de Platte City y Leavenworth como para garantizar una asistencia estable, pero siempre nos quedábamos cortos de voluntarios y apenas podíamos organizar las dos jornadas al mes que lo hacíamos—. Te lo agradeceremos mucho.

—Bien. —Sonrió y la sombra de un hoyuelo apareció en su mejilla—. Entonces nos vemos mañana.



Anoche hice oraciones extra. Me desperté al amanecer y fui a correr incluso más lejos que las otras veces; me desplomé en la cocina sudoroso y exhausto, lo que me ganó un chistido de Millie

mientras descargaba sus guisos.

—¿Estás entrenando para una maratón? —preguntó—. De ser así, no parece que te esté yendo muy bien.

Estaba demasiado agotado como para quejarme. Cogí una botella de agua y me la bebí entera con tragos largos. Después me estiré con el rostro apoyado en las baldosas del suelo para intentar bajar la temperatura corporal.

—¿Te das cuenta de que es peligroso correr con este calor, aunque sea temprano? Aunque sea en una cinta de correr.

—Mmmm —dije contra el suelo.

—Bueno, sea como sea, tienes que ducharte antes del desayuno. Anoche me crucé con esa encantadora chica nueva y dijo que iba a venir a ayudarnos. Seguramente quieras tener buen aspecto para ella, ¿no? —Levanté la cabeza y la miré, incrédulo. Me clavó la punta de los zapatos violetas en las costillas antes de pasar por encima de mí sin dificultad—. Iré a la iglesia a ayudar con la mezcla de las tortitas. Me aseguraré de que la señorita Danforth se sienta cómoda si llega y tú no estás.

Se fue y me despegué del suelo, tomándome un minuto para limpiar la estela sudorosa de mi torso con servilletas de papel y limpiador en spray. Y entonces regresé y me duché.

Resultó ser sorprendentemente fácil concentrarme durante el desayuno. Estaba muy ocupado; intenté sentarme en todas las mesas para conocer a las personas que habían acudido. Algunos tenían hijos a los que podía mandar a casa con mochilas llenas de material escolar y mantequilla de cacahuete; algunos tenían padres ancianos que podía situar en hospicios y caridades. Algunos estaban solos y querían hablar con alguien... y también podía hacer eso.

Pero cada tanto miraba a Poppy con el rabillo del ojo, sonriéndole a los invitados o moviendo bandejas, y era difícil no ver lo cómoda que estaba en este entorno. Era genuinamente amable, pero también eficiente, metódica y capaz de despachar huevos revueltos a una velocidad que hizo que Millie la declarara nieta honorífica. Parecía estar en paz, diferente a la mujer perturbada que me había confesado sus pecados.

Terminé la mañana cubierto de mezcla para tortitas (mi tarea era llevar los enormes recipientes de hacia el horno), con los dedos quemados (por freír el beicon) y feliz. Aunque probablemente no fuera a ver a estas personas en misa, volvería a verlas en dos semanas, y eso era lo importante: se trataba de llenar estómagos, no de ganar almas.

—¿Cómo puedo ayudar?

Poppy estaba al pie de la escalera, metiéndose un trozo de papel en su bolso. Incluso en la oscuridad del sótano, era surreal, demasiado exótica y adorable como para poder mirarla durante más de un minuto sin sentir dolor.

—¿No te habías ido? —dije, devolviendo la mirada a la seguridad de la mopa que tenía enfrente.

—He estado con una de las familias; oí que la madre decía algo sobre que tenían problemas con la declaración de impuestos y, como soy experta en la materia, me ofrecí a ayudar.

—Eso es muy generoso de tu parte —dije y volví a sentir la misma sensación frenética y opresiva del día anterior, esa sensación de que estaba perdiendo el control con ella y empezar a coquetear era peor que la pura lujuria.

—¿Por qué te sorprende tanto que haya hecho algo agradable? —preguntó avanzando hacia mí. Las palabras sonaron juguetonas, pero el subtexto estaba claro: «¿No crees que sea una buena persona?».

De inmediato me puse a la defensiva. Siempre asumo lo mejor de la gente, siempre. Pero

supongo que estaba un poco sorprendido por su predisposición a ayudar... Lo mismo me había ocurrido cuando me habló de Haití.

—¿Es porque piensas que soy una mujer descarriada?

Dejé la mopa y alcé la vista. Ahora estaba más cerca, tan cerca que podía ver una pequeña nube de harina en su hombro.

—No creo que seas una mujer descarriada —dije.

—Y ahora vas a decir que todos somos pecadores descarriados en un mundo descarriado.

—No —pronuncié con cuidado—. Iba a decir que las personas que son inteligentes y atractivas como tú no suelen cultivar virtudes como la bondad a menos que quieran. Sí, me sorprende un poco.

—Tú eres inteligente y atractivo —señaló. Le sonreí, pícaro—. Basta, padre, hablo en serio. ¿Está seguro de que no piensas eso porque soy una mujer inteligente y atractiva? —¿Qué? ¡No! ¡Había hecho un seminario de Estudios de Género! Yo... Dio otro paso hacia delante. Solo estaba el balde entre nosotros, pero eso no podía impedir que notara la curva elegante de su clavícula debajo del vestido, la ligera insinuación del escote antes de que empezara el sujetador —. Quiero ser buena persona, pero sobre todo quiero ser una buena mujer. ¿No hay forma de ser a la vez completamente mujer y completamente buena?

Mierda. Esta conversación había pasado de impuestos hacia los rincones más oscuros de la teología católica.

—Por supuesto que sí, Poppy, partiendo de la base de que cualquiera puede ser completamente buena —dije—. Olvídate ya mismo de lo de Eva y la manzana. Mírate como yo te veo: una querida hija de Dios.

—Creo que no me siento tan querida.

—Mírame.

Lo hizo.

—Eres amada —dije con firmeza—. Esta mujer inteligente y atractiva que eres; cada parte de ti, lo bueno y lo malo, es amada. Y por favor ignórame si me equivoqué y te hice sentir algo diferente, ¿de acuerdo?

Resopló y me regaló una sonrisa triste.

—Lo siento —dijo despacio—. No quería acorralarte así.

—No me has acorralado. En serio, yo soy el que lo siente.

Dio un paso hacia atrás como si estuviera dudando sobre decirme o no lo que quería decir. Por fin habló:

—Anoche me llamó Sterling. Creo... Supongo que lo dejé manipularme.

—¿Sterling te llamó? —pregunté sintiendo una irritación que estaba fuera de cualquier interés profesional.

—No respondí, pero dejó un mensaje de voz. Tendría que haberlo borrado, pero no lo hice...

—Arrastró las palabras—. Repitió todas esas cosas que había dicho antes sobre la clase de mujer que soy y dónde debería estar. Dijo que iba a volver a por mí.

—¿Volver a por ti? ¿Dijo eso?

Asintió y una furia roja me invadió los ojos.

Evidentemente, Poppy lo vio porque se rio y puso un dedo sobre el mío, que estaba sujetando la mopa con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

—Relájate, padre. Vendrá, intentará sorprenderme con más historias sobre vacaciones y vino añejo y yo lo rechazaré. Otra vez.

Otra vez... ¿Como la vez que le dejaste que te hiciera correrte antes de echarlo?

—No me gusta esto —dije y no lo hice como sacerdote ni como amigo, sino como un hombre que la había probado a pocos metros de aquí—. No quiero que te encuentres con ese hombre.

Siguió sonriendo, pero sus ojos se convirtieron en dos fríos vidrios verdes y café. De repente, entendí lo letal que habría sido en una sala de reuniones o en el equipo de un senador.

—¿Puedo serte sincera? No creo que sea asunto tuyo si me encuentro con él o no.

—Es peligroso, Poppy.

—Ni siquiera lo conoces —dijo alejando su mano de la mía.

—Pero sé lo peligroso que puede ser un hombre con una mujer que no puede tener.

—¿Como tú? —dijo y el golpe fue tan despiadado y preciso que casi me caigo hacia atrás.

El peso de lo no dicho se desplomó sobre nosotros como un techo podrido: Poppy y Sterling, sí, pero también Poppy y yo, el sacerdote de mi infancia y Lizzy.

Hombres que quieren lo que no pueden tener: la historia de mi vida.

Sin decir nada más, Poppy se giró y se fue haciendo ruido con las sandalias por las escaleras. Me obligué a respirar hondo e intentar descifrar qué cojones acababa de ocurrir.



CAPÍTULO 9

Toc.

Toc.

Pausa.

Toc, toc, toc.

—Basta —murmuré dándome la vuelta en la cama, lento y torpe por el sueño—. Ya voy, ya voy.

Toc, toc, PUUM.

El ensordecedor trueno y el destello de luz que lo antecedió no ayudaron a aliviar mi desorientación; avancé hacia la mesa y el borde afilado se me clavó en la cadera. Maldije, buscando a tientas una camiseta (solo llevaba unos pantalones sueltos) y fui dando tumbos por el pasillo hasta llegar a la sala de estar, donde estaba la puerta principal. Estaba lo suficientemente despierto como para registrar que había alguien en mi puerta a las tres de la mañana; o era un agente de policía para decirme que Ryan por fin había estrellado su coche contra un árbol por mandar un mensaje o alguno de los feligreses necesitaba una extremaunción. Sea cual fuera el motivo que lo hubiera traído hasta la rectoría, probablemente no era bueno, y me preparé para la tragedia cuando abrí la puerta intentando, al mismo tiempo, pasarme la camiseta por la cabeza.

Era Poppy, empapada y con una botella de *whisky* en la mano.

Parpadeé como un idiota. Para empezar, después de la pelea de esa mañana, lo último que podía esperar era a Poppy con regalos en mi puerta en medio de la noche. Pero además, llevaba puesto lo que, podía asumir, era su pijama (unos pantalones cortos sueltos y una camiseta de *The walking dead*) completamente empapado por la lluvia. No llevaba sujetador, la lluvia había vuelto su camiseta casi transparente y se veían sus pezones oscuros a través de la tela. Una vez los vi, fue difícil pensar en algo más que en esos pechos húmedos, probablemente con piel de gallina, y cómo se sentiría la piel fría contra mi lengua caliente.

Entonces volví a entrar en razón por un terrible segundo y me debatí entre dos impulsos: dejarla fuera en la lluvia o ponerla de rodillas.

Huye de las tentaciones de la juventud, habíamos leído hacía un rato en estudios de la Biblia. *Busca la justicia*. Debería cerrar la puerta y volver a la cama. Pero entonces Poppy tuvo un escalofrío y una vida entera dedicada al respeto y la bondad intercedió. Terminé retrocediendo y haciendo un gesto para que pasara.

Busca la justicia, decía el autor de Timoteo. ¿Pero la justicia traía una botella de Macallan 12? Porque Poppy sí.

—No podía dormir —dijo mientras entraba a la sala de estar, y luego se dio la vuelta para

quedar cara a cara.

Cerré la puerta.

—Ya me parecía a mí. —Tenía la voz grave por el sueño y por algo menos inocente. Como era predecible, mi polla comenzó a hincharse; a pesar de todo lo que había ocurrido, todavía no había visto sus pechos, y eran aún más tentadores debajo de esa camiseta mojada.

Joder. No quería decir «todavía». Quería decir «nunca». Nunca iba a ver sus pechos. «Acéptalo», castigué mentalmente a mi entrepierna, que se negó a resignarse y siguió enviando esos recuerdos tan vívidos a mi cerebro: por ejemplo, la sensación de sujetar las tetas de Poppy mientras estaba doblada sobre el piano de la iglesia.

Bajó los ojos a mis caderas y supe que mis pantalones no estaban haciendo un buen trabajo ocultando mis pensamientos. Me aclaré la garganta y caminé hacia la cocina.

—No sabía que te gustaba *The walking dead* —mencioné de pasada mientras le daba al interruptor. Un brillo amarillo pálido salió del aplique de posguerra y proyectó sombras en la sala de estar.

—Es mi serie favorita —dijo Poppy—. Pero no sé por qué parece sorprendido de no saberlo. No hace tanto que nos conocemos y la mayor parte de nuestras conversaciones han sido contándote mis secretos más oscuros, no mi lista de Netflix. —Me alcanzó la botella de *whisky*, que cogí, y fui hacia la cocina a buscar vasos intentando pensar una respuesta (cualquier respuesta), pero no se me ocurría nada que decir—. Es una ofrenda de paz —dijo, señalando con la cabeza el Macallan—. No podía dormir y quería pedirte perdón por la pelea de hoy y se me ocurrió que tal vez el *whisky*... —Respiró hondo y por primera vez mi cerebro dormido se dio cuenta de que estaba nerviosa—. Perdón por despertarte —dijo despacio—. Debería irme.

—No lo hagas —dije automáticamente, mi boca actuaba por instinto antes de que mi mente pudiera alcanzarla. Un rubor de gratitud invadió sus mejillas y algo se encendió en mi mente: ahora estaba completamente despierto—. Ve a la sala de estar —dije, no sugerí—. Enciende la chimenea y siéntate enfrente. Espérame.

Obedeció sin cuestionar y ese simple acto de sumisión sacudió al viejo yo, que era famoso en el campus por dar un cierto tipo de experiencia en el dormitorio. No podía evitarlo, era genial tener una mujer rendida a mis órdenes, que una mujer inteligente e independiente como Poppy me permitiera ocuparme de ella, que confiara en mí para guiarla como corresponde. Y entonces me sentí un idiota. Me apoyé en la encimera y recordé las clases de estudios de género en la universidad, la monja feminista en el seminario que señaló cada aspecto misógino en la historia de la Iglesia. Me estaba comportando como un cerdo por muchos motivos. Necesitaba recuperar el control, salir y decirle que debía irse después de la primera copa. Iba a ser sincero acerca de mi lucha interna y esperaba que me entendiera.

Incluso aunque me odiara por ello.

Porque me merecía su odio.

Pero, primero, las copas. Aunque me gustaba el *whisky*, solía beberlo solo con mis hermanos, así que no tenía los vasos adecuados. De hecho, no tenía ningún vaso para beber. Así que llevé el *whisky* en dos tazas de café.

«Sé bueno, sé bueno, sé bueno», me dije mientras me acercaba. «No te abalances. No fantasees con follarte sus tetas. Sé un buen pastor».

Le ofrecí el *whisky*.

—Perdón por las tazas.

Sonrió.

—Pero si son muy elegantes.

Puse los ojos en blanco y me senté en la silla junto al fuego, lo que fue una mala idea porque eso significaba que ella estaba básicamente sentada a mis pies y eso reforzaba todos los malos pensamientos.

«Ahora o nunca, Tyler», me dije. «Tienes que hacerlo».

—Poppy —comencé, pero ella me interrumpió.

—No, soy yo la que tiene que disculparse —dijo—. Después de todo, eso es lo que he venido a hacer. —Alzó la cabeza para mirarme a los ojos y el fuego brilló a través de su cabello, que comenzaba a secarse con unos rizos desordenados—. Me siento fatal por lo de esta tarde. Lo que pasó con Sterling me afectó y, por algún motivo, cuando te pusiste protector, entré en pánico. Y, voy a ser sincera, porque al fin y al cabo estoy hablando con un sacerdote. Es complicado porque no puedo dejar de pensar en ti todo el puto tiempo y eso me está matando. —Todo mi interior se prendió fuego porque esas eran, al mismo tiempo, las primeras y las últimas palabras que quería oír, y me estremecí. Bajó la mirada con una expresión herida que se me clavó en las costillas. Pensó que estaba rechazando su atracción, que la estaba rechazando a ella. Mierda, no había nada más lejos de la realidad, pero no había forma de explicarlo sin enredar las cosas más de lo que ya estaban—. Sea como sea —continuó en voz baja—. Perdón por desfogarme contigo esta tarde. Y también lo siento por lo que pasó el lunes pasado. Me aproveché de ti. Mi vida es un caos y te enredé en él solo porque estabas ahí y fuiste amable.

Me incliné hacia delante, intentando juntar el valor para decir lo que había que decir.

—Me alegra que vinieras y que lo lamente; aunque no debería ser así, porque la culpa de lo que pasó después de tu última confesión es enteramente mía. Pero me alegra porque significa que entiendes por qué no puede volver a ocurrir. Tengo un voto que mantener, de honrar a Dios y honrar a sus hijos, sus corderos. Viniste buscando ayuda y yo... —Me detuve, incapaz de pronunciar las palabras. Pero el calor invadió mi entrepierna de todos modos mientras las palabras de esa tarde atravesaban mi mente como balas. *Coño. Clitoris. Polla. Orgasmo*. No tuve que mirar para saber que mis pantalones estaban peligrosamente cerca de revelar esos pensamientos... yo me aproveché de ti —terminé en cambio.

Ella apretó los labios.

—No te aprovechaste de mí. Sí, estoy pasando por un mal momento ahora mismo, pero soy una persona independiente, capaz de tomar mis propias decisiones. No estoy rota, no crecí sin amor. No soy un cuerpo vacío del que los hombres pueden hacer uso. Elegí acostarme con Sterling. Elegí dejar que me comieras. Lo quería y no eres quién para decirme que no era así. No puedes decirme que fui una espectadora pasiva. —Se puso de pie y el rojo en sus mejillas no era solo por el fuego—. No te preocupes. No volveré a molestarte con mi cuerpo. Voy a respetar tus votos y tu castidad de otra época.

Eso dolió. Eso dolió porque había estado intentando resumir todas mis ideas de posmoderno y aliado al feminismo, intentando destruir la parte de mi cerebro que fantaseaba con hacerla gatear desnuda por el suelo haciendo equilibrio con un vaso de *whisky* en la espalda.

Y por eso (creo) la cogí del brazo y la tiré entre mis piernas. Gimió, pero no se resistió. Estaba a la altura perfecta para sentarme y chuparle el pezón a través de la camiseta, cosa que hice. Pasó las manos por mi pelo mientras gemía.

—Pensé que... Acabas de decir... —musitó mientras mordía despacio y seguía chupando.

—Tienes razón —dije retrocediendo—. No debería hacerlo. —Su rostro se transformó un poco, pero asintió, se alejó y luego cogí sus caderas y la bajé para que montara mi muslo con su coño, frotándose en mí de un modo adorable y demandante—. No debería ponerte sobre mi regazo y darte una cachetada por ser una putita atrevida que ha venido sin sujetador —gruñí en

su oído—. No debería atarte las muñecas y los tobillos para dejar tu coño expuesto y follarte hasta que no puedas caminar. No debería darte la vuelta y follarte por el culo hasta que te lloren los ojos. No debería llevarte al club de *striptease* y follarte en el cuarto de atrás para que te olvides de Sterling y hacer que el único nombre que recuerdes sea el mío. —Volví a morder despacio su pezón—. Y el de Dios. —Metí dos dedos en el elástico de sus pantalones y los bajé. Cuando el elástico se estiró, me dejó ver lo que ya sospechaba. Subió el pubis y vi la suave y pequeña bola que era su clítoris, una bola que rogaba que la tocaran—. ¿Por qué has venido, Poppy? —pregunté mientras cogía su pecho, gimiendo por la sensación del peso en mi mano. Dejé la otra mano donde estaba, sin despegar los ojos de su coño desnudo—. ¿En serio has venido a disculparte? ¿O has venido en mitad de la noche sin bragas y sin sujetador para tentarme? ¿Sabes que es pecado llevar a otra persona a hacer o pensar lo que no debe? No, no te alejes ahora. —Había empezado a retorcerse y sabía que yo estaba enviando mensajes tan contradictorios que podían ser confusos, incomprensibles, pero entonces murmuré—. Uno más. Dame uno más.

¿Un qué más? Me pregunté, aunque fui yo quien lo había dicho. ¿Un orgasmo más? ¿Para ella? ¿Para mí? ¿Una imagen más? ¿Un minuto más de fingir que nada nos impedía estar juntos?

Y entonces me quedé en blanco. Era una forma tonta de decirlo (estar juntos), como si mi atracción hacia Poppy Danforth fuera algo más que tres años de celibato encontrándose con la mujer más *sexy* que había visto en la vida. Como si una parte secreta de mí quisiera algo más que follar, quisiera llevarla a cenar y prepararle el desayuno y verla dormir entre mis brazos.

Me miraba todo el tiempo mientras pensaba en esto, me miraba con esos hambrientos ojos avellana y esas tetas tan suaves.

—Esta noche —le dije—. Luego se acabó. —Asintió y luego tragó saliva como si tuviera la boca seca. Vi cómo se movía su garganta—. Arrodíllate —dije con voz ronca. Obedeció, se arrodilló entre mis piernas y me miró entre esas pestañas largas y oscuras que me atormentaban—. Quítate la camiseta.

Se la pasó por la cabeza, la dejó caer al suelo y tuve que apretar las manos en mis pantalones para no derribarla y follármela hasta hacerle perder la cabeza porque, joder, sus pechos eran perfectos. Piel crema con pezones rosa oscuro, tan pequeños como para taparlos con un dedo, pero grandes como para metérmelos en la boca sin dificultad. Quería ver mi polla deslizarse entre esas tetas, quería descargar mi orgasmo en ellas, quería sentirlas apretadas contra mi pecho mientras estiraba mi cuerpo sobre el suyo.

Pero nunca se acabarían las cosas que quería hacerle a esta corderita, sin importar cuántas veces ni de cuántas formas la tuviera. Estaba creando un hueco insaciable en mí, un creciente abismo de necesidad e incluso en mi confusión podía ver lo destructivo que sería si no me detenía.

Y pronto iba a detenerme... pero no ahora.

Bajé el elástico de mis pantalones lo necesario para liberar mi polla y me dejé la camiseta puesta. Me gustaba follar vestido, siempre había sido así; no había nada más excitante que tener una mujer desnuda encima, ronroneando a tus pies y gritando en tu regazo mientras tú estabas completamente vestido. (Y, sí, reconozco que está mal para el feminismo y todo eso. Lo siento).

Poppy se retorcía y su mano fue hacia la delgada tela entre sus piernas para acariciarla.

—Me has mojado la pierna, corderito —dije bajando la mirada hacia mi muslo, donde su excitación había empapado la tela de sus pantalones y los míos—. ¿Quieres algo?

—Quiero correrme —susurró.

—Pero puedes hacer eso cuando quieras. Has venido aquí porque querías algo más. ¿Qué?

Vaciló y luego respondió:

—Quiero que lo hagas tú.

—Pero sabes que no está bien pedirlo.

—Pero sé que no está bien pedirlo... ni quererlo.

Resoplé. Estaba mal. Todo estaba muy mal.

Y, que Cristo me ayude, por alguna razón eso lo volvía todo más dulce.

—Lame —dije señalando mi polla. Seguía teniendo las manos en los muslos; no me molesté en sostenerla para ella, sino que me recosté y la miré mientras pasaba la lengua de la base hasta la punta en un solo movimiento. Clavé los dedos en la silla, siseando cuando volvió a hacerlo. Me había olvidado de la sensación, lo suave y húmeda que puede ser la lengua de una mujer, lo perfecta que se sentía cuando dibujaba líneas en el sensible contorno de mi polla y círculos alrededor de la cabeza. Cordero obediente, no hizo más que lamer, dejó la mano entre sus piernas y los ojos clavados en los míos—. Ahora chupa —le dije. Una sonrisa breve; una sonrisa que gritaba *universidad de élite, análisis financiero y debilidad por el buen champán*; y entonces su cabeza se convirtió en una masa que rebotaba entre mis piernas.

Gemí. ¿Había algo que extrañara más que esto? ¿Más que una cabeza moviéndose desesperada entre mis muslos? Pero entonces pensé en ese lunes en la iglesia, en ella doblada sobre el piano y su coño ocupando toda mi visión. Ella sentada encima de mí, frotando el clítoris sobre mi polla.

Había muchas cosas que extrañaba.

Mis caderas y mis piernas prácticamente vibraban con la necesidad reprimida de follarme su boca, y me lo permití solo un poco, enroscando las manos en su cabello y bajándola sobre mi polla, empujando con las caderas hasta golpear el fondo de su garganta; ella se estremecía cuando volvía a salir, labios y dientes y lengua y paladar, todo frotándose, frotándose hasta encenderme. Nunca había estado tan duro, de eso estaba seguro, y cuando despegó los labios de mi polla, pude ver cada vena, pude sentir el dolor en la cresta inflamada cuando metía y sacaba la punta.

En ese momento supe que tenía que sentir su coño. Si iba a ser la última vez, si esto era todo, entonces tenía que hacerlo. O sea, ya estaba cometiendo un pecado mortal por permitirle chupármela. ¿Cuánto peor era volver a dejarla frotar su coño contra mí?

¿Y si la metía solo un poco? Seguiría sin ser sexo, no *de verdad*, y la sacaría en seguida. Solo quería sentirla una vez. Solo una vez.

Mierda, parecía un adolescente. Tampoco me importó en ese momento, con la polla más dura del mundo y la mujer más hermosa que había visto arrodillada frente a mí, con la boca abierta y el coño chorreando un deseo indisimulable.

—Quítate la parte de abajo y sube a la encimera —ordené. Se puso de pie, se quitó el pantalón y caminó hacia la cocina (donde, gracias a Dios, las persianas estaban bajadas) y saltó a la encimera.

Me acerqué despacio con la sangre en un hervor peligroso porque sabía que estaba caminando muy cerca del precipicio, hacia el punto de no retorno, pero quería, quería entregarme a lo desconocido si lo desconocido era Poppy. Era difícil que pudiera importarme algo más.

Podía olerla mientras caminaba hacia la encimera, una mezcla de excitación con jabón y un rastro de lavanda. Le abrí las piernas y la arrastré al borde para que, cuando me apretara contra ella, mi polla anidara entre sus pliegues.

Se lamió los labios rojos cuando encontró mis ojos. Se lamió los labios como si fuera un depredador a punto de devorarme, pero las cosas no eran así, para nada, y de pronto estaba

obsesionado con borrarle todo ese pintalabios, que seguía intacto a las tres de la mañana, como si se lo hubiera retocado antes de venir. Sí, cuando terminara con ella, ese color puesto con tanto cuidado estaría por todas partes y se sentiría marcada.

Me acerqué y la besé por primera vez.

Sus labios eran tan suaves como me imaginaba (o incluso más), pero firmes de un modo que no me esperaba y no cedieron de inmediato a mí. De no haber vivido la vida que había vivido antes de los hábitos, no hubiera entendido su resistencia. Pero la había vivido y la entendí.

—¿Vas a darme guerra, cordero? —murmuré contra sus labios. Asintió, agitada—. ¿Quieres que te los robe? —Volvió a asentir—. ¿Que te obligue?

Una exhalación temblorosa. Y por fin volvió a asentir. A mi corderita le gustaba duro y, quién iba a decirlo, era justo como yo quería dárselo.

Mis labios se convirtieron en una fuerza inexorable, un acto divino, y la cogí por la nuca con tanta fuerza como me atreví y apreté su rostro contra el mío. Clavé mis caderas en ella, me froté contra ella, y usé la mano libre para buscar su pecho: lo apreté con tanta fuerza que sabía que podía sentir un poco de dolor en cada dedo. Despacio, muy despacio, abrió la boca para mí, y fue la primera vez que nuestras lenguas se tocaron en un enredo de suavidad y promesas. Casi pierdo el control ahí mismo.

Su boca era demandante, pero la mía lo era más y nos resistimos para ver quién devoraba al otro más rápido, quién conseguía primero lo que quería, quién tomaba más y enseguida ella se convirtió en un cúmulo de músculos firmes y curvas suaves, sus caderas se sacudían contra las mías, sus manos me tiraban del pelo y me arañaban la espalda.

Cuando por fin rompí el beso, me complació descubrir que le había corrido el pintalabios. Hacía juego con el delineador y el cabello revuelto, y con sus manos aferrándose a mi culo como dos hierros calientes.

—Quiero estar dentro de ti —dije—. Solo un poco. Solo para sentirlo.

—Oh, Dios —exhaló—. Por favor, es en lo único que puedo pensar desde que nos conocimos.

—Tienes que quedarte muy muy quieta —le advertí—. ¿Vas a comportarte?

Se mordió el labio y asintió, y entonces me sujeté la polla con la mano. No podía creer que estuviera haciendo esto, y en la cocina de mi puta rectoría (aunque no era peor que el suelo de la iglesia). Pero con sus piernas abiertas, prácticamente gimiendo por el beso, no podía parar, ni aunque quisiera. Y definitivamente no quería.

Me contuve y apreté la punta de la polla contra su clítoris, acariciando a mi paso su coño y su culo. Se estremeció de un modo que indicaba que no tenía ninguna objeción al respecto y tendría que añadir eso a la lista de cosas de las que me iba a arrepentir siempre de no haber hecho. Volví a subir, acariciando de nuevo el clítoris. Me regaló una expresión de agonía que quise borrarle a besos; o acabarle encima, una de dos. Después de un par de movimientos más, ya no podía esperar, tenía que hacerlo o podía llegar a morir ahí mismo.

Apreté mi frente en la suya y los dos bajamos la vista para ver la punta apretarse contra ella y entrar poco a poco. Me detuve cuando el glande estaba dentro; un sacerdote probando el fruto prohibido, incapaz de no comérselo entero.

—¿Cómo es? —susurró.

—Es como... —A esta altura mi voz era apenas un quejido—. Es como estar el cielo.

Estaba tan apretada, su coño me apretaba la polla, y no había palabras para describir lo que me estaba haciendo esa piel húmeda y resbaladiza, porque estaba reescribiendo mi mente y mi alma, mi futuro y mi vida. Era una sensación tan básica y primitiva, tan deliciosa, que hubiera matado por esto, hubiera matado a alguien en ese mismo momento por volver a tener la polla

dentro de esta mujer.

Cuatro centímetros de condena y solo podía pensar en hundirme más en el infierno.

Se meció hacia delante, incapaz de contenerse, corderito goloso, y la cogí del cuello, me temblaban las piernas por el esfuerzo de no correrme solo por ese movimiento.

—Quédate quieta o voy a correrme antes de tiempo y, si eso llega a pasar, te doblaré sobre mis rodillas y te daré cachetadas hasta que aprendas a escuchar —dije con firmeza.

Mi orden tuvo el predecible efecto de provocarle piel de gallina en los brazos. Su respiración era un sonido intenso y entrecortado en la pequeña cocina.

—Mierda —susurró—. Mierda. Yo... esto... es lo más sexy que he hecho jamás.

Posiblemente yo también, y había hecho muchas cosas sexys con muchas mujeres sexys... pero ninguna como Poppy.

Labios rojos y sangre azul. Y, joder, la mujer más cachonda que había conocido.

—Quiero sentirte acabar encima de mí —dije con mi frente aún en la suya, con nuestras miradas clavadas allí donde estábamos unidos. No me olvidaría de esto en toda la vida, lo sabía, y no quería que ella lo olvidara tampoco.

—No tardaré mucho —dijo y me regaló una risa ronca que la hizo apretarme más. Siseé y me aferré a la encimera para no perder el control—. Lo siento —susurró y, como respuesta, pasé una mano de su pierna a su clitoris y comencé a masajear.

—Quédate quieta —le recordé mientras mirábamos mi mano grande, bronceada y callosa por los trabajos que había hecho en la iglesia apretando su carne, a la par que se retorció sobre la punta de mi polla.

—Estoy intentando quedarme quieta —murmuró y yo sabía que era cierto, sabía que quería acabar tanto como yo. Aumenté la fuerza y la velocidad de mis dedos.

—Niña sucia —susurré—. Tan sucia que me dejas metértela. ¿Te gusta esto, que te abra y te use así? Apuesto a que también te gusta que te digan guarradas.

—P-por favor —gimió.

—¿Por favor qué, corderito?

Apenas podía hablar, se golpeaba la cabeza contra los armarios, la espalda arqueada me acercaba sus pechos.

—Guarradas —dijo—. Me gustan... las guarradas...

Joder. De verdad iba a matarme. Muerte por excitación. Muerte por erección perpetua.

—¿Eres una puta, Poppy? —Bajé la cabeza y chupé un pezón, me encantaba sentirlo endurecerse en mi lengua—. Sin duda te comportas como una puta haciéndome actuar así. Me estás haciendo romper toda clase de reglas. —Me moví a su cuello, besando y mordiendo—. Quieres que te lo hagan en todas partes, ¿no?

—Yo... —Inhaló, incapaz de terminar, pero no hizo falta porque se estaba corriendo, su cuerpo se sacudía a causa de las descargas de placer. Una y otra vez su coño me apretó el glande, latiendo, y de solo saber que podía hacerla correrse con la más mínima penetración, me volví loco.

Se desplomó en mis brazos cuando llegó el orgasmo y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Tu turno —dijo contra mi piel. Empecé a sacarla, pero me cogió por las caderas para detenerme—. No. Dentro.

—Poppy —comencé.

—Tomo pastillas —Trabó la mandíbula mientras me miraba—. Quiero ver cómo chorrea. Lo quiero donde corresponde: dentro. Por favor, Tyler. Si esta es la última vez, dame esto.

Tyler. Nunca me había llamado así. Y ahora estaba en la base de mi columna, alimentado por

sus palabras sucias... ¿Qué mujer rogaba por algo así? ¿A qué mujer le excitaba esto?

Pero francamente habría accedido a cualquier cosa, sin importar los peligros, así que asentí, apretando la mandíbula.

Se apoyó contra los armarios y subió los talones a la encimera. El cambio de posición no me hizo entrar más en ella, pero la hizo apretarse contra mí y me dejó más cerca del clímax. Deslizó las manos hacia el nacimiento de sus pechos, pasó los pulgares por sus pezones, juntando y separando los pechos, resaltando su exuberancia y cegándome de lujuria.

Dios, necesitaba correrme.

Necesitaba follar.

Entonces llevó los dedos a su clítoris y volvió a masturbarse; se metió los dedos de la otra mano en la boca y fue una locura, esos labios, esa maldita boca, la boca que había hecho que mi polla pasara a estar dura en solo unos segundos. Y entonces (chica sucia) movió las caderas, inclinándolas lo necesario para empujarme dentro y fuera de ella solo un poco, tan húmeda, tan apretada, y ahí estaba, atravesando mis pelotas y trepando por mi polla, y los dos miramos cómo pasaba, miramos cómo mis caderas se alzaban y se apretaban los músculos de mi vientre y eyaculaba. Mis piernas apenas alcanzaban a soportar mi peso y apenas pude respirar cuando me desgarró; llevaba años sin correrme dentro de una mujer, pero me obligué a enderezarme porque quería recordar este momento para siempre, el semen cayendo de su coño húmedo y sus piernas abiertas en una cálida bienvenida. El latido por fin se detuvo y ella se recostó contra mi pecho con un suspiro de felicidad reprimida que hizo que se me retorciera el corazón, exigiendo todo lo que quería ahora que podía escucharlo por encima de mi lujuria.

—Joder —balbuceé, inclinándome hacia delante para apretar mi rostro en la dulzura de su cabello—. ¿Qué me estás haciendo?

Nos quedamos así un buen rato, ninguno quería que terminara, pero entonces se encendió el aire acondicionado, sopló sobre nosotros y Poppy se estremeció, todavía desnuda. Hice que se quedara en la encimera mientras buscaba un trapo para limpiarla con agua tibia, después la ayudé a buscar su ropa y la acompañé a la puerta.

—¿Nos vemos mañana en misa? —dijo.

—Poppy...

—Lo sé, lo sé —dijo con una sonrisa triste—. Mañana empezaremos de cero. Castos. Limpios.

—Sí, pero eso no es lo que iba a decir.

Juntó las cejas.

—¿Qué ibas a decir?

Me incliné y acaricié sus labios con los míos.

Última vez. Último beso.

—Quería darte las gracias. Por el *whisky* y por... lo otro.

Pestañeó y cerró los ojos mientras yo profundizaba nuestro beso, saboreando cada centímetro de su boca, lamiéndola con tanta dulzura y delicadeza como antes lo había hecho con desesperación. No quería irme nunca de este lugar, solo quería saborearla, respirar el aire que compartíamos y sentir el calor de su cuerpo contra el mío; y también hacer como si no estuviera esperando que me arrastrara un tsunami de culpa y una vida de penitencia.

—Buenas noches —dijo contra mi boca.

—Buenas noches, corderito —respondí.

Alejarse era como caminar sobre cristales rotos y no pude contenerme, tenía los ojos tan abiertos y estaba tan receptiva a mi amor, y fue el instinto más que otra cosa lo que me hizo

dibujar una pequeña cruz en su frente.

Una bendición.

Y, con algo de suerte, la promesa de hacer las cosas mejor.



CAPÍTULO 10

El teléfono vibró con violencia sobre la encimera.

Era lunes, dos días después del no-sexo, y estaba pensando en que en pocos minutos iba a juntarme a almorzar con Poppy. Estaba limpiando la encimera y recordando la vista que tuve exactamente desde este sitio.

Ni siquiera intenté descifrar lo que decía el mensaje. Era el arzobispo Bove, y mi jefe no solo era malísimo escribiendo mensajes, sino que además eso le creaba mucha inseguridad, así que sabía que me llamaría justo después para asegurarse de que lo hubiera entendido (y para traducírmelo).

Por supuesto que mi teléfono sonó a los pocos segundos. El tema de *The walking dead* retumbaba en la cocina. Normalmente, tarareaba algunos compases y me alegraba de hablar con ese hombre hosco y recto que luchaba a mi lado para reformar nuestra diócesis, pero hoy solo sentía un pico de ansiedad, como si de algún modo él supiera lo que había hecho dos noches atrás. Como si fuera a adivinarlo apenas escuchara mi voz.

—¿Hola?

—¿Irás a la convención clerical del centro de la región el año que viene? —preguntó el arzobispo Bove yendo directo al grano—. Quiero crear un panel y que formes parte de él.

—Todavía no lo he decidido —dije y vi que empezaban a sudarme las palmas de las manos, como si me hubieran llamado a la oficina del director o si me hubiera parado la policía o algo de eso. Mierda. Si estaba así de nervioso hablando por teléfono, ¿qué iba a hacer cuando lo viera en persona?

—Creo que este por fin es el año en el que podremos tener el panel que queremos —dijo el arzobispo—. Ya sabes todo el tiempo que llevo insistiendo.

El panel que queremos... El panel sobre abuso. El arzobispo Bove llevaba presentando propuestas a la organización educativa del clero cuatro años, y las habían rechazado todas. Pero el liderazgo en la organización era nuevo y ahora había personas más jóvenes a cargo y sabía que le habían dicho en privado a Bove que por fin conseguiría su panel controversial.

Pero ¿cómo iba a sentarme en el salón de un hotel mirando a una marea de sacerdotes para darles clases sobre las consecuencias de la sexualidad de pastores perdidos? Bajé la vista hacia mi encimera, donde se la había metido a Poppy. No por completo. No entera, pero lo necesario para correrme. Lo necesario para hacer que ella se corriera. Me froté los ojos intentando anular mi vista.

¿Podía ser que mi voto no estuviera roto por completo? ¿Podía ser que un pecado no fuera cometido del todo? Por supuesto que no. Y, a pesar de que nadie lo sabía, me di cuenta de que

había roto mi legitimidad conmigo mismo y tal vez eso era peor que romper mi legitimidad pública. ¿Dónde me había metido? ¿Alguna vez me iba a permitir volver a hablar (y predicar) sobre lo que más me importaba?

—¿Tyler?

—Si te dan el panel, allí estaré —balbuceé sin dejar de frotarme los ojos. Ya veía estrellas. Era mejor que ver mis pecados.

—Sabía que lo harías. ¿Cómo está St. Margaret? ¿Cómo está Millie? La semana pasada volvió loco al contable de la diócesis por perder sus informes cuatrimestrales. Me dijeron que lo hizo llorar, pobre.

—Todo bien por aquí, todo va muy bien —mentí—. Preparándonos para el evento de juventud del otoño.

Y, ya sabes, follando con potenciales conversas.

—Bien. Estoy orgulloso de ti, Tyler. No te lo digo tanto como debería, pero el trabajo que has hecho en ese pueblo es lo más parecido que he visto a un milagro.

«Basta», le rogué en silencio. «Por favor, basta».

—Estás haciendo el trabajo de Cristo, Tyler. Eres un ejemplo.

«Por favor, por favor, basta».

—Bueno, te dejo. Y sobre el panel... te escribiré apenas tenga novedades.

—¿Estás seguro?

—Claro, te llamaré. Adiós, Tyler.

Colgué y me quedé mirando el teléfono un minuto. El día anterior me había despertado diciéndome que era mi día de comenzar de nuevo. Mi día de ser casto. Y que hoy sería aún más fácil. Entonces, ¿por qué sentía que mis pecados me seguían atormentando, que seguían acechándome?

«Porque no los has confesado, Tyler».

Era un idiota. Debería haber hecho eso desde el comienzo. Me sentaba en un confesionario todas las semanas: ¿cómo no se me había ocurrido buscar la absolución que todos necesitábamos al otro lado?

La semana siguiente. Iría a Kansas City el jueves a visitar a mi confesor (un hombre con el que había hecho el seminario) y luego iría a cenar con mis padres y todo estaría mucho mejor.

Sentí un pinchazo de alivio por el plan. Todo iba a ir bien.



Poppy vino a misa ayer por la mañana y luego me abordó para concretar el almuerzo de hoy. Me hubiera gustado almorzar con ella en ese momento (o almorzármela a ella, no estaba seguro), pero se escapó apenas terminamos de acordar el plan y después me quedé atrapado entre la multitud, como siempre después del servicio. ¿Estaba manteniendo la distancia? Y, de ser así, ¿era porque quería o era un favor que me hacía?

La idea de que íbamos a comportarnos así de ahora en adelante (expeditivos y abruptos) me puso muy triste.

Lo que era estúpido, porque era lo que quería (no, lo que debería querer), pero no. Quería las dos vidas (la vida en la que éramos creyente y sacerdote y la vida en la que éramos hombre y mujer) y cada momento que pasaba sin que mi boca estuviera en la piel de Poppy, más y más desaparecía mi fuerza de voluntad hasta quedarme con la incómoda certeza de que soportaría la

culpa o el castigo necesarios para volver a tocarla.

Esos pensamientos seguían nublándome la mente cuando recogí mis cosas y caminé dos manzanas hasta la vinoteca más cercana. Esperaba encontrar a Poppy sola, pero me sorprendió gratamente verla conversando animadamente con Millie, en el patio, con una botella de algo blanco y frío en la mesa.

Poppy me saludó.

—Invité a Millie... ¿te parece bien?

—Por supuesto que le parece bien —interrumpió Millie antes de que pudiera responder—. Este chico apenas sabe leer la hora, imagínate cómo le irá con el presupuesto para un proyecto enorme.

Fruncí el ceño, jugueteón.

—Deberías saber que tengo una pila muy organizada de *Post-it* y servilletas de papel en este bolso.

Millie resopló, como si hubiera confirmado cada uno de sus miedos más profundos. Miré a Poppy; una parte inmadura de mí quería estar segura de que se hubiera reído y luego deseé no haberlo hecho cuando vi lo guapa que estaba. Llevaba unos vaqueros turquesa apretados y una camiseta para-nada-holgada de un algodón tan fino que me hizo pensar en la que llevaba puesta el sábado a la noche... a través de la que le había chupado los pezones. Tenía el cabello peinado en una trenza, los ojos más verdes que marrones bajo la luz que se filtraba entre la parra que cubría la pérgola y los labios habían vuelto a su rojo característico; ¿por qué tenía que ser tan sexy todo el puto tiempo?

—Siéntate, mi niño, antes de que se caliente el Riesling —me dijo Millie—. Ahora, Poppy, dile al padre Bell lo que acabas de decirme.

Empujé la silla de hierro forjado y me senté, sudando bajo el calor de inicios de septiembre. Millie sirvió una tercera copa de vino frío y yo acepté, agradecido de poder mirar algo que no fuera Poppy.

—Bueno —comenzó Poppy—, para empezar, no sé bien qué estáis haciendo para recaudar fondos ni qué habéis hecho ya, así que no quiero interferir con el trabajo de nadie.

—No lo harás —prometí.

—Pero, si pasa, pido que me lo digáis. Después de todo, este proyecto es vuestro.

—Es de la iglesia —dije—. Y, como has estado viniendo a St. Margaret, eso lo convierte en tu proyecto.

Se ruborizó de alegría, como si eso la aliviara, dibujando círculos en el borde del iPad mientras hablaba. Recuerdo lo que pensé sobre ella durante nuestra reunión, que había nacido para ser voluntaria, que era una persona que adoraba ayudar. Lo vi en sus ojos mientras hablaba: la excitación y la determinación.

—He descubierto que Weston tiene muchas fiestas regionales, lo que no es extraño en un pueblo turístico —decía—. Y he visto la web de la iglesia que abrí las puertas a visitantes durante esas jornadas... ¿alguna vez habéis hecho más?

—La verdad es que no —dijo Millie.

—¿Y cuántos visitantes soléis recibir?

Intenté hacer memoria.

—¿Tres? ¿Cuatro?

Poppy asintió como si eso demostrara su argumento.

—Creo que un festival es la oportunidad perfecta para conseguir más donantes si lo aprovechamos bien. Este edificio tiene más de cien años; y precisamente es ese encanto de lo

antiguo lo que hace que la gente venga. Eso y el alcohol. Así que te instalas en la acera, regalas vino y *whisky* de la destilería local y te olvidas de las ferias de segunda mano. La gente no va a comprar libros de cocina y rosarios, van para ver. Y les daréis alcohol gratis, así que inconscientemente se sentirán obligados a acudir. —En este momento podía ver a la Poppy Negocios repasando sus argumentos con soltura y eficiencia, haciendo girar el lápiz óptico entre los dedos mientras hablaba. Vi la chica rica de internados, la graduada en Dartmouth, la mujer creada para llenar grandes salas de reuniones y conseguir victorias corporativas—. Entonces, convertís la iglesia en un destino para la gente que anda dando vueltas. Ese es el primer paso. Pero, lo más importante, llegáis a los periódicos y las cadenas locales de Kansas City. Convertís a St. Margaret en una noticia, de esas que se hacen virales en Twitter y Facebook. La iglesia preserva la tradición del oeste; enfatizas las cosas que Millie dijo que planeas hacer: dejar las ventanas originales, restaurar el suelo de madera original y reparar el viejo revestimiento de piedra. A la gente le encanta eso. Y entonces, paso tres, que en realidad es el cero porque tienes que hacerlo antes que todo lo demás, preparas una página para donar a las renovaciones, entonces, cuando la historia se haga viral, hay un enlace sencillo para la gente que quiera colaborar. Aumentarán la zona de recaudación de Weston a toda el área metropolitana de Kansas City... y posiblemente más lejos aún.

Esta mujer era tan inteligente.

—¿Y por qué no ir directamente a la página de donativos y la prensa?

—Porque —dijo Poppy, inclinándose hacia delante— tienes que llevar mucha gente a la iglesia para que lo vean con sus propios ojos, para que conozcan su historia y entiendan el potencial de la restauración. Tienen que correr la voz. Lo más probable es que sean ellos quienes comiencen a tuitear y a compartir; serán ellos los que te darán ese primer envío porque estarán involucrados, habrán pasado tiempo en St. Margaret. Serán tus discípulos. Tú les enseñarás y luego les dirás «Id y haced como yo».

—Has estado leyendo la Biblia —dije contento.

Sonrió.

—Un poco. Millie me invitó a la reunión de Pasen y Vean de la semana que viene. Ese pasaje estaba en el reverso del folleto.

Las reuniones de Pasen y Vean eran para personas interesadas en sumarse a la iglesia y ahora era mi turno de ocultar el entusiasmo. A pesar de que todo hubiera salido mal entre nosotros, seguía teniendo un interés sincero en explorar su fe.

—Tu idea parece fantástica —dije—. Ya hemos agotado todos los medios tradicionales y creo que hemos drenado los fondos de nuestra congregación. Pero cuando lo dices parece tan fácil... ¿Saldrá muy caro ofrecer vino gratis? ¿Cómo me pongo en contacto con la prensa?

Poppy le quitó la tapa al lápiz óptico con los dientes y comenzó a tomar notas en el iPad.

—Yo me ocupo. Las vinotecas donarán el vino, eso es fácil. Y la prensa siempre está buscando cosas como esta; bastará con mandar un correo, lo haré esta semana. Y también crearé la página de donativos. Ya verás que no es tanto trabajo.

—Parece mucho trabajo —admití—. O sea, creo que tienes razón y quiero hacerlo, pero parece mucho.

—Bueno, sí parece mucho, pero, en serio, te prometo que no lo es. En especial si yo me encargo de toda la producción; tú solo tendrás que ser encantador y mostrar tu barbilla cincelada en cámara.

Millie golpeó mi brazo con cariño.

—Eso se le da genial. Es nuestra arma secreta.

Los ojos de Poppy se dispararon hacia mí.

—Sí que lo es.

Nos pasamos la siguiente hora planificando, decidiendo qué festival tenía más sentido para recaudar fondos (el irlandés) y quién haría qué (Poppy casi todo, pero Millie y yo nos pusimos a su disposición para lo que necesitara y le dimos nuestros teléfonos y correos personales). Y luego Millie se subió a su Buick sedán dorado y condujo las dos manzanas hasta su casa mientras Poppy y yo caminamos en dirección a la iglesia.

—No podré ir a confesarme hoy —dijo de la nada—. Tengo una reunión. Espero que no te moleste.

—La mayoría de los católicos se confiesan una vez al año. Estarás bien. —Pero estaba un poco decepcionado. (Y por supuesto que mis motivos estaban mal).

—Me preguntaba...

—¿Sí? —pregunté esperanzado.

—Es una estupidez. No te preocupes.

Estábamos cruzando la calle principal y nos envolvía el sonido de la brisa contra las hojas y los pájaros y el rumor de los coches a lo lejos. Quería decirle que en este momento daría cualquier cosa con tal de quedarme para siempre en esta pacífica burbuja de principios de otoño, solo nosotros dos y las hojas y el cálido verde que hacía tan fácil sentirse amado por Dios.

Pero no podía decirle eso. Así que, en cambio, le dije:

—No creo que sea capaz de decir estupideces, señorita Danforth.

—Debería reservarse la opinión hasta oír la pregunta, padre —dijo con una voz que era mitad risa mitad suspiro.

—Soy católico. Juzgar es lo mío.

Eso la hizo reír en serio. Cuando llegamos al edificio de piedras de la iglesia, cerró los ojos y enderezó los hombros como para darse coraje.

—Pasa lo siguiente. Quiero hacer esto... Esto de Dios. Tal vez sea la primera decisión que me parece correcta desde que me bajé de ese escenario en Dartmouth. Pero no tengo experiencia ni para pensar en vivir una vida religiosa. Sé que se supone que tengo que ir a misa y leer la Biblia y todo eso parece bastante sencillo. Pero rezar... Me siento tonta. Me siento torpe. No lo he hecho nunca y no sé si lo estoy haciendo bien. —Se dirigió a mí—. Así que quería saber si podrías ayudarme con eso. Con mis oraciones.

Quería decirle que las oraciones no eran un examen, que Dios no la calificaba por lo buena o elocuente fuera rezando, que hasta sentarse en silencio contaba. Que los católicos habían inventado oraciones precisamente para evitar esta clase de crisis. Pero entonces la brisa voló un mechón de su cabello y, sin pensarlo, volví a ponérselo detrás de la oreja, y se le cerraron los ojos con mi caricia, y mierda, mierda, mierda, ¿qué estaba a punto de decir?

—Esta noche —dijo—. Después del grupo de hombres. Ven a verme y lo trabajaremos.



CAPÍTULO 11

Después del grupo de los hombres, pasé por mi oficina a buscar un rosario y un pequeño panfleto con algunas oraciones básicas y fui hacia la iglesia sabiendo que probablemente Poppy había llegado temprano.

Lo que no sabía era que iba a estar de pie justo frente al altar, mirando la cruz con la tenue luz del atardecer entrando por las ventanas y bañándola en tonos de piedras preciosas; zafiro y carmesí y esmeralda. No sabía que le iban a temblar un poco los hombros, como si estuviera llorando. Y no sabía que todas las puertas y ventanas estarían cerradas y dejarían atrapado este lujurioso aire con aroma a incienso.

Me detuve, el saludo se quedó atascado en mis labios por la conmoción, por el peso del silencio.

Dios estaba aquí.

Dios estaba aquí y le estaba hablando a Poppy.

Sentí cada beso de aire sobre la piel mientras me acercaba a ella, oí cada exhalación y, cuando llegué, apareció la piel de gallina en sus brazos y las lágrimas rodaron en silencio por sus mejillas.

Podría haberle dicho muchas cosas, pero no me atreví a interrumpir este momento. Aunque en verdad no estaba interrumpiendo porque me sentía invitado, como si debiera ser parte, e hice lo que me parecía correcto: la envolví en mis brazos.

Ella se recostó contra mí sin despegar los ojos de la cruz, y nos quedamos así, en silencio, dejando que el momento nos invadiera, nos bañara en esa luz tenue. Las sombras trepaban por el suelo y se acumulaban a nuestros pies, y los segundos se convertían en minutos, y muy lentamente, nos fuimos acercando más, hasta que cada centímetro de su espalda estaba apretado contra mí, hasta que tenía la nariz en su cabello y ella las manos entrelazadas con las mías.

Tener cerca tanto a ella como a la divinidad me producía euforia, jolgorio y estaba hasta mareado, intoxicado por ella y por mi Dios. Frente a este encuentro luminoso, no había lugar para la culpa, críticas ni reproches. Solo había lugar para el presente, para estar ahí, y entonces se giró en mis brazos e inclinó su rostro hacia el mío.

—¿Tú también lo sientes? —preguntó.

—Sí.

—¿Siempre es así para ti?

Negué con la cabeza.

—Quizás una vez por semana. A veces dos. Conozco gente como mi confesor que lo siente todo el tiempo y gente como mi arzobispo que nunca lo ha sentido.

—Es precioso.

Ahora estaba completamente oscuro, pero incluso en la penumbra, la lágrima que recorría su rostro brilló.

—Tú eres preciosa —susurré.

Hablábamos en susurros; el aire seguía cargado con santidad y presencia. Y debería haberme sentido mal por estar abrazando así a Poppy frente a Dios, pero el fuego divino de esta habitación silenciosa hacía que todo fuera correcto, como si abrazarla y mirarla fuera lo único que podía hacer.

Le levanté la barbilla y me incliné solo lo necesario para que nuestras narices se acariciaran. Podría besarla en este momento. Tal vez debería besarla. Tal vez siempre había sido el plan de Dios que acabáramos aquí, solos en la iglesia, obligados a enfrentarnos a la verdad de que esto era más que una amistad, era más que lujuria. Esto era algo puro, real e innegable y no iba a desaparecer.

Ahora temblaba contra mí, con los labios abiertos y expectantes, y me permití acercarme un poco más, bajando la boca a solo unos centímetros de la suya, apretando los brazos alrededor de su cintura. Estábamos tan cerca que literalmente compartíamos el aliento, nuestros corazones latían al mismo ritmo embriagador.

A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, este momento fue más íntimo, más vulnerable que cualquier cosa que hubiéramos compartido. Todo lo demás había pasado mientras yo fingía que Dios no miraba, pero esto... no había forma de fingir. Lo sagrado y lo profano se mezclaban y desdibujaban, se fusionaban y se convertían en algo nuevo, completo y singular. Si esto era el amor, entonces no entendía cómo alguien podía soportar su peso.

—No puedo contenerme, lo siento —dije.

—He intentado alejarme de ti —dijo ella, al mismo tiempo.

Y entonces la besé.

Acaricié sus labios con los míos una vez solo para sentir la suavidad de su piel en la mía y luego presioné con fervor, saboreándola de la forma más lenta y profunda posible, hasta que sentí que se le debilitaban las piernas.

La besé hasta ver estática en los bordes de mi visión, hasta que no pude recordar un momento en el que no nos estuviéramos besando, hasta que no pude sentir dónde terminaba mi boca y comenzaba la suya. La besé hasta sentir que habíamos intercambiado algo: una promesa o un pacto o un trozo de nuestras almas. Y, cuando por fin me alejé, era como haber vuelto a nacer, como ser un hombre nuevo. Un bautismo con un beso en lugar de con agua.

—Más —rogó—. Más.

La volví a besar, esta vez con hambre, con necesidad, y pude entender, por los suspiros, por cómo sus dedos se retorcieron en mi camiseta, que estaba tan loca por mí como yo por ella, y no quería que esto terminara. Pero tenía que hacerlo.

Cuando nos separamos, retrocedió y se envolvió con los brazos, temblando un poco por el aire acondicionado. Un rayo de luz entró por la ventana y nos quedamos inmersos en una piscina de luz de luna. El sentimiento divino seguía allí, pero, más que un peso del exterior, era como una chispa en el interior, como si la divinidad se me hubiera metido en las venas. Estaba embriagado.

—Estoy cansada —dijo Poppy, aunque no parecía tan cansada como mareada—. Creo que debería irme a casa.

—Te acompaño —ofrecí. Asintió y nos alejamos juntos del misterio, como si al cruzar las puertas de la iglesia pudiéramos alejarnos de lo que acababa de pasar.

—Eso ha sido increíble —murmuró.

—Me han dicho que besar se me da muy bien.

Me dio un golpe en el hombro.

—Ya sabes a qué me refiero.

Ahora estábamos en el nártex, pero no podía borrarle de la cabeza la imagen de ella parada frente a la cruz, tan abierta y receptiva a una experiencia que la mayoría de las personas ignorarían.

—Poppy, tengo que preguntártelo. ¿Pasó algo para que te alejaras de la Iglesia? ¿Fuiste cuando eras niña y ahora estás volviendo?

—¿Por qué?

—Parece... —Busqué la forma correcta de expresar lo bien que me parecía su nuevo interés—. Creo que es maravilloso que te hayas entregado tanto. No suele ser así.

—Yo lo siento mucho más gradual —dijo mientras salíamos. Mantuve una distancia prudencial mientras bajábamos por las escaleras de la colina sobre la que estaba construida la iglesia—. Mi familia no es religiosa; de hecho, no conocíamos a nadie que lo fuera. Creo que siempre les produjo desconfianza, como si algo que pudiera provocar tanto fervor en la gente fuese, como mínimo, sospechoso. Hasta peligroso. Supongo que yo siempre he sido un poco más abierta. En la universidad acompañaba a una amiga a un templo budista casi todas las semanas y en Haití trabajaba codo a codo con los misioneros. Pero hasta el día en que vine a confesarme no lo había explorado por mi cuenta.

—¿Qué te hizo volver después de eso?

Hizo una pausa.

—Tú.

Lo procesé mientras llegábamos al final de la escalera y avanzábamos por la arboleda que separaba su casa de la iglesia, iluminada por farolas y luz de luna. Me aclaré la garganta, me pregunté si indagar cambiaría algo y decidí hacerlo de todos modos.

—¿Como sacerdote o como hombre?

—Ambos. Creo que eso es lo que lo hace tan confuso.

Caminamos en silencio, juntos pero no, con las mentes en la belleza del momento en la iglesia, en cómo nos sentimos al besarnos con las almas prendidas fuego.

Joder. Para mí también era todo muy confuso, pero había partes de la confusión que comenzaban a disiparse, lo que debería haber sido esclarecedor, pero me preocupaba que fuera lo contrario, que me estuviera olvidando cosas que tenía que recordar.

Como mi promesa de mejorar.

—Quiero cogerte la mano —dije de golpe—. Quiero envolvarte la cintura con un brazo y acercarte a mí.

—Pero no puedes —respondió despacio—. Podría haber alguien mirando.

Ahora estábamos en su jardín trasero.

—No sé qué hacer —dije con sinceridad—. Solo...

Literalmente no tenía nada más que decir. No sabía qué podía hacer para explicarle lo que sentía por ella y, al mismo tiempo, lo que sentía por mi vocación y mis responsabilidades, y lo listo que estaba para abandonarlo todo porque quería volver a besarla. Quería cogerle la puñetera mano en el parque por la noche.

Alzó la vista hacia las estrellas.

—A mí también me gustaría que me cogieras la mano. —Tuvo un escalofrío y pude ver cómo se le endurecieron los pezones ante la ligera brisa de la noche, demandando que los chupara.

El dulce sentimiento de unos minutos atrás empezaba a fusionarse con unos instintos más bajos que trepaban desde mi pelvis. Hizo falta todo mi autocontrol para no apretarla contra la valla y volver a besarla, para no arrancarle los pantalones y follármela ahí mismo, fuera, donde cualquiera podía vernos.

—Quiero volver a verte —dije en voz baja. No había forma de confundir lo que quería decirle y ella se sobresaltó.

—O sea... Quiero decir, ¿deberíamos...?

—Creo que ya no me importa —dije.

—A mí tampoco —susurró.

—Mañana.

Negó con la cabeza.

—Tengo que ir a Kansas City a una cosa del club; estamos cambiando el sistema de gestión. Pero volveré el jueves por la noche.

Quería quejarme, pero logré contenerme.

—Faltan tres días —dije.

Cogió el pomo de su puerta trasera.

—Pasa —dijo—. Compartamos esta noche.

—Es tarde —dije—. Y, para hacer lo que tengo en mente, quiero mucho tiempo.

Exhaló despacio, separó sus labios rojos, me mostró las paletas y un atisbo de su lengua.

Miré a mí alrededor para asegurarme de que estuviéramos solos, le cogí la mano y la empujé hacia el interior del jardín. La llevé debajo del enrejado cubierto de maleza y luego la hice girar para que su culo quedara presionado contra mí, contra mi erección. Le tapé la boca con una mano y luego le desabroché los vaqueros con la otra.

—Tres días es mucho tiempo —le dije al oído—. Quiero asegurarme de que estés bien cuidada. —Entonces deslicé los dedos por su estómago y debajo de sus bragas de seda. Gimió contra mi mano—. Shhh —dije—. Sé buena y te daré lo que quieras.

Me respondió con un quejido.

Dios, adoraba su coño. Jamás había sentido algo tan suave como la piel entre sus piernas; y, joder, sí que estaba mojada. Tan mojada que podría bajarle los vaqueros y arrebatarse lo que quería en ese preciso momento. Pero no. Se merecía algo mejor.

Aunque eso no significaba que no fuera a fantasear.

Comencé en su clitoris, ahora en serio, haciendo círculos fuertes y rápidos. Ya sabía que era más presión y velocidad de lo que podía ser placentero, pero también sabía que a ella le gustaba así, con un poco de dolor.

—Podría hacer esto todo el día, corderito —le dije—. Me encanta colarme en tus vaqueros y jugar con tu coño hasta que te corres. ¿A ti te gusta? —Asintió, su respiración temblaba contra mi mano. Estaba cerca—. Jueves por la noche —dije y lo sentí casi sobrenatural, como si me escuchara fuera de mi cuerpo. Pero ya no me importaba; para ser más preciso, ya no me importaban las reglas de antes—. Quiero estar contigo. Quiero follarte. Pero solo si es lo que tú quieres. —Asintió hambrienta, desesperada—. No veo la hora. —Tenía la voz ronca—. No puedo esperar a estar dentro de ti. Siénteme. Siente lo duro que estoy solo de pensar en ti. —Enterré la polla en su culo y ella se estremeció contra mí, mis palabras y mi pene duro la volvían loca. Lanzó un grito que ahogué con la mano, sacudiéndose en mi caricia un buen rato, hasta que por fin se corrió, temblando contra mí.

Dejé la mano en sus bragas un par de minutos más; me encantaba cómo se veía, cómo se sentía, y entonces, sin ganas, me alejé y volví a subirle la cremallera. Me chupé los dedos cuando

se dio la vuelta para mirarme e, incluso en la oscuridad, saltaba a la vista que se había ruborizado.

—Ve a dormir, Poppy —dije cuando me di cuenta de que se iba a quejar porque me iba—. Te veré el jueves por la noche.



La certeza me golpeó como una tonelada de ladrillos hechos de besos mientras daba misa a la mañana siguiente: me estaba enamorando de Poppy Danforth.

No solo estaba desesperado por follármela. No solo estaba feliz por ayudarla a encontrar la fe. Iba cuesta abajo y sin freno, en dirección a enamorarme de ella.

Después de un mes.

Estúpido, estúpido, estúpido.

Y ahora que ella no estaba aquí, ni cerca, mi obsesión se estaba descontrolando, como una adicción a las drogas.

Imaginé su voz llenando la iglesia después de que Rowan y las abuelas se retirasen. Me imaginé su cara y su trenza revuelta mientras hacía copias para trabajar en el estudio de la Biblia con el grupo de hombres. Me encontré en internet buscando fotos de Dartmouth y Newport en lugar de naufragar por los foros de *The Walking Dead*. Hasta (raro, ya lo sé) busqué a su familia y me puse a pasar fotos de gente elegante en elegantes eventos de caridad hasta que por fin encontré una fotografía vieja de ella en lo que parecía ser una recaudación de fondos para un político. Ella y un grupo de personas atractivas que claramente eran sus padres y sus hermanos; su padre, canoso y de hombros anchos, y su madre, esbelta y delicada. Un hermano y una hermana con la misma ropa cara y pómulos prominentes.

Hice clic en la foto para agrandarla y ver de más cerca el rostro de Poppy. Claramente era más joven, pero no demasiado, tal vez veintipico, y saltaba a la vista que era infeliz. Mientras todos mostraban sus sonrisas millonarias y felices a la cámara, Poppy solo había conseguido presionar los labios con fuerza y llevar los ojos detrás del fotógrafo, como absorta por algo que solo ella podía ver.

Una inesperada ola de celos y sospecha floreció en mi pecho. ¿Estaba mirando a Sterling? Por lo poco que sabía, esa parecía ser la clase de evento en el que él estaría. O tal vez solo estaba mirando al espectro de su propia infelicidad, su futuro aburrido, perdido entre centros de mesas y menús.

Pensé en la fotografía el resto de la noche, mientras me preparaba para el grupo de jóvenes. También pensé en ella, en verla el jueves, y cada poco me encontraba sonriendo sin más motivo que volver a ver a Poppy.

Por la noche, en el grupo de jóvenes, hablamos de las tentaciones de Jesús en el desierto y, en un giro dramático respecto a la semana anterior, me sentí completamente ajeno a las palabras. No estaba en un desierto... Estaba en un sitio con hojas verdes, exuberantes y agua fresca y cristalina.

¿Qué había cambiado entre la semana anterior y esta, entre ayer y hoy?

Fue anoche. Fueron las oraciones, la magia, el aroma de su cabello. El beso que había sellado algo, algo que trascendía lo físico y lo espiritual. Ya no estaban separados y divididos, sino que eran uno... y, entonces, todo había pasado de ser confuso a maravilloso. Sensacional.

Ella me provocaba sensaciones. Me hacía ver el mundo con nuevos ojos, los árboles eran más

verdes, los ángulos más nítidos, los rostros más agradables y dignos de misericordia.

Sin embargo, no era que la culpa hubiera desaparecido. Pasaba de la fantasía al reproche y me castigaba corriendo más, haciendo más abdominales, haciéndome cargo de más tareas en la iglesia, rezando durante horas para encontrar una respuesta.

¿Por qué Dios habría de traer a Poppy si no debía enamorarme de ella?

¿En serio era tan terrible que un hombre de Dios tuviera sexo? Los protestantes llevaban medio milenio haciéndolo y no parecían más condenados al infierno que los católicos.

¿Y estaba tan mal que quisiera ambos? Quería liderar esta iglesia, quería ayudar a las personas a encontrar a Dios. Pero, joder, también quería a Poppy, y no me parecía justo tener que elegir.

Dios no respondió. La magia que había estado deambulando por la iglesia se ocultó de mí y, en cierta forma, eso ya era una respuesta.

Tenía que resolver esto solo.



CAPÍTULO 12

El jueves estaba inquieto como un animal enjaulado.

Intenté mirar Netflix, intenté leer. Mi casa ya estaba limpia, el césped recortado. Solo podía concentrarme en Poppy. En verla por la noche.

Y, por fin, me rendí y me fui a mi habitación. Me senté en la silla junto a la cama y me desabroché los vaqueros. Llevaba todo el día en un estado de semierección y solo pensar en masturbarme (algo de lo que prácticamente me había privado durante los últimos tres años) era suficiente para que acabara de endurecerse. Me empecé a dar hasta que estuvo bien firme, recordando cómo era tener el coño mojado de Poppy apretado contra mí. Me incliné hacia atrás, la mandíbula apretada, entregándome por fin a buscar mi móvil.

Respondió al segundo tono.

—¿Hola? —Esa voz. Por teléfono sonaba aún más ronca. Me cogí la polla y froté despacio.

—¿Dónde estás?

—En el club. —Podía escucharla moverse, como si estuviera yendo a un sitio más reservado para poder hablar—. Ya casi acabo. ¿Qué pasa?

Dudé. Dios, esto era tan sucio. Pero quería su voz en mi oído mientras lo hacía.

—Estoy empalmado, Poppy. Estoy tan empalmado que no puedo pensar.

—Ah —dijo. Y entonces lo entendió—. Oh, Tyler, ¿estás...?

—Sí.

—¿Cómo? —dijo y pude oírla moverse y cerrar una puerta—. ¿Dónde?

—En mi habitación. Tengo los vaqueros bajados.

—¿Tienes las piernas abiertas? ¿Estás tumbado o sentado? —Sus preguntas estaban llenas de deseo, de hambre. Le di con más fuerza.

—Estoy tumbado. Sí, tengo las piernas abiertas. Me hace pensar en ti cuando te arrodillas en medio y me la chupas.

—Quiero volver a hacerlo —ronroneó, y de alguna forma supe que también se estaba tocando—. Quiero lamerte de la base a la punta. Quiero comérmela hasta el fondo.

—Yo también lo quiero.

—¿Estás usando toda la mano o solo los dedos?

—Toda la mano —dijo. Ahora me estaba masturbando con fervor, deseaba tanto que estuviera aquí.

—Espera —dijo y hubo unos segundos de silencio. Entonces mi teléfono vibró—. Tienes un mensaje —comentó con dulzura.

Alejí el móvil y casi me desmayo. Me había mandado una foto de sus dedos enterrados en su

coño.

—Eres tan sucia —dije. Y entonces llegó otra, orientada para que pudiera ver su tacón negro trabado en el borde del escritorio.

Santo Dios.

—Te puedo escuchar —dijo—. Puedo escuchar tu mano moverse. Dios, desearía poder verlo.

—Yo también —dije y logré abrir la cámara de mi teléfono y encender el vídeo, todo con una mano porque de ninguna manera iba a parar ahora.

—Estoy tan mojada —confesó—. No veas la que estoy liando. Estoy en la oficina de mi jefe y todo está tan resbaladizo y desearía que fuera tu polla en lugar de mis dedos. Tengo tantas ganas. Me he puesto estos tacones sabiendo que iba a clavarlos en tu espalda luego. —Imaginé sus tacones y ese coño perfecto mientras dejaba que las imágenes hicieran su magia. El clímax me atravesó, bombeé con fuerza y gemí cuando el semen salió disparado exhalando un «joder» entre dientes mientras el orgasmo retrocedía lentamente—. Me encanta escucharte —dijo su voz en el auricular—. Tus ruidos. Pensé en eso anoche en mi habitación de hotel mientras jugaba con mi cuerpo.

—Niña sucia. —Le envié el vídeo—. Ahora es tu turno de mirar los mensajes.

Hubo una pausa y luego escuché el inconfundible sonido que hago cuando me masturbo, escuché mis gemidos rebotar en la oficina de su jefe.

—Oh, Dios —susurró, y ahora claramente estaba en altavoz—. Joder, Tyler. Eso es tan... Si estuviera allí, me tragaría hasta la última gota. *Jesús* —gimió. Y luego un «Sí» seguido por jadeos entrecortados que resucitaron mi polla. Y, al final, silencio, terminado con un gran suspiro y el crujido que hizo la silla cuando se sentó. Oí el clic que me sacó de altavoz—. ¿Tyler?

—¿Sí?

La sonrisa en su voz era evidente.

—Llámame cuando quieras.



De algún modo conseguí sobrevivir al día, corriendo hasta perder el conocimiento, armando a medias la propuesta para el panel del arzobispo Bove mientras miraba el reloj con impaciencia (haciendo a un lado la culpa cuando escribía sobre pecados sexuales).

A eso de las siete de la tarde, mi teléfono vibró.

Estoy en casa. ¿Quieres que vaya a la rectoría?

Respondí enseguida.

Te veré en la iglesia.

Los jueves por la noche eran el único momento de la semana sin actividades, grupos o estudios de la Biblia, así que la iglesia estaba vacía. Seguía siendo bastante temprano como para

apagar las luces y quería tener la excusa de que estaba asesorándome con el presupuesto en caso de que alguien la viera entrar a la iglesia. Que viniera a la rectoría sola por la noche era un poco más difícil de defender.

Crucé la puerta trasera y casi corro por el pasillo hasta el nártex, donde las puertas estaban trabadas. Giré la cerradura y las abrí, y ahí estaba Poppy. con un vestido corto, rojo, tacones negros altos y labios rojos, lista para mí.

Quería ser delicado al principio, intercambiar más besos suaves y profundos, de esos que nos dejaban confundidos y alborotados, pero ese vestido y esos tacones...

A la mierda con la delicadeza.

La cogí de la muñeca y tiré hacia dentro, llegando apenas a trabar la puerta antes de empujarla y estampar mi boca en la suya. Deslicé la mano debajo de su culo y la alcé para que quedara atrapada entre la madera y mi pelvis, que mecí contra ella mientras la besaba.

Y entonces fue cuando descubrí que no llevaba bragas.

—Poppy —dije interrumpiendo el beso para poner una mano entre nosotros—. ¿Qué es esto?

—Ya te lo dije —dijo intentando recobrar el aliento—. Lo dejé todo perdido por tu culpa. Me las tuve que quitar.

—¿Así que has decidido no llevar nada lo que quedaba de tarde? —Asintió, mordiéndose el labio. La alejé de la pared, pero seguí sosteniéndola y la llevé hacia la iglesia usando la espalda para empujar la puerta. Envolvió las piernas en mi cintura y, fue tan natural tenerla en mis brazos, que no quería soltarla nunca más—. ¿Me he metido en problemas? —preguntó con algo de timidez.

—Sí —gemí—. En muchos problemas. Pero, primero, vas a inclinarte para que pueda ver lo mal que te has portado.

Mi plan era llevarla a mi oficina, pero no podía esperar los cinco minutos que nos llevaría eso: apenas podía resistirme a desabrocharme los vaqueros y metérsela aquí y ahora. Podría inclinarla sobre un banco, pero quería que pudiera sujetarse y moverse. El piano estaba en la otra punta, pero el altar... la piedra sagrada de la iglesia solo estaba a algunos pasos.

«Perdóname», pensé y luego llevé a Poppy por los escalones. La apoyé en el suelo y le di la vuelta para que quedara cara a cara con el altar, me alegró comprobar que, con esos tacones, quedaba a la altura perfecta.

—El altar —murmuró—. ¿Soy el sacrificio de la noche?

—¿Te estás ofreciendo? —Como respuesta, apoyó las palmas abiertas sobre el mantel y el movimiento la hizo curvar la espalda y resaltó las curvas de su trasero—. Oh, muy bien, corderito, pero no es suficiente. —Presioné con una mano contra su espalda y la empujé hacia abajo, mirando cómo la falda subía despacio por sus muslos mientras se inclinaba. La empujé hasta que su mejilla quedó apoyada contra el altar y entonces encontré sus muñecas y se las inmovilicé por encima de la cabeza—. Ni se te ocurra moverte —susurré en su oído con voz grave, después caminé hacia la sacristía y cogí un cinto. *Ciñe, mi señor, el cinto de la pureza y apaga en mi corazón el fuego de la lujuria...*

Atado en las muñecas de esta mujer para someterla a mis deseos, el cinto estaba cumpliendo el propósito exactamente opuesto, no apagaba nada. Todo mi cuerpo estaba incendiado, las llamas ya tocaban cada centímetro de mi piel y la única forma de apagarlas era enterrarme hasta los cojones en su dulce coño. Eso debería hacerme sentir mal.

Debería.

Retrocedí para admirar mi obra: la forma en que tenía los brazos estirados y atados, como una cautiva suplicante; la forma en que sus tacones negros se clavaban en la alfombra; la forma en

que su culo quedaba a la vista y a mi disposición.

Volví a ella y le levanté la falda con un dedo.

—Esto muestra demasiado, corderita. ¿Sabes cuánto?

Me miraba por encima de la curva de su hombro.

—Sí —dijo—. Puedo sentir el aire en mi...

Me arrodillé detrás de ella como había hecho el día de su confesión, pero esta vez solo para examinarla. Era cierto que la falda no cubría más que lo necesario y el más mínimo movimiento hubiera revelado su coño.

—¿Por qué te has puesto este vestido hoy, Poppy?

—Quería... que me follaras con él.

—Eso es sucio. Pero no tan sucio como estar en público, en el trabajo, con el coño tan expuesto. —Me puse de pie y acaricié sus muslos, atrapando la suave tela en mis dedos y moviéndola sobre sus caderas—. ¿Y si el viento te volaba la falda? —Hablaba acariciándole el culo—. ¿Y si descruzabas las piernas y justo alguien estaba mirando en esa dirección?

Su voz sonó apagada por el brazo.

—Antes me pagaban por desnudarme. No me preocupa.

Pam.

Respiró hondo y vi aparecer en su culo una mancha roja con la forma de mi mano que se veía claramente incluso en la penumbra de la tarde.

—A mí me preocupa —dije—. ¿Sabes lo celoso que estoy de los hombres que te vieron así? ¿Lo celoso que estoy de Sterling?

—No deberías...

Pam.

Se estremeció y abrió más las piernas para acercar su culo a mi mano.

—Ya sé que no debería —dije—, esa no es la cuestión. No te echo en cara tu pasado. Pero esto... —Deslicé la mano para coger su coño, que estaba caliente, hinchado y húmedo—. Me lo llevaré esta noche. Lo haré mío. Y llevarlo así, con tanta ligereza, te convierte en una chica mala. —La volví a golpear y gimió contra su brazo—. No sé qué me pasa contigo —le dije acercándome a su entrada—. Pero sacas el cavernícola que vive en mí. Mírame, Poppy.

Eso hizo, un precioso ojo avellana se asomó por encima de su brazo atado. Le apreté el coño, tan resbaladizo contra mi palma que tuve que esforzarme para no mostrarle lo loco que me ponía que pudiera excitarse tanto con los azotes y la sumisión. Pero tenía que completar la última casilla, hacer la pregunta final, porque no quería estar condenado al infierno feminista por encima de todos los otros a los que ya estaba condenado.

Volví a apretarla y tuvo que esforzarse para sostenerme la mirada.

—Poppy, yo... quiero hacerlo así contigo. Duro. Posesivo. Pero tienes que decirme si te parece bien. —Apoyé la cabeza en su espalda y apunté el rostro hacia su cuello—. Dime que está bien, Poppy. Di las palabras. —Dios, ese aroma a lavanda, la textura sedosa de su cabello contra mi mejilla y la sensación de su coño húmedo latiendo en mi mano—. Solo... joder.

—Sí —dijo y su voz sonó urgente, clara y fuerte—. Sí, por favor.

—¿Por favor qué? —Tenía que asegurarme. Porque las cosas que quería hacerle a esta mujer... ni el Levítico se había aproximado a todas las formas en que quería profanarla.

Podía oír la sonrisa en su voz junto con la demanda.

—Tyler, estás exactamente dónde te quiero. Úsame. Con rudeza. Déjame marcas. —Hizo una pausa—. Por favor.

Eso era todo lo que necesitaba. Le besé la nuca y luego me estiré para poder volver a

golpearle el trasero, frotando luego en el sitio para aplacar la quemazón.

—Enderízate y date la vuelta —ordené y ella obedeció de inmediato. La expresión en su rostro cuando se dio la vuelta era suficiente como para hacerme acabar: parecía capaz de hacer cualquier cosa, *cualquier cosa*, para que me la follara ahí mismo y yo tenía tantas cosas en mente que quería hacerle.

Pero antes...

Le desaté las muñecas, besé la marca que había dejado la cuerda y luego me estiré detrás de ella y le desabroché el vestido. Cayó a sus pies, dejándola completamente desnuda excepto por los tacones. Me tomé un minuto para mirarla, la forma de gota de sus pechos, grandes como para apretar, pero pequeños como para sostenerse. Su estómago flexible, fino y suave y levemente redondeado, con la clase de caderas en las que uno podría clavar los dedos. La V desnuda de su coño, suave y delicada, y la irresistible curva de su trasero.

—Me acabo de dar cuenta de que no llevas puesto tu... —Se señaló la garganta.

—Día libre —dije con la voz más ronca de lo que esperaba.

Busqué detrás de mi cuello y cogí la tela de la camiseta para quitármela por la cabeza, saboreando el modo en que separó los labios y se llevó la mano a la boca mientras me miraba. Me desabroché el cinturón, deslizando el cuerpo por las trabillas del vaquero y dejándolo caer al suelo. Pateé los zapatos y me lo quité.

En general me gustaba quedarme con algo de ropa durante el sexo, pero quería darle esto, mi desnudez, como regalo. Y, en un sentido más egoísta, quería sentir cada centímetro de su piel contra la mía. Esta iba a ser la primera vez que follara en tres años y me negaba a perderme algo.

—Ven aquí —dije— y arrodíllate. —Lo hizo, su respiración ahora era audible, arrodillada frente a mí, cruzando los tobillos detrás de ella, tentándome con esos tacones—. Quítamelos —dije, apuntando mi ropa interior con el mentón. Lo hizo, bajándome los calzoncillos por la cadera con impaciencia, y gemí cuando por fin, por fin, liberó mi erección.

Apretó despacio, los labios rojos sobre la piel sedosa de mi polla.

—Déjame chuparte. —Respiró contra mí—. Quiero hacerte sentir bien.

Encontré sus labios con mi pulgar, lo pasé por el inferior y luego lo empujé hacia abajo para abrirle más la boca.

—Quédate quieta —le dije y luego dirigí mi polla hacia su boca expectante.

Joder.

Habíamos estado juntos el sábado, pero me había olvidado de que la boca de esta mujer era un trozo de cielo, cálido, húmedo, con esa lengua inquieta y juguetona que bailaba en la base de mi polla.

Pasé las manos por su cabello (estropeando el adorable peinado) y la retiré despacio, saboreando cada segundo en que sus labios y su lengua besaban mi piel. Y entonces volví a cogerla del pelo, esta vez con menos cuidado. Mis ojos se dispararon de sus labios a sus tacones y a sus manos, que dibujaban círculos en su clitoris mientras yo me follaba despacio su boca.

Clavó sus ojos en los míos, espiándome a través de esas largas y oscuras pestañas y pensé en todas las veces en que me habían distraído y todas las veces en que había querido follármela hasta hacerle perder la consciencia (y luego darle un par de azotes por volverme tan loco).

Tiré con más fuerza. Quería ser duro, quería que sus ojos se llenaran de lágrimas, quería follármela hasta llegar al punto en el que casi no pudiera contenerme de disparar en su garganta.

—¿Lista? —le susurré, seguía queriendo avanzar por el terreno del consentimiento y la cautela. Y entonces gimió frustrada, como si le molestara que volviera a preguntar—. Corderita mala —dije y entré con más fuerza en su boca. La oí ahogarse cuando llegué al fondo de su

garganta, pero solo le di un minuto antes de empujar una y otra vez. Sabía que la tenía más larga y ancha que la mayoría de los hombres, pero no iba a darle ventaja a menos que me la pidiera, no después de ese berrinche. Logró asentir, sus ojos húmedos pestañeaban de esa forma sincera y acusatoria y supe que era verdad—. Me vas a volver loco.

Sonrió en mi polla y *joder*, iban a tener que absolverme de todos estos pecados, porque ni el mismísimo San Pedro se hubiera podido privar de esta mujer. Me moví en su boca varias veces más hasta sentir esa presión en mi estómago y luego la saqué, con la respiración agitada por el esfuerzo que tuve que hacer para no correrme en ese precioso rostro.

En cambio, usé el pulgar para limpiar los ojos de Poppy, que ahora estaban sucios de lágrimas y maquillaje. El pintalabios un poco corrido, tal como yo lo había dejado.

Era tan tentador besarla, lamerla, mordisquearla, que la alcé para poder hacerlo mientras caminaba hacia el altar. Tenía los labios hinchados y, sin embargo, eran receptivos a mi beso, tan deliciosamente suaves. Gemí en su boca mientras lamía mis dientes y saboreaba mi lengua, moví la boca con más fuerza contra la suya. Apenas podía respirar por besar a esta mujer.

La apoyé sobre el altar, pero no terminé el beso, frotando sus pechos y caderas. Era casi imposible parar, pero estaba llegando al punto en que todo lo que no fuera estar dentro de ella me importaba muy poco, así que me detuve.

—Recuéstate —dije cuando separamos los labios, dejando la mano detrás de su cabeza para que no se golpeará por accidente.

Era un altar grande y ella no era muy alta, así que pudo ponerse cómoda y le sobró espacio. Pasé una mano por su estómago mientras iba hacia atrás para quedar frente a frente con la iglesia, como si fuera a empezar el rito de la comunión. Pero, en lugar de tener el cuerpo y la sangre de Cristo ante mí, tenía a Poppy Danforth.

Pasé la punta de la nariz por su mandíbula y bajé muy despacio por su cuerpo, adorando la forma en que se arqueaba y se inclinaba hacia mi contacto, tan desesperada. Era un festín y tenerla así era como la primera bocanada de oxígeno después de emerger del agua, poderosa e instintiva, y me importaban una mierda todos los pecados que estaba cometiendo, iba a disfrutar de cada minuto.

Le mordí el interior de los muslos, dibujé círculos en cada centímetro de su coño con la lengua. Apreté sus pechos con mis manos ásperas hasta que chilló, le mordisqueé el ombligo y chupé cada pezón hasta que terminó retorciéndose sobre el altar. Le robé besos más que dárselos. Deslicé los dedos por su coño, pero no para hacerla sentir bien, sino para disfrutar de lo húmeda que estaba.

Cuando acabé de coger lo que quería, cuando estaba tan duro que no podía pensar, subí al altar con ella y me arrodillé entre sus piernas abiertas.

Esperé, durante una milésima de segundo, a que la voz de Dios irrumpiera, esperé por una intervención divina, como cuando Abraham y su único hijo se prepararon para el sacrificio. Pero nunca llegó. Solo estaba Poppy y su pecho tembloroso mientras murmuraba:

—Por favor, por favor, por favor...

No entendía cómo alguien podía reducir a Poppy a una mujer que siempre tenía ganas, a nada más que una prostituta dentro de una mujer de clase alta. Porque ahora mismo, con los ojos tan oscuros y la piel tan ruborizada, era lo más sagrado que había visto. Un milagro hecho carne, esperando a mi carne para unirse.

—Te juro que eres preciosa —dije, pasando un dedo por su mandíbula. Y entonces cogí su mano, entrelazando los dedos con los suyos—. Pase lo que pase después de esto, solo quiero que sepas que ha valido la pena. Tú vales la pena. Tú lo vales todo.

Abrió la boca y la volvió a cerrar como si no encontrara las palabras adecuadas. Una lágrima se escapó de la esquina de su ojo y me acerqué para limpiarla con un beso.

—Tyler —comenzó, pero la callé con otro beso.

—Escucha —dije bajando entre sus piernas. Se estremeció cuando la cabeza de mi polla tocó su entrada—. Este... —Empujé un poco dentro de ella; casi no podía respirar por lo apretada que estaba—. Este es tu cuerpo. —Bajé la cabeza y cogí entre mis dientes la delicada piel de su cuello—. Esta es tu sangre —susurré en su oído. Entré hasta el final y gritó, arqueando la espalda sobre el altar—. Esta eres tú —le dije en la iglesia vacía—, esta eres tú entregada a mí.

Después nos quedamos quietos, absorbiendo los nuevos sentimientos, la sensación de mis caderas clavadas en su suavidad, la sensación de su canal apretado a mi alrededor. Me preocupaba acabar así, solo por estar dentro.

Pero entonces me di cuenta de que se mordía el labio y respiraba agitada y entendí que se estaba acomodando a mi tamaño. Apenas entraba y, lo que era peor, por eso me gustaba tanto.

Dios, era un cretino. No la había preparado lo necesario y, a una parte de mí, eso le parecía *sexy*, tan *sexy* que casi no era capaz de atenderla como lo haría un buen hombre. Tuve que acercarme y morderle el cuello y los hombros una y otra vez para obligarme a quedarme quieto: solo quería penetrarla como si fuera una jodida muñeca inflable, como si no existiera nada más que su coño.

Pero no, así no debía ser nuestra primera vez. Le dije que quería ser duro, pero era demasiado y no podía arriesgarme a abusar así de mi cordero.

Cuando por fin logré contenerme un poco, la saqué hasta la mitad y bajé la mano para frotar su clitoris, pensando que podía ocuparme de ella y luego acabar de un modo que no la lastimara. Me cogió la mano.

—No —dijo—. No seas el chico bueno. Te he dicho lo que quería. Ahora dámelo.

—Pero quiero que tú también disfrutes.

—Lo haré —dijo con los ojos abiertos y encendidos—. Dame lo que quiero, Tyler. Quiero esto. Por favor.

Gemí con sus palabras y volví a hundirme despacio en ella. Mis muslos y brazos temblaban con el deseo reprimido, pero no podía ser ese tío, no quería ser ese tío, el que usaba a una mujer y no se preocupaba de que ella se lo pasara bien. Había dicho que quería eso, y yo sabía que me había dado permiso, pero no sabía si le quedaba claro lo duro que podía llegar a ser, lo lejos que podía ir.

Pasó los brazos por mi cuello y se colgó para hablarme al oído:

—¿Cómo puedo llevarte al límite? —Se retorció debajo de mí e inhalé, el movimiento repentino después de la quietud casi me resultó demasiado. —¿Cómo puedo convencerte de que me destruyas? Me doy cuenta de que eso es lo que quieres —continuó, ronroneando en mi oído—. Puedo sentirte temblar. Hazlo. Sácala y vuélvela a meter. ¿No te gusta? —Claro que sí. Me gustaba tanto que volví a hacerlo, una y otra vez, cerrando los ojos y exhalando de forma agitada. Cada vez que empujaba, me apretaba contra su clitoris y la sacaba despacio para arrastrarla por su punto G. Una voz galante me decía que tenía que asegurarme de hacerla llegar y el resto de mí luchaba contra esa voz y me pedía que la penetrara como un loco—. ¿Dónde está el hombre que me ha dado unos azotes? ¿Dónde está el hombre que me folló hasta llenarme los ojos de lágrimas?

Seguía teniendo los ojos cerrados, pero los abrí para mirarla.

—No quiero hacerte daño —dije con la voz ronca por el esfuerzo de contenerme—. Es que me importas mucho.

—Tyler —rogó—. Ya lo has hecho conmigo.

—No así.

—Mira —exigió—. Míranos.

Lo hice y fue un error bajar la vista porque el sitio en que estábamos unidos era tan sexy, tan primitivo, que algo trepó por mi espalda y no pude distinguir bien qué era (lujuria o amor o biología o destino), pero mi intento de nobleza se rompió y liberó a la bestia que habitaba en mi interior.

—Perdóname —musité y me dejé llevar. Gimió sorprendida y luego me desplomé sobre su cuerpo, sosteniéndome solo con los antebrazos, nuestros vientres y pechos apretados, mis caderas clavándose en la parte interna de sus muslos.

—Más —gimió, y yo se lo di.

Escuché sus tacones golpear contra el suelo, el mantel se deslizaba mientras me la follaba con fuerza, pero no me importaba, estaba perdido en mí, perdido en ella, fuera del mundo y todo lo que no fueran sus gemidos y aullidos en mi oído y el coño mojado debajo de mí.

Era perfecta, yo me estaba follando esa perfección, y me importaba una mierda nada que no fuera mi polla y llenar a esta mujer con mi semen, ¿por qué me gustaba tanto esta condena?

Ni siquiera sé qué decía mientras me enterraba en ella, «Jesús, por favor» y «lo siento» y «estás tan apretada» y «tengo que hacerlo, tengo que hacerlo, tengo que hacerlo».

Y ella me respondía, palabras que escupía en suspiros y jadeos, «ahí» y «más fuerte» y «cerca, estoy tan cerca».

Más profundo, tenía que entrar más, aunque sabía que era físicamente imposible, y entonces atacé su boca, besándola con algo violento y furioso y devoto. Apenas podíamos respirar, pero nos negábamos a parar y, mientras tanto, yo me la follaba, sintiéndola apretar y retorcerse y, por fin, romperse debajo de mí. Se resistió, gritando contra mi boca, sus uñas dibujaron líneas rojas dolorosas en mi cintura, y llegamos juntos a su orgasmo, porque estaba como loca, una mujer poseída, era como tener una tigresa debajo de mí, pero seguí follándomela y entonces estaba ahí, estaba ahí, estaba ahí y todavía tenía su boca atrapada cuando la clavé por última vez y me corrí.

Por fin, llegué.

Cada latido de mi polla fue como un latido de mi alma y cada músculo apretando y contrayéndose fue como un puñetazo en el estómago; estaba desnudo frente a esta mujer en tantos sentidos, tenía los nervios a flor de piel, el corazón abierto, el alma junto a mis caderas amoratadas, mi pene latente, el semen que ahora brotaba por todas partes, chorreando por el mantel blanco del altar y, sí, por eso la iglesia quería que el matrimonio y el sexo fueran de la mano, me sentía tan casado con ella como era posible.

Di un par de empujones más, ordeñando hasta la última gota de mi clímax y luego me alcé sobre las manos para mirarla.

Tenía una sonrisa cansada, relajada, y entonces dijo:

—Amén.



CAPÍTULO 13

Fui hacia la sacristía y salí con un rectángulo de tela blanco, un purificador. Solía usarlo para limpiar el cáliz de comunión después de cada sorbo de vino.

Pero esta noche lo usé para limpiar a Poppy.

Creeréis que tener sexo en mi altar, usando objetos que solía usar para los rituales más sagrados significaba que no me tomaba en serio mi fe, que me había entregado al pecado y al sacrilegio, pero no era así. O por lo menos no era tan así. No podía explicarlo, pero de alguna forma era como si todo fuera sagrado: el altar y los vestigios que nos rodeaban. Sabía que en el futuro sentiría culpa. Que habría consecuencias. Volvería el recuerdo de Lizzy y todas las cosas por las que había luchado.

Cuando terminé de limpiarla, la envolví con el mantel del altar y la llevé hasta el borde de las escaleras, donde me senté. La abracé, acariciando con los labios su cabello y sus párpados, murmurando las palabras que creía que debía oír: lo preciosa, despampanante y perfecta que era.

Quería decir «lo siento», pero mi mente y mi alma seguían tan confundidas por lo perfecto que era todo que no sabía si lo sentía por haber perdido el control y ser tan bruto con ella o si lo sentía por el hecho mismo de haber tenido sexo.

Pero no era así porque valía la pena pecar por este momento. Este momento en que ella estaba acurrucada en mis brazos, su cabeza sobre mi pecho, su respiración contenida contra mí. Con el mantel del altar cubriéndola, dejando ver algo de su pálida piel.

Deslizó sus dedos por mi pecho hasta la clavícula y yo la acerqué como si pudiera hacerla atravesar mi piel y llegar hasta mi alma.

—Has roto tus votos —dijo al fin.

Bajé la vista hacia ella; estaba a la vez triste y adormilada. Apreté los labios contra su frente.

—Lo sé —respondí por fin—. Lo sé.

—¿Y ahora qué pasa?

—¿Qué quieres que pase?

Parpadeó y me miró.

—Quiero volver a hacerlo.

Me reí.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

Se retorció en mis brazos hasta quedar sobre mi pierna, y solo hizo falta uno de sus besos para que volviera a ponerme duro. La alcé y la volví a meter, gimiendo contra su cuello cuando volvíamos a sentarnos. Los indicios de una sensación que conocía. Calor y humedad. Su culo

contra mis muslos. Sus tetas cerca de mi boca.

—¿Qué quieres que pase a continuación, Tyler? —dijo, y no pude creer que me lo estuviera preguntando mientras me montaba, pero cuando intenté responder entendí por qué. No quería que levantase la guardia, quería que fuera sincero y puro.

—No quiero que paremos —admití. Movié su cabeza hacia delante y hacia atrás, y entonces apreté el rostro contra su pecho, sintiendo mi clímax crecer demasiado rápido—. Siento que...

Pero no pude decirlo. Ni siquiera ahora, que me tenía completamente a su merced. Era demasiado pronto, sin mencionar el ridículo.

Los sacerdotes no podían enamorarse.

Yo no podía enamorarme.

Pasó los dedos por mi pelo y tiró mi cabeza hacia atrás para poder mirarme.

—Si no lo dices tú, lo diré yo.

—Poppy...

—Quiero saberlo todo de ti. Quiero que me digas lo que opinas de política y quiero que me leas las Escrituras y quiero que tengamos conversaciones en latín. Quiero follarte todos los días. Fantaseo constantemente con mudarnos juntos, vivir juntos cada momento. ¿Qué es eso, Tyler, si no es...?

Puse mi mano sobre su boca y, en un instante, quedó aplastada de espaldas.

—No lo digas —le dije—. Todavía no.

—¿Por qué? —susurró con los ojos abiertos y un poco doloridos—. ¿Por qué no?

—Porque una vez que lo digas, una vez que yo lo diga, entonces todo tiene que cambiar.

—¿No ha cambiado ya?

Tenía razón. Había cambiado al besarla en presencia de Dios. Había cambiado al apoyarla sobre ese piano. Tal vez ya había cambiado cuando entró en mi confesionario.

Pero si la quería... si ella me quería mí... ¿Qué supondría eso con todo mi trabajo aquí? No podía tener una relación secreta y seguir con mi batalla contra la inmoralidad sexual en los clérigos; pero, si me alejaba de mi vocación, no podría luchar en ninguna batalla. Perdería al hombre que era.

La única opción que quedaba era perder a Poppy, y todavía no estaba preparado para pensar en eso. Así que, en lugar de responder a su pregunta, tiré de ella y le di la vuelta, montándola por detrás mientras deslizaba una mano por su cadera y encontraba su clítoris. En poco tiempo ya estaba a punto de correrse, tal como sabía que iba a suceder; cuanto más agresivo era, más rápido llegaba.

La seguí hasta el límite, repitiendo su nombre como una plegaria, como si pudiera follarla hasta borrar el futuro y sus horribles posibilidades.

Oh, Dios, lo que hubiera dado porque eso fuera cierto.



—No me creo lo limpia que está tu casa —dijo Poppy.

Estábamos en mi cama después de cerrar la iglesia y escabullirnos hacia la rectoría. Yo aferrado a su cabello con una fascinación que rozaba la reverencia, adorando esos mechones largos y oscuros, enroscando mis dedos y acariciándolos con los labios. Habíamos estado charlando, divagando entre especulaciones sobre *The Walking Dead*, nuestros textos favoritos en latín y susurros sobre todas las formas en que habíamos sufrido de tanto desearnos durante el

último mes.

Estaba a punto de volver a besarla cuando dijo eso, así que tuve que conformarme con deslizar una mano debajo de las sábanas y buscar sus pechos.

—Me gusta que las cosas estén limpias.

—Creo que eso es admirable. No es algo que se vea a menudo en hombres como tú.

—¿Hombres como yo? ¿Sacerdotes?

—No. —Se movió hacia mí sonriendo—. Jóvenes. Encantadores. Guapos. Hubieras sido un empresario fantástico, ¿lo sabes?

—Mis hermanos son empresarios —dije—. Pero a mí nunca me interesaron esas cosas; nunca quise más dinero, éxito o poder. Me encantaban las cosas antiguas: los lenguajes, los rituales. Los dioses.

—Creo que puedo imaginarte de adolescente —musitó—. Apuesto a que las chicas se volvían locas: sexy, atlético y rata de biblioteca. Además de muy limpio.

—No, no siempre era limpio. —Me debatí un momento sobre si explicarme o no, pero acabábamos de compartir algo tan íntimo, ¿por qué iba a ocultarle esto? ¿Solo porque era deprimente? De repente quería compartirlo. Quería que conociera toda la oscuridad que había a mi alrededor, quería mostrarle mis mochilas y hacer que las cargara junto a mí con su inteligencia y su compasión. Quitó la mano de su pecho, llevé los dedos debajo de sus costillas y la acerqué hacia mí—. El día que encontré a mi hermana era un sábado de mayo. Había una tormenta horrible y, aunque era de día, estaba muy oscuro, como si fuera de noche. Lizzy había venido con el coche de Sean desde la universidad (en ese momento los dos estaban en KU) para pasar el fin de semana en casa. Mis padres habían ido a comer con Aiden y Ryan y yo creí que también con Lizzy. Me había quedado durmiendo hasta tarde y desperté con la casa vacía. —Poppy no dijo nada, pero se acercó para darme coraje—. Hubo un destello brillante de luz y un sonido ensordecedor, como si hubiese explotado un transformador y se hubiera cortado la energía. Fui a buscar la linterna, pero las estúpidas pilas habían muerto, así que tuve que ir al garaje a buscar otras. Vivíamos en Brookside, en una casa antigua, así que el garaje estaba venido a menos. Tuve que caminar bajo la lluvia y, cuando entré, al principio estaba tan oscuro que no vi... —Encontró mi mano y la apretó—. Cogí las pilas y, de casualidad, un rayo iluminó la estancia justo cuando me estaba dando la vuelta, o no la hubiera visto. Estaba allí, suspendida, como congelada en el tiempo. En las películas siempre se están meciendo y hay un crujido, pero ella estaba tan quieta. Tan. Quieta. Recuerdo correr hacia ella, tropezarme con un canasto lleno de sogas y que luego una torre de botes de pintura cayera rodando. Me levanté del suelo. Había usado una escalera... —No pude decir las palabras, no pude decir «había usado una escalera para colgarse». Tragué saliva y continué—. La volví a colocar y subí. Cuando la bajé y la tuve en mis brazos me di cuenta de que tenía las manos sucias de polvo de cuando me había tropezado. Entre la lluvia, el polvo, la grasa y la mugre del suelo, le dejé manchas por toda la cara...

Respiré hondo, reviviendo el pánico, la llamada al 911, las conversaciones ahogadas con mis padres. Habían regresado corriendo a casa; mis padres y Aiden entraron al garaje unos segundos antes que la policía y a nadie se le ocurrió dejar fuera a Ryan. No tenía más que ocho o nueve años cuando vio a su hermana muerta en el suelo del garaje. Y luego las luces rojas y azules, y los paramédicos, y la confirmación de lo que ya nos habían dicho la piel fría y los ojos vacíos.

Lizzy Bell (voluntaria en un refugio de animales, fanática de Britney Spears y todas las otras miles de cosas que conformaban a una chica de diecinueve años) estaba muerta.

Durante varios segundos, solo estuvo el sonido de nuestras respiraciones, el suave sonido de las sábanas cuando Poppy frotaba su pie contra el mío, y entonces los recuerdos volvieron a mí

mente.

—Mi madre seguía intentando limpiarle las manchas —dije por fin—. Mientras nosotros esperábamos que los hombres de la funeraria vinieran a llevarse el cuerpo. Pero las manchas de grasa no son tan fáciles de quitar y entonces Lizzy las tuvo hasta que nos despedimos. Lo odié. Lo odié tanto. Convertí en mi misión frotar ese puto garaje de pies a cabeza, y eso fue lo que hice. Desde entonces, vivo rodeado de limpieza.

—¿Por qué? —preguntó Poppy, apoyándose en un codo—. ¿Eso te hace sentir mejor? ¿Te preocupa que pueda volver a pasar algo así?

—No, no es eso. No sé por qué lo sigo haciendo. Supongo que es una obsesión.

—Suen a castigo. —No respondí, pero le di vueltas en mi cabeza. Dicho así, no parecía que hubiera dejado ir a Lizzy, sino que seguía aferrado a su muerte, aferrado a la culpa de haber estado durmiendo ese día y no haber podido detenerla. Pero habían pasado diez años y ya no estaba tan atado a eso, ¿o sí?—. ¿Cómo era ella? —preguntó Poppy—. Cuando estaba viva.

Lo pensé un minuto largo.

—Era mi hermana mayor. Así que a veces era maternal y a veces era mala. Pero de niño, cuando le tenía miedo a la oscuridad, siempre me dejaba dormir en su habitación, y de adolescente me cubría cuando me saltaba el toque de queda. —Recorrí con la mirada la sombra de la persiana proyectada en el edredón—. Le gustaba muchísimo la música pop. Solía dejar su música en el reproductor de Sean cuando usaba su coche y él se enfurecía cuando llevaba a algún amigo y comenzaba a sonar Britney Spears o una banda de chicos.

Poppy torció la cabeza.

—Es por Lizzy que escuchas Britney Spears —adivinó.

—Sí —admití—. Me hace acordarme de ella. Solía cantar tan alto en su habitación que se podía escucharla desde cualquier parte de la casa.

—Creo que me hubiera caído bien.

Sonreí.

—Creo que sí. —Pero entonces mi sonrisa desapareció—. El fin de semana del funeral, Sean y yo decidimos escaparnos unos minutos de los parientes que estaban en casa para ir a un Taco Bell. Yo quería conducir, pero no pensamos... no nos acordábamos de que ella era la última persona que había usado el coche. Su música comenzó a sonar y Sean... se molestó.

Molestarse no era el término correcto para lo que le había pasado a mi hermano mayor. Acababa de cumplir veintiún años, así que estaba haciendo el duelo de Lizzy al estilo irlandés: demasiado *whisky* y poco sueño. Arranqué el coche y las primeras notas de *Oops, I did it again* comenzaron a sonar, tremendamente alto porque Lizzy tenía el volumen a tope, y los dos nos quedamos helados, mirando la radio como si un demonio acabara de escaparse de la ranura del reproductor, y entonces comenzó a gritar y a maldecir; pateó el salpicadero con tanta fuerza que el plástico viejo se rompió, todo el coche temblaba por su furia y dolor en estado puro. Lizzy y Sean eran los más cercanos en edad y, por lo tanto, eran los mejores amigos y más implacables enemigos. Como solo los separaba un año, compartían coches y amigos y profesores y, al final, universidad; entre todos los hermanos Bell, la muerte de Lizzy le dejó a él el hueco más grande en la vida cotidiana.

Entonces, ese día, le hizo un hueco a su coche, y luego fuimos a Taco Bell y jamás hablamos del tema. Seguimos sin hacerlo.

—Nunca le he contado a nadie esta historia —dije—. Es más fácil hablar así sobre Lizzy.

—¿Así cómo?

—Desnudos y acurrucados. Solo... contigo. Todo es más fácil contigo.

Apoyó su cabeza en mi hombro. Nos quedamos acostados un buen rato. Justo cuando pensé que se había quedado dormida, habló en la oscuridad:

—¿Es por Lizzy que te da miedo estar conmigo?

—No —dije, aturdido—. ¿Por qué?

—Parece que ella es la motivación detrás de muchas de las cosas que haces. Y a ella la hirieron sexualmente. Me pregunto si lo que te da miedo es hacerle a alguien lo que le hicieron a ella.

—Yo... Supongo que nunca lo he visto así. —Volví a jugar con su cabello—. Tal vez ese sea el motivo, no lo sé. En la universidad descubrí cómo me gusta, pero era difícil. Si encontraba una chica que era segura e inteligente y con mucha autoestima, no le gustaba el sexo duro. Si encontraba una chica a la que le gustara duro, entonces resultaba que era por algún problema emocional y, sí, cuando veía una chica así, pensaba en Lizzy. Cuántas señales no habíamos visto. Si me hubiera enterado de que un chico se había aprovechado de ella cuando...

—Parece que tuviste mucha mala suerte con las chicas.

—No necesariamente. Tuve algunas novias increíbles en la universidad. Pero era más fácil esconder esa parte de mí, tener a las novias sanas y resueltas y el sexo soso. Era más seguro.

—Entonces te convertiste en sacerdote.

—Y eso era mucho más seguro.

Se sentó y me miró, las sombras y las luces de la calle le atravesaban el rostro.

—Bueno, no me estás haciendo daño. Lo digo en serio. Mírame, Tyler. —La miré—. No me gusta duro porque tenga daño emocional. Me trataron como una princesa toda la vida, mimada y adulada y protegida de cada cosa que pudiera dañarme. Sterling fue la primera persona que me trató así. —Sterling. Apreté la mandíbula. No me gustaba que con él hubieran sido tantas de sus primeras veces (sé que era totalmente irracional, pero da igual. Tal vez lo que no me gustaba era que ella recordara tanto sus primeras veces con él)—. Es probable que una parte sea porque es tabú, y entonces sucio, y entonces me excita. Pero también es porque me hace sentir irrompible. Fuerte. Como si el hombre con el que estoy me respetara lo suficiente como para poder ver eso. Y soy lo bastante fuerte como para tener esa experiencia en el dormitorio y una vida perfectamente sana fuera.

—Entonces es una pena que las cosas con él no funcionaran.

Uh, Tyler. Golpe bajo.

Pero estaba agitado y celoso, y me sentía acusado por algo que no era mi culpa.

Se endureció.

—Con Sterling no funcionó porque no podía diferenciar entre el dormitorio y la vida real. Pensaba que, como me gustaba que me tratara así en el sexo, quería que me tratara así todo el tiempo. Que solo quería ser una puta cuando, en realidad, solo quería ser una puta para él cuando estábamos solos. Por eso me escapé de él en el club.

No antes de dejarlo follarte.

Como si pudiera leer mis pensamientos, entrecerró los ojos.

—¿Estás celoso?

—No —mentí.

—Ni siquiera deberías estar aquí acostado conmigo —dijo—. No podemos darnos la mano en público, no podemos hacer nada sin que sea pecado. Podrías perder el trabajo y estar esencialmente exiliado de lo que le da razón a tu vida, ¿y a ti te preocupa mi exnovio?

—Bueno, vale. Sí. Sí, estoy celoso. Estoy celoso de que haya vuelto a por ti, y estoy celoso de que pueda hacerlo. Puede perseguirte. Y yo no.

Mis palabras flotaron en el aire.

Ella bajó la cabeza.

—Tyler... ¿Qué hemos hecho? ¿Qué estamos haciendo? —Volvía a estar ahí. Y yo no quería pensar en eso. Me estiré y la acomodé hasta que quedó arrodillada sobre mi cara—. Deberíamos hablar de esto —dijo, pero luego moví la lengua en su clítoris, ella gimió y supe que otra vez había logrado congelarlo, retrasar la conversación y todas las decisiones.



CAPÍTULO 14

Jesús dijo que lo que se hacía en la oscuridad sería llevado hacia la luz. Y, cuando esa mañana me desperté solo en mi cama, supe exactamente lo que había querido decir. Porque todo lo que había logrado alejar la noche anterior, regresó fuerte y claro, y no solo tuve que enfrentarme a ello, sino que tuve que enfrentarme solo.

¿Dónde estaba? No había nota, mensaje ni taza de café en el fregadero. Se había ido sin despedirse, y eso hacía que se me cerrara el pecho.

«Es una persona normal», me recordé. Eso hacían las personas normales: se conocían, follaban y seguían con sus vidas. No se enamoraban por cualquier cosa.

Aunque la noche anterior había estado a punto de decirlo. Estaba lista para confesármelo... ¿o me lo había imaginado? Tal vez había imaginado que esta chispa entre nosotros era algo mutuo, algo compartido. Tal vez solo había sido una curiosidad para ella (el guapo sacerdote) y, ahora que la había saciado, estaba lista para seguir con su vida.

Había roto mis votos por una mujer a la que ni siquiera le importaba lo suficiente como para quedarse a desayunar.

Me metí en el baño y, cuando me miré en el espejo, vi una barba de dos días, el pelo revuelto y el inconfundible rastro de pintalabios en mi cuello.

Odiaba al hombre que me devolvía la mirada, y casi le doy un puñetazo al espejo, quería oírlo estallar en mil pedazos, quería sentir el dolor agudo de miles de cortes profundos. Entonces me senté en el borde de la bañera y cedí a la necesidad de llorar.

Era un buen hombre. Había trabajado muy duro para ser un buen hombre, me había entregado a vivir la vida como lo quería Dios. Brindé consejo, consolé, pasé horas y horas rezando y meditando.

Era un buen hombre.

Entonces, ¿por qué había hecho esto?



Poppy no vino a la misa matinal y no supe nada de ella en todo el día, pero me asomé por la ventana más de lo necesario para cerciorarme de que su Fiat siguiera en la entrada.

Allí estaba.

Cada tres minutos me fijé en si tenía un mensaje en el teléfono, escribí varios que dejé

inconclusos y me castigué por ello. Acababa de llorar (como un bebé) en el baño. Estúpido, con mis sollozos reverberando contra las baldosas. Era mejor que nos diéramos espacio. Cuando estaba cerca de ella no podía concentrarme. Perdía el control. Me hacía sentir que todos los pecados y castigos valían la pena solo por oír sus risitas roncadas; lo que tenía que hacer ahora era ordenar este desastre que llamaba vida y resolver las cosas. Aceptar la distancia era el primer rastro de prudencia, control sexual y sabiduría que había mostrado desde que la conocí.

Mi orgullo herido por dejarme sin despedirse no tenía nada que ver.

Esa noche era la fiesta de inicio de clases en el grupo de jóvenes, así que me la pasé comiendo pizza, jugando a videojuegos e intentando evitar que los chicos se convirtieran en completos idiotas por querer impresionar a las chicas. Cuando el último adolescente se fue de la iglesia, limpié el sótano y fui a casa, me desvestí y me puse unos pantalones de gimnasia. Miré por la ventana de mi dormitorio hacia la entrada de Poppy, perdido en mis pensamientos.

La Iglesia decía que todo lo que ocurría entre nosotros estaba mal. Era lujuria y fornicación. Era mentir. Era traición.

Pero la Iglesia también hablaba del poder del amor que trascendía cualquier obstáculo, y la Biblia estaba llena de historias de personas que cumplían con la voluntad divina y tenían deseos muy humanos. O sea, ¿qué era un pecado? ¿A quién podía herir que Poppy y yo nos quisiésemos?

«Es una cuestión de confianza», me recordé. Porque, como teólogo experto que era, aunque discutiera con la naturaleza epistemológica del pecado, también era un pastor, y los pastores tienen que ser prácticos. El problema era que había venido a generar confianza en la iglesia, a deshacer los errores de otro hombre. Y, sin importar lo consensuada y perfecta que fuera mi relación con Poppy, iba a arruinar eso. Mi trabajo, mis metas, mi recuerdo de Lizzy.

Lizzy.

Me alegraba de haber hablado de ella. No la mencionamos mucho en mi familia. De hecho, para nada, a menos que estemos a solas con mi madre. Hablar no necesariamente alivió el dolor, pero lo cambió. Se volvió más fácil. Me alejé de la ventana y fui a la mesita de noche a buscar el rosario que me gustaba usar, una cadena plateada con cuentas de jade.

Era de Lizzy.

No recé, pero pasé las cuentas por mis dedos y me senté, pensando, preocupado y dejando al fin que mi mente se entregara a los viejos senderos de la culpa y la preocupación.

Al nuevo y punzante dolor de su ausencia y los temores que me inspiraba. Luchaba con todas esas cosas, pero lo que más me atormentaba mientras me quedaba dormido era la posibilidad de que Poppy hubiera terminado conmigo.

El día siguiente era de desayuno de tortitas, y Poppy vino, aunque me evitó. Solo habló con Millie y se fue tan pronto como los últimos asistentes se retiraron.

—Ayer por la tarde vino a la reunión de Pasen y Vean —dijo Millie—. Parece bastante interesada en sumarse. Le expliqué cómo funcionaba el catecismo, y creo que se puede sumar, pero pidió hacerlo en otra iglesia. —Millie me miró con dureza—. No hay ningún problema entre vosotros, ¿no?

—No —murmuré—. Todo está bien.

—¿Por eso parecía que a los dos os dolía algo esta mañana? —Me estremecí. Millie era más perspicaz que la mayoría, pero no quería que nadie notara la dinámica entre Poppy y yo, ya fuera tensa o amistosa. Solo habíamos tenido sexo una vez y ya estaba buscando todas las posibles grietas—. St. Margaret la necesita, padre Bell. En serio espero que no planees joderlo todo.

—Millie.

—¿Qué? —preguntó alzando su bolso acolchado—. ¿Una anciana no puede maldecir? Modernícese, Padre.

Y se fue.

Tenía razón. St. Margaret necesitaba a Poppy. Y yo necesitaba a Poppy. Y St. Margaret me necesitaba a mí, y Poppy me necesitaba a mí. Demasiadas personas necesitaban a otras, y no había forma de que pudiera mantenerlo todo bajo control; algo se iba a desequilibrar y habría consecuencias catastróficas.

El domingo por la noche la angustia se apoderó de mí y le envié un mensaje.

Pensando en ti.

Parecía que me habían cosido el pecho y la garganta y casi pego un salto cuando vi los tres puntos moviéndose en la pantalla: estaba escribiendo una respuesta. Pero luego desaparecieron.

Respiré hondo. Había dejado de escribir. No iba a responder.

Ni siquiera quería pensar en lo que eso significaba. Así que, en cambio, me consolé con un guiso caliente de Millie, tres episodios de *House of cards* y una cantidad saludable de *whisky* escocés.

Me quedé dormido con el rosario de Lizzy enroscado en los dedos, de alguna forma me sentía más lejos que nunca de ella.



Es mañana no había visto a Poppy en misa, así que lo último que esperaba después de la confesión de Rowan era que apareciera al otro lado del confesionario.

Tal vez fue el crujido vacilante de la puerta o el inconfundible roce de la tela contra unos suaves muslos o la electricidad que inmediatamente me recorrió la piel, pero supe que era ella sin decir una palabra.

Cerró la puerta y nos quedamos sentados en silencio durante un rato, ella respiraba tranquila y yo golpeaba los dedos contra mi palma por la ansiedad, enfadado porque estaba medio duro solo por estar cerca.

Por fin, pregunté:

—¿Dónde has estado?

Exhaló.

—Aquí. He estado justo aquí.

—No lo sentía así. —Estaba avergonzado por lo amargo y herido que sonaba, pero mucho no me importaba. El Tyler Bell de veintiún años jamás hubiera permitido que una chica atravesara la armadura de su orgullo, nunca le hubiera mostrado a una chica que lo había herido. Pero ahora ya tenía casi treinta, había terminado la universidad hacía mucho, y lo que no significaba nada para mí entonces, ahora significaba mucho.

O tal vez no era yo quien había cambiado. Tal vez Poppy hubiera provocado este efecto en mí a cualquier edad, en cualquier lugar. Me había hecho algo y a mí me parecía (con un poco de petulancia) que no era justo. No era justo que pudiera sentarse así y no estar tan desgarrada como yo por nosotros, lo que fuera que eso significara.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó.

Me apoyé contra la pared.

—No —reflexioné—. Un poco. No lo sé.

—Entonces sí.

Las palabras salieron forzadas.

—Es como si yo estuviera arriesgándolo todo, y tú nada, y sin embargo eres tú la que se está alejando. No me parece justo.

—¿Alejándome de qué, Tyler? ¿De una relación que no podemos tener? ¿Del sexo que destruirá tu carrera o algo peor? Me he pasado los últimos tres días dándome con la cabeza contra la pared porque te quiero, te quiero mucho, pero si te tengo te arruinaré la vida. ¿Cómo piensas que eso me hace sentir a mí? ¿Crees que quiero que destruyas tu vida, tu comunidad, todo por mí?

Su exabrupto quedó dando vueltas en mi mente cuando dejó de hablar. No se me había ocurrido esto: que se sintiera culpable. Que fuera a querer evitarme porque no podía soportar la culpa de ser parte de esto que iba a arruinarme.

No sabía qué decir. Me sentía agradecido y confundido y dolido, todo al mismo tiempo.

Así que dije lo único que se me ocurrió:

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde tu última confesión?

Una exhalación.

—¿Así va a ser esta conversación?

No me importaba cómo ocurriera esta conversación siempre que ocurriera, siempre que pudiera seguir hablando con ella.

—Solo si lo quieres.

—¿Sabes qué? Sí.



El sexo prematrimonial es un pecado, ¿no? Y estoy segura de que tener sexo con un sacerdote es pecado. Y probablemente follar sobre un altar no esté mencionado en las Encíclicas Papales, pero creo que también es pecado. Así que confieso eso. Confieso lo alucinante que me sentí sobre ese altar, teniéndote entre mis piernas. Por fin logrando que dejaras de reprimirme. Fuimos más humanos que nunca (más animales que nunca), pero en cierto sentido me sentí muy cerca de Dios, como si toda mi alma estuviera despierta y alerta y bailando. Alcé la vista hacia el crucifijo, a Cristo colgando en la cruz, y pensé que así era morir de amor. Eso significaba resucitar. Lo miré por encima de tu hombro mientras me penetrabas. A él también lo habían penetrado, y todo parecía un misterio secreto y brillante; profundo y romántico. Sentí que habíamos hecho algo ancestral, entrado a una ceremonia que nos fusionaba; pero ¿cómo podía saborear ese sentimiento, cómo podía celebrarlo cuando tenía un precio tan alto?

Te dije que me sentía culpable y es cierto, pero es tan complicado que no puedo separar la culpa de la alegría y del deseo. Cada vez que pienso que he tomado una decisión, cuando voy a decirte que tenemos que respetar tus votos, o voy a decirte que tenemos que encontrar la forma, cualquier forma, para poder seguir viéndonos... cambio de opinión.

La preocupación es un pecado, hasta yo lo sé, pero no soy ninguna margarita silvestre. Soy una margarita que han arrancado para arrojar a tus pies. Cuando se trata de ti, quedo descontrolada y desprotegida y a tu merced para que me des sol y agua. Ni siquiera debería ser

tuya. ¿Cómo no voy a preocuparme?

Anoche, tenía muchas ganas de responder a tu mensaje, pero no sabía qué decir, cómo condensar mis pensamientos en dos o tres oraciones coherentes. Quería venir a tu casa a conversar, pero sabía que, si lo hacía, no iba a poder evitar tocarte y follar contigo, y no quería complicar más las cosas.

Pero seguí mirando tu mensaje, preguntándome exactamente cómo pensabas en mí, y me pregunté si pensabas en cómo te sentías cuando estabas dentro de mí. En la forma en que me movía debajo de ti. Me preguntaba si estabas recordando tu cocina y a ambos mirando cómo me penetrabas.

Así que esta es mi última confesión. Me arrodillé en el suelo de mi dormitorio como para rezar, pero, en lugar de rezar, me abrí de piernas y me metí los dedos imaginando que eras tú.

Y, cuando llegué al orgasmo, le pedí a Dios que pudieras escucharme llamándote.



CAPÍTULO 15

Puede que me juzguéis por la forma en que se me aceleró la respiración. Por cómo me toqué por encima de los pantalones. Pero la imagen de Poppy arrodillada, con los ojos cerrados y pensando en mí mientras sus dedos jugaban con ese hermoso coño era demasiado como para resistirme.

—Poppy —dije desabrochándome el cinturón—. Cuéntame más.

Sabía que podría oír el cinturón. Sabía que podría oír la cremallera. Su inhalación y exhalación eran temblorosas.

—Usé una mano para tocarme los pechos —susurró—. Y la otra se ocupó de mi clítoris. Quería tanto tu polla, Tyler, era en todo lo que podía pensar. Cómo me estira. Cómo siempre da en el lugar perfecto.

Todavía recostado, liberé mi polla y la cogí moviendo la mano despacio hacia arriba y hacia abajo.

—¿En qué estabas pensando cuando te corriste? —pregunté. Dios, quería portarme mal. Quería portarme muy pero que muy mal.

Poppy no defraudó.

—Pensé en ti metiéndomela por el culo mientras me metes un dedo. En que la sacaras para correrte sobre mi espalda.

Mierda. Ya estaba duro antes, pero ahora... era casi cemento. ¿A quién quería engañar con esto? Tenía que volver a follármela e iba a hacerlo aquí, en la iglesia, a plena luz del día.

—A mi oficina —dije con los dientes apretados—. Ahora.

Salió del confesionario y la seguí metiendo la polla en mis pantalones pero sin molestarme en subir la cremallera. Apenas llegamos a la oficina, cerré y trabé la puerta y me lancé sobre ella justo cuando ella se abalanzaba sobre mí.

Nos unimos como dos nubes de tormenta; el choque de dos cuerpos separados que inmediatamente se convierten en una entidad. Éramos manos y labios y dientes, éramos mordiscos y besos y gemidos; la llevé hacia atrás con la intención de apoyarla en mi escritorio, pero nuestras piernas se enredaron y caímos al suelo, mis brazos la enjaularon.

—¿Estás bien? —pregunté, preocupado.

—Sí —dijo con impaciencia, cogiéndome del cuello para tirarme hacia sus labios. Sus besos me llevaron al frenesí, la suavidad de su boca replicando el sedoso calor que guardaba debajo de la falda.

—Tengo que follarte —conseguí decir entre besos. Era una declaración. Una advertencia. Deslicé una mano por debajo y descubrí que, otra vez, no llevaba bragas—. Sucio —dije—. Muy sucio.

Se retorció bajo mis caricias, alzando las caderas para darles un mejor ángulo a mis dedos, le besé el cuello mientras le metía dos dedos. Ya estaba mojada, y la rudeza con la que la traté solo parecía excitarla más, porque apretó mi camisa en un puño, jadeó mientras yo seguía y de mi boca salían palabras horribles: «guarra», «puta» y «lo quieres, sabes que lo quieres».

Gimió, mis palabras la excitaban más que mis dedos. Una parte de mí se avergonzaba por lo mucho que me gustaba decirle estas cosas tan degradantes y otra le decía a la primera que se callara la puta boca y lo hiciera de una vez.

Dejé mi boca en la suya mientras me bajaba la ropa interior lo necesario como para liberar mi polla y luego moví mis caderas enceguecido, enterrándome en un movimiento salvaje.

Me atrapó con sus piernas en la cintura y los brazos en mi cuello, su boca desaforada por todas partes; por la forma en que se movía y se retorció debajo de mí mientras embestía contra ella, era como sostener un cable electrificado, me dejaba poseer por cada duda, celo y temor. Iba a follármela hasta que sintiera que era mía. Iba a follármela hasta que no pudiera irse.

Iba a follármela hasta que yo no pudiera irme.

Cada embestida nos aceró más y más, pero no me podía quitar una idea de la mente y apreté mi cuerpo dentro de ella y me enterré contra su clitoris, sintiéndola retorcerse y enroscarse a mi alrededor. Estaba cerca.

—Déjame metértela por el culo, Poppy —dije. Pasé la punta de mi nariz por su mandíbula y la hice estremecerse—. Quiero follarte por ahí.

—Oh, Dios —susurró—. Sí. Por favor.

No hubo tiempo para pensar la logística, no hubo tiempo para siquiera considerar movernos a un sitio más idóneo. A pocos pasos tenía algo que podía funcionar y no iba a perder más tiempo buscando otra cosa.

Saqué la polla, tan dura que me dolía, y me puse de pie.

—Quédate ahí —ordené y la volví a meter en la ropa interior para caminar hacia el armario en el que guardábamos los óleos sagrados.

Me temblaban las manos al abrir la puerta. Eran óleos bendecidos por mi arzobispo en Semana Santa, óleos que solo se usaban para sacramentos como el bautismo, la confirmación y la unción de los enfermos. Elegí una botella (el óleo de Navidad) y volví hacia Poppy, evitando con cuidado el crucifijo y el tabernáculo.

Se había quedado en el suelo, todavía tenía la falda enroscada en la cintura, las mejillas ruborizadas. Después de volver a trabar la puerta, me paré sobre ella y tiré de mi alzacuellos intentando quitármelo.

—No —dijo con las pupilas dilatadas y oscuras—. Déjate puesto.

Mi polla respondió. *Chica sucia*.

—Me vas a matar —le dije mientras me arrodillaba. Le di la vuelta para que su delicioso culo me apuntara y también para que pudiera apoyar la cabeza sobre sus brazos si lo necesitaba.

Destapé la botella y me mojé la yema del dedo con aceite que luego usé para pintar un círculo húmedo alrededor de la rosa apretada de su ano. Se estremeció con mi caricia, tensándose involuntariamente cada vez que la acariciaba allí. Pero también apretaba el coño y pude ver que presionaba las caderas contra el suelo para intentar aliviar el deseo que crecía en su clitoris.

Me puse más aceite en los dedos y comencé a tocar y tantear el borde, masajeándola, aflojándola. El aroma del bálsamo (un aroma ancestral y religioso) llenó la habitación.

—¿Sabes qué es esto, Poppy? —pregunté. Sacudió la cabeza contra sus brazos—. Es aceite sacramental. Se usa para bautismos y otros sacramentos. Incluso se usa para ungir las paredes de una iglesia cuando la construyen. —Pasé una mano por la suave y firme curva de su espalda,

sintiéndola suspirar con mi caricia y, en ese momento, metí un dedo—. Te estoy ungiendo —le informé—. Te estoy santificando de dentro hacia fuera. ¿Lo sientes? Es mi dedo follándose tu culo. Y en un minuto será mi polla. Será mi polla consagrándote. No, no te toques, cariño. Nos correremos juntos.

Cogí la mano que tenía debajo del vientre y se la acomodé sobre la cabeza mientras seguía ocupándome de su culo con el dedo y el óleo. Estaba tan apretado, y solo saber que mi polla iba a ocupar su lugar en cuestión de minutos fue suficiente para volverme loco.

No podía esperar más. Me puse una buena cantidad de aceite en la palma y me cogí la polla; la vista que tenía frente a mí y mi propia mano fuerte y húmeda me llevaron casi al límite.

—Tyler —dijo Poppy, volviéndose a mirarme—. Ya he hecho esto antes. Pero nunca con alguien de tu tamaño. —Parecía un poco preocupada, pero, al mismo tiempo, se seguía frotando contra el suelo, desesperada por que la follaran.

Quería decirle que iba a ser cuidadoso con su culo, pero tampoco quería hacerle una promesa que no sabía si podría cumplir (porque joder, apenas podía contenerme solo mirándolo). En cambio, le dije:

—Tú dime si quieres que pare y yo lo haré en ese instante, ¿de acuerdo?

Asintió y bajó la cabeza, alzando las caderas. Me incliné, guiando con una mano mi polla hacia su entrada y buscando el aceite con la otra para tirar más, hasta que los dos quedamos más resbaladizos que otra cosa.

Dejé la botella y comencé a acariciar su espalda mientras empujaba contra ella, sintiendo cómo se abría gradualmente para mí, recibíendome despacio.

El glande empujó y empujó hasta que por fin logró atravesar la resistencia inicial y, de pronto, estaba dentro, y su culo me atrapaba en un calor distinto a todo lo que había sentido antes, incluso con las otras novias con las que había hecho esto. Tenía que enfriar la mente, respirar hondo y contar hasta diez para asegurarme de que no iba a descontrolarme antes de tiempo y que podría saborearla como era debido.

Empujé un poco más.

—Oh, corderito, esto va a estar apretado —le advertí.

Y así fue.

Cuando la metí hasta el fondo, hice una pausa, dándole un momento para que se acostumbrara a mi tamaño. Inhaló y exhaló y luego suspiró ahogada cuando encontré su clítoris y comencé a consentirlo. No me moví durante un buen rato, solo la dejé sentirme mientras descargaba toda la tensión que se había acumulado en ella, llevándola hasta el precipicio para que pudiéramos saltar juntos.

Quería preguntarle si estaba lista para más, pero sabía lo mucho que la frustraba el Tyler Buen Chico que siempre pedía permiso, así que, en cambio, me moví despacio, siempre atento a alguna señal de que necesitara tiempo o que quisiera parar.

Alcé sus caderas, llevándola a ponerse en cuatro. *Pausa.*

Enderecé mi cuerpo mientras seguía frotándole el clítoris. *Pausa.*

La quité solo un poco y luego la metí solo un poco. *Pausa.*

Y poco a poco, pasó de acostumbrarse a querer, empujándome hacia dentro como la gatita demandante que era, protestando con gemidos cuando alejaba la mano de su clítoris. Y, poco a poco, le di más y más, hasta llegar a embestir desde la punta hasta el fondo, todavía sin prisa (hasta con calma), pero cogiendo ritmo.

Todo el tiempo le acariciaba las piernas, la espalda, le frotaba el clítoris, le decía lo buena chica que era, una muy buena putita que me dejaba follar su dulce trasero, mi putita obediente. Y

me pertenecía, ¿no? Solo me quería dentro de ella, solo quería mi polla y mis dedos y mi boca.

Asentía a mis palabras, a todas, y temblaba mientras me la follaba, cubierta de sudor como si tuviera fiebre. Quería retenerla hasta el final, pero verla así me volvía loco, me obsesionaba pensar que me correría estando en su culo, así que me concentré en su clítoris, apretando la yema de mi pulgar y haciendo círculos de ese modo fuerte y veloz que le gustaba.

En cuestión de segundos, estaba gritando, apretando el trasero contra mis caderas y dejándome enterrado hasta las pelotas, arañando la alfombra con gemidos desgarradores.

La observé desarmarse, las partes cuidadosamente arregladas de Poppy Danforth derrumbándose como mampostería, dejando tras de sí una criatura incoherente y temblorosa, hecha de deseo, y luego expulsó una palabra, y eso fue todo, me rendí. Perdí el control, los votos, cualquier cosa que no fuera la necesidad de marcar a esta mujer del modo más primitivo posible.

Una palabra.

Tuya.

Le cogí las caderas y embestí contra ella, enterrándome, buscando mi descarga mientras ella jadeaba después de cada golpe; y su culo estaba tan resbaladizo, tan apretado, todo me apretaba y me sujetaba y luego se apoderó de mí como una marea de oscuridad, de verdadero frenesí, golpeando y gimiendo mientras implosionaba contra mi columna y mis pelotas y, joder, estaba llegando, y el negro se apoderaba de los bordes de mi visión y me iba a desmayar mientras embestía, desmayarme o seguir llegando y llegando como si no hubiera final.

La quité en el último minuto para poder ver mi orgasmo llenar su culo y su espalda con semen, como una especie de lluvia, goteando por el rosa apretado de su agujero y por las curvas de su espalda y sus caderas.

Cuando se me aclaró la visión y recobré los sentidos, pude admirar mi obra, la mujer jadeante y temblorosa frente a mí, cubierta de mí.

Poppy se estiró, consiguiendo que el movimiento fuera elegante y erótico.

—Límpiami —ordenó como la reina que era, y yo me apresuré a obedecer. La limpié con una toalla húmeda y la dejé en el suelo mientras le masajeaba las caderas, los muslos, la espalda y los brazos, murmurando todas las cosas dulces que se me ocurrieron en griego y latín y citando el Cantar de los Cantares mientras cubría con besos cada centímetro de su piel.

Y podía decir, por la forma en que sonreía para sus adentros, la forma en que cerraba los ojos como para contener las lágrimas, que Sterling nunca había hecho una cosa así. Nunca se había preocupado por ella después del sexo, nunca la había acariciado y halagado y recompensado.

Ni me esforcé por no sentirlo como un triunfo.

Después, cuando estuvo limpia, nos sentamos y nos pusimos a trabajar en la recaudación de fondos. Me ayudó a prepararlo todo para el grupo de hombres y se fue al grupo de mujeres en casa de Millie. Y todo el tiempo podía oler el bálsamo en su piel y en la mía, y entendí que, aunque pasara con esta mujer cada segundo de mi vida, nada podría aplacar el deseo que se agolpaba en mi vientre.

O, lo que era aún más peligroso, en mi corazón.



CAPÍTULO 16

Ese día cambió algo en mí, algo que hacía rato que estaba en movimiento. Era como la sensación que tenía de niño cuando me sacaba los patines después de patinar durante varias horas y mis pies se sentían extrañamente ligeros. O tal vez era como la sensación de cuando fui a acampar con mi padre y con Ryan y por fin dejamos el equipaje en el suelo después de varias horas de caminata y me sentí tan ligero que podía jurar que estaba levitando a unos cuantos centímetros del suelo.

No sabía nombrarlo, pero era ligereza y levitación, y tenía algo que ver con Lizzy. Algo que ver con compartir su muerte y lo que vino después con Poppy, algo con las palabras susurradas de Poppy: «¿Es Lizzy la razón por la que te da miedo soltarte conmigo?».

Ahora me daba cuenta, apretando en mi palma el rosario de Lizzy, que ella era la razón de muchas cosas. Era la razón de todo. Su muerte era un peso que siempre había llevado conmigo, un error que tenía que reparar. ¿Y si podía cambiarlo? ¿Y si podía cambiar venganza por amor? Después de todo, eso era lo que hacían los cristianos, elegir el amor por encima de todo.

Amor.

La palabra era una bomba.

Una bomba clavada en mi pecho.

Esa noche, le escribí a Poppy.

¿Estás despierta?

Un segundo.

Sí.

Mi respuesta fue inmediata.

¿Puedo ir? Tengo un regalo para ti.

Bueno, iba a decir que no, pero ahora que sé que hay un regalo...
ven ;)

Crucé el parque con cuidado y en silencio, con una camiseta oscura y vaqueros. Era tarde y estaba oscuro, quedaba resguardado de la vista, pero estaba nervioso mientras avanzaba por el sendero, cortando camino por el césped lleno de hierba hasta llegar a la cerca de Poppy. Entré, estremeciéndome con cada crujido de la puerta oxidada, y luego caminé hasta la entrada, golpeando el cristal con los nudillos.

Abrió y su rostro se encendió con la sonrisa más preciosa que había visto jamás.

—Guau —dijo—. Estás aquí. Como una persona real.

—¿Tenías dudas de que fuera real?

Negó con la cabeza y se hizo a un lado para dejarme entrar y luego cerró la puerta a mis espaldas.

—Nunca he salido con alguien que no pudiera salir. Me había convencido de que solo existías entre las paredes de la iglesia.

—¿Salir? —Mi voz sonó demasiado ansiosa, demasiado excitada. Me aclaré la garganta—. ¿O sea que estamos saliendo?

—No sé cómo le dirá usted a eso de follarse el culo de otra persona, Padre Bell, pero yo lo llamo así.

Sentí un temor repentino en el estómago y avancé hacia ella, cogiendo su mano y tirando hacia mí para poder mirarla a los ojos.

—¿Te duele? —pregunté preocupado.

Alzó la vista hacia mí.

—Solo en el mejor de los sentidos. —Se enderezó para besar mi mandíbula y luego fue a la cocina—. ¿Quieres una copa? Déjame adivinar... ¿un cosmopolitan? No, un martini de granada.

—Ja. *Whisky*; irlandés o escocés. Me da igual. Pero solo.

Hizo un gesto hacia la sala de estar y allí fui, aprovechando la oportunidad para mirar la casa. Seguía llena de cajas y botes de pintura y, a pesar de los muebles bonitos y los cuadros bien escogidos, saltaba a la vista que a Poppy no le interesaban demasiado las tareas domésticas.

Había pilas de libros contra la pared, esperando un sitio permanente; pasé el dedo por los lomos, a la vez contento y secretamente celoso por lo culta que era esta mujer. Por supuesto que estaban los sospechosos de siempre (Austen, Brontë y Wharton), pero también nombres que no hubiera esperado (Joseph Campbell, David Hume y Michel Foucault). Estaba hojeando *Así habló Zaratustra* (un antiguo enemigo de las clases de filosofía e historia) cuando Poppy trajo nuestras bebidas.

Nos acariciamos los dedos cuando cogí mi vaso de Macallan, y luego apoyé mi bebida y la de Poppy porque quería besarla. Quería deslizar mis manos por ese cuello esbelto y coger su rostro mientras exploraba su boca, y quería llevarla hacia el sillón para poder recostarla y despegar lentamente cada prenda de su cuerpo.

Pero había venido a hacer algo, no a follármela (bueno, no solo a follármela), así que me conformé con un beso y me estiré para coger mi bebida. Parecía un poco confundida por el beso, había una sonrisa soñadora en sus labios mientras bebía un sorbo de su vaso de martini y luego dijo que iba a ir a buscar algo para comer.

Continué mi exploración de su sala de estar relajado y en paz. *Estoy haciendo lo correcto*. Esto podía ser un nuevo comienzo para nosotros, para mí. Algo oficial para marcar nuestra relación: así funcionaban los rituales, ¿no? Algo tangible para simbolizar lo intangible. Un regalo

para mostrarle a Poppy lo que significaba para mí (lo que lo nuestro significaba para mí), para mostrarle la transformación extraña pero también divina que ocurría en mi vida por ella.

La casa era pequeña, pero había sido renovada recientemente con suelos de madera clara, la chimenea de leña original y líneas limpias. Tenía un gran escritorio junto a una ventana, la muestra de la intención de deshacer las cajas y quedarse, con una iMac, una impresora, un escáner, pilas de carpetas y una pequeña caja de madera llena de lápices.

Junto al escritorio, en una caja de cartón abierta, estaban sus diplomas enmarcados, descuidados entre otros artículos de oficina (paquetes de *post-it* a medio usar y cajas de sobres abiertas).

Dartmouth: licenciada en Economía, *summa cum laude*.

Escuela de negocios de Dartmouth: máster en Administración de Empresas, *summa cum laude*.

Y luego uno que no me esperaba, *Universidad de Kansas*: licenciada en Bellas Artes, Danza. Este tenía fecha de la primavera pasada.

Lo cogí mientras Poppy volvía con una tabla de quesos y rebanadas de pera.

—¿Tienes otro título?

Se ruborizó y dejó la tabla en la mesita de café.

—Tenía mucho tiempo cuando me mudé aquí, y, como comencé a ganar tanto dinero en el club, sentí que tenía que usarlo bien. Esta vez no estaban mis padres para convencerme de que no estudiara danza, así que lo hice. Conseguí terminarlo en tres años en lugar de cuatro.

Me acerqué a ella.

—¿Bailarías para mí alguna vez?

—Podría hacerlo ahora —dijo poniendo su mano en mi esternón para empujarme hacia el sillón. Trepó encima de mí, me montó y mi polla inmediatamente respondió, interesada. Pero apoyó el muslo en el bolsillo de mi pantalón y recordé por qué estaba allí.

Envolví su cintura con un brazo, obligándola a quedarse quieta mientras buscaba en mi bolsillo el pequeño paquete envuelto en una servilleta.

Torció la cabeza cuando se lo entregué.

—¿Este es mi regalo? —preguntó encantada.

—Es... —No sabía cómo explicarle qué era—. No es nuevo —terminé como un tonto.

Lo desenrolló y se quedó mirando la pila de cuentas de jade. Despacio, fue desplegando el rosario y la cruz plateada giró en la penumbra.

—Es precioso —susurró.

—Todos debemos tener un rosario. Al menos eso decía mi abuela. —Apoyé la mano en el muslo de Poppy, más que nada para no mirar el rosario—. Era de Lizzy.

Sentí su cuerpo tensarse en mi regazo.

—Tyler —dijo con cuidado—. No puedo aceptarlo.

Intentó devolvérmelo, pero atrapé su mano en la mía y entrelacé nuestros dedos.

—Después de que Lizzy muriera, nadie quería nada suyo que recordara lo que había pasado en la iglesia. Mi padre tiró su biblia, sus estampitas y sus velas. —Me estremecí recordando el ataque de furia cuando descubrió que había rescatado el rosario de la basura—. Pero yo quería algo suyo. Quería mantener todas sus facetas vivas en mi memoria.

—¿Y ya no?

—Por supuesto, pero después de nuestra conversación la otra noche... Me di cuenta de que también tenía que dejar ir algunas partes de ella. Y, cuando pienso en ella... bueno, sé que te hubiera adorado. —La miré a los ojos—. Te hubiera adorado como te adoro yo. —Poppy

despegó los labios y puso unos ojos como platos, llenos de esperanza y miedo, pero antes de que pudiera responder, cogí sus dedos en los míos y dije—: Déjame enseñarte a usarlo.

Sí, era un cobarde. Tenía miedo de que me dijera que ella no me quería y tenía miedo de que me dijera que sí me quería. Tenía miedo del vínculo palpable entre nosotros, miedo del lazo que envolvía mis costillas y mi corazón con el suyo.

Sus ojos no se despegaron de los míos mientras llevaba la mano de su frente a su corazón y luego a cada uno de los hombros.

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —dije. Y luego puse sus dedos en el crucifijo—. Ahora rezamos el Credo.

Lo rezamos entero, juntos, con ella encima de mi regazo, repitiendo después de mí, nuestros dedos moviéndose juntos por las cuentas, y fue cerca de la última decena cuando me di cuenta de lo duro que estaba, de cómo asomaban sus pezones a través de la tela ligera de su blusa. Noté esos grandes ojos avellana y el cabello ondulado y la inteligencia perspicaz que se evidenciaba en todos y cada uno de sus gestos.

«Esto es amor», pensé embelesado. «Es como cuando sueltas una cruz. Como cuando comienzas una nueva vida... Es como Poppy Danforth». Y, cuando entoné las últimas palabras del rosario, casi me había olvidado de a quién estaba rezando.

Llena eres de gracia... El señor es contigo.

Más tarde, cuando estaba moviéndome dentro de ella, esas palabras daban vueltas en mi mente, palabras que eran tan Poppy, tan unidas a su mente brillante y su cuerpo paradisíaco.

Llena. Eres. De. Gracia.

Contigo.



CAPÍTULO 17

—Jordan.

El sacerdote que tenía arrodillado delante no dejó de rezar ni se giró para quedar cara a cara. Siguió murmurando con la misma voz mesurada, con el mismo ritmo mesurado, y conocía a Jordan lo suficiente para saber que esa era su forma elegante de decirme que no lo molestara hasta que terminara. Me senté en el banco detrás de él.

Jordan era el único sacerdote que conocía que seguía rezando la liturgia de las horas, una práctica tan monacal que casi había quedado obsoleta, y probablemente esa fuerza era la razón por la que a él le gustaba. Como yo, adoraba las cosas antiguas, pero su fascinación iba más allá de los libros y un ocasional encuentro espiritual. Vivía como un monje medieval, una vida total y completamente entregada a la oración y los rituales. Era esa naturaleza mística y esotérica la que había acercado a tantos jóvenes a su congregación; en los últimos tres años, su presencia había revitalizado esta vieja iglesia que había estado cerca de cerrar antes de que él la convirtiera en algo vivo.

Jordan terminó sus oraciones y se hizo la señal de la cruz mientras se levantaba, a propósito, lo más despacio posible.

—Padre Bell —dijo formal.

Me contuve de poner los ojos en blanco. Siempre había sido así: huraño e intenso. Incluso la vez que, por error, bebió de más en la barbacoa del seminario y tuve que cuidarlo mientras vomitaba toda la noche. Pero lo que parecía ser soberbia o frialdad en realidad era un signo de su vibrante vida interior, la constante atmósfera de santidad e inspiración en la que vivía, una atmósfera tan palpable para él que no entendía por qué los otros no lo sentían igual.

—Padre Brady —dije.

—Imagino que has venido para una confesión.

—Sí. —Me puse de pie y me miró de arriba abajo. Hubo una larga pausa, un largo momento en el que su rostro pasó de confundido a triste e indescifrable.

—Hoy no —dijo por fin, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia su oficina.

No lo entendía.

—¿Hoy no? ¿No vas a confesarme hoy? ¿Estás ocupado?

—No, no estoy ocupado —dijo y siguió alejándose.

Fruncí el ceño. ¿La ley eclesiástica permitía negar una confesión? Estaba bastante seguro de que no.

—Ey, espera —dije.

No esperó. Ni siquiera se giró para dar acuse de recibo de que le había hablado y estaba

corriendo detrás de él.

Entramos en un pasillo pequeño rodeado de puertas y, mientras lo seguía a su oficina, me di cuenta de que había algo más que su actitud reservada de siempre. El padre Jordan Brady estaba enfadado. Y definitivamente no lo estaba cuando llegué.

—Tío —dije cerrando la puerta de su oficina a mis espaldas—. ¿Qué cojones?

Se sentó detrás de su escritorio, la luz de la tarde resaltaba el dorado de su pelo. Jordan era guapo, con la clase de pelo y piel saludable que aparece en los anuncios de Calvin Klein. También estaba en forma; nos conocimos en el primer semestre del seminario porque nos cruzábamos en el gimnasio. Acabamos compartiendo piso durante dos años y estaba bastante seguro de que yo era lo más parecido que tenía a un amigo.

Por eso me negaba a que me rechazara.

Mantuvo la vista gacha mientras encendía su ordenador.

—Vete, padre Bell. Hoy no.

—La ley canónica dice que tienes que oír mi confesión.

—La ley canónica no lo es todo.

Eso me sorprendió. Jordan no era de los que rompían las reglas. Jordan estaba a dos pasos de ser el espeluznante asesino de *El código Da Vinci*.

Me senté en una silla al otro lado de su escritorio y crucé los brazos.

—No me iré hasta que no me digas exactamente por qué no oirás mi confesión.

—No me molesta que te quedes —dijo tranquilo.

—Jordan.

Apretó los labios como dudando y entonces, por fin, alzó la vista, sus ojos preocupados y penetrantes.

—¿Cómo se llama, Tyler?

El temor y la adrenalina me atravesaron. ¿Alguien nos había visto? ¿Alguien se había dado cuenta de lo que había pasado y se lo había contado a Jordan?

—Jordan, yo...

—No te molestes en mentir —dijo, y no lo hizo con desagrado, sino con una intensidad que me desconcertó mucho más que su enfado.

—¿Me vas a dejar confesarme? —exigí.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo Jordan con determinación, apoyando los codos en su escritorio e inclinándose hacia delante— no estás listo para detenerte. No estás listo para renunciar a ella y, hasta que no lo estés, no tiene sentido que te absuelva.

Me hundí en mi silla. Tenía razón. No estaba listo para renunciar a Poppy. No quería parar. ¿Entonces por qué estaba aquí? ¿Creía que Jordan iba a pronunciar alguna oración especial que resolvería todos mis problemas? ¿Creía que repasar los hechos cambiaría lo que había en mi corazón?

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté mirándome las piernas y pidiéndole a Dios que no fuera porque alguien nos hubiera visto juntos.

—Me lo contó Dios. Cuando entraste —lo dijo con simpleza, como algunos dirían dónde compraron la ropa que llevan puesta—. Así como ahora me está diciendo que este no es el final. No estás listo para confesarte.

—Te lo ha dicho Dios —repetí.

—Sí —dijo asintiendo.

Parecía una locura. Pero le creí. Si Jordan me hubiera dicho que sabía la cantidad exacta de ángeles que podían entrar en la cabeza de un alfiler, también le hubiera creído. Era esa clase de hombre (un pie en nuestro mundo, un pie en el otro) y durante nuestros años de amistad había tenido pruebas suficientes de que podía ver y sentir cosas que otros no.

—Has roto tus votos —dijo despacio.

—¿Dios también te ha dicho eso? —pregunté sin molestarme por ocultar la amargura en mi voz.

—No. Pero puedo verlo en ti. Cargas con igual cantidad de alegría que de culpa.

Sí, eso era bastante preciso.

Enterré mi rostro entre las manos sin ceder a la emoción, pero repentinamente abrumado por todo, avergonzado por mi debilidad frente a un hombre que jamás cedería ante ninguna tentación.

—¿Me odias? —murmuré entre mis manos.

—Sabes que no. Sabes que Dios tampoco. Y sabes que no se lo diré al arzobispo.

—¿No lo harás?

Negó con la cabeza.

—No me parece que sea lo que Dios quiere.

Alcé la cabeza, todavía abrumado.

—¿Entonces qué hago?

Jordan me miró con algo parecido a la pena.

—Regresar cuando estés listo para confesarte —dijo—. Y, hasta entonces, ser muy cuidadoso. Cuidadoso.

Muy cuidadoso.

Pensé en esas palabras cuando visité a mis padres, cuando metí los platos en el fregadero, cuando conduje a casa en la oscuridad. Cuando me escabullí por el parque para volver a follarme a Poppy.

No tenía nada de cuidadoso.



CAPÍTULO 18

Cuidadoso.

Una semana más tarde, miraba el techo de Poppy. Estaba encima de mí, la cabeza recostada sobre mi brazo, la respiración lenta y acompasada. Me había quedado despierto observándola después de hacer el amor, observando las suaves líneas de su rostro pasar del éxtasis a la paz, sin sentir nada más que una alegría inconsciente. Pero ahora que llevaba varias horas dormida, la alegría se había convertido en una duda llena de ansiedad.

Los últimos días habían sido de cuento de hadas, con los días entregado a la benevolente estructura de mi vida como pastor, y las noches llenas de jadeos y suspiros y piel contra piel.

Por las noches podíamos fingir. Podíamos beber y mirar Netflix, podíamos follar y luego ducharnos juntos (y luego volver a follar). Podíamos desplomarnos encima del otro y quedarnos dormidos poco a poco. Podíamos hacer como si fuéramos cualquier pareja que lleva pocas semanas de relación, como si no hubiera nada que nos impidiera hablar de las cosas de parejas normales, como conocer a nuestros padres o dónde pasaríamos Acción de Gracias.

Pero éramos aguda y dolorosamente conscientes de nuestros actos, de nuestro simulacro. Estábamos fingiendo porque enfrentarnos a la realidad era mucho peor; asumir la verdad sobre este paraíso, que terminaría de una forma de otra.

¿Y si no tenía que terminar? ¿Y si mañana llamaba al arzobispo y le decía que quería renunciar, que quería que me expulsara y me volviera a convertir en un hombre normal?

Laico. Esa era la palabra. Del latín, *laicus*, que significa «persona seglar». Que me convirtiera en seglar.

¿Y si en unos pocos meses pudiera arrodillarme frente a Poppy para ofrecerle mi mano en lugar de un orgasmo?

Cerré los ojos para apagar el mundo real y dejé que mi mente viajara adonde no le había permitido viajar antes: hacia el futuro. A un futuro en el que éramos ella y yo y una casa y unos pequeños Bell correteando. La seguiría a cualquier parte; si quería trabajar en Nueva York o Londres o Tokio o quedarse en Kansas City, iría con ella. Era como Ruth con Naomi, estaba listo para convertir en propios sus deseos y su vida, y construir una casa juntos en cualquier lugar al que Poppy quisiera ir. Nos pasaríamos horas follando y amándonos. Algún día vería su vientre crecer con un hijo mío.

Pero ¿qué iba a hacer yo? Tenía dos títulos, ambos igual de inútiles en el mundo real, inútiles fuera de los templos de Dios y del aprendizaje. Suponía que podía enseñar teología o tal vez idiomas. Siempre había querido ser un académico, sentarme en una biblioteca polvorienta, leyendo libros polvorientos, excavando conocimiento perdido del mismo modo que los

arqueólogos excavan vidas perdidas. La idea me excitaba, soplaban como una tormenta entre mis pensamientos, salpicándolo todo con posibilidades. Nuevas ciudades, nuevas universidades... Se formó en mi mente una lista de lugares que tenían los mejores programas clásicos y de teología; tenía que haber alguna forma de fusionar ambos, tal vez aplicar a un doctorado o buscar trabajo como adjunto...

Abrí los ojos y esa tormenta fantástica y placentera se detuvo. El peso de todo lo que hubiera tenido que dejar atrás estalló frente a mí. Dejaría este pueblo: Millie, el grupo de jóvenes, el grupo de hombres, todos los feligreses que con tanto esfuerzo había llevado de nuevo hacia Dios. Dejaría los desayunos de tortitas y las ferias de ropa y toda la lucha contra los abusos en las iglesias. Dejaría atrás el don de convertir el pan en carne y el vino en sangre, de tener una mano en el velo que separaba este mundo del siguiente. Dejaría atrás al padre Bell, el hombre en que me había convertido, e iba a tener que mudar de piel, como hacían los animales, para crear una nueva forma con una nueva piel rosada y dolorosa.

Llevaba una vida entera construyendo castillos en el aire, exigiéndome como un atleta antes de una carrera, y estaba pensando en renunciar a eso... ¿por qué? Intenté reprimir los versos que conocía de memoria y que se agolpaban en mi mente, versos sobre sembrar en la tarde y cosechar pestes, versos sobre pasiones de la carne que desataban guerras en el alma. *Matar los deseos terrenales.*

Matar mi amor por Poppy.

Se me cerró la garganta y se me secó la boca; tuve un pico de ansiedad, como si alguien me pusiera un cuchillo en el cuello y me obligara a tomar una decisión, pero ¿cómo podía escoger si ambas decisiones tenían un precio tan alto?

Porque, si me quedaba donde estaba, perdía a la mujer que dormía a mi lado, esta mujer que discutía sobre las disparidades raciales y de género en *The walking dead*, la que sacaba citas literarias del aire, que bebía como si se estuviera ahogando y la que me había hecho correrme más que nunca en mi vida.

Esa idea hizo que me invadiera el pánico.

Dándome la vuelta para quedar cara a cara, le pasé la mano por el costado, por la textura de sus costillas y la curva de su cadera. Se sacudió un poco y se acurrucó contra mí, seguía muy dormida, y se me comprimió el pecho.

No podía perderla.

Y no podía tenerla.

Esta clase de terror, esta clase específica de pánico no debería ponerme duro, pero así fue. Tan duro que tuve que tocarme. Estaba abrumado por la necesidad de hacerla mía otra vez, de enterrarme dentro de ella, como si un orgasmo más fuera a marcar alguna diferencia en espantar nuestro futuro condenado.

Deslicé una mano entre nosotros y giré mi cuerpo hacia el suyo, buscando los suaves labios entre sus piernas, y comencé a separarlos, frotando con mis dedos su clítoris y esa fina piel alrededor de su entrada. Se movió y suspiró, adormilada y feliz; sus piernas se abrieron para darme un mejor acceso, aunque sus ojos siguieron cerrados y su rostro relajado. Seguía dormida.

Torcí la cabeza para meterme un pezón en la boca, chupando despacio, moviendo la lengua alrededor de la aureola, y ahora se retorció, pero seguía dormida y, joder, ya no podía esperar más. Alcé una de sus piernas y la trabé en mi cadera, mientras me posicionaba. Inmovilizándola, entré, y como una cortina cayendo sobre una ventana soleada o una puerta que se cierra al ruido de una fiesta, las dudas quedaron inmediatamente acalladas. Se desvanecieron frente a nuestra conexión, la sensación de su coño apretado envolviéndome. Dios, podía quedarme así para

siempre, sin siquiera moverme, solo dentro de ella, sintiéndola excitarse y estirarse como un gato mientras apuntaba sus caderas hacia las mías.

Por fin abrió los ojos, pesados pero satisfechos.

—Mmm —gimió trabando mejor las piernas en mis caderas—. Me gusta despertarme así.

—A mí también —dije con voz ronca mientras me estiraba para apartarle un mechón de pelo de la mejilla.

Puso una mano sobre mi hombro, me empujó hacia atrás y rodamos hasta que quedé acostado con ella encima; comenzó a montarme con movimientos lentos y somnolientos. El sueño y el sexo le habían revuelto el cabello, que colgaba enredado sobre sus hombros blancos y sus pechos suaves; la luz de la calle que se filtraba por la ventana pintaba el claroscuro de sus curvas.

A veces era demasiado hermosa como para mirarla.

Me recosté cruzando los brazos detrás de mi cabeza para contemplarla mientras me arrancaba su placer, mientras comenzaba a moverse más y más rápido, cerraba los ojos y apoyaba las manos en mi vientre. Desde este ángulo podía ver ese bulto demandante frotarse contra mi pelvis y espiar apenas el lugar donde la estaba llenando y estirando y, joder, si no tenía cuidado, podía perder la cabeza.

—Esa es mi chica —susurré—. Úsame para correrte. Ahí está. Eres tan sexy. Vamos, bebé, toma. Toma.

Abrió la boca y miré fascinado cómo los músculos de su estómago se endurecían mientras gemía y llegaba al orgasmo; luego se deslizó para recostarse en mi pecho.

La apreté contra mí y volvimos a rodar para quedar encima de ella, y luego me incliné para chuparle el cuello. Busqué debajo de ella y hallé lo que quería, el agujerito apretado debajo de su coño. Se apretó contra el colchón, como queriendo escaparse de mí, pero eso no era suficiente, para nada, porque para esa parte de su cuerpo tenía planes que iban mucho más allá de lo que podía hacer un dedo.

—¿Estás diciendo que no?

Se mordió el labio y negó con la cabeza.

—No digo que no.

—Entonces dame tu culo —gruñí en su oído—. Dámelo tú o tendré que cogerlo yo.

Soltó un suspiro que me volvió loco y luego dejó de intentar luchar contra mi caricia.

—Hay lubricante en la mesita de noche.

Sin alejarme, me estiré hacia el cajón de la mesita de noche y cogí la botella de lubricante sin abrir.

—Parece que te has estado preparando, corderito.

—Era eso o conseguir mi propio aceite bendito —dijo, un poco en broma, pero sin aliento.

Me alejé de ella, me arrodillé y le abrí más las piernas. Me tomé el tiempo necesario para calentarla, metiéndole gradualmente el lubricante mientras mi otra mano se ocupaba de su clítoris, metiendo los dedos en sus dos agujeros hasta que se retorció y chorreaba humedad. Luego la cogí por los muslos y presioné contra su trasero.

Debería haber parado, darle unos segundos para acostumbrarse, pero estaba tan atormentado por todas las dudas y temores que el único modo de acallar mis pensamientos eran las embestidas desaforadas de mis caderas, sus dedos clavándose en mi espada, su calor en toda mi polla.

—Tyler —gimió.

—Corderito —dije, arrodillándome y aferrándome a sus caderas.

—Voy a tener otro orgasmo.

—Muy bien, bebé. —Yo también estaba a punto de correrme, sentía una punzada en la pelvis,

mientras jugaba con su clítoris—. Eres una niña muy buena. Muéstrame cuánto te gusta.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Fóllame como si quisieras que fuera tuya.

Sus palabras dieron en el clavo, directamente a mi corazón, y cerré los ojos. Era muy fácil follármela así, porque quería que fuese mía... para siempre. Solo hacía seis semanas que nos conocíamos, pero la quería para toda la vida.

Me volvía loco.

La acerqué más, embistiendo una y otra vez contra su agujero apretado, mirándola arquearse mientras continuaba rogándome que la hiciera mía, ¿cómo no veía que ella ya era mía y yo ya era suyo? Éramos el uno para el otro, y, mientras miraba su coño latiendo por el orgasmo, cuando descargaba dentro de ella, me di cuenta de que esto no se podía deshacer, no se podía desatar eso que tan bien habíamos atado durante este mes y medio.

Los dos llegamos al orgasmo, nos quedamos mirándonos y cualquier consuelo que hubiera logrado conseguir se desvaneció. Me levanté para ir a buscar un trapo y, cuando regresé, Poppy me miraba pensativa.

—Tyler.

—¿Sí? —Me senté en la cama y comencé a limpiarla.

—No sé cuánto más podré hacer esto.

Me congelé.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a lo que me refiero —dijo y había un temblor en sus palabras—. Quiero estar contigo. Quiero que seas mío. Estoy enamorada de ti, Tyler, y me está matando saber que no tenemos futuro.

Terminé de limpiarla mientras pensaba una respuesta, arrojando el trapo sucio a una silla cercana.

—No sé cómo será el futuro —dije por fin—. Sé que te quiero... pero también adoro mi trabajo y mi vida. Poppy, lo que tengo aquí... es más que caridad y oración. Es un modo de vida. Le puedo entregar toda mi vida a mi Dios, cada minuto de cada día, y no sé si puedo vivir sin eso.

Los dos omitimos el hecho de que difícilmente se pudiera decir que estos últimos minutos habían sido para Dios, que no habían sido solo para nosotros.

—¿No crees que ya lo sé? —dijo, incorporándose. No se molestó en cubrirse con la sábana y yo me obligué a alejar la vista de esas tetas para poder concentrarme en lo que estaba diciendo—. Es en lo único que pienso. No puedo hacerte renunciar a esto: me doy cuenta de que te encanta. Joder, eso es lo que adoro de ti. Que eres apasionado y generoso y espiritual, que le has dedicado tu vida a Dios. Pero luego me preocupo —comenzó a lagrimear— de que entonces vayas a renunciar a mí.

—No —susurré—. No te hagas eso.

Pero no le dije lo que quería escuchar. No sabía si iba a renunciar a ella o no, porque, aunque eso me mataría, también lo haría que me descubrieran y perder todo aquello por lo que tanto había luchado.

Pude ver el momento en que se dio cuenta de que no iba a decirle que seguiríamos juntos y, antes de que pudiera decir algo más (no sé qué, pero algo), se recostó y se giró para darme la espalda.

—Te deseo tanto que puedo saborear la sangre cuando pienso en eso. Pero no seré la razón de que pierdas tu vida —dijo y su voz reverberó como una campana en mi mente—. No seré la

razón de que te arrepientas de nada. No creo poder soportarlo... Mirarte y preguntarme si hay una parte de ti que me odia, aunque sea un poco, por ser el motivo para laicizarte.

Hasta conocía la palabra precisa... Había estado investigando. Eso me conmovió y me entristeció al mismo tiempo.

—Jamás podría odiarte.

—¿En serio? ¿Aunque te haga escoger entre mí y tu Dios?

Mierda.

—No es así, Poppy. No hagas eso.

Respiró de esa forma que presagia una respuesta mordaz, pero luego se paralizó. En cambio, dijo:

—Deberías volver. Está a punto de amanecer.

Su voz firme me mató. Quería consolarla, abrazarla, follármela. ¿Por qué teníamos que hablar de estas cosas horribles cuando podíamos seguir fingiendo?

—Poppy...

—Te veré luego, Tyler.

Su tono fue tan definitivo como cualquier palabra segura. Me estaba echando.

Caminé por la neblina del parque con las manos en los bolsillos y los hombros encogidos por el frío de esta noche de septiembre, intentando rezar, pero sin conseguir más que invocar retazos de pensamientos.

«Quiere una vida entera», le dije a Dios en silencio. Quería una vida con matrimonio e hijos, una vida en que el amor pudiera estar tan presente como el trabajo, la familia y los amigos, una vida en la que no tuviera que ocultarse. ¿Y quién podía culparla?

¿Qué se supone que tengo que hacer?

Dios no respondió. Probablemente porque había roto la promesa sagrada de servirlo, predicar su iglesia en todas las formas posibles, pero me había entregado a una letanía de pecados de los que casi no me arrepentía. Había convertido a Poppy Danforth en un ídolo, y ahora tenía que enfrentarme a las consecuencias de estar aislado de Dios.

Arrepentirme. Tengo que arrepentirme.

Pero no ver más a Poppy... De solo pensarlo se abría un hueco en mi pecho.

Subí las escaleras y caminé hacia la puerta trasera de la rectoría, cruzando la cocina en la luz azulada del comienzo del amanecer. Todavía tenía un par de horas para dormir antes de tener que levantarme para la misa matutina, y esperaba que por la mañana las cosas fueran diferentes, que el camino estuviera más claro, pero sabía que no iba a ser así, y saberlo era muy muy deprimente.

—¿Noche larga?

Casi me da un infarto.

Millie estaba sentada en mi sala de estar a oscuras, con un conjunto de deporte.

—Millie —dije intentando hacer como si no me hubiera casi meado encima—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Salgo a caminar todas las mañanas —dijo—. Muy temprano. Creo que no lo sabías, considerando que duermes hasta el último momento.

—No lo sabía, es cierto. —¿Me estaba invitando a caminar?

Suspiró.

—Padre Bell, lo sé.

—¿Disculpa?

—Lo sé. Lo tuyo con Poppy. Te he visto escabulléndote por el parque cada mañana.

Oh, mierda.

—Millie...

Levantó una mano.

—No.

Me desplomé en la silla, la desesperación y el pánico se agolparon en mi estómago. Alguien lo sabía, alguien lo sabía, alguien lo sabía. Por supuesto que siempre había sabido que esto acabaría así. Nunca iba a tener el lujo de elegir por mí mismo cómo se daban las cosas y era un puto idiota por creer lo contrario.

Alcé la vista con los ojos bien abiertos, y lo que me salió no fue bueno ni amable ni altruista, sino puro instinto de supervivencia.

—Millie, por favor, no puedes contárselo a nadie. —Me arrodillé frente a ella—. Por favor, por favor no se lo cuentes al arzobispo, no sé cómo se lo tomaría... —Pero entonces retrocedí, porque le estaba rogando a una mujer honorable que abandonara su honor por el bien de un pecador que no se arrepentía—. Lo siento tanto —dije en cambio—. Debes pensar que soy una persona horrible... Estoy tan avergonzado. Ni siquiera sé qué decir.

Se puso de pie.

—Puedes decir que tendrás cuidado.

La miré.

—¿Qué?

—Padre, he venido a advertirte, y hay una razón por la que he hecho eso y no he ido al arzobispo. Este pueblo te necesita, y definitivamente no necesita otro escándalo con un sacerdote. —Sacudió la cabeza con una sonrisita—. En especial, por algo tan inocuo como enamorarte de una mujer adulta que sería perfecta para ti... si no fueras sacerdote.

—Millie —dije con la voz rota, desesperada—. ¿Qué hago?

—No tengo una respuesta para ti —dijo caminando hacia la puerta—. Solo sé que te conviene tomar una decisión rápida. Estas cosas no permanecen ocultas para siempre, padre, sin importar cuánto lo intentes. Y no hay forma de que una mujer como ella esté dispuesta a ser una amante secreta el resto de sus días. Se merece mucho más que eso.

—Es cierto —dije sintiendo cómo me aplastaba un yunque de hierro al entender que no era mejor que Sterling. Esencialmente, le estaba haciendo lo mismo, pero ni siquiera tenía la decencia de ir de frente... ni de ofrecer algo a cambio.

—Adiós —dijo Millie, y yo la despedí con un gesto de cabeza, triste y agitado, demasiado triste y agitado como para pensar en dormir.

¿No habían pasado solo un par de semanas desde que le había regalado a Poppy el rosario de Lizzy? Y ahora todo parecía caerse a pedazos, como las cuentas de un rosario roto, rebotando como locas por el suelo, tantas y tan rápidas que eran imposibles de atrapar.

Millie lo sabía. Jordan lo sabía. Poppy tal vez ni siquiera quería estar conmigo...

Fui a correr y luego volví temprano a la iglesia para abrirla y prepararme para la misa, pensando durante todo el servicio en mi encuentro con Millie, en mi no-pelea con Poppy, en que ahora dos personas sabían de mi amorío y dos eran demasiadas.

Amante secreta.

Ten cuidado.

Estoy enamorada de ti, Tyler.

De hecho, estaba tan distraído que casi derramo el vino y luego dije sin querer la oración final dos veces seguidas; mi mente estaba a kilómetros de distancia de la sagrada invocación de lo divino y solo podía pensar en lo mal que iban las cosas en ese momento.

Después de la misa, salí de la sacristía con la cabeza gacha, mirando mi móvil (Poppy no había venido a misa ni me había escrito) y me preguntaba si seguiría enfadada conmigo. Así que no me di cuenta de que había alguien parado en el centro del altar hasta que se movió y el sonido me llamó la atención.

Era un hombre; alto, pelo oscuro, de mi edad. Llevaba pantalones caqui con una corbata azul y broche plateado, demasiado elegante para un viernes de septiembre en Weston, pero, de algún modo, hacía que funcionara sin verse ridículo. Se quitó las gafas de sol y me miró con una mirada azul glacial.

—Tú debes ser Tyler Bell.

—Así es —confirmé, guardándome el móvil en el bolsillo del pantalón. Me había quitado la casulla y la estola, pero no el alzacuellos, y de pronto me sentía desnudo, como si necesitara alguna clase de armadura extra, una autoridad extra con este hombre. Lo que era una estupidez. Él era el visitante en mi iglesia. Solo tenía que ser amable. Avancé y le estreché la mano, lo que pareció recibir bien, con una sonrisita en los labios—. ¿Puedo ayudarte con algo? Por desgracia, te has perdido el servicio matutino, pero mañana habrá otro.

—No, creo que ya me has ayudado —dijo cuando pasó junto a mí, moviendo la cabeza para mirar cada rincón de la iglesia—. Solo quería conocerte y ver con mis propios ojos cómo era el padre Bell. —La inquietud me retorció el estómago. Aunque sabía que no era posible, no podía evitar preocuparme por que esto fuera resultado de que Millie y Jordan se hubieran enterado de la verdad, que esta persona estuviera aquí para hacerme pagar por mis pecados. El hombre giró sobre su eje para quedar cara a cara—. Me gusta conocer a la competencia.

—¿Competencia?

—Por Poppy, claro.

Solo hizo falta un instante para que mi mente lo entendiera, que repasara el encuentro y calculara que debía estar hablando con Sterling Haverford tercero. Que midiera su cuerpo (en forma, qué mierda de tío) y su vestimenta (cara, qué mierda de tío una vez más) y su porte, que era absurdamente confiado, al punto de resultar arrogante, y esa era la grieta de su armadura. No tenía dudas de que iba a triunfar, de que iba a irse de aquí con lo que quería (y, sí, sospechaba que para él Poppy era un *qué* y no un *quién*). En ese mismo instante, sabía exactamente qué armas tenía, y también que una de esas armas era el apego emocional que Poppy tenía con él, que yo podía perder fácilmente esta batalla... esta batalla que no tenía derecho a pelear.

Y ese instante fue todo lo que Sterling necesitaba para sentir que llevaba la delantera. Torció la boca en una sonrisa socarrona, tan sutil que podía pasar desapercibida, pero lo suficientemente presente como para demostrar exactamente lo que pensaba de su competencia.

Sin embargo, a pesar de lo que pensaba Sterling, yo no era idiota, y definitivamente no iba a conformarme con sus expectativas respecto de mi comportamiento.

—Me temo que te equivocas —dije con una sonrisa tranquila—. No hay competencia. La señorita Danforth ha estado viniendo a mi iglesia y tiene interés en seguir el sendero de la fe, pero hasta ahí llega nuestra amistad. —Me daba rabia lo fácil que me salió la mentira; mentir era algo que me enorgullecía de no hacer, pero había muchas cosas de las que ya no podía enorgullecirme. Y lo importante ahora no era la moral, era la supervivencia.

Sterling alzó una ceja.

—Entonces así va a ser. —Metió las manos en los bolsillos, todo en su postura gritaba reuniones ejecutivas y yates y arrogancia.

«Sé bueno, Tyler, sé bueno», me dije. «Mejor aún, sé el padre Bell». El padre Bell no estaba celoso de este hombre, no estaba celoso de su belleza, su ropa cara y su actitud posesiva con

Poppy. Al padre Bell no le importaba medírsela con un extraño, y definitivamente no iba a meterse en algo tan bárbaro como competir por una mujer adulta que era capaz de tomar sus propias decisiones y de ejercer su voluntad.

Me recosté contra un banco y le volví a sonreír, sabiendo que mi postura transmitía control y amabilidad, pero le recordaba que era tan alto y robusto como él.

—Lo siento. Creo que no te entiendo —dije por fin—. Como te he dicho, no hay competencia.

Se tomó mis palabras en un sentido diferente.

—Eso te gustaría pensar, ¿no? —Me miró otra vez y pareció cambiar de táctica, apoyándose contra un banco y cruzándose de brazos también—. ¿Te ha hablado de mí? —preguntó—. Seguro que sí. Confesión... Eso es una cosa católica, ¿no? ¿Me ha mencionado en su confesión?

—No puedo...

Movió una mano en el aire y su anillo de bodas brillo contra su piel.

—Claro. Por supuesto. Bueno, tal vez no quiere confesar cosas sobre mí después de todo. Sobre la cantidad de veces que puedo llevarla al orgasmo. Sobre lo fuerte que grita mi nombre. Todos los sitios en los que me la he follado. ¿Sabías que una vez me la follé a pocos metros de un senador? ¿En la inauguración de una muestra en el Met? Siempre estaba dispuesta. Al menos para mí.

Solo gracias a los años de cultivar la misericordia y el autocontrol me contuve de que mi puño volara directamente a la mandíbula marcada de este tío. No por celos, sino por el instinto masculino de proteger la dignidad de Poppy e impedir que sus decisiones fueran ventiladas por este imbécil.

«No necesita que defiendas su honor», me dijo el Tyler aliado feminista. Pero al Tyler normal, al descendiente de irlandeses que disfrutaba del sexo y del *whisky* y de gritar obscenidades en los partidos de fútbol, no le importaba. No le importaba si ella necesitaba que lo hiciera y no le importaba que no tuviera derecho a hacerlo: el universo se había desequilibrado por la idiotez de este tío y mi primer impulso era arreglarlo.

—¿He tocado una fibra sensible? —preguntó Sterling, divertido.

—Considero a Poppy parte de mi rebaño —dije inclinando la cabeza hacia un lado. Por suerte, mi voz solo dejó entrever una leve desaprobación—. Me duele oír que se le falte el respeto a cualquiera de ellos.

—Ah, cierto —dijo Sterling—. Y admiro lo comprometido que estás con tu relato. Yo también soy un hombre de apariencias. —Cogió un sobre del bolsillo interno de la americana y me lo entregó—. Sin embargo, también tengo recursos, así que podemos dejar atrás esta farsa y avanzar a lo que nos concierne.

Lo miré mientras desataba el hilo del sobre y cogía las fotografías brillantes que contenía. Una parte de mí se preocupó porque fuera a haber fotos suyas con Poppy, más evidencia de su pasado para desestabilizarme, pero no. No, era mucho, mucho peor.

Un hombre de hombros anchos cruzando un parque por la noche. El mismo hombre en una puerta oscura. Una imagen tomada a través de la ventana de una cocina en la que un hombre y una mujer se besaban.

Exhalé.

No había desnudez, gracias a Dios, ni nada más pecaminoso que un beso, pero eso no importaba porque en todas se veía claramente mi rostro. De hecho, era más que suficiente: era condenatorio.

—Y ten por seguro que tengo los archivos digitales —dijo Sterling con alegría—. Así que

puedes quedártelas. Como recordatorio.

—Ordenaste que nos siguieran —dije.

—Te he dicho que tenía recursos. Cuando Poppy no dejaba de rechazar mis llamadas, incluso después de que le dije que estaba viniendo a buscarla, comencé a preguntarme si habría conocido a alguien más. Así que investigué. Como no ha aceptado mi oferta (todavía), no me hubiera molestado si se estuviera follando a alguien. Pero que se enamorara de otro hombre. Bueno, conozco a Poppy y sé la clase de obstáculo que eso sería.

—Ordenaste que nos siguieran —repetí—. ¿Escuchas lo que dices? Es una locura.

Sterling parecía desconcertado.

—¿Por qué?

—Porque —la furia sacó lo peor de mí e hizo que las palabras salieran tensas y forzadas— la gente no hace seguir a otra gente. En especial a sus exnovias. Es acoso; de hecho, es la definición legal del acoso. No me importa si eres rico y puedes pagarle a alguien para que lo haga; es lo mismo.

Todavía parecía confundido.

—¿Eso es lo que te enfada? ¿No que tenga evidencias que pueden arruinarte la vida? ¿No que vaya a irme de este pueblo con Poppy a mi lado?

—Estás tan seguro de eso —dije, obligándome a dejar pasar que hubiera hecho seguir a Poppy—. Pero te olvidas de que eso no tiene nada que ver conmigo; es su decisión. —Sterling encogió un hombro, como si ya no tuviera tiempo para esto—. ¿Entonces cuál es el objetivo? —pregunté volviendo a meter las fotos en el sobre.

—¿Perdón?

—Has dicho que querías dejar atrás la farsa. —Arrojé las fotos al banco y me enderecé cruzando los brazos. Me alegró ver que Sterling también se enderezó, como si le molestara que yo midiera unos centímetros más. (Me refiero a altura. Aunque una parte muy horrible y grosera de mí estaba ridículamente contenta de saber que la mía era la más grande que había visto Poppy).

—Sí, bueno, padre —dijo la palabra *padre* como entre comillas. (Me permití otra breve fantasía en la que le daba un puñetazo en los ojos)—. Quiero que Poppy venga conmigo a Nueva York. Quiero que sea mía.

—Aunque estés casado.

Me volvió a mirar con esa expresión incrédula, como si fuera idiota, y me hubiera molestado si no hubiera sido moralmente superior a mi oponente. Salvo que... en realidad no podía arrogarme ningún tipo de moralidad, ¿o sí? Ese pensamiento me deprimió de inmediato.

Por suerte, Sterling no se dio cuenta y continuó.

—Sí, aunque esté casado. En mi familia, el matrimonio no es un sacramento, es una condición impositiva. Y no tengo ninguna intención de poner ningún formalismo legal por encima de lo que quiero para mi vida. Nunca he querido a mi esposa y a ella le pasa lo mismo conmigo.

—Pero ¿quieres a Poppy?

Sterling apretó los labios.

—El amor y el deseo son esencialmente lo mismo —me dijo—. Aunque es lógico que un hombre como tú no lo sepa.

—Respeto tu sinceridad —dije—. No te mientes a ti mismo, y asumo que no le mentirás a ella.

Ese cumplido inesperado pareció sorprenderlo, pero se recuperó rápidamente.

—A Poppy no le importa eso tanto como ella misma cree —me dijo—. Tal vez tengas la

ilusión de que no regresará conmigo si no la quiero, pero ella no es como tú. Ella sabe de números, razón, hipotecas. Le estoy ofreciendo la divisa que conoce (dinero y lujuria y seguridad) y por eso voy a ganar.

Pensé en ella llorando en el confesionario, en el momento en que estuvimos parados en la iglesia, bañados por la presencia de Dios. No era una hoja de cálculo con las piernas abiertas, y Sterling era un idiota si había crecido con ella y se había perdido todas las facetas profundamente espirituales y emocionales de Poppy Danforth.

—Es mucho más que eso.

—Muy dulce. En serio. —Sterling se volvió a poner las gafas de sol—. Y solo para que lo sepas, eres mucho menos de lo que imaginaba. He venido esperando encontrarme con Alexander Borgia, y en su lugar me he encontrado con Arthur Simmesdale. Estaba preparado para una batalla, pero sospecho que no tendré ni que pelear.

—No es una batalla —dije—. Es una persona.

—Es una mujer, padre. —Sterling me apuntó con una sonrisa blanca—. Pronto será mi mujer.

No respondí, aunque cada una de mis neuronas gritaba «te equivocas, te equivocas, te equivocas». En cambio, solo me quedé mirando mientras me hacía un gesto con la mano y caminaba hacia la puerta del altar, con las manos en los bolsillos como si no le importara nada del mundo.



CAPÍTULO 19

La diferencia entre la envidia y los celos es sutil, pero perceptible si conoces los contornos y sabores de ambos. Celos es querer lo que tiene otra persona, por ejemplo, querer el coche o la casa que tiene un vecino. (O querer ser el hombre que tiene el corazón de tu novia y no el blanco, rico e idiota que tiene un cajón lleno de gemelos para camisas).

Envidia es odiar que alguien tenga algo que tú no, y odiar a esa persona por tenerlo, como quererle pinchar las ruedas a tu vecino porque el cretino no se merece un BMW y todo el mundo lo sabe y, si tú no puedes tenerlo, no es justo que él sí.

Sterling formaba parte de esta última categoría. No necesariamente quería a Poppy, no más de lo que probablemente quiere otras cosas en su vida (una nueva casa de verano, un nuevo yate, un nuevo broche de corbata). Pero la idea de que la tuviera alguien más lo carcomía, el insaciable parásito de la posesión se retorció en sus entrañas.

Tuve mucho tiempo para pensar en eso porque Poppy estuvo desaparecida en acción. Primero, después de que se fuera Sterling, intenté no perder la calma, la llamé y le escribí mientras daba vueltas en mi oficina, el sobre de papel como una letra escarlata que quemaba un agujero en mi escritorio. ¿Qué hubiese dicho si lo cogía? «Solo que Sterling me ha venido a visitar y que nos ha estado espiando y que me ha chantajeado para que te abandone, un viernes como cualquier otro, ¿quieres venir a ver Netflix?».

Pero no respondió a mis llamadas ni a mis mensajes, que en general respondía de inmediato, así que estuve una hora caminando por mi oficina. Tendría que haber ido directamente a su casa. Esto era muy importante, y teníamos que hablar ahora mismo, pero con la conversación con Millie aún fresca en mi mente (sin mencionar este puto sobre que tenía a pocos centímetros) me daba demasiado miedo caminar hacia su casa y que nos pillaran... otra vez.

Y entonces quise pegarme a mí mismo por ser tan cobarde. Teníamos que resolver esto antes de que fuera más importante que cualquier otra cosa. Iba a salir a correr, eso haría. Todos estaban acostumbrados a verme correr en cualquier momento del día o de la noche, y si justo pasaba por delante de la antigua casa de los Anderson, nadie iba a pensar que era extraño.

Enseguida me puse la ropa de deporte, me até el móvil al brazo y, en menos de dos minutos, estaba en casa de Poppy. Su Fiat estaba en la entrada, pero cuando entré en el jardín (agradecido con la hierba crecida que ayudaba a ocultarme) y llamé a la puerta, no obtuve respuesta. ¿Dónde cojones estaba? ¿Yo estaba de mierda hasta el cuello y ella ocupada? ¿Estaba durmiendo la siesta? ¿En la ducha?

Llamé y esperé. Escribí, llamé y esperé. Caminé y esperé y llamé otra vez, y luego gruñí un «joder» y abrí la puerta con la llave que estaba debajo de la maceta del bambú.

Pero supe en cuanto entré que no estaba durmiendo ni en la ducha. En todos los rincones había esa clase de silencio que solo provocaba el vacío, la ausencia, vi que su móvil y su cartera no estaban sobre el escritorio, donde solía dejarlos, aunque sí estaban las llaves. Así que había salido sin las llaves. ¿Habría ido a caminar por el pueblo? ¿A la cafetería? ¿A la librería?

Me giré para irme, y entonces una idea se me clavó en el pecho como un puñal.

¿Y si estaba con Sterling?

Literalmente me desplomé contra la pared.

Tenía sentido. ¿Cómo podía haber pensado que había venido solo a advertirme, que iba a declararme la guerra y esperar unos días para atacar? No, probablemente había ido a buscar a Poppy cuando se fue de la iglesia, y, mientras yo caminaba por la alfombra gastada de mi oficina como un idiota, él había estado aquí convenciendo a Poppy de que fuera a alguna parte con él. A cenar. A tomar algo. A algún hotel elegante de Kansas City donde se la follaría contra el ventanal.

El puñal se clavó una y otra vez en mi garganta, en mi espalda, en mi corazón. Ni me molesté en pelear contra los dragones gemelos de los celos y la sospecha porque sabía, a pesar de una sombra de duda, que tenía razón. No había otra razón para que ignorara mis llamadas y mensajes.

Estaba con Sterling. Estaba con Sterling y no conmigo y yo no podía hacer nada.



Esa tarde, después de ver que Poppy no estaba en su casa, corrí a la cafetería, la librería y la vinoteca solo para cerciorarme de que no hubiera ido a trabajar a un sitio diferente a su escritorio. Pero no, no estaba en ninguno de esos lugares y, cuando regresé a casa y me desaté el iPhone, seguía sin escribir o llamar.

Sí había llamado al arzobispo Bove.

No le devolví la llamada.

Esa noche, en el grupo de jóvenes, estuve hecho un desastre. Un desastre furioso y distraído, pero por suerte era noche de jugar a la Xbox, y mi frustración y mi tensión se mezclaron con las de los adolescentes efervescentes que jugaban conmigo. Y, para el final de la noche, pronuncié una oración breve y al grano:

—Dios, el salmo nos dice que tu palabra es como una lámpara en nuestro camino; que, aunque no siempre sepamos hacia dónde nos estás llevando, siempre aparecerás en el paso siguiente. Por favor, haz que esa lámpara siga brillando para nosotros, para que nuestro próximo paso, nuestra próxima hora y nuestro próximo día estén claros. Amén.

—Amén —murmuraron los adolescentes, y luego se fueron a sus casas, a sus problemas que (para ellos) eran igual de angustiantes y estresantes que los míos. Trabajos y amores y padres poco comprensivos y una cita para la graduación que parecía tan lejana. Recordaba muy bien esos problemas, aunque habían quedado eclipsados por la muerte de Lizzy. Los adolescentes sienten las cosas de forma diferente a los adultos; sienten intensa y profundamente, sin el marco de la experiencia para recordarles que no van a morir por sacar una mala nota o por un amor no correspondido.

Pero yo sí tenía el marco de la experiencia. Entonces, ¿por qué sentía que iba a morir?

Después del grupo de jóvenes, me senté en la sala de estar con el móvil en las manos, preguntándome si debería devolverle la llamada al arzobispo, si habría llamado porque Millie o

Jordan le habían contado que había roto mis votos, me preguntaba si iba a poder sostener la farsa incluso si él no sabía nada. Y entonces fue cuando lo vi: un mensaje con imagen.

Llegó desde un número desconocido, pero sabía quién era en el instante en el que lo abrí y vi la fotografía de Poppy en un coche con el rostro mirando hacia la ventana. Había poca luz, como si la persona que había tomado la fotografía no hubiera usado el *flash*, y parecía ser el asiento de atrás, lo que me hizo suponer que tenían chófer. Apenas podía distinguir los mechones de pelo alrededor de su cuello y sus orejas, el brillo de los pequeños pendientes de diamantes que llevaba a veces, el brillo de su blusa perlada.

Sterling quería que supiera que estaba con ella. Y yo sabía que podía ser algo tan inocente como una cena o una conversación, pero, en serio, ¿desde cuándo cenar con un ex es algo completamente inocente?

Intenté tragarme mis sentimientos de traición. ¿Tenía derecho a echarle en cara cómo gestionaba su tiempo cuando yo solo podía darle retazos del mío? No era la clase de novio (o lo que sea que fuese) que quería que rindiera cuentas de cada minuto, de cada pensamiento, con la celosa esperanza de que así mantendría su fidelidad. Incluso aunque tuviera derecho a exigirle fidelidad (cosa que no tenía, considerando que yo era infiel a mi manera, porque la engañaba con la Iglesia), no lo haría. El amor se entrega en libertad y sin condiciones, hasta yo lo sabía.

Además, esto era exactamente lo que quería Sterling. Quería hacerme echar humo por las orejas, quería regodearse de su victoria, pero no iba a darle esa satisfacción ni iba a incomodar a Poppy con acusaciones por mensaje o buzón de voz.

Iba a esperar para hablarlo cuando volviera. Eso era lo razonable.

Extrañamente, tener un plan de acción (o, mejor dicho, un plan de inacción) no ayudó. Intenté mirar la televisión y leer, intenté dormir, y en cada pausa en los diálogos, en cada punto y aparte, aparecía la imagen de Poppy y las imágenes no solicitadas de ella con Sterling hablando, tocándose, follando. Finalmente me resigné y bajé las escaleras hacia el sótano de la rectoría a levantar pesas y hacer sentadillas hasta que me entró sueño, entonces me bajé cuatro dedos de Macallan y me fui a la cama.

Esa mañana me levanté con los músculos doloridos, la consciencia más dolorida aún y el teléfono vacío de llamadas o mensajes. Me entregué a la silenciosa fantasía de arrojarlo a una olla con agua hirviendo o tal vez meterlo en el microondas (para castigarlo por todo lo que había salido mal en estas últimas veinticuatro horas); pero me conformé con dejarlo a un lado mientras me preparaba para la misa y para el desayuno de tortitas.

La mañana pasó en una niebla robótica; en especial después de que Millie me contara que Poppy había llamado para decir que estaba enferma y no podría ir (esto seguido por una mirada que no era especialmente mordaz, pero sí de fastidio, y yo debí darle pena, porque tuvo piedad y me dio un beso seco en la mejilla antes de irse).

Y luego me encontré una tarde de sábado sin nada más que hacer que intentar no sentir mis sentimientos, ¿y sabéis qué? Decidí hacer un poco más de ejercicio.

Y beber. Eso también.

Cuando por fin terminé de limpiar el sótano de la iglesia y me fui a casa, vi que el arzobispo Bove había vuelto a llamar y me había enviado un mensaje de texto mal escrito que también incluía (asumía que por accidente) varios *emojis*.

Tenía que devolverle la llamada.

Pero, en cambio, me puse los pantalones cortos, cogí la botella de escocés que estaba por la mitad y bajé trotando las escaleras, donde puse Britney tan alto como daban los altavoces y castigué mis músculos con más pesas, más sentadillas, más flexiones, tragando *whisky*

directamente de la botella entre cada serie de ejercicios.

Iba a beber y a sudar hasta olvidarme de la existencia de Sterling. Joder, iba a beber hasta olvidarme de la existencia de Poppy.

Y me estaba acercando. Las flexiones borracho comenzaron a rendir cuentas sobre lo poco que le estaba gustando a mi cuerpo el ejercicio con intoxicación y mis brazos estaban a punto de ceder cuando la música se detuvo de golpe y escuché mi nombre en la única voz que quería oír.

Tambaleando, me arrodillé mientras Poppy caminaba hacia mí con la misma blusa que llevaba en la fotografía de anoche. ¿Eso significaba que había pasado la noche con Sterling? El Macallan y el agotamiento me desestabilizaron tanto que quería preguntarle (no, acusarla).

Pero entonces ella también se arrodilló y, sin vacilar, pasó sus dedos por mi pelo sudado y acercó su rostro al mío.

En el momento en que sus labios me tocaron, todo lo demás desapareció. Me olvidé de por qué estaba castigando mi cuerpo, por qué estaba bebiendo, por qué no había podido dormir.

Ella pasó los brazos por mi cintura, haciéndome entrar en su boca, y yo acudí allí donde me convocaban, acariciando su lengua con la mía y besándola con todo lo que tenía. La cogí por la nuca, apoderándome de ella ya que no podía apoderarme de su lealtad ni de su tiempo; mi otra mano buscó debajo de su falda y encontró su tanga, lo aparté para descubrir la suave piel entre sus piernas. Sin prólogo ni preámbulo, le metí un dedo, estaba apretada y casi lista para recibirme.

Gimió en mi boca por la intrusión, rompiendo el beso con un jadeo cuando comencé a frotar su clitoris con el pulgar mientras enterraba el dedo en ella.

Se apoyó contra mí mientras me ocupaba de su coño, y que Dios me perdone por los celos que sentía de que tal vez Sterling la hubiera tocado la noche anterior, tantos que no podía discernir si la estaba tocando para su placer o para el mío; como si pudiera poseerla al hacer que se corriera.

Verla gemir en mi hombro con el cabello y el maquillaje del día anterior, la ropa arrugada, ese aspecto general de una noche intensa era tan sexy y desesperante al mismo tiempo, que no me sorprendió que se estremeciera al oírme decir:

—A cuatro patas. Dándome la espalda.

Tragó saliva y obedeció.

—Tyler... —dijo como si por primera vez se diera cuenta de que me debía una explicación.

—No. No puedes hablar. —Tenía la voz ronca por el ejercicio y el escocés—. Ni una sola palabra.

Tenía la polla dura desde el momento en que oí su voz, pero cuando subí la falda y le bajé el tanga, estaba tan dura que me dolía.

«Tendría que advertirle de que he estado bebiendo. Tendría que advertirle de que estoy enfadado».

En cambio, me bajé los pantalones cortos hasta dejar mi polla al descubierto, en mi mente no había nada más que follarme ese coño, pero en ese momento los celos se apoderaron de mí. Los celos y tal vez mi conciencia, que estaba golpeada y amordazada, pero no tanto como para follarme a una mujer borracho y enfadado.

Así que desistí y, en lugar de follármela, me masturbé mirando su culo. No lo hice en silencio: gemí cada vez que mi mano se deslizaba hacia mi glándula y hacía ese sonido tan distintivo de la masturbación; Poppy gritó, comenzando a girarse hacia mí:

—¡No es justo! —protestó—. No hagas esto, Tyler... Fóllame. ¡Quiero que me folles!

—Date la vuelta.

—¿Ni siquiera me vas a dejar mirar? —dijo y parecía dolida, apagada.

«No me molestes», pensó el Tyler Macallan y el Tyler Buen Chico se estremeció. Pero no. No, tenía que cumplir con su penitencia. De algún modo.

Le golpeé el trasero y se estremeció contra mi mano de una forma que indicaba que quería más, y yo también, pero a la vez una parte de mí no quería darle nada, no hasta saber que no había vuelto con Sterling, pero, a la mierda, podía ser parte de su penitencia, así que la golpeé una y otra vez, mi palma abierta aterrizando en su culo, alternando nalgas, hasta que se pusieron rojas.

Podía verla mojar, su coño prácticamente llorando por mí, no me importaba, que llorara, y luego fue como un torrente descontrolado y yo disparé sobre su ropa del día anterior un orgasmo poderoso, pero duro, sucio y corto, porque ella no llegó conmigo. No estaba satisfecha, así que yo tampoco, aunque no se tratara de satisfacción, era una especie de venganza, y Dios, era un imbécil.

Me senté sobre los talones con las mejillas ruborizadas de vergüenza. Tenía que tocarla; tenía que abrirla las piernas y lamerla hasta que se corriera. ¿Qué clase de cretino le hacía esto a una mujer (borracho y celoso) y no le devolvía el favor? Pero ¿cómo podía tocarla ahora, cuando me sentía tan sucio con todos mis pecados y mis fracasos, cuando seguía tan desconfiado y molesto que no podía confiar en mí mismo para controlar su cuerpo?

No podía. Era de imbécil, pero peor era tocarla con esta clase de sentimientos en mi interior.

Después de guardarme la polla en los pantalones, le pasé una toalla y limpié mi semen de su ropa lo mejor que pude.

—¿Estás...? ¿No estamos...? —Se giró para enfrentarme sin molestarse en ponerse bien la ropa y la imagen de su coño desnudo lanzó un rayo directo a mi polla. Enseguida volvería a estar duro.

Me obligué a alejar la vista.

—Déjame ayudarte. Y luego deberías irte a casa.

Se puso de pie y se apretó contra mí.

—Has estado bebiendo —dijo mirándome a la cara—. Tienes muy mal aspecto.

Se estiró para acariciarme la mejilla, atrapé su mano en el aire y luché contra las mil tentaciones oscuras, el sentimiento de que, si me la follaba lo suficiente, iba a arrancarle el recuerdo de Sterling.

Solté su mano.

—Vete a casa —dije cansado—. Por favor, Poppy.

Su mirada se endureció, se convirtió en dos rocas enormes llenas de determinación.

—No —dijo con esa voz de ejecutiva—. Arriba. Ahora.

No iba a discutir, por la voz y también porque tenía que subir para irse, pero, cuando llegamos a mi sala de estar, puso sus manos en mis hombros y me llevó hacia el baño en lugar de hacia la puerta. Yo estaba mucho más borracho de lo que pensaba porque llegué tambaleándose a apoyarme contra la pared. Joder, fuera seguía siendo de día. Había conseguido hacer enfadar a la mujer más perfecta del mundo y ni siquiera eran las cuatro de la tarde.

Tyler Bell: héroe estadounidense.

Dejé que Poppy me llevara hasta la bañera, donde me senté.

—¿Por qué no te vas a casa? Por favor, vete a casa.

Se arrodilló para desatarme los cordones con impaciencia.

—No voy a dejarte así.

—No necesito que me cuiden, joder.

—¿Por qué? ¿Porque te sientes muy vulnerable? ¿Por eso no me follas? ¿Ni me tocas? ¿Ni me miras a los ojos siquiera?

—No —escupí, aunque era cierto y ambos lo sabíamos.

—Levántate —ordenó, de nuevo con esa voz de jefa, y yo obedecí; no disfrutaba de la sumisión, pero sí de la interacción, la forma en que se fastidiaba como si se preocupara por mí. Como si me quisiera.

Me quitó los pantalones, pasó junto a mí y encendió la ducha.

—Adentro.

Quise protestar, pero entonces la vi desabrocharse la blusa y quitarse los tacones. Iba a acompañarme.

El agua tibia fue el paraíso para mis músculos doloridos, y luego entró Poppy, y algo olía a limpio, y había una esponja, y por un rato solo fue el aroma fresco del jabón y el masaje de la esponja y la suave caída del agua, tibia y reconfortante. Cuando me hizo arrodillar para poder ponerme champú, me arrodillé sin cuestionar, apretando mi rostro contra su estómago, preguntándome si existía una palabra para esa piel que era más que flexible, más que suave, una palabra que expresara todas esas cosas al mismo tiempo.

Cerré los ojos y gemí mientras ella masajeaba mis omóplatos, sus dedos aplicaban esa clase de presión que relaja y estimula al mismo tiempo. Giré el rostro y le besé el ombligo, un beso suplicante. Aunque no sabía bien qué suplicaba.

Lo que sí sabía era que, por primera vez en veinticuatro horas, no estaba envuelto en emociones violentas, no estaba hirviendo de culpa, no me estaba castigando a mí mismo. Estaba con Poppy y su coño estaba tan cerca de mi boca, y me incliné para besar la punta de su clítoris, la sentí estremecerse.

Pero entonces puso las manos sobre mis hombros para alejarme.

—No hasta que haya terminado contigo —dijo con firmeza y comenzó a enjuagar el champú. Después me hizo quedar allí mientras se limpiaba ella. No estaba montando un espectáculo, no intentaba ser sexy, pero, de todas formas, era una de las cosas más sexys que había visto: la forma en que los pezones se deslizaban entre sus dedos cuando se enjabonaba los pechos, la forma en que la espuma bajaba por su estómago hasta sus muslos, la forma en que el agua caía sobre las suaves curvas de su culo cuando echaba la cabeza hacia atrás y se paraba debajo de la ducha.

Para cuando cerró el agua, yo estaba duro como una roca y la atrapé mirando mi erección con el rabillo del ojo, mirando con ese hambre que me hacía querer tumbarla ahí mismo, en el suelo del baño.

Pero también estaba más sobrio (no del todo) y haciendo las paces con lo imbécil que había sido con ella en el sótano y lo poco que me merecía esta dulzura que me regalaba ahora. Así que no lo hice, solo cogí una toalla y me dejé llevar hacia la cama.

—Túmbate —dijo—. Y ponte a dormir.

¿No se iba a quedar conmigo? Joder.

—Poppy, lo siento tanto. No sé...

—¿Lo que te pasó? —terminó por mí—. Por lo que parece, media botella de escocés. Pero —bajó la mirada— supongo que me lo merecía.

—No —dije con firmeza, pero no tanta, porque cuando apoyé la cabeza en la almohada, la habitación comenzó a girar a mi alrededor—. No te mereces nada de eso. Me muero de vergüenza, ni siquiera me merezco que estés aquí. Deberías irte.

—No me iré —dijo con esa firmeza que yo no había conseguido imitar—. Te echarás una siesta y yo iré a leer un libro, y cuando te despiertes, te diré cómo me puedes recompensar. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo —susurré sin estar seguro de merecerme la oportunidad de recompensarla. Pero también quería que supiera por qué había sido tan imbécil, por qué me había comportado como un cretino de manual. Era ese estúpido deseo humano de justificar los propios actos, como si pudiera borrar el error si ella entendía mis razones.

Siendo alguien que trabajaba de escuchar los errores y las razones de las personas, debería haber aprendido. Pero estaba desesperado por que no me odiara, y sí, tal vez una pequeña parte de mí también quería pasarle una parte de la culpa porque, digámoslo todo, ella había pasado la noche con Sterling y se había presentado aquí desarreglada ¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar yo?

—Sé que anoche estuviste con él —lancé y luego contuve la respiración, aterrado de que lo confirmara y todavía más aterrado de que intentara negarlo. Pero no hizo nada de eso, sino que suspiró y me subió la manta hasta el pecho.

—Sé que lo sabes —dijo—. Sterling me avisó de que te iba a mandar una foto. —Y luego alejó la mirada—. Lo odio tanto. —Eso me conmovió un poco. Tal vez no habían tenido sexo después de todo. Tal vez no iba a dejarme por Sterling—. No me lo follé, Tyler —dijo, consciente de mi mirada. Y la creí. Tal vez fue por la forma clara y abierta en que lo dijo. Tal vez fueron sus ojos, grandes e inocentes. O tal vez fue algo más efímero, una conexión espiritual que indicaba que sus palabras eran sinceras. Respiró hondo—. Seguiremos hablando cuando te levantes. Pero no... No pasó nada. No lo toqué... Él no me tocó. —Buscó mi mano y la apretó y ese apretón hizo que toda la habitación se inclinara—. Solo te quiero a ti, padre Bell.



CAPÍTULO 20

—Despiértate, dormilón.

La voz atravesó el velo opaco del sueño profundo, las ondas sonoras y los nervios receptores trabajaron juntos para sacudir mi cerebro, para despertarme y volver al mundo los vivos.

Mi mente no respondía. Me di la vuelta, pero, en lugar de encontrarme con una de mis almohadas viejas y aplastadas, mi rostro encontró carne desnuda. Muslos desnudos. Los envolví con un brazo en un gesto automático, enterrando mi rostro en la piel suave de aroma dulce.

Unos dedos se enroscaron en mi pelo.

—Hora de irnos.

Fue más por los muslos que por la petición, pero por fin logré abrir los ojos, y apenas lo hice, me arrepentí.

—Ah —gruñí—. Estoy hecho mierda.

—¿Por la resaca o por tus actos?

Dejé el rostro en los muslos de Poppy.

—Ambos —balbuceé.

—Eso pensaba. Bueno, hora de sentirte mejor. Te he dejado algo de ropa encima de la cama.

Los muslos se movieron y eso me entristeció. Se puso de pie y estiró los brazos como si hubiera pasado mucho tiempo en la misma posición, pero ya no estaba desnuda, llevaba una túnica corta atada en la cintura y sandalias de gladiador.

—Te has ido —acusé.

Asintió.

—No podía ir adonde vamos con una camiseta tuya y mucho menos con mi ropa sucia. Solo han sido unos minutos, te lo prometo. —Me senté despacio y bebí el agua y la pastilla que me dio—. Ahora vístete. Tenemos una cita.



Treinta minutos más tarde estábamos en el Fiat avanzando por la interestatal. Yo llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de lana suave que Sean me había regalado la Navidad pasada como parte de su proyecto de mejorar mi armario. Era informal (a pesar del precio ridículo) y me pregunté por qué iríamos a la ciudad si no era para ir a uno de esos sitios caros y elegantes.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Primero, Poppy no respondió, miró los espejos retrovisores y tensó el cuello mientras se escurría entre el tráfico del sábado por la noche. Decidí no insistir, aunque la curiosidad me estaba matando tanto como la ansiedad por que alguien pudiera vernos juntos.

Finalmente, dijo:

—A un sitio al que hace mucho que quiero llevarte. Pero antes: ayer. Tenemos que hablar de ayer. —Sí, era cierto, pero ahora que sabía que no se había acostado con Sterling, quería evitarme el dolor de esta conversación. Este último día y medio nos había arrancado a la fuerza de la fase de fingir, de la fase en que podíamos imaginarnos el mundo exterior como una tormenta irrelevante que golpeaba nuestras ventanas sin dañarlas. Y lo odiaba. Porque después de esa fase venían todas las decisiones y discusiones que iban a destruir poco a poco mi vida—. Bueno, Sterling vino a casa ayer. Después de verte a ti. —¿Ella lo sabía? Como si pudiera leerme la mente, siguió—: A Sterling le encanta alardear de sus conquistas. De negocios, románticas, vengativas, cualquier tipo de victoria. Creo que pensó que me iba a impresionar que hubiera conseguido pillarnos tan rápido con la evidencia fotográfica de nuestra relación. Dios. Es tan imbécil. Tienes que entender que yo sabía que iba a venir en algún momento y él sabía que yo iba a decirle que no quería estar con él. Pero yo también sabía que él no iba a aceptar nada que no fuera un rechazo completo, directo, cara a cara, y además sentía que al menos le debía una cena. Acabamos hablando hasta tan tarde que me quedé dormida en su habitación de hotel. —No me gustó ese detalle. No me gustó para nada ese detalle—. Pero, como te dije, no pasó nada. Dormí en el sofá hasta la mañana y luego el chófer me trajo a casa. A ti.

—¿Entonces ya sabe que no quieres nada con él? ¿Se irá?

Vaciló.

—¿Sí?

—¿Es una pregunta? ¿Me estás diciendo que no estás segura?

Sus ojos siguieron fijos en la carretera.

—Cuando me fui esta mañana, dijo que entendía completamente mi decisión. Dijo que no quería que estuviera con él contra mi voluntad; que le importaban mis sentimientos. Así que se iba a alejar.

Pensé en el hombre que había conocido, esos ojos azul hielo y la voz calculadora. No parecía la clase de persona que se aleja. Pero sí parecía la clase de hombre que mentiría sobre alejarse.

—Así que las fotografías... ¿se tomó todo el trabajo de montar ese chantaje para rendirse sin más?

Se mordió el labio mirando por encima de su hombro para volver a cambiar de carril. Me gustaba cómo conducía: rápida, capaz, con un poco de agresión que nunca llegaba a traducirse en movimientos imprudentes.

—No lo sé —dijo, un poco resignada—. Parecía tan determinado y, sí... es difícil imaginar que vaya a irse sin más después de tanto esfuerzo, pero tampoco creo que vaya a mentirme.

—Yo sí —dijo por lo bajo.

Me escuchó.

—Mira, Sterling no es ningún santo, pero no es justo que lo demonices solo porque es mi ex. Sí, hizo cosas malas, pero tampoco es un psicópata. Solo es un niño mimado al que nunca le han dicho que no. Y, sinceramente, no creo que vaya a hacer algo con esas fotografías.

«¿Lo está defendiendo?». Sentía que lo estaba defendiendo y eso me enfadó un poco.

—¿Te ofreció devolverte los archivos? ¿Al menos borrarlos?

—¿Qué? No, pero...

—Entonces no creo que esté pensando en irse a ninguna parte —dijo con la mirada fija en la

ventana donde la oscuridad de los campos lentamente dejaba paso a la ciudad—. Dijo lo que sabía que querías oír, pero esto no ha acabado, Poppy. No acabará hasta que obtenga lo que quiere. Y te quiere a ti. —Deslizó su mano sobre la mía y, por un minuto, pensé en ignorarla, en no entrelazar mis dedos con los suyos, no estaba seguro de si para herirla o para mostrarle mi disconformidad. Dios, estaba siendo tan imbécil. Cuando cogí su mano, lo hice con fuerza—. Lo siento. Es solo que... Es como tener un tridente apuntándome al corazón. Puedo perderte a ti, perder mi trabajo, o ambos.

—No me vas a perder —insistió echándome una mirada—. Y no vas a perder tu trabajo. A menos que eso sea lo que quieras.

Apoyé la cabeza contra el vidrio frío de la ventana. Y ahí estaba... la decisión. Blanco y negro, noche y día, uno u otro. Poppy o Dios.

—Millie lo sabe —dije de la nada. Sentí su mano tensarse en la mía, y ahí estaba otra vez, esa extraña furia. ¿Por qué iba a ser Millie (la maravillosa y confiable Millie) más preocupante que Sterling? Pero respiré hondo y me tranquilicé. Me negaba a permitir que el curso de los acontecimientos pusiera una distancia entre nosotros. No iba a permitirlo—. No se lo va a decir a nadie —le aseguré a Poppy. Y luego le conté lo que me había pasado el día anterior. Decidí hacerlo con lujo de detalles, hasta el último y más estúpido de mis pensamientos, porque se lo debía. Quería debérselo. Y, en serio, ¿qué podía perder? De cualquier forma, estaba muy cerca de perderlo todo. Por lo menos iba a ser sincero.

Se quedó callada mientras le contaba sobre Millie, el chantaje de Sterling y sobre cómo había adivinado que estaba con él incluso antes de que me escribiera, además de todos los sentimientos que se me clavaban en el pecho y, cuando terminé, tenía los labios apretados en una línea roja, ocultando esos dientes que me parecían tan extrañamente *sexys*, dándole a sus rasgos una expresión seria que resultaba igual de atractiva.

—Sé que no nos conocemos de hace mucho —dijo—. Pero nunca tendrás que preocuparte por que vaya a engañarte. No sucederá. Punto. No engaño.

—No me refería a... —Me esforcé por encontrar las palabras—. Te conozco. Te conozco de verdad, y sé que no harías nada para herirme. Pero también sé que Sterling es más que un exnovio para ti. Sé que entre vosotros hay algo antiguo y poderoso, y supongo que eso era lo que me tenía preocupado, no imaginar una debilidad en tu comportamiento.

—No importa todo lo que haya pasado conmigo y Sterling. Jamás te engañaría. No está en mi naturaleza.

Quería que fuera cierto. Lo quería tanto. Pero pensé que nunca podría estar seguro de que no fuera a engañarme, que no había garantías para confiar en las personas que uno ama ni corte en la que demandarlos si te traicionan. Quererla, confiar en lo que decía de Sterling, me haría vulnerable.

Pero ella ya era vulnerable al querer a un hombre que no podía corresponderla, así que tal vez ahora estábamos a la par.

Para relajar el ambiente, dije:

—Creo que lo entiendo. Sean y Aiden tienen un nombre para la gente que sufre de lo que sufres tú; lo llaman el gen de la monogamia.

—El gen de la monogamia —repitió—. Me parece bien.

Me volví a sentar. El centro de Kansas City apareció en el horizonte, monolitos de vidrio y ladrillo rascando el cielo lavanda, el río serpenteando debajo.

—También bromeaban con que yo tenía el gen del celibato —dije—. Aunque ahora no estoy tan seguro. —Las luces de la calle y los semáforos rebotaron contra el automóvil y Poppy

maniobró entre el tránsito con precisión para entrar en el corazón de la ciudad—. Quizás no era el gen del celibato, quizás solo era que te estaba esperando.

Respiró hondo y aparcó en un callejón, entre dos edificios. Antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, lo apagó y trepó a mi regazo, lo que hizo que mi polla diera un respingo de interés.

Sus labios encontraron los míos con urgencia, un hambre caliente y determinada, sus manos estaban en todas partes: en mi pelo, en mi pecho, tirando con impaciencia de la cremallera de mis vaqueros.

—Te quiero —dijo una y otra vez, y la tensión del viaje se derritió—. Te quiero, te quiero, te quiero. Siento tanto todo lo que ha pasado hoy. —Encontré su culo debajo del vestido y lo apreté, deslizando mis dedos entre sus muslos para pasar las yemas por la costura de su tanga, que estaba empapada. Pero, antes de que pudiera ahondar en el tema, ella se alejó, respirando con dificultad—. Tenemos una gran noche por delante, no quiero arruinarla por precipitarme —dijo con una sonrisa—. Pero no te haces una idea de lo que me provocas cuando dices cosas como esa.

—Son todas ciertas —le susurré en el oído—. Te quiero tanto y solo deseo... —La apreté contra mí, su pecho en mi rostro, su coño apretado contra mi erección atrapada en los vaqueros—. Desearía que fuera así todo el tiempo. Tú y yo. Sin decisiones. Sin problemas. Solo... nosotros.

Me dio un beso en la cabeza.

—Bueno, si lo que estás buscando es una escapatoria, entonces vas a disfrutar de esta noche.



Primero, pensé que Poppy se había vuelto loca porque, en lugar de ir a un restaurante o al cine o a algo similar a una cita, me llevó al aparcamiento de un edificio de oficinas (y sabía que eran oficinas porque los Hermanos Negocios trabajaban a dos rascacielos de distancia y Aiden salía con una chica que trabajaba aquí).

Caminamos hacia el vestíbulo acristalado y Poppy pasó una tarjeta por la cerradura. Cuando abrió, me llevó hacia el último ascensor, volvió a pasar la tarjeta y subimos hasta el piso treinta.

Por fin, me atreví a preguntar.

—¿Adónde vamos?

Me sonrió con una de esas sonrisas que me dejaban cautivado por su boca.

—A mi trabajo.

Apenas tuve tiempo para procesarlo cuando Poppy le hizo un gesto a la mujer que estaba en la recepción (vestida de traje, como si trabajara en una empresa financiera y no en un club de nudistas) y ya estábamos entrando. Poppy empujó las puertas de vidrio esmerilado y yo la seguí. Entramos al club más exclusivo de la ciudad, el sitio que había conseguido retener a la graduada en Dartmouth que no pudo retener Wall Street.

Habían construido muros en el perímetro que bloqueaban las ventanas, probablemente para que las luces de colores no se vieran de fuera durante la noche (ni la luz del sol entrara durante el día). Pero había un espacio considerable entre los muros y las ventanas para que los visitantes pudieran escabullirse con una bebida a mirar la ciudad, como era el caso de varios hombres en este momento, mientras Poppy marcaba el camino.

Cada tanto, aberturas en los muros me permitían observar la sala principal. Dos o tres mujeres

bailaban en unas cajas de cristal, pero había varias en el suelo e, instintivamente, alejé la mirada de la carne femenina expuesta. Quizás en el fondo seguía siendo sacerdote.

Pero entonces mis ojos volvieron a la túnica de Poppy, y a su trasero, que se adivinaba a través de la tela.

Sí, claro.

Pasamos por una de las aberturas y Poppy me llevó hacia una habitación.

—¿Qué estamos haciendo?

—Mi jefe me dijo que podía utilizar estas habitaciones cuando quisiera, y quiero ahora.

—¿Para mí?

—Para ti. Espérame aquí —dijo con una sonrisa y luego se fue, cerrando detrás de sí la pesada puerta de madera.

Así que estas eran las habitaciones privadas de las que me había hablado, como cuando se folló a Sterling. Ese pensamiento clavó más profundo el ya familiar puñal de celos, pero entonces recordé el coche, su «te quiero» desesperado. Estaba aquí... conmigo. No con él.

Pero ¿por qué todavía se arrastraba por mi vientre esta serpiente de enfado? Me odiaba por alimentarla, pero no podía localizarla, no podía cambiarla. Corría por mis venas y llegaba hasta la punta de mis dedos con el impulso de... ¿qué? ¿Darle unos azotes por pasar tiempo con su ex sin mi permiso? ¿Follármela hasta hacerla gritar, hasta que mi polla fuera lo único que conociera?

Dios, estaba loco.

Para distraerme, examiné mi entorno. Nunca había ido a un club nudista, pero, sin duda, esto era mucho más agradable de lo que esperaba. Había una silla y un sofá, ambos de cuero («para limpiarlos de forma fácil» pensó una voz amarga), y un escenario en el centro lo suficientemente grande como para instalar una barra o como para que baile una bailarina.

La luz era tenue (tonos de azul y púrpura) y la música estaba alta, pero no tanto como para resultar molesta. A ese volumen en que entra por tus venas con un ritmo intenso y sostenido, que se fusiona con tus pensamientos y te acelera el pulso, que hace crecer la adrenalina a un ritmo lento pero sostenido.

Me recosté en el sofá de cuero, mirándome las manos. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Por qué me había traído? Habiendo tantos lugares...

Pero entonces la puerta se abrió y solo pude preguntarme cuándo iba a meterle la polla porque... ¡joder!

Llevaba una peluca del color del algodón de azúcar azul y los ojos tan maquillados que solo podía imaginarme esa mirada penetrándome mientras me la chupaba. E inmediatamente entendí a lo que se refería cuando me dijo que el club contrataba chicas que parecieran caras. Porque, aunque yo no sabía nada de lencería, podía darme cuenta de que el tanga de encaje que llevaba probablemente no era lo que usaría una *stripper* cualquiera. Ni el sujetador con aro, ni la tira de seda que le cubría los pezones, todo en color *champagne*. Tenía atada al cuello una tira de la misma seda y yo quería desenvolverla como un regalo ahí mismo. Siempre estaba perfecta (vestida y desnuda), pero ahora estaba transformada, una Poppy que, incluso en nuestros momentos más íntimos, solo había llegado a espiar.

Caminó hacia mí en sus tacones de cinco centímetros con la misma gracia que si llevara calzado plano.

—Tu cartera. —Confundido, la busqué en mi bolsillo (de repente muy apretado) y se la pasé. Ella cogió de su sujetador un rollo de billetes de cien y cincuenta enrollados, los puso en mi cartera y me la devolvió—. Quiero jugar a un juego.

—Vale —dije con la boca seca de repente—. Juguemos.

Se lamió los labios y me di cuenta de que no era el único que estaba más caliente que otra cosa.

—Eres un cliente y yo una bailarina, ¿de acuerdo?

—Vale —repetí.

—Sabes que hay reglas en las habitaciones privadas, ¿no? —Negué con la cabeza, incapaz de dejar de comérmela con la mirada, a su lencería cara, a esa tira de seda que podía convertirse en una correa con tanta facilidad—. Bueno, primero tienes que pagar por estar aquí. —Y entonces se puso una mano en la cadera, tan impaciente y caliente que cualquier planteamiento filosófico que pudiera tener el Tyler Buen Chico sobre jugar a algo así de degradante (y antes que nada sobre estar en un club nudista) se desvaneció. En el momento en que puse los billetes en su mano, el aire cambió de inmediato. El juego desapareció y esta se convirtió en nuestra realidad (sin importar que nos quisiéramos, que este dinero ni siquiera fuese mío). Le estaba pagando y ella lo estaba aceptando, y ahora se subía al escenario con una mano en la barra y los ojos en mí.

Comenzó a bailar y me recosté, queriendo memorizar cada detalle de esto, de la forma en que sus piernas se enroscaban en la barra mientras se balanceaba, la forma en que su cabello azul le acariciaba los hombros, la forma en que los músculos de sus brazos y hombros se trababan.

La luz tenue, la música alta, el anonimato del sexo que se desplegaba frente a mí... todo combinado con su mirada encendida, como si solo me deseara a mí; ahora entendía por qué Herodes le había ofrecido a Salomé lo que quisiera si bailaba para él. Había algo tan delicioso en la puja de poder entre nosotros; se podía decir que yo tenía el control y la dignidad, pero también podía decirse lo contrario. Me estaba cautivando, me estaba esclavizando, quería ofrecérselo todo, no solo el dinero que había puesto en mi cartera, sino también mi hogar, mi vida, mi alma.

Poppy y su danza de los siete velos.

Y entonces se inclinó y me distrajo que su culo no estuviera en primer plano, poder ver la sombra de sus pliegues a través de la tela. Hubiera hecho cualquier pacto con tal de poder acariciarla ahí.

Me moví intentando hacer más lugar en mis pantalones, pero fue inútil. Ahora la tenía delante, con una mano en cada una de mis rodillas, separándolas para meterse entre ellas. Se dio la vuelta para que su culo quedara frente a mi rostro, tan cerca que podía distinguir cada flor bordada en su lencería, y pasé un dedo sobre ellas.

Atrapó mi mano.

—Si quieres tocar, tienes que pagar más —dijo, y yo seguí a Herodes por el camino de la perdición espiritual, porque ningún precio era demasiado por ella.

Le entregué el dinero sin dudar y ella se lo metió en su sujetador. Después se llevó mis manos a las caderas, las bajó a sus muslos y luego arriba, a las tetas. Me hundí en su cuello.

—Apuesto a que haces esto con todos los hombres que vienen aquí.

—Solo contigo —dijo con voz de terciopelo, retorciéndose contra mí, haciéndome gruñir por la fricción contra mi polla. Se movió para montarme—. ¿Sabes qué? —dijo con esa misma voz grave de gatita—. Nunca dejo que los hombres hagan esto, pero, si quieres, te dejaré verme el coño.

Sí, por favor.

—Me gustaría. —Me enorgullecía no haber chillado como un adolescente.

Extendió su mano y yo volví a buscar la cartera. Me alegraba que esto fuera un juego; jamás hubiera podido pagarle a Poppy con mi sueldo de sacerdote.

Después de pagarle, se subió al escenario y volvió a abrir las piernas, apartándose las bragas

para mostrarme lo que quería ver. Estaba húmeda y de un rosado perfecto bajo la luz azul: el color que los pintores renacentistas deberían haber usado para pintar el cielo.

Miré, hipnotizado, mientras ella dejaba caer la mano de su cuello, pasando por los pechos hasta la suave elevación de su hueso púbico. Desde allí trazó grandes círculos en su coño, una espiral que atravesaba el bajo vientre y el interior de sus muslos, acercándose más y más, y, cuando por fin llegó a su clítoris, dejé escapar una exhalación entrecortada que no sabía que estaba reprimiendo.

Ella también suspiró por sus caricias, sus caderas meciéndose apenas contra su mano, como si inconscientemente estuviera intentando follarse el aire, y yo comenzaba a perder registro de todo lo que no fuera su coño. ¿Acaso ella no sabía que podía llenárselo? ¿Acaso ella no sabía que podía hacer que se sintiera bien si me lo permitía?

Me puse de pie y caminé hacia el escenario. Nuestros ojos quedaron al mismo nivel y le sostuve la mirada mientras deslizaba las manos de sus rodillas al interior de sus muslos con los pulgares acercándose peligrosamente a su coño. Lo hice otra vez, pero me animé a avanzar más, preguntándome si ella iba a permitírmelo, si la lujuria haría que se saltara las reglas del dinero. Pasé los pulgares por sus pliegues, ella se estremeció y yo también porque, joder, sí que estaba mojada. Tan mojada que sabía que iba a poder meter la polla sin ninguna resistencia.

—¿Quieres meterme los dedos? —preguntó.

Asentí, separando sus pliegues con el pulgar, moviendo esa suave carne rosada para que su entrada quedara completamente al descubierto, rogando por dedos o por una polla.

—Te va a salir caro —dijo con malicia cogiéndome la mano.

—Eres buena negociando —exhalé. Estaba muy duro. A tres segundos de bajarme la cremallera y ocuparme del tema con mis propias manos.

Encontré el billete y lo doblé a lo largo para que le resultara más fácil arrebátarmelo, pero esta vez no lo hizo con la mano, sino con la boca, sus labios acariciaron mis dedos y fue tan humillante, tan jodidamente humillante; el Herodes en mí estaba exultante en su trono, encantado como un rey de verla con ese dinero entre los dientes, sabiendo que ahora su coño era mío para tocarlo como quisiera.

Se arrodilló para ponerse de pie, pero yo quería que me dieran lo que había pagado y lo quería ahora, así que envolví su cintura con un brazo y la hice bajar hacia los dos dedos que tenía preparados para ella. Gritó y yo sonreí con malicia porque pensaba aprovechar este servicio. Con el brazo de la cintura la hice bajar un poco más para que su coño quedara aplastado contra mi mano (que había quedado atrapada contra el escenario, pero no me importaba) y pudiera frotar descontrolada su cúmulo de nervios contra mi palma. Doblé los dedos hacia delante para buscar ese sitio suave que la volvía loca.

Moví los dedos mientras le hablaba en el oído.

—Si te hago acabar, ¿tienes que pagarme a mí?

Se rio, pero esa risa inmediatamente se convirtió en un suspiro agitado mientras la apretaba con más fuerza contra mi mano. Le mordí la clavícula y ese lugar suave junto a las pezoneras; su humedad invadía mi mano y ese lazo de seda rogaba que le atara las muñecas, y entonces llegó con un sonido agudo, resistiéndose infructuosamente mientras yo la sujetaba con más fuerza, la frotaba más, le arrancaba hasta la última gota de placer a su orgasmo.

Cuando se corrió, su cuerpo se relajó contra el mío, pero yo no estaba ni cerca de relajarme. Quitó la mano que tenía debajo de ella y le puse un dedo en los labios para hacerle chupar su propio sabor mientras con la otra me desabotonaba los vaqueros.

Poppy bajó la vista y volvió a subirla hacia mi rostro.

—¿Quieres que me la meta en la boca? —preguntó, mirándome entre sus pestañas de una forma que atentaba contra mi habilidad de pensar con coherencia.

Yo mismo le metí unos billetes en el sujetador. Luego cogí el lazo de seda y, poco a poco, lo desaté, desnudando ese adorable cuello para poder chuparlo y mordisquearlo mientras pasaba la seda por mis manos; con reverencia, como sujetaría la estola o el cinto.

Retrocedí, até un extremo a su cuello con un nudo que me permitiría tirar sin preocuparme por apretárselo.

Con la correa asegurada, envolví el otro extremo en mi mano y tiré para probar. Se sacudió un poco hacia delante con un sonido de sorpresa, pero sus pupilas se dilataron y el pulso le movió el cuello, lo consideré su permiso para volver a tirar, forzándola a bajarse del escenario y ponerse de rodillas. Me senté en la silla y la hice gatear hacia mí, mirando cómo se sacudían sus tetas.

Cuando estuvo entre mis piernas, tiré hacia arriba, quizás con un poco más de fuerza de lo que debía, pero a estas alturas estaba perdido en la lujuria, perdido en mi cavernícola y en mi Herodes interior, que solo querían era esa preciosa boca roja en su polla ahora mismo.

Trabó los dedos en el elástico de mis calzoncillos negros y me los bajó hasta liberar mi polla, que asomó entre la V de mi cremallera. Giré algunas veces más la correa en mi mano hasta que la seda quedó tensa, y entonces llevé su cabeza a mi polla, pero no la abrió de inmediato, dejó sellados esos labios rojos. Una sonrisa se adivinó en sus comisuras, su mirada desafiante, y recordé mi encimera algunas semanas atrás, cuando me pidió que le robara los besos; no, ni siquiera que se los robara. Quería que la forzara.

Así que corté más la correa y tiré, su boca quedó apretada contra la base de mi pene, la sensación de su respiración contra mi piel bastó para volverme loco.

«Juega, Tyler».

—Te he pagado para que me la chupes —siseé—. O lo haces o te obligo. Así que, a menos que quieras eso, te conviene abrir esa bonita boca y hacer tu puto trabajo. —Tenía la piel de gallina y no pasé por alto que se intentaba frotar los muslos entre sí. Con impaciencia, metí un dedo entre sus labios y la obligué a separarlos—. Méteme en tu boca —advertí— o sufrirás las consecuencias.

No hacía falta ser muy astuto para notar el interés en su mirada ante la idea; quería sufrir las consecuencias, pero creía que también quería chupármela, porque finalmente apoyó los labios en la punta y (mirándome a los ojos) se la metió en la boca con la lengua plana.

Con la mano firme en la correa, me incliné para mirar el espectáculo, para mirar sus pechos moverse mientras se ocupaba de mí, para ver esos ojos avellana mirarme con una expresión que usaría para masturbarme en la ducha durante muchos años. Y esos labios como un precioso halo rojo en mi polla... era el único halo que quería, un círculo de deseos impuros y placeres infernales.

Subió y bajó, a veces moviendo la lengua, a veces trazando una línea amplia y caliente por mi polla. Empujé hacia ella, golpeé el fondo de su garganta y, perdiendo cualquier rastro de paciencia, la cogí de la nuca para que no se alejara. Sostuve su cabeza con ambas manos y me moví durante unos segundos, follándome su garganta como lo había hecho con su coño: fuerte y sin pedir perdón; se lo merecía por ser tan descarada y sinvergüenza.

—¿Te gusta? —pregunté. Estaba respirando por la nariz, y no podía hablar, así que lo hice por ella—. Sé que sí. Te gusta cuando los clientes te tratan mal. Te excita que te traten como la puta que eres, ¿no? —Hizo un sonido que podía significar tanto sí como no, o ser simplemente un gemido de puro placer. Sea como fuere, hizo que se me retorciera el estómago, le clavé las manos en el cuero cabelludo y se me endurecieron las pelotas por la necesidad de liberarme. Pero

no quería correrme en su boca—. Fuera —ordené tirando de la correa. Obedeció, alejándose de mi polla con los ojos vidriosos, el maquillaje corrido y una de las sonrisas más grandes que había visto en su rostro. Usé la correa para llevar su rostro al mío mientras me inclinaba hacia ella—. ¿Cuánto por follar?

Su sonrisa se convirtió en algo más sombrío, una expresión que me prometía todo lo que quería.

—No... podemos hacer eso —dijo en voz baja.

—No me importa —gruñí—. Quiero follarte. ¿Cuánto?

—Todo lo que te queda —dijo arqueando la ceja en un gesto desafiante y le di las gracias en silencio por su compromiso. Cogí la cartera y arrojé al aire el dinero que quedaba: unos 700 dólares (joder, Poppy tenía mucho dinero). Flotaron despacio hacia el suelo.

—Recógelos con la boca.

—No.

—¿No? —Acorté la correa lo suficiente para que recordara su existencia—. Quiero que me des por lo que he pagado. Ahora. Recógelos. —Reconocí el momento en que cedió por la postura de sus hombros, pero, cuando comenzó a inclinarse para coger el billete que tenía más cerca, pisé el dinero con mi zapato—. Primero quítate las bragas.

Se mordió el labio inferior y no sé cómo respondió mi rostro, pero la expresión que vio allí le hizo entender que no le convenía ponerme a prueba. Se puso de pie, metió los pulgares en los costados de sus bragas y las bajó, levantando primero un tacón dorado y luego el otro para terminar de quitárselas.

Entonces se inclinó y comenzó a juntar el dinero.

Dejé la correa floja mientras lo hacía, desenroscándola para darle espacio, lamiéndome los labios frente a la perfección que tenía entre las piernas. Cuando estuviéramos en casa, quería adorarla con la boca, quería que se corriera ahí una y otra vez. Mi corderita se lo merecía por hacer esto por mí, por crear este juego en el que podía pedirle lo que quisiera. Sí, después de esto iba a recompensarla.

Pero, por ahora...

Me arrodillé en el suelo detrás de ella y, como la música estaba tan alta, creo que no me oyó. Estaba completamente doblada hacia delante, con el rostro en el suelo y el culo en pompa; me cogí la polla y se la metí con una embestida, hasta el fondo, golpeando con fuerza una de sus nalgas.

Chilló (un sonido alegre) y eso bastó para hacerme perder la consciencia mientras me la follaba sin nada de caballerosidad; no necesariamente rápido, sino fuerte y duro, tan duro que se le retorcían los pies y mis pelotas golpeaban contra su clítoris.

Y entonces la serpiente volvió a hablar, esa serpiente furiosa y amargada que me recordaba que no era el primero que hacía esto con Poppy aquí, que ya se la habían follado así, en este mismo lugar, y esa furia me picaba en las manos y se acumulaba en mi pelvis.

Quería castigarla. Quería herirla como ella me había herido a mí por hacerme quererla tanto, la saqué y me puse de pie con la polla mojada y dura como el acero, latiendo de las ganas de clavarse en ese coño.

En realidad, no quería ser Herodes.

Me senté en la silla.

—Ven aquí. —Apunté con la cabeza a mi polla para que entendiera lo que quería y no dudó en trepar a mi regazo y meterme dentro suyo, haciendo fuerza hacia abajo con los muslos, el coño caliente, las tetas en mi rostro. Y aquí, ahora que podía ver su rostro, ahora que no podía ser

brutal, confesé—. No puedo hacerlo así. Me hace querer...

Pero no pude pronunciar las palabras. Eran demasiado horribles. En cambio, enterré mi rostro en sus pechos, absorbiendo su aroma a lavanda, la tela limpia de su sujetador.

Tiró de mi pelo para echarme la cabeza hacia atrás.

—¿Quieres hacerme daño? —Cerré los ojos. No podía mirarla. Debía odiarme, pero seguía follándome, balanceándose hacia delante y hacia atrás, como hacen las mujeres, usando mi polla para darse placer, como si todo el resto de mi cuerpo fuera irrelevante. Dios, qué sexy—. Me lo imaginaba. Por eso te he traído aquí.

Puse unos ojos como platos.

—¿Qué?

—Eres un hombre, Tyler. No importa lo que yo te diga ni lo que tú elijas creer... siempre habrá un Neandertal dentro de ti que quiere que sea tuya. Que quiere apoderarse de mí, y pensé que podíamos hacerlo aquí. —Ralentizó los movimientos y, por primera vez, parecía insegura—. Pensé que, si jugábamos así, te iba a resultar más fácil soltarte, satisfacer esa parte que no quieres reconocer, esa parte de la que te ocultas. Porque es más grande de lo que piensas. —Como para demostrar su argumento, me rasguñó el vientre con las uñas (con fuerza) y mi mano golpeó su nalga tan rápido que ni me di cuenta de lo que estaba haciendo. Gimió un poco y se enterró en mí—. ¿Ves? Lo necesitas. Y yo lo necesito. Si lo deseas, te llevaré a todos los sitios en los que he estado y te dejaré follarme para que puedas reescribir mi historia como quieras —prometió—. Déjame regalarte eso.

La miré maravillado. Con gratitud. Era tan astuta y generosa, y por supuesto que no tenía que preocuparme por su bienestar. Como siempre, lo tenía todo bajo control cuando me dejó dominarla.

—No sé qué decir —admití.

—Di que sí. Di que terminarás el juego.

Me equivocaba. No era Salomé. Era Esther, la que usó su cuerpo para salvar el reino. ¿Y cómo iba a atender mi instinto primitivo de poseerla ahora que sabía eso? ¿Ahora que sabía lo generosa y valiente que era?

—No está bien tratarte así... dominarte como si fueras de mi propiedad. Y, más importante aún, no quiero hacerte daño.

—Quiero que me domines como si fuera de tu propiedad —dijo, acercándose para susurrarme al oído. El cambio de posición la hizo apretar el coño y gimió—. Y, si me haces daño, te lo diré. Confía en que voy a decirte cuándo parar, y yo confiaré en que lo harás. ¿Te parece bien?

Claro que me parecía bien. Me parecía tan bien que no podía creer que fuera cierto, pero así era mi Poppy, una mujer que parecía creada por el mismísimo Dios para mí. Tal vez era así.

Decidí confiar en ella. Confiar en Él.

Cuando me decidí, cogí sus muslos y me levanté, dejando su pelvis apuntada hacia mí mientras caminaba hacia el sofá. La besé con un beso suave y breve, un recuerdo de lo mucho que la quería antes de que mi lado bruto tomara el control, lo que pasó apenas nuestras bocas se separaron. Bajé a Poppy y le di la vuelta sobre el apoyabrazos del sofá para que el culo le quedara más alto que la cabeza y luego coloqué la polla en su entrada.

—Junta las piernas —ordené—. Que quede más estrecho. —Obedeció y me hundí con un gemido—. Así de estrecho. Lo haces muy bien.

La volví a meter con la fuerza suficiente como para que sus pies se despegaran del suelo y así seguí, con su precioso culo llenando mis manos, su coño satinado abrazando mi polla y ella jadeando mientras apretaba su clítoris contra el apoyabrazos.

Y en este momento de amor al estilo de Esther por nosotros y por un futuro tan efímero que era casi inexistente, entendí que aquí no había ningún pecado. Esto era amor, era sacrificio, lo opuesto al pecado, y tal vez me equivocaba al creer que Dios estaba aquí, en la habitación de un club nudista, pero así era, como si Él fuera testigo de este momento en el que Poppy se abría a lo peor de mí y lo borrara con su amor, igual que lo hace Dios por nosotros, los pecadores, a cada segundo de cada día.

Ese sentimiento que Poppy y yo habíamos experimentado en la iglesia, ese sentimiento divino de presencia y promesa, estaba aquí y ahora, oprimiéndome el pecho y haciendo flotar mi cabeza por la potencia del aire mismo, y una vez más me sentí como un novio en el día de su boda, gritándole su regocijo a sus seres queridos, y esta habitación era nuestra jupá, nuestra tienda de matrimonio, la tenue luz azul de la lámpara de las diez vírgenes, nuestros cuerpos replicando la unión que Dios ya había sellado entre nuestras almas inmortales.

¿En qué se diferenciaba esto del matrimonio? ¿Por qué no era más vinculante e íntimo estar juntos, desnudos y en presencia de Dios? Como mínimo era un compromiso, una promesa, un juramento.

Le di unos azotes a mi prometida deseando poder beberme sus chillidos como escocés y luego comerme sus gemidos. Me la follé con fuerza, mirando rebotar el cabello azul contra su espalda, las líneas delicadas que aparecían en su cintura cuando se aplastaba contra la perfección de las caderas y el culo; su coño mojado me atrapaba y la apertura rosada de su trasero: todo mío. Era el soberano de todo lo que veía: no, era el amo de todo lo que veía, y la nalgueé, la rasguñé, clavé mi polla en ella una y otra vez hasta que por fin, por fin, hizo un sonido que era medio gemido, medio aullido, latiendo a mi alrededor con las manos escarbando en el cuero como si lo hubiera perdido todo menos la respuesta de su cuerpo a mí.

Yo también estaba entregado a este momento en el que había reescrito la historia de su cuerpo, en que había hecho que esta habitación me perteneciera a mí y a los orgasmos que yo le estaba dando. En el que la había hecho mía y de nadie más, en el que había hecho un juramento de matrimonio en mi corazón, y fue eso lo que me hizo retroceder y obligarla a arrodillarse. Quería que atestiguara mi orgasmo, quería que viera lo que me había dado.

Con la correa en una mano y la otra sujetando mi polla con firmeza, aprovechando la humedad que me había dejado como lubricación, le lancé chorros de semen a sus labios expectantes, a su cuello de cisne, a sus largas pestañas.

La punta de la lengua, rosada y puntiaguda, lamió una gota del labio superior y luego me regaló una expresión de felicidad que provocó que un nuevo chorro de semen aterrizara en su clavícula.

Los dos respiramos con dificultad durante un rato, el placer seguía en el aire, pero eso era todo lo que había: la tensión, la amargura y la furia de antes habían desaparecido. Había dado resultado; el juego de Poppy había dado resultado. Había dejado atrás los celos y los instintos primitivos y, en el proceso, también algo más. Mi culpa, o la sensación de estar pecando. Algo había cambiado, como durante esos momentos en el altar, cuando la línea entre lo sagrado y lo profano se desdibujó por completo, y sentí que acababa de participar en algo sagrado.

Me arrodillé frente a ella, desaté la correa de seda y la usé para limpiar con cuidado mi orgasmo de su rostro.

—Se ha acabado el juego —dije despacio acariciando su mandíbula con la punta de mi nariz.

—¿Quién crees que ha ganado? —murmuró.

La envolví en mis brazos y la acerqué hacia mí para darle un beso en la cabeza.

—¿Tienes que preguntarlo? Tú, corderito. —Se acurrucó contra mí y la mecí hacia delante y

hacia atrás. Mi tesoro, mi dulce mujer—. Siempre tú.



CAPÍTULO 21

La noche otoñal golpeaba contra el exterior del coche mientras conducíamos de vuelta a casa y yo mantuve la vista fija en el perfil de Poppy, iluminado por las luces de la autopista, con su silueta recortada contra la noche de terciopelo.

Lo que había pasado en el club... había sido sucio y catártico, había solidificado nuestra unión, aunque no llegaba a entender exactamente por qué. La respuesta se me escapaba, brillaba a través de un velo que solo podía acariciar con la punta de los dedos, y, mientras salíamos de la ciudad y entrábamos al campo, dejé de intentarlo y me entregué a la majestuosidad de mi Esther, mi reina.

Quería casarme con ella.

Quería casarme con ella.

La idea llegó con la claridad del frío acero, segura y verdadera, ya no como algo que sentí en un momento atravesado por Dios y por el sexo, sino como algo que sentía estando sobrio y tranquilo. Quería a Poppy. Quería casarme con ella.

Y el velo por fin cayó y lo entendí. Entendí lo que Dios me había estado queriendo decir estos dos meses. Entendí por qué a la iglesia se la llamaba «la novia de Cristo», entendí por qué el Cantar de los Cantares estaba en la Biblia, entendí por qué en la Revelación se comparaba la salvación del mundo con una celebración de nupcias.

¿Por qué creía que la decisión era entre Dios y Poppy? Nunca había sido así, nunca había sido uno u otro, porque Dios habitaba en el sexo y en el matrimonio tanto como en el celibato y en el servicio, y podía haber tanta santidad en la vida de marido como en la vida de sacerdote. ¿Acaso Aaron no estaba casado? ¿El rey David? ¿San Pedro?

¿Por qué me había convencido de que un hombre solo podía servir a Dios si estaba en el clérigo?

Poppy canturreaba con la radio una canción apenas audible por el ruido del Fiat avanzando por la autopista. Cerré los ojos y escuché el sonido mientras rezaba.

¿Es esta tu voluntad para mí? ¿Me estoy entregando a la lujuria? ¿O es que por fin estoy descubriendo tu plan para mi vida?

Mantuve la mente en silencio y el cuerpo quieto, esperando a que apareciera la culpa o una voz celestial me dijera que estaba condenado. Pero solo hubo silencio. No el silencio vacío que había sentido antes de todo esto, como si Dios me hubiera abandonado, sino un silencio de paz, libre de culpa y vergüenza, el silencio que se sentía cuando realmente se estaba en presencia de Dios. Era el silencio que había sentido frente al tabernáculo, en la iglesia con Poppy, en el altar cuando por fin la hice mía.

Y más tarde, cuando estábamos en su cama, con el rostro entre sus muslos, fue el capítulo 29 de Jeremías el que apareció como respuesta a todas mis plegarias.

Tomad mujeres y tened hijos e hijas... porque tengo planes para vosotros, planes para vuestra felicidad y no para dañaros, para daros un futuro lleno de esperanza...

No le conté a Poppy mi epifanía. En cambio, después de hacer que se corriera una y otra vez, me fui a mi cama, porque quería dormir solo con esta nueva consciencia, esta nueva certeza.

Y, cuando me desperté para prepararme para la misa, la certeza seguía ahí, brillando clara y ligera en mi pecho. Entonces tomé una decisión.



—Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor es que uno de tus miembros se pierda, y no que todo tu cuerpo sea lanzado al infierno... Y si tu ojo derecho te es ocasión de pecar, arráncalo y échalo de ti; porque es mejor entrar con un ojo al reino de los cielos, y no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno... —Alcé la vista a mi congregación, a la iglesia que estaba llena gracias a mí, gracias a tres años de trabajo y esmero. Volví a mirar al evangelio y seguí con la lectura—. La sal es buena; pero si la sal ha perdido su salinidad, ¿cómo puedes encontrarle un nuevo propósito? Llevad sal en vuestro interior y estad en paz. —Respiré hondo—. Palabra de Dios.

—Te alabamos, señor —respondió la congregación y se volvieron a sentar. Llegué a ver a Poppy casi al fondo, con un vestido de lino ceñido al cuerpo, atravesado por un cinturón de cuero. El sol atravesó la ventana y la encuadró de forma perfecta, como si Dios me estuviera recordando mi decisión, por qué estaba haciendo esto.

Miré unos segundos más a mi corderita envuelta en esos rayos de luz y luego me acerqué para besar el texto que había leído, murmurando en voz baja la plegaria que correspondía a este momento y luego otra para darme coraje.

Cerré el evangelio con cuidado y cogí el móvil con los apuntes para la homilía. Contra mi voluntad, había escrito la homilía que se esperaba para esta lectura, sobre la naturaleza de sacrificarnos para evitar el pecado, sobre la importancia de la abnegación y la disciplina. Sobre seguir el sendero del señor.

La hipocresía me había atormentado mientras escribía cada palabra, hipocresía y vergüenza, y mientras miraba las notas, apenas podía recordar la agonía por la que había pasado ese hombre, obligado a decidir entre dos decisiones que finalmente eran falsas. Los siguientes pasos estaban claros. Solo tenía que dar el primero.

Le di la vuelta al teléfono para que la pantalla quedara hacia abajo y alcé los ojos hacia las personas que confiaban en mí, que me querían, las personas que me habían convertido en la encarnación de Cristo.

—Estuve una semana escribiendo la homilía para esta lectura. Y, cuando me levanté esta mañana, decidí tirarlo todo a la papelera. —Hice una pausa—. Lo digo en sentido figurado, porque está en mi móvil y ni siquiera yo soy tan santo como para renunciar a mi iPhone. —El público se rio y el sonido me dio coraje—. Este pasaje ha sido usado por muchos sacerdotes como argumento para condenar, como la afirmación definitiva por parte de Jesús de que si nos entregamos a cualquier tentación perdemos la oportunidad de salvarnos. Y mi antigua homilía seguía esa línea que indica que la abnegación y el rechazo permanente a las tentaciones es el camino al cielo, el sendero para cruzar esa puerta pequeña y angosta. —Bajé la vista a mis manos

apoyadas sobre el atril y al evangelio que tenía delante—. Pero entonces me di cuenta de que el peligro de predicar eso era que podíais ir con la idea de un Dios pequeño y angosto; un Dios tan angosto y pequeño como esa puerta. Me di cuenta de que podíais ir de aquí pensando (sinceramente y con fervor) que, si os equivocáis una vez, si tropezáis y os comportáis como los humanos imperfectos que sois, Dios no va a quereros.

La congregación estaba en silencio. Me estaba saliendo del territorio tradicional del cristianismo y ellos lo sabían, pero no me daba miedo. De hecho, me sentía más en paz que en cualquier otra homilía.

—El Jesús del evangelio según San Marcos es un Dios extraño. Es enigmático, inescrutable. Sus lecciones son afiladas y demandantes. Cuenta cosas que podríamos considerar milagrosas o directamente una locura: domar serpientes, beber veneno. Y, sin embargo, es el mismo Dios que encontramos en Mateo 22, que nos dice que los mandamientos más importantes (los únicos por los que debemos regirnos) son amar a Dios por encima de todas las cosas, amar al prójimo y amarnos a nosotros mismos. Entonces, ¿cuál tiene razón? ¿Qué escritura deberíamos usar cuando nos enfrentamos al desafío y al cambio? ¿Nos concentramos en alejar toda maldad o en sembrar amor?

Me bajé del atril porque necesitaba moverme mientras hablaba, mientras pensaba lo que quería decir.

—Creo que la respuesta es seguir la llamada de Marcos a hacer lo correcto, pero sabiendo que tenemos que redefinir qué es lo correcto para cada uno. ¿Qué es una vida recta? Es una vida en la que amas a Dios y amas a tu prójimo. Jesús nos llama a amar en el evangelio según San Juan: *no hay amor más grande que dar la vida por sus amigos*. Y Jesús nos mostró el amor cuando Él entregó su vida. Por nosotros. Sus amigos. —Alcé la vista, encontré los ojos de Poppy y no pude evitar sonreír. Era tan preciosa, incluso con este gesto de preocupación que le arrugaba la frente y le hacía morderse el labio—. Dios es más grande que nuestros pecados. Dios te ama como eres: imperfecto, pecador, confundido. Y solo pide de nosotros amor: a él, a los otros y a nosotros mismos. Pide que entreguemos nuestras vidas: no que vivamos como ascetas, privados de cualquier placer y alegría, sino que le entreguemos nuestras vidas a Él para que pueda hacer crecer esa alegría y ese amor.

Miré sus rostros transformados, leyéndolos; había reflexión, inspiración y simple duda.

No pasaba nada; iba a ejemplificar este sermón para que lo entendieran mejor. Esta tarde llamaría al arzobispo Bove y entregaría mi vida. Iba a renunciar al sacerdocio. Y luego buscaría a Poppy y le pediría que se casara conmigo.

Iba a vivir una vida llena de amor, justo como quería Dios.

—Esto no es fácil para nosotros los católicos. En cierta forma, es más sencillo descansar en el pecado y la culpa que en el amor y el perdón; en especial el amor y el perdón hacia uno mismo. Pero eso es lo prometido y, en lo personal, yo no voy a rechazar la promesa de Dios de una vida llena de amor. ¿Y vosotros?

Volví detrás del atril y exhalé aliviado. Había dicho lo que necesitaba decir.

Y ahora era momento de entregar mi vida.



CAPÍTULO 22

No pude encontrar a Poppy después de la misa, pero era mejor así. Quería llamar al arzobispo de inmediato, mientras mi mente y mi espíritu seguían claros. Quería avanzar, quería explorar esta nueva vida, y quería empezar ahora mismo.

Cuando ya estaba llamando al arzobispo Bove, entendí por completo la complejidad de lo que estaba haciendo. Iba a dejar a la congregación en un limbo: tendrían sacerdotes provisionales hasta encontrar uno que se quedara en St. Margaret. Peor, estaba repitiendo la partida de mi antecesor. Sí, yo me iba para casarme y no arrestado, pero daba igual. ¿Mis feligreses se iban a sentir del mismo modo?

Basta de paneles y convenciones denunciando los abusos en el clero. Basta de trabajar en nombre de Lizzy, en su memoria. Basta de grupos de jóvenes y de hombres, basta de desayuno de tortitas.

¿En serio estaba preparado para renunciar a todo eso por una vida con Poppy?

Por primera vez, la respuesta fue un sí definitivo. Porque no iba a renunciar a todo eso de verdad. Encontraría maneras de servir como laico; haría el trabajo de Dios de otras maneras y en otros lugares.

El arzobispo Bove no respondió; todavía era temprano, debía estar ocupado con su congregación después de la misa. Una parte de mí sabía que debía esperar, que debía hablar con él en persona en lugar de dejarle un mensaje, pero no podía, ni siquiera podía pensar en esperar; aunque iba a haber más conversaciones que solo este mensaje de voz, pero de todos modos quería empezar el proceso antes de hablar con Poppy. Quería ir a verla como un hombre libre, capaz de ofrecerle mi corazón entero y sin reservas.

Empecé a hablar apenas oí el tono. Intenté que el mensaje fuera breve, directo, porque era imposible explicarlo todo claramente sin ahondar en mis pecados y en los votos rotos, y al menos eso prefería no hacerlo por mensaje de voz.

Cuando terminé mi renuncia de treinta segundos, colgué el teléfono y me quedé mirando la pared de mi dormitorio durante un minuto.

Ya no era sacerdote.



No tenía anillo y, con mi sueldo, tampoco podía ir a comprar uno, pero fui al jardín de la rectoría

a juntar un ramo de anémonas con pétalos blancos como la nieve y centros muy negros, até los tallos con un hilo de la escuela dominical. Las flores eran elegantes, pero no tan llamativas, igual que ella; las miré mientras cruzaba el jardín hacia su casa con el corazón en la garganta.

¿Qué iba a decir? ¿Cómo iba a decirlo? ¿Debía arrodillarme o eso se hacía solo en las películas? ¿Debería esperar hasta poder comprar un anillo? ¿O al menos hasta ver algo más que desempleo en el horizonte?

Sabía que me quería, que quería un futuro conmigo, pero ¿estaba yendo muy rápido? ¿Y si en lugar de un sí exultante recibía un no o (casi peor) un no lo sé?

Respiré hondo. Claro, esto era lo que atravesaban todos los hombres cuando se preparaban para proponer matrimonio. Pero yo nunca había imaginado una propuesta en mi futuro, al menos no durante los últimos seis años, así que ni siquiera había pensado en cómo iba a hacerlo ni en qué iba a decir.

«Por favor, que diga que sí», rogué. «Por favor, por favor, por favor».

Y entonces sacudí la cabeza y sonreí. Era la mujer con la que había estado anoche, en nuestra propia jupá, junto a Dios. Era la mujer con la que había experimentado una profunda comunión frente al altar de la iglesia. La mujer que Dios había hecho para mí y había traído hasta mí... ¿por qué tenía dudas? Me quería y yo a ella, por supuesto que iba a decir que sí.

Me di cuenta demasiado tarde de que todavía llevaba puesto el alzacuellos, al que ya había renunciado oficialmente (o algo así), pero ya iba por la mitad del jardín, tenía estas flores en la mano y no quería retroceder por un detalle tan trivial. De hecho, la ironía me hizo sonreír un poco. Un sacerdote proponiendo matrimonio con el alzacuellos puesto. Parecía el principio de un chiste malo.

A Poppy también le iba a parecer gracioso; me podía imaginar esa sonrisita que hace cuando no se quiere reír, los labios apretados, esforzándose por no mostrar los hoyuelos, los ojos avellana brillantes. Joder, era preciosa, sobre todo cuando se reía. Se reía como imaginaba que reían las princesas cuando era niño: brillantes, ligeras, con el destino de sus reinos sonando en su voz.

Abrí la puerta de su jardín, mi estómago se retorció, me dolían las mejillas por sonreír tanto, me temblaba la mano en la que llevaba el ramo fresco, que seguía húmedo por el rocío de la noche.

Caminé entre las flores y las plantas, pensando en el Cantar de los Cantares, en el novio que va hacia su novia cantando. Sé exactamente cómo se debió sentir.

Como una margarita entre las zarzas, así es mi amor por las mujeres.

Subí el porche, aferrado con fuerza a las flores mientras caminaba hacia la puerta trasera.

Mi novia, has cautivado mi corazón. Has cautivado mi corazón con solo mirarme...

Murmuré los otros versos hacia mis adentros mientras me preparaba para abrir la puerta. Tal vez podía murmurárselos después, tal vez podía escribirlos con un dedo sobre su espalda desnuda.

La puerta estaba destrabada y entré a su casa; sentía ese aroma a lavanda tan suyo, pero no la veía en la cocina ni en la sala de estar. Seguro que estaba en el dormitorio o en la ducha. Deseé que no se hubiera quitado ese bonito vestido verde menta. Quería arrancárselo, descubrir centímetro a centímetro esa piel marfil mientras me decía que sí una y otra vez. Quería arrojarlo a un lado cuando la tuviera entre mis brazos y por fin pudiera hacerle el amor como un hombre libre.

Respiré hondo mientras giraba hacia el pasillo, listo para anunciar mi presencia; entonces algo me hizo detenerme (tal vez fue el instinto o el mismísimo Dios) y vacilé, la respiración quedó

atrapada en mi garganta y lo escuché.

Una risa.

La risa de Poppy.

Tampoco era cualquier risa. Era grave, agitada y un poco nerviosa.

Un hombre dijo:

—Poppy, vamos. Sabes que quieres.

Conocía la voz de ese hombre. Solo la había oído una vez, pero la reconocí de inmediato, como si la hubiera oído todos los días de mi vida. Avancé un paso más por el pasillo y por fin pude verla en el dormitorio, y toda la escena quedó a la vista.

Sterling. Sterling estaba aquí, en casa de Poppy, aquí en su dormitorio, con la corbata floja y la americana encima de la cama.

Y Poppy también estaba allí, con el vestido color menta, pero sin zapatos y con las mejillas ruborizadas.

Sterling y Poppy.

Sterling y Poppy juntos; y ahora cogía a Poppy en sus brazos, el rostro de él apuntando al de ella, sus manos en el pecho de Poppy.

«Apártalo», rogaba una voz desesperada en mi interior. «Apártalo».

Y hubo un momento en el que pensé que iba a hacerlo, en el que alejó el rostro y dio un paso hacia atrás. Pero entonces algo atravesó su rostro, tal vez determinación o resignación, no pude distinguirlo porque se interpuso la nuca tan perfectamente peinada.

Entonces la besó. Él la besó y ella lo dejó. No solo lo dejó, sino que también lo besó, separando esos deliciosos labios, yo era Jonás siendo tragado por la ballena, era Jonás después de que el gusano se comiera su planta...

No, era Job, Job después de perderlo todo y a todos, y ya no quedaba nada para mí, porque él pasó la mano por su cuello y ella suspiró en su boca, y él rio triunfal, apoyándola contra la pared.

Podía sentir la ceniza en mi boca.

Seguro que se me cayeron las flores porque cuando regresé a la rectoría no las tenía, y no sabía si se me habían caído en su casa o en el jardín o en el camino de vuelta; no lo sabía porque no podía recordar nada de cómo había vuelto a casa: ni si hice ruido cuando me fui, ni si me vieron, si era cierto que me estaba desangrando o si solo era una sensación.

Lo que sí recordaba era que había comenzado a llover, una lluvia abundante y persistente, lluvia de octubre, y solo podía recordarlo porque estaba frío y mojado cuando recobré la consciencia, adormecido en la penumbra de mi cocina.

Debería haber estado furioso, debería haber estado devastado. Había leído novelas, había visto películas y este era el momento en que la cámara se acercaba a mi rostro afligido y luego le seguía un montaje de dos minutos sobre los meses de corazón roto. Pero no sentía nada. Nada en absoluto, excepto el frío y la humedad.



Estaba en la autopista.

No estaba muy seguro de qué serie de decisiones me habían llevado hasta allí, solo sabía que llovía más, que había truenos, y, de pronto, mi cocina se parecía al garaje de mis padres.

Pero la muerte de Lizzy me había hecho enfadar con Dios, y ahora no estaba enfadado con Dios, solamente estaba solo y desolado, porque había renunciado a todo (mis votos, mi vocación,

mi misión en nombre de mi hermana) y me habían pagado con la peor infidelidad, ¿y sabéis qué? Me lo merecía. Si iba a ser castigado, me lo tenía merecido. Me había ganado cada segundo del más puro dolor, me lo había ganado con esos segundos robados de sudoroso placer...

¿Así se sentía Adán cuando fue arrancado del jardín hacia el frío y pedregoso suelo de un mundo despiadado por no poder resistirse a seguir a Eva?

Conduje hacia Kansas City y, cuando estuve allí, seguí conduciendo durante horas. Yendo a ninguna parte, mirando a la nada. Sintiendo todo el peso de la traición de Poppy, todo el peso de la traición a mis votos y, peor aún, sintiendo el fin de algo que lo era todo para mí, aunque solo fuera por un breve lapso de tiempo.

No llevaba el móvil y no recordaba si había sido intencional o no, si había decidido cambiar su silencio de radio por el mío. Porque en el fondo sabía que no iba a llamar ni a escribir, jamás lo hacía cuando peleábamos, y también sabía que me iba a torturar mirando constantemente la pantalla.

Y cuando llamé a la puerta de Jordan a medianoche y él abrió a la lluvia impiadosa, no me rechazó como la última vez. Me miró (penetrante, pero no cruel) y asintió.

—Pasa.



Me confesé en la sala de estar de Jordan. Estaba destruido.

No sabía bien cómo explicarlo todo, así que solo le hablé del día en que conocí a Poppy. El día en que solo oí su voz agitada, llena de dolor e incertidumbre. Y desde la historia que se desenlazó: toda la lujuria, toda la culpa, todas las cosas pequeñas de las que me había enamorado, y todas las cosas de las que me había escapado por ser sacerdote. Le hablé de la llamada al arzobispo Bove, del ramo improvisado. Y luego le hablé de Sterling y el beso, y cómo mis temores y paranoias al respecto se habían convertido en algo monstruoso. La infidelidad era terrible, pero mucho peor era una infidelidad cuando siempre habías sospechado que había algo entre las partes. Mi cerebro no dejaba de gritarme que debería haberlo sabido, ¿qué esperaba que ocurriera? ¿En serio esperaba un final feliz? Ninguna relación con un comienzo tan pecaminoso podía acabar bien. Ahora lo sabía.

Jordan lo escuchó todo con paciencia, su rostro no expresaba juicio ni desagrado. A veces cerraba los ojos y yo me preguntaba si escuchaba algo más que mi voz (o, mejor dicho, a alguien más), pero no tenía energía para preocuparme por nada más que por mi propia historia, que había llegado a una pausa dolorosa en el momento en que encontré a Poppy con Sterling. ¿Qué más podía decir? ¿Qué más podía sentir?

Enterré mi cabeza en mis manos, pero no para llorar (la furia y el dolor todavía no estaban a mi alcance), solo había sorpresa y vacío, el sentimiento de vacío y conmoción que se siente al salir de una zona de guerra.

Inhalé y exhalé en mis palmas y oí la voz de Jordan como si viniera de un sitio remoto, aunque estábamos tan cerca que nuestras rodillas se tocaron.

—¿De verdad la amas? —preguntó.

—Sí —dije contra mis manos.

—¿Y crees que todo ha acabado?

Me tomé un momento para responder, no porque no supiera la respuesta, sino porque me costaba mucho hablar.

—No veo cómo no. Quiere estar con Sterling. Lo ha dejado bien claro. —Por supuesto que, si apareciera en la puerta de Jordan, la envolvería en mis brazos sin dudar.

Menos por el amor incondicional de Dios que por la necesidad de un adicto.

—Sin ella... —Jordan me miró a los ojos—. ¿Crees que querrías dejar el sacerdocio de todos modos?

La pregunta de Jordán me golpeó con la fuerza de un cañón. Sinceramente, ya no sabía lo que quería. O sea, nunca había querido estar con una mujer más que ser sacerdote, quería estar con Poppy más que ser sacerdote. No quería libertad para follar, quería libertad para follar con ella. No quería una familia, quería una familia con ella.

Y, si no podía tenerla, entonces no quería esta otra vida. Quería a Dios y quería que las cosas siguieran como estaban.

Tal vez podía llamar al arzobispo, explicárselo y esperar que me permitiera seguir en el clero. Sería difícil quedarme en Weston sabiendo que Poppy vivía allí, ver todos los sitios en los que habíamos estado juntos, pero al menos tendría mi rebaño y mis proyectos para ocupar el tiempo. Cuanto más lo pensaba, mejor sonaba: al menos podía conservar una parte de mi vida. Podía conservar mi vocación, aunque perdiera mi corazón.

—Creo que no me querría ir —respondí.

Jordan se quedó en silencio un minuto.

—¿Estás listo para tu penitencia? —Asentí sin alzar la cabeza—. Le entregarás a Dios un día entero, todo un día sin más que su compañía. Quiere hablar contigo, Tyler. Quiere estar contigo en este momento de confusión y sufrimiento, y no deberías alejarlo de tu dolor.

—No —murmuré—. Esa penitencia no es suficiente. Necesito algo más... Me merezco algo más duro, algo peor...

—¿Como qué? ¿Una camisa de espinas? ¿Caminar descalzo durante tres meses? ¿Azotes?

Alcé la vista hacia él.

—Hablo en serio.

—Yo también. Has venido a pedirme la absolución y te la estoy dando junto con el mensaje de Dios. De hecho, tu día de penitencia tiene que ser mañana. Quédate conmigo esta noche y, sin importar lo que suceda, pasa el día aquí. Después de la misa matinal tendrás la iglesia solo para ti, mucho tiempo y espacio para orar.

El rostro de Jordan estaba como siempre (tranquilo y beatífico a la vez) y yo sabía sin dudar que estaba en lo cierto. Un día de reflexión después de la locura embriagadora que habían sido los últimos tres meses no era tan sencillo de afrontar, y, al mismo tiempo, era exactamente lo que necesitaba. Iba a ser doloroso pasarme horas explorando mi interior con honestidad y conversando abiertamente con Dios, pero las cosas necesarias suelen ser dolorosas.

—Tienes razón —reconocí—. De acuerdo.

Jordan asintió, pronunció una oración de absolución y nos quedamos sentados en silencio unos minutos. A la mayoría de las personas las incomodaba el silencio, pero no a Jordan: él se sentía en casa. Se sentía a gusto consigo mismo. Y eso hacía que yo me sintiera mejor conmigo, incluso con todos estos sentimientos que me atormentaban.

Hasta que sonó un móvil.

Arrancado de mi introspección, los dos miramos el teléfono de Jordan, que estaba en la encimera de la cocina. Eran ya casi las dos de la mañana y Jordan se incorporó de golpe porque una llamada que llegaba a esta hora en general era de las malas: accidentes automovilísticos, sucesos inesperados y fatales, pacientes internados que por fin lanzaban su último aliento. Esa clase de cosas por las que la gente necesitaba la compañía de un sacerdote.

Lo miré responder y agradecer por lo bajo porque nadie estaba herido (una respuesta instintiva, con palabras pronunciadas de memoria) y luego sus ojos me buscaron.

—Sí, está conmigo —dijo Jordan en voz baja y mi corazón comenzó a latir con un ritmo errático porque no podía ser Poppy, no podía ser, pero ¿y si era? Oh, Dios, lo que daría porque lo fuera—. Por supuesto, dame un segundo —dijo Jordan y me alcanzó el teléfono—. Es el arzobispo —susurró.

Entonces mi corazón dejó de latir y se desplomó sobre mi estómago. ¿El arzobispo a las dos de la mañana?

—¿Hola? —dije al teléfono.

—Tyler. —Y solo hizo falta esa palabra para saber que algo iba muy mal, porque nunca había oído a mi mentor así de molesto. ¿Era solo por mi renuncia?

—Sobre el mensaje —dije—. Perdón por no esperar a conversar como corresponde. Y ahora que he tenido tiempo para pensar, no estoy seguro de querer dejar el sacerdocio. Entiendo que tengo mucho que explicar y mucho que reparar, pero las cosas han cambiado y...

La voz del arzobispo fue severa cuando me interrumpió.

—Por desgracia, me temo que han salido a la luz otras cosas... Y me temo que de forma bastante pública.

Mierda.

—¿Qué cosas?

—He estado llamándote todo el día, y he llamado a tus padres y a algunos de tus feligreses, pero nadie sabía dónde estabas y justo ahora se me ha ocurrido que tal vez habías ido a confesarte.

Sentí que estaba divagando, que dudaba de si decirme lo que había pasado, pero tenía que saberlo.

—Arzobispo, por favor.

Suspiró.

—Publicaron unas fotografías. En redes sociales. Tú y una mujer, creo que tu feligresa, Poppy Danforth.

Las fotografías. Esas con las que Sterling me había chantajeado.

Sabía que estaba en problemas, que Sterling había cumplido con su promesa de arruinarme la vida, pero ahora, lo que sobresalía era oír el nombre de Poppy en boca de alguien más, como si decir su nombre en voz alta fuera un conjuro, el conjuro que terminaba de desgarrarme, que abría un agujero en mi pecho como una bala.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mi rostro, rápidas y calientes, pero logré mantener la voz tranquila.

—Vale.

—¿Eso quiere decir que ya sabías de la existencia de las fotografías?

—Sí —conseguí responder.

—Mierda, Tyler —maldijo el arzobispo—. Solo... mierda.

—Lo sé. —Ahora estaba llorando en serio, y entonces sentí algo en mi mano. Un vaso de escocés, de color ámbar y con un solo hielo en forma esférica en el centro. Jordan estaba a mi lado y señaló el vaso con la cabeza.

Las cosas sí que debían estar mal si Jordan Brady me estaba sirviendo una copa. Ni siquiera me hubiera imaginado que tenía una botella de alcohol.

—Tyler... —dijo el arzobispo—. No quiero tener que despedirte.

Estaba claro a qué se refería. Quería que renunciara. «Quedarán mejor delante de la prensa»,

pensé. El sacerdote arrepentido que se había entregado quedaba mucho mejor que el sacerdote predador sexual que había sido despedido.

—¿Son mis únicas opciones? ¿Renunciar o que me echen?

—Supongo que... si la relación hubiera terminado...

—Terminó.

—... tendrá que haber una sanción disciplinaria y, sin duda, reubicación...

Me lo esperaba, pero la confirmación me destruyó. Iba a tener que mudarme. Una nueva parroquia, nuevos rostros, mientras la antigua parroquia tenía que superar los rumores de mis pecados. No importaba que todo lo demás saliera a la perfección, siempre iba a perder esto. A mi parroquia. A mi gente.

Mi culpa.

—... e incluso así, no sé qué opinará el cardenal, Tyler. —El arzobispo parecía cansado, pero también... comprensivo. Se notaba en el timbre de su voz. Me quería, y eso me hacía sentir mucho peor por tener esta conversación con él—. Si estás determinado a seguir en el clero, ya veremos cómo seguir.

Eso no me alivió porque seguía sin tener claro lo que quería, pero, de todos modos, le di las gracias porque sabía el incordio enorme que le había creado a la archidiócesis, y sabía que solo pensar en seguir en el clero lo iba a empeorar.

—Hablemos mañana por la noche —dijo el arzobispo—. Hasta entonces, por favor no hables con la prensa ni entres en internet; no tiene sentido complicar las cosas hasta no estar seguros de dónde nos encontramos.

Nos despedimos, colgué el teléfono, me terminé mi escocés y dormí sin soñar en el sofá duro y poco acogedor de Jordan.



CAPÍTULO 23

Fui a la misa de Jordan; había bastante más gente que en mis misas matinales. Había llamado a Millie justo al despertarme para decirle dónde estaba y cómo ponerse en contacto conmigo. Millie (que estaba en Reddit y Tumblr más que yo) ya había visto las fotos, pero no dijo «te lo dije», no parecía resentida, así que tenía esperanzas de que me hubiera perdonado a su manera gruñona. También se ofreció a poner un letrero en la puerta para avisar de que las horas de oficina y las misas quedaban temporalmente suspendidas. Así, con los asuntos de mi iglesia bajo control por el momento, podría enfocarme en el aquí y ahora.

Aunque, antes de colgar, no pude evitar preguntar:

—¿Has visto a Poppy? —Me odié por eso.

Millie pareció entenderlo.

—No. De hecho, desde anoche no está su coche en la entrada.

—Vale —dije, cansado, sin saber cómo sentirme por la noticia. Lo que sí sabía era que no mejoraba la sensación de que tenía un enorme cráter donde debía estar mi corazón.

—Padre, por favor, cuídate. Tu gente te ama sin condiciones —dijo, y de verdad que quería que sus palabras fueran ciertas, pero ¿cómo podían serlo si lo había arruinado todo?



—Después de la misa, tuve la capilla para mí. La iglesia de Jordan era antigua (tenía más de cien años) y hecha casi íntegramente de roca y vitrales. Aquí no había una gastada alfombra roja, ni paneles de falsa madera. Parecía una iglesia real, antigua y con eco, la clase de edificio en el que habitaría el espíritu santo, como una niebla invisible, brillando entre las vigas. A Poppy le hubiera encantado este lugar.

Temblaba y sentía el vacío de haber llorado la noche anterior, como si me hubieran arrancado el alma junto con las lágrimas. Sabía que tenía que arrodillarme, cerrar los ojos y bajar la cabeza, pero me recosté en uno de los bancos. Era de madera sólida, dura y fría, pero no tenía energía para aguantar ni un segundo más, así que me quedé allí mirando el respaldo con los misales, las tarjetas de asistencia y unos lápices diminutos.

Dime qué hacer, Dios.

Supongo que una parte de mí creía que iba a despertarme y todo sería una horrible pesadilla, una alucinación para probar mi fe, pero no, no era así. Era cierto que había visto a Poppy con

Sterling. Era cierto que me había enamorado para acabar hecho mierda (por la misma mujer con la que me quería casar).

¿Dejo los hábitos y espero que Poppy me perdone? ¿Intento buscarla? ¿Hablar con ella? ¿Y qué es lo mejor para la iglesia? ¿Que me quede? ¿La iglesia es más importante que Poppy?

No había nada. El rugido distante del tráfico de la ciudad, la luz tenue que rebotaba en la madera.

¿Ni siquiera el aire acondicionado? ¿Justo ahora no me das nada?

Tenía bastante claro que estaba siendo petulante, pero no me importaba. Hasta Jacob tuvo que luchar con Dios por sus milagros, así que, si tenía que quejarme para conseguir el mío, iba a hacerlo.

Pero estaba cansado. Y vacío. No podía seguir lloriqueando, aunque quisiera, así que mis pensamientos divagaron, mis plegarias ya no tenían propósito (ni tenían palabras) y yo solo contemplaba mi entorno. Una iglesia que no era mía, solo y herido. Había herido a mi rebaño con mis actos y traicionado la confianza de mi arzobispo y mi parroquia: eso que había querido evitar desde que me hice sacerdote.

Había fallado.

Había fallado como sacerdote, como hombre y como amigo.

Miré el suelo de piedra, pestañeando despacio y en silencio. ¿Entonces me iba a quedar? ¿Seguir siendo sacerdote era la mejor manera de cumplir mi penitencia? ¿Era lo mejor para la iglesia? ¿Para mi alma? Renunciar ahora y no hacerlo bajo mis propios términos me parecía un acto petulante y de odio a mí mismo, un «lo he arruinado todo, así que renuncio», y todas las decisiones que tomara sobre mi futuro tenían que venir de un sitio diferente.

Tenían que venir de Dios.

Por desgracia, hoy Él no estaba muy charlatán.

Quizás la verdadera pregunta era si podía imaginarme la vida sin Poppy y sin el sacerdocio. Había decidido renunciar por amor, pero cuando tomé la decisión, vi todos esos posibles futuros: inspiradores, embriagadores, vigorizantes. Había tantas maneras en las que podía servir a Dios... ¿Y si de eso se trataba todo, no de estar con Poppy sino de arrancarme de la burbuja de comodidad que había creado? Una burbuja en la que podía hacer hasta cierto punto, y siempre iba a tener una excusa para no soñar algo mejor y más grande, una burbuja en la que era sencillo cultivar la quietud y el estancamiento en nombre del servicio.

Tantas cosas que quería hacer cuando era joven (cosas como las que había hecho Poppy, como los viajes de misionera) se habían vuelto imposibles cuando me instalé en la parroquia. Pero, si fuese libre, podría ir a luchar contra la hambruna en Etiopía o pasar un verano enseñando inglés en Bielorrusia o cavar pozos en Kenia. Podría ir a cualquier parte en cualquier momento.

Con quien fuera.

Bueno, no con quien fuera. Porque cuando cerraba los ojos e invocaba las polvorientas llanuras del pueblo pokot o los bosques de Bielorrusia y me perdía en fantasías de futuro, solo podía imaginarme una persona a mi lado. Una persona bajita y delgada, con cabello oscuro y labios rojos. Cargando agua conmigo, o cuadernos nuevos para los niños, o tal vez solo sus gafas de sol mientras entrelazábamos los dedos y caminábamos juntos a una reunión comunitaria. Tal vez estaba en la hamaca sobre mí y podía ver las marcas con forma de diamante que la red le había dejado en la piel, o tal vez compartíamos una habitación pequeña y sin calefacción, pegados como comillas en una cama dura.

Sin importar dónde, estaríamos ayudando. De ese modo directo, físico (a veces íntimo) en que lo había hecho Jesús. Curar a los enfermos con sus manos, curar a los ciegos con barro y saliva.

Ensuciarse las manos, llenarse de polvo las sandalias. Esa era una de las diferencias entre Jesús y los fariseos, ¿no? Uno iba entre la gente y los otros se quedaban dentro, discutiendo sobre pergaminos amarillentos, mientras su pueblo sufría la violencia de un imperio impío.

Recordé cuando decidí ser sacerdote: el entusiasmo, la ansiedad anticipatoria que había sentido. Y la sentía ahora, como la caricia de las alas de una paloma y un bautismo de fuego al mismo tiempo, porque ahora era claro. No solo claro, evidente.

Me senté.

Dios me quería en el mundo real, entre medio de las vidas ordinarias de su pueblo. Tal vez, los planes que Él tenía para Tyler Bell eran mucho más excitantes y maravillosos de lo que me había imaginado.

«¿Era esto lo que querías?», pregunté. «¿Que renunciara, pero no por Poppy ni por el arzobispo sino por mí? ¿Por ti?».

Y la palabra vino a mi mente con una autoridad tranquila y resonante.

Sí.

Sí.

Era hora de parar. Hora de dejar mi vida de sacerdote.

Aquí estaba la respuesta que quería, el sendero tan deseado, aunque no era lo que había pedido porque antes estaba haciendo las preguntas incorrectas.

Esta vez no hubo nada llamativo: ni arbustos en llamas, ni cosquilleos, ni rayos de sol. Solo una paz silenciosa y contemplativa y saber que ahora mis pies estaban encaminados. Solo tenía que dar el primer paso.

Cuando llamé al arzobispo esa noche para contarle mi decisión, seguía sintiendo la misma paz. Ambos sabíamos que era lo correcto (para mí y para la iglesia) y así, sin más, mi vida como sacerdote, como el padre Tyler Bell, llegó a su solemne fin.



La semana siguiente era la festividad irlandesa y yo ya me había despedido de mis feligreses y había vaciado la rectoría, así que no tenía excusa para ir, aunque odiara perderme el lanzamiento de la colecta para la iglesia.

—¿Te da miedo que te apedreen? —dijo Sean cuando le conté que no iría. (Me estaba quedando con él hasta encontrar un piso).

Negué con la cabeza. En realidad, a pesar del escándalo nacional en redes sociales donde a la vez me demonizaron y me convirtieron en una especie de celebridad por mi físico, mis feligreses reaccionaron mucho mejor de lo que me merecía. Me dijeron que querían que me quedara (algunos hasta me rogaron); otros me dieron las gracias por hablar abiertamente de abusos, y otros solo me abrazaron y me desearon lo mejor. Y yo les respondí con sinceridad a las preguntas que me hicieron; merecían al menos que reconociera todos mis pecados para que no quedaran dudas, para que no circularan rumores. No quería que mi pecado manchara la comunidad más de lo estrictamente necesario.

Pero, al mismo tiempo, pese al calor y el amor, no me iba a sentar bien regresar. Cuando fui a por mis cosas, Poppy me atormentaba, y, después de que mi padre y yo lo cargamos todo en el camión, me inventé una excusa sobre despedirme de alguien y fui a su casa. No tenía pensado qué decir, ni siquiera estaba seguro de si estaba furioso, desesperado por recuperarla o ambos; esa clase de traición de la que solo su cuerpo podría curarme pese a ser lo que me había herido.

Pero no importaba. Se había ido junto con todas sus cosas: su iMac, sus botellas de alcohol, sus libros. Espié por la ventana la casa vacía con el rostro apretado contra el cristal, como un niño en una tienda de juguetes. Tenía la ridícula sensación de que, si entraba, iba a sentirme mejor. Estaría feliz un rato.

Tomando por racional ese pensamiento de adicto, fui a buscar la llave extra en el porche, pero, por supuesto, no estaba y todas las puertas seguían trabadas. Hasta lo intenté con una ventana antes de recuperar el control. Ella se había ido a vivir con Sterling y yo estaba allí a punto de ser arrestado por allanamiento de morada.

«Al menos contrólate hasta llegar a casa y servirte una copa», me dije, y logré cumplirlo. Mi padre y yo descargamos el camión en su sótano y compartimos varios vasos de *whisky* sin cruzar una palabra. Un duelo a la irlandesa.

Aunque ahora Weston solo me traía recuerdos tristes, me daba alegría ver que, después del festival, la colecta iba exactamente como Poppy había planeado: a principios de noviembre, St. Margaret había recaudado casi diez mil dólares para la renovación.

Me dolía un poco pensar que este proyecto al que le había dedicado tanto tiempo y energía ahora estaba a cargo de otro sacerdote, y también me mortificaba un poco que muchas de esas donaciones fueran de parte de las Tylerettes, un grupo de fanáticas que se había formado cuando las fotos salieron a la luz. Las Tylerettes parecían estar más interesadas en especular sobre mi vida amorosa o conseguir fotografías mías sin camiseta que en la caridad. Pero, como era por una buena causa, supongo que daba igual.

—Al menos sabes que puedes conseguir una chica cuando quieras —dijo Sean una noche mientras comíamos comida china en la sala de estar de su ático unas semanas más tarde.

—Vete a la mierda —respondí sin dudar. No me importaba. Solo quería a una mujer, y se había ido y no había ningún número de admiradoras (o admiradores) que pudiera cambiar eso.

—Por favor, no me digas que vas a seguir con lo del celibato ahora que has renunciado.

—No es asunto tuyo.

Sean me tiró un paquete de salsa de soja a la cabeza y parece que le gustó el efecto porque el muy imbécil lo repitió algunas veces más y luego se quejó cuando le di con un recipiente de salsa agri dulce contra el pecho y manché con el líquido rosado su camisa Hugo Boss recién comprada.

—Innecesario, caraculo —musitó frotando la tela sin éxito.

Y básicamente esa era mi vida: pelear con mi hermano, comer comida basura y no tener ni idea de qué hacer. Pensaba en Poppy constantemente: cuando buscaba cursos de posgrado, cuando estaba con mis padres (que me apoyaban, pero eran muy cautelosos, como si creyeran que decir una palabra equivocada podía hacerme volver a Vietnam y empezar a gatear por el suelo con un cuchillo entre los dientes).

—Tienen miedo de que vayas a explotar, porque vieron todas esas cosas en internet y creen que estás reprimiendo tus sentimientos o algo por el estilo —me explicó Ryan cuando escuchó que lo comentaba con Aiden y Sean—. Así que, ya sabes. No explotes.

No explotes. Qué gracioso. En todo caso, estaba implosionando, encogiéndome y convirtiéndome en un hombre más pequeño, más débil. Sin Poppy, era como si me hubiera olvidado de todas las cosas que me convertían en Tyler Bell. La buscaba como al oxígeno, permanentemente, desesperado y me quedaba poco espacio para pensar en algo más. Ni siquiera podía mirar *The Walking Dead* porque me recordaba demasiado a ella.

—Estoy perdido —le confesé a Jordan el día siguiente a Acción de Gracias—. Sé que hice lo correcto al abandonar los hábitos, pero ahora tengo tantas opciones, tantos sitios a los que ir, tantas cosas para hacer. ¿Cómo voy a saber cuál es la correcta?

—¿Es porque nada parece suficiente sin ella?

No le había mencionado a Poppy, así que su agudeza me descolocó, aunque a estas alturas ya debería conocerlo.

—Sí —dije con sinceridad—. La echo tanto de menos que duele.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

Bajé la vista a la mesa.

—No.

Ni mensajes. Ni correos. Ni llamadas. Nada. Había roto conmigo. Supongo que eso significaba que me había visto aquel día en su casa, que sabía lo que había pasado con Sterling y eso lo empeoraba todo. ¿Ninguna explicación? ¿Ninguna disculpa? ¿Ni siquiera la farsa de excusas endebles y desearse lo mejor para el futuro?

Sabía que se había ido de Weston; Millie me llamaba para darme las noticias de la semana sobre la iglesia y mi antigua congregación, pero no tenía ni idea de adónde había ido, aunque suponía que a Nueva York con Sterling.

—Creo que deberías buscarla —dijo Jordan— para darle un punto final.

Así acabé en el club con Sean ese diciembre. Casi estalla de entusiasmo cuando le pedí que me llevara, no paraba de hablar de que yo follara, de que él follaría y también de que teníamos que llevar a Aiden, pero no esa noche porque quería concentrarse en mí.

—No quiero acostarme con una *stripper* —dije por trigésima vez mientras subíamos al ascensor.

—¿Qué, ahora eres mejor que eso? Te follabas a una hace un par de meses.

Dios, ¿ya habían pasado dos meses? Parecía mucho menos, salvo por las veces en las que parecía más, las veces en las que estaba seguro de que habían pasado años desde la última vez que había probado la dulzura del cuerpo de Poppy, desde que había sentido su coño tan tibio en mi polla, y entonces me ponía tan duro que casi no podía respirar. Por suerte, Sean estaba desesperado por ascender en su trabajo y trabajaba hasta tarde, así que la mayor parte del tiempo tenía el ático para mí solo. Tampoco era que masturbarme sirviera de mucho: no importaba cuantas veces me corriera en mi mano pensando en ella, nunca aplacaba el dolor de perderla, nunca aliviaba el dolor de su traición. Pero, con o sin traición, mi cuerpo aún la quería.

Yo aún la quería.

—Eso era diferente —le dije a Sean en el ascensor y me encogí de hombros. Sabía que nunca iba a poder explicárselo porque nunca había estado enamorado. «Un coño es un coño», decía cuando intentaba hacerle entender por qué no quería que me presentara a una chica cualquiera, por qué no quería salir con nadie. ¿Qué tenía tan especial?

El club estaba lleno (era sábado por la noche) y, un par de vodkas con tónica después, logré convencer a Sean de que fuera a hacer lo suyo. Me quedé cerca de la barra, bebiendo un martini y mirando a las bailarinas, recordando cómo era tener a Poppy bailando solo para mí.

Lo que hubiese dado por volver a esos momentos: ella y yo y esa tira de seda en su cuello. Con un suspiro, dejé mi bebida. No había venido aquí a recordar. Había venido a averiguar dónde estaba Poppy.

La camarera vino hacia mí limpiando la barra.

—¿Otro? —preguntó señalando mi martini.

—No, gracias. Estoy buscando a alguien.

Alzó una ceja.

—¿Una bailarina? No solemos dar información sobre los turnos. —Por seguridad, entendí lo que quería decir, pero no lo dijo.

No podía ofenderme, porque me daba cuenta de cómo me veía ella.

—En realidad, no quiero información sobre los turnos. Estoy buscando a Poppy Danforth... ¿Creo que trabajaba aquí?

La camarera puso unos ojos como platos cuando me reconoció.

—Oh, por Dios, eres el sacerdote, ¿no?

Me aclaré la garganta.

—Eh, sí. O sea, técnicamente ya no soy sacerdote, pero sí.

Sonrió.

—Esa foto en la que estás jugando al *frisbee* en la universidad... mi hermana la tiene de fondo de pantalla en el ordenador. ¿Has visto los memes del Cura Sexy?

Había visto (para bien o para mal) los memes del Cura Sexy. Los habían hecho con la fotografía que usé para la web de St. Margaret, esa que Poppy admitió haber visto tantos meses atrás.

Pensé que sería más sencillo si sabía cómo eras.

¿Y es más sencillo?

La verdad es que no.

Ahora que estaba claro que no era un acosador de bailarinas, volví a intentarlo.

—¿Sabes adónde se fue?

Se giró con un gesto apenado.

—No. Dio el aviso muy rápido y no le dijo a nadie por qué renunciaba ni adónde iba, pero todos sabíamos lo de las fotos, así que pensamos que tenía algo que ver con eso. ¿No te dijo nada a ti?

—No —dije y volví a coger mi martini. Algunas verdades van mejor con gin.

Colgó su trapo de un estante y volvió a girarse hacia mí.

—Ahora que lo pienso, creo que dejó algo cuando vino a buscar sus cosas. Iré a buscarlo.

Tamborileé los dedos sobre la encimera de acero inoxidable sin creer que fuera algo tan importante como una carta escrita para mí, pero de todos modos me daba curiosidad. ¿Cómo podía irse así? ¿Sin decir nada?

¿Tan poco significaba todo?

No era la primera vez que se me hundía el pecho por el dolor. El dolor del amor no correspondido, de saber que la había querido más de lo que ella me había querido a mí.

¿Así se sentía siempre Dios?

Qué pensamiento tan esclarecedor.

La camarera regresó con un grueso sobre blanco.

Tenía escrito mi nombre. Cuando lo cogí, supe de inmediato lo que era, pero de todos modos lo abrí. Una nueva ola de dolor me desgarró los intestinos cuando sentí el peso del rosario de Lizzy en mi mano.

Lo alcé un momento, mirando la cruz girar en la luz tenue de la pista de baile y luego le di las gracias a la camarera, me acabé lo que me quedaba del martini y me fui, dejando a Sean a solas con su aventura de *strippers*.

Era el fin. En realidad, se había terminado cuando vi a Sterling y Poppy besarse, pero esta era la señal definitiva de que no quedaba nada entre nosotros. Aunque le había dado el rosario libremente, como regalo, y nunca pensé en recuperarlo, ella lo había visto como un lazo, una deuda, y ahora lo estaba rechazando como me había rechazado a mí.

Sí. Ya era hora de que lo aceptara.

Era el fin.



CAPÍTULO 24

Me encantaría decir que salí del club y usé este cierre para ordenar mi vida. Me encantaría decir que una paloma blanca bajó volando y los cielos se abrieron y Dios me dijo exactamente dónde ir y qué hacer.

Sobre todo, me encantaría decir que el rosario (y el mensaje implícito que contenía) curó mi corazón roto y que no pasé más noches pensando en Poppy ni días buscando su nombre en internet.

Pero no fue suficiente. Las dos semanas siguientes estuve casi igual que los dos meses anteriores a recibir el rosario: escuchando la banda sonora de películas independientes y llenando sin ánimos la inscripción a programas de posgrado; imaginando con lujo de detalle lo que estaba haciendo Poppy en ese momento (y con quién lo estaba haciendo). Fui a la iglesia de Jordan y participé en las misas, hice ejercicio y lo deshice de inmediato comiendo comida basura y bebiendo más que mis hermanos solteros e irlandeses.

Llegó Navidad. En la cena familiar de los Bell tenemos la tradición de decir cómo sería nuestro regalo perfecto: un ascenso, un coche nuevo, un viaje, esas cosas. Y, cuando llegó mi turno, me di cuenta de qué era lo que más quería.

—Quiero estar haciendo algo —dije, recordándome recostado en el banco de Jordan, fantaseando sobre costas distantes y colinas polvorientas.

—Hazlo —dijo Aiden—. Puedes hacer lo que quieras. Tienes como un millón de títulos.

Dos. Tenía dos.

—Lo voy a hacer —decidí.

—¿Y qué es? —preguntó mi madre.

—No tengo ni idea. Pero no es aquí.

Dos semanas más tarde, estaba en un avión dirección a Kenia en una misión sin fecha de cierre para cavar pozos de agua en Pokot, por primera vez yendo hacia algo y no huyendo.



Siete meses más tarde

—¿Así que ahora eres lumbersexual?

—Vete a la mierda. —Empujé la mochila contra el pecho de Sean y busqué dinero para la

máquina expendedora del aeropuerto. Dr. Pepper, el elixir de la juventud. Casi lloro al beber el primer sorbo, la primera bebida fría, dulce y gasificada desde el aeropuerto de Nairobi.

—¿Así que no hay refrescos en África? —preguntó Aiden mientras caminábamos por el aeropuerto.

—Ni maquinillas de afeitar por lo visto —agregó Sean, tirando con fuerza de mi barba.

Lo golpeé en el bíceps. Gritó como una niña.

Era cierto que tenía la barba larga, un bronceado intenso y el cuerpo notablemente más delgado.

—Se acabaron los músculos de niño bonito —resaltó mi padre cuando crucé la puerta y me abrazó—. Estos son músculos de trabajo duro.

Mi madre apretó los labios.

—Pareces Charlton Heston en *Los diez mandamientos*.

Me sentía un poco como Moisés, un extranjero en todas partes.

Más tarde esa noche, después de la ducha más larga de mi vida (habían sido meses de duchas fugaces, de un minuto, que me habían llevado a extrañar el agua caliente), me recosté en la cama y pensé en todo. Los rostros de las personas (trabajadores y lugareños) que había llegado a conocer tanto. Sabía por qué habían elegido los nombres de sus hijos, que les encantaba el fútbol y *Top Gear*, sabía a qué chicos quería en mi equipo cuando hacíamos un partido improvisado de rugby por las noches. El trabajo era duro (estaban construyendo un instituto y una nueva instalación de agua corriente), las jornadas largas y a veces sentía que me rechazaban, que esperaban demasiado de mí o que todo era inútil; como decía mi padre: que estaba quitando el agua del Titanic con una taza de café. Y después me iba a dormir con las oraciones dando vueltas en mi mente, renovado y determinado a hacerlo mejor.

Para ser sincero, no me hubiera ido de no haber sido porque, en una de nuestras conversaciones mensuales por teléfono satelital, mi madre mencionó la pila de cartas de aceptación que me esperaban en casa. Literalmente podía elegir universidad y, después de pensarlo mucho, decidí volver y hacer el doctorado en Princeton: no era un claustro católico, pero no me molestaba; los presbiterianos no estaban tan mal.

Cogí el rosario de Lizzy de mi bolsillo y vi girar la cruz en círculos bajo la tenue luz de la ciudad que se filtraba por la ventana. Lo había llevado conmigo a Pokot y hubo muchas noches en las que me quedé dormido sujetándolo con fuerza, como si aferrándome a eso pudiera aferrarme a alguien, pero no sabía a quién. Tal vez a Lizzy o a Dios. O a Poppy.

Los sueños comenzaron en mi segunda noche allí, primero lentos y predecibles. Sueños de suspiros y carne, sueños tan reales que me despertaba con su aroma en mis fosas nasales y su sabor en mi lengua. Y luego cambiaron a unas visiones crípticas de escenarios y telones, zapatos de danza y pilas de libros en equilibrio. Ojos avellana brillando con lágrimas, labios rojos curvados hacia abajo en una infelicidad permanente.

«Sueños del Antiguo Testamento», había dicho Jordan cuando lo llamé una vez. «El anciano soñará sueños y el joven verá visiones», citó.

«¿Qué hombre soy?», me pregunté en voz alta.

No había oración ni trabajo duro que hiciera desaparecer mis sueños. Y no tenía ni idea de qué significaban más allá del hecho de que Poppy seguía muy dentro de mi corazón sin importar cuánto intentara distraerme mientras estaba despierto.

Quería volver a verla. Y ya no era el amante herido el que lo deseaba, no eran la ira y la lujuria hablando. Solo quería saber si estaba bien y devolverle el rosario. Había sido un regalo, tenía que conservarlo.

Aunque estuviera con (joder) Sterling.

Una vez que pensé en eso, fue imposible borrarlo de mi mente, así que la idea terminó completamente mezclada con mis planes. Me estaba mudando a Nueva Jersey y Nueva York no estaba lejos. Iba a encontrar a Poppy para darle el rosario.

«Junto con tu perdón», dijo de la nada una voz suave. Un pensamiento divino. «Necesita saber que la has perdonado».

¿Era así? ¿La había perdonado? Cogí una punta del crucifijo para volver a hacerlo girar. Dolía (en lo más hondo) pensar en ella y Sterling juntos, pero había derramado mi furia en tierra africana y el suelo la había hecho desaparecer para siempre.

Sí. Nos iba a hacer bien a los dos. Un punto final. Y tal vez, cuando le diera el rosario, los sueños se detendrían y podría seguir con mi vida.

El día siguiente, el último en casa, mi madre me cortó la barba y noté cierto placer en sus ojos.

—No me quedaba tan mal —balbuceé mientras trabajaba.

Ryan estaba apoyado contra la encimera, por fin sin el teléfono. En su lugar, cargaba una bolsa grande de Cheetos.

—Sí, tío. A menos que quieras parecerte a Rick Grimes.

—¿Por qué no? Es mi héroe.

Mi madre se rio.

—Los estudiantes de Princeton no parecen Paul Bunyan, Tyler. Quédate quieto; no, Ryan, no puede comer Cheetos mientras hago esto. —Ryan había depositado la bolsa en mi mano estirada para ir a buscar su teléfono diciendo que tenía que grabarlo. Suspiré y dejé los Cheetos—. Te voy a echar de menos —dijo mi madre de la nada.

—Solo es la universidad. Vendré de visita todo el tiempo.

Terminó con las tijeras y las dejó.

—Lo sé. Es solo que siempre habéis estado tan cerca de casa. Me he malacostumbrado a teneros a todos aquí.

Y luego se echó a llorar, porque no estábamos todos, no desde lo de Lizzy.

—Mamá... —Me puse de pie y la abracé con fuerza—. Te quiero. Y esto no es permanente. Solo son algunos años.

Asintió en mi pecho, inhaló y se alejó.

—Estoy triste porque te voy a echar de menos, pero no lloro porque quiera que te quedes. —Me miró a los ojos, del mismo verde que los suyos—. Tenéis que vivir vuestras vidas sin que el deber o la tristeza os ate. Me alegra que hagas algo aterrador, algo nuevo. Ve a forjar nuevos recuerdos y no te preocupes por la tonta de tu madre en Kansas City. Estaré bien y, además, todavía tengo a Sean y Aiden y Ryan.

Quería resoplar, pero no podía. Sean y Aiden eran atentos a su manera: nunca se perdían una cena familiar, encontraban tiempo para llamar y escribir durante la semana, y también estaba papá. Pero daba igual. Me preocupaba.

—De acuerdo.

—Siéntate, así puedo terminar con esta monstruosidad de barba.

Me senté pensando en dejar mi hogar atrás. Había visto suficiente dolor como pastor para saber que la gente nunca lo supera realmente, al menos no de la forma lineal y fragmentada que espera nuestra cultura. Mi madre tendría días buenos y días malos, días en los que se encerraría en su dolor y días en los que podría sonreír y bromear sobre barbas y el seguro del coche de Ryan.

Sobre todo, sabía que jamás podría cargar con ese dolor por ella, aunque me quedara. Cada uno tiene que encontrar su manera de convivir con el fantasma de Lizzy y tenemos que hacerlo a nuestro tiempo. Sentí que yo ya había comenzado y tal vez mi madre también lo sintió.

—Ahora ve a afeitarte —me ordenó acariciando mi rostro con una toalla seca y depositando besos suaves en mi frente—. Si no has olvidado cómo hacerlo.



La mudanza no fue tan difícil. Encontré un piso barato cerca del campus y usé mis magros ahorros para el depósito. Iba a ser docente adjunto además de alumno y el sueldo era suficiente para cubrir mis gastos, aunque tuviera que pedir un préstamo para la matrícula. En verdad no tenía mucho, ya que todos mis muebles eran de la rectoría y mis pesas se quedaron en Kansas City. Ropa, libros, un futón y una mesa que conseguí en Craigslist.

Después de instalarme, pasé uno o dos días intentando encontrar la nueva dirección de Poppy o al menos de su trabajo, pero no hallé nada. O era muy cuidadosa o discreta, o ambas; las últimas menciones que encontré eran de la época en que se graduó de Dartmouth y algunas presentaciones de danza de años atrás en la Universidad de Kansas.

No había rastro de ella, y hasta llegué a llamar a los números que encontré en internet de la empresa de su padre y de la fundación de su madre, pero estaban muy bien custodiados por asistentes y recepcionistas y ninguno parecía muy dispuesto a darme información sobre Poppy ni a pasarme con sus padres. No los culpo; yo tampoco le daría información a un extraño; pero me sentía tremendamente frustrado.

Había una persona que conocía que seguro que estaba dispuesta a darme información sobre Poppy, y la idea de volver a cruzarme con él me llenó de amargura, pero me estaba quedando sin opciones. El semestre comenzaría pronto y no iba a tener tiempo de recorrerme la costa este buscando a mi ex... ¿novia? ¿Examante? No me podía imaginar seguir con esta misión idealista e imposible hasta Navidad.

Después de dos horas de tren, estaba en el Financial District de Manhattan mirando la enorme estructura de hierro y vidrio propiedad de la familia Haverford. Entré e inmediatamente me vi rodeado de mármol, personas con aspecto de estar muy ocupadas y un aire industrial que se mantuvo incluso cuando el ascensor me llevó a la oficina principal, sesenta pisos más arriba. No me sorprende que Poppy eligiera a Sterling. Yo nunca podría darle algo así. No tenía el capital ni las tarjetas negras ni la cartera de inversiones, no tenía el imperio con suelo de mármol. Solo tenía mis hábitos y una casa que ni siquiera me pertenecía; y ahora ni siquiera eso.

Dios, era tan tonto por haber creído que podía tener a Poppy Danforth. Este era el mundo del que venía: por supuesto que iba a volver.

La recepcionista era una rubia muy bonita e, imbécil como era, me pregunté si Sterling también se habría acostado con ella, si esta vida no era más que un desfile de sexo a infidelidad, un desfile sin consecuencias, un desfile en el que el otro no importaba y solo había que conseguir lo que cada uno quería.

—Eh, hola —dije y me acerqué a su escritorio—. ¿Podría ver al señor Haverford?

Ni siquiera alzó la vista de la pantalla.

—¿Tienes una cita?

—Me temo que no.

—No puede entrar nadie sin cita previa... —Su voz se fue apagando cuando alzó la vista

hacia mí y entonces puso unos ojos como platos—. ¡Oh, por Dios! ¡Eres el del meme del Cura Sexy!

Un suspiro.

—Sí, soy yo.

Bajó la voz en tono confidente:

—Sigo varias cuentas de Tylerettes. ¿Es cierto que te fuiste a vivir a África? ¿Te estabas escondiendo? En *Noche de espectáculos* dijeron que te estabas escondiendo.

—Fui de misionero —dije—. A cavar pozos.

Aunque sin dudas me había hecho bien que no hubiera internet en Pokot.

Lanzó un «ohh» agudo y me clavó los ojos color café; de pronto parecía muy joven.

—¿Fuiste a ayudar? ¡Qué bonito!

Se mordió el labio y miró la sala de espera vacía.

—La verdad es que el señor Haverford no lleva registro de sus citas. No va a saber si estabas en la agenda o no. —Tecleó un poco—. Y ahora oficialmente estás.

—Guau. Gracias —dije, aliviado... hasta que me pasó una tarjeta personal con un número escrito en el reverso.

—Es mi número —dijo con cierta timidez—. En caso de que vuelvas a tener ganas de romper tus votos.

Un suspiro.

—Gracias —dije con toda la amabilidad que pude. No me parecía que tuviera sentido explicarle que había dejado los hábitos ni que lo hice por una sola razón, la misma que me había traído a los dominios de mi enemigo.

—¿Podemos tomarnos una foto? —Antes de que pudiera responder, estaba al otro lado del escritorio, parada junto a mí, estirando su teléfono frente a nosotros—. Sonríe —dijo, acercándose, su cabello rubio contra mi hombro; sonreí, obediente, al mismo tiempo que me daba cuenta de cómo Poppy seguía invadiéndolo todo. Tenía una rubia esbelta apretada contra mí, cálida y dispuesta, y solo podía pensar en alejarme. Prefería estar en la otra habitación peleándome con Sterling que soportando el coqueteo de esta chica. Sean estaría avergonzado de mí—. Si quieres, puedes entrar ahora; tiene un hueco entre reuniones —dijo la recepcionista, todavía en tono confidente, moviendo los pulgares a toda velocidad y mordiéndose los labios mientras subía nuestra foto por todas partes.

La oficina de Sterling era tan impresionante como el resto del edificio: vista vertiginosa, escritorio enorme, una barra con escocés del caro. Y luego Sterling, sentado como un rey en su trono, firmando una pila de papeles con mucho texto.

Alzó la vista, claramente esperaba ver a alguno de sus empleados y se encontró conmigo. Se quedó boquiabierto. Esperaba que se enfadara o que, en tono triunfador, me echara, pero nunca que se levantara, caminara hacia mí y alargara la mano para estrecharla como si fuéramos viejos socios.

Ignoré su mano. Puede que fuera pastor, pero hasta yo tenía límites.

Mi rudeza no pareció molestarlo en lo más mínimo.

—Tyler Bell; perdón, padre Bell —exclamó, retrocediendo para mirarme a la cara—. ¿Cómo estás?

Me masajee la nuca, incómodo. Me había preparado para todas las versiones de la imbecilidad de Sterling en el tren de camino, pero ni una vez consideré que pudiera llegar a ser, bueno, simpático.

—De hecho, ya no soy padre. Dejé los hábitos.

Sterling sonrió.

—Espero que no fuese por esas fotografías. Para ser sincero, me sentí un poco mal después de publicarlas. ¿Quieres algo de beber? Tengo un Lagavulin 21 maravilloso.

Eh...

—Claro.

Sterling fue a la barra y odié tener que admitirlo, pero ya no me consideraba su enemigo, podía ver lo que le había visto Poppy. Tenía una clase específica de carisma mezclada con esa sofisticación que también te hace sentir sofisticado solo por estar cerca.

—Me imagino que habrás venido a regodearte, y me lo merezco, lo admito. —Cogió el Lagavulin y nos sirvió a ambos un buen vaso. Se acercó para entregármelo—. Me sorprende que no lo hicieras antes. —Literalmente no tenía ni idea de qué cojones estaba hablando. Bebí un sorbo de escocés para ocultar mi confusión. Sterling se apoyó contra el borde de su escritorio, girando el escocés con una mano entrenada—. ¿Cómo está?

¿Se refería a Poppy? No podía ser, él estaba con Poppy, pero a la vez era lo único que teníamos en común.

—De hecho, he venido a hacerte esa misma pregunta.

Sterling alzó las cejas.

—Entonces vosotros... —Me apuntó con el vaso—. ¿No estáis juntos?

Entrecerró los ojos.

—Pensé que tú estabas con ella.

Una punzada de dolor (dolor verdadero, ni enfado ni desilusión) apareció en su rostro.

—No, ni estamos ni estábamos. No éramos lo que yo creía.

Sentí pena (ridícula) por él. Y entonces comencé a procesar sus palabras, y un pequeño capullo de esperanza brotó en mi pecho...

—Pero os vi besándoos.

Frunció el ceño.

—¿Sí? Ah, debió ser en su casa.

—El día que publicaste las fotos.

—Por cierto, lo siento mucho.

Sí, sí, sí. No lo tenía exactamente superado, pero me importaba mucho menos que saber cómo habían pasado de besarse en su habitación a no estar juntos. Tenía que matar esa esperanza de inmediato, antes de que floreciera, pero no lo conseguía; aunque, si no estaba con Sterling, ¿por qué no había intentado ponerse en contacto conmigo?

«Una pregunta a la vez», me dije.

Sterling debió leer el mensaje en mi expresión, porque dio un sorbo, dejó el vaso y explicó:

—Ese día me había cansado de esperar, así que conduje hasta ese pueblo de mierda (sin ofender) y le dije que iba a publicar las fotos si no estaba conmigo. Estaba de pie junto a la ventana y, de repente, me llevó al dormitorio y me arrancó el abrigo. La besé pensando que eso era lo que quería. Pero no. Después de un beso, me alejó y me echó a patadas. —Se masajeaba la mandíbula de una forma que me hizo preguntarme si habría sido allí donde había aterrizado alguna patada. Ojalá que sí—. Publiqué las fotos porque estaba enfadado; era comprensible dadas las circunstancias.

Me senté en la silla más cercana mirando el escocés en mi mano, intentando comprender qué significaba todo esto.

—¿Solo os besasteis esa vez? ¿No se fue de Missouri para estar contigo?

—Es obvio que no —dijo—. Pensé que había vuelto corriendo a ti.

—No. No fue así.

—Oh, qué pena —dijo empático.

Lo digerí. Poppy había besado una vez a Sterling y lo echó. O Sterling era pésimo besando o no quería estar con él en absoluto; pero, si no quería estar con él, ¿por qué no se había quedado conmigo? Después de esas fotos, después de dejar los hábitos, no me había hablado ni una vez. Supuse que era porque estaba con Sterling, pero ahora que sabía que no, me dolía un poco más. Al menos podría haberse despedido o disculpado, algo.

Mi corazón se retorció un poco más, un trapo gastado y estrujado. «El rosario», me recordé a mí mismo. «Tienes que devolverle el rosario y decirle que la perdonas. Y no puedes perdonarla si sigues dándole vueltas a lo que pasó».

Además, por lo menos no estaba con Sterling. Y ese era un pequeño consuelo.

—¿Sabes dónde está ahora? —pregunté—. Quiero hablar con ella.

Por supuesto que lo sabía. Volvió a su escritorio, cogió el móvil y, en cuestión de segundos, tenía en mis manos un trozo de papel con su caligrafía. Una dirección.

—Le perdí el rastro el año pasado, pero esta es una propiedad que compró la Fundación Danforth para las Artes a poco de que regresara. Es un estudio de danza aquí en Nueva York.

Miré la dirección y luego alcé la vista hacia él.

—Gracias —lo decía en serio.

Se encogió de hombros y vació lo que quedaba en su vaso.

—No se merecen.

Por alguna razón, alargué la mano y me sentí un poco mal por haber ignorado la suya antes. La aceptó y nos dimos un breve pero sincero apretón. Este era el hombre que había arruinado mi carrera, quien creía que me había robado a mi Poppy, pero era capaz de irme sin odio ni angustia, y no fue solo por ese *whisky* de mil quinientos dólares.

Fue porque lo había perdonado. Y porque iba a cruzar la puerta, encontrar a Poppy, devolverle el rosario y por fin seguir con mi vida.



CAPÍTULO 25

El estudio de danza quedaba en Queens, en un vecindario colorido pero venido a menos, esos vecindarios que parecen estar en el camino de la gentrificación, pero aún no habían sido alcanzados por inversores, solo por hípsters y artistas.

Por lo que pude investigar durante el viaje en metro, el Estudio Pequeña Flor era un estudio sin fines de lucro dedicado a dar clases de danza gratuitas a las jóvenes de la comunidad. No había nada sobre Poppy en la web, pero el estudio había abierto apenas dos meses después de que se fuera de Weston, y todo el proyecto estaba financiado por la fundación de su familia.

Era un alto edificio de ladrillos, tres pisos, la fachada renovada recientemente, con ventanales altos que daban a la planta principal en la que se distinguía la madera clara y los vidrios espejados.

Por desgracia, como era mediodía, no parecía haber nadie. Las luces estaban apagadas, la puerta cerrada y nadie respondió cuando toqué el timbre. También intenté con el teléfono del estudio y lo vi iluminarse sobre el escritorio una y otra vez. No había nadie para responder.

Podía quedarme hasta que alguien regresara (deseaba desesperadamente que ese alguien fuera Poppy) o podía irme a casa e intentarlo otro día. Hacía un calor de muerte, la clase de calor en la que me preocupaba que se me derritieran los zapatos si me quedaba demasiado tiempo en la acera, y fuera del estudio no había sombra. ¿Era la mejor idea quedarme hasta convertirme en una sudorosa víctima de insolación?

Pero no podía soportar pensar durante más de dos segundos en irme de Nueva York sin ver a Poppy, sin hablar con ella. Había pasado los últimos diez meses en esta agonía. No resistía un día más.

Dios debió haberme escuchado.

Giré hacia la estación de metro (había visto un mercado cerca y quería una botella de agua) y alcancé a ver la aguja de una iglesia entre dos filas de casas. Mis pies se dirigieron hacia allí sin pensarlo; supongo que esperaba que hubiera aire acondicionado y tal vez un espacio para orar hasta que reabriera el estudio de danza, pero también deseaba (mucho) encontrar algo más.

Así fue.

Las puertas principales daban al recibidor que tenía fuentes con agua bendita y las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par dejando pasar el glorioso aire frío, pero eso no fue lo primero que vi.

Lo primero que vi fue a la mujer que estaba cerca del altar, arrodillada, con la cabeza gacha. Tenía el cabello oscuro recogido en un moño apretado (un moño de bailarina); la camisola negra dejaba al descubierto el cuello largo y los hombros delgados (ropa de danza, entendí cuando me

acerqué, intentando hacerlo en silencio). Estaba tan absorta en sus plegarias que ni se movió cuando me deslicé en el banco detrás de ella.

Podía trazar de memoria cada centímetro de su espalda, incluso después de tantos meses. Cada peca, cada línea de cada músculo, cada curva de sus omóplatos. Y el color de su cabello (oscuro como el café e igual de delicioso) también lo recordaba a la perfección. Ahora que estaba tan cerca, todas mis buenas intenciones y pensamientos puros quedaron eclipsados por unos mucho, pero mucho más oscuros. Quería deshacerle el moño y envolver ese cabello sedoso en mi mano. Quería arrancarle la camisola y tocarle las tetas. Quería frotar la suavidad entre sus piernas contra la tela de sus pantalones de danza hasta que estuviera empapada.

No, en realidad tampoco así estaba siendo honesto conmigo mismo, porque lo que de verdad quería era mucho peor. Quería oír el sonido de mi palma contra su trasero. Quería hacerla gatear, rogar, quería rasparle la piel de los muslos con la barba. Quería hacerla borrar cada minuto de dolor que había sentido por su culpa: que borrara esos minutos con la boca, los dedos y ese dulce y caliente coño.

Estaba tentado de levantarla, tirármela al hombro, buscar un sitio tranquilo (su estudio, un motel, un callejón, no importaba) y mostrarle exactamente lo que me habían hecho estos diez meses separados.

«Que no esté con Sterling no quiere decir que quiera estar contigo», me recordé. «Has venido a darle el rosario y eso es todo».

Pero tal vez una caricia, una caricia antes de darle el rosario y despedirte para siempre...

Me puse de rodillas y me incliné, alargué un dedo y entonces, cuando estaba a un centímetro de su piel, murmuré para ella.

—Cordero —dije—. Corderito.

Se estremeció cuando mi dedo acarició la piel de su cuello y se giró con la boca abierta en un círculo de incredulidad.

—Tyler —susurró.

—Poppy —dije.

Y entonces sus ojos se llenaron de lágrimas.

Debería haber esperado a ver qué sentía por mí, debería haberle pedido su consentimiento para tocarla, lo sé. Pero estaba llorando, llorando tanto, y solo podía envolverla en mis brazos, así que avancé a su asiento y la acerqué a mí.

Deslizó sus brazos por mi cintura, enterrando su rostro en mi pecho, le temblaba todo el cuerpo.

—¿Cómo me has encontrado? —dijo.

—Sterling.

—¿Has hablado con Sterling? —preguntó, alejándose, frotándose los ojos.

Me despegué para mirarla a los ojos.

—Sí. Y me contó lo que ocurrió ese día. El día en que os besasteis... —Y ahí me falló la voz, porque, a pesar de haber cambiado de trabajo y vivir en otro continente, verla y recordar el hueco que se abrió en mi pecho al encontrarla con Sterling fue demasiado.

Lloró con más fuerza.

—Debes odiarme.

—No. De hecho, he venido a decirte que no.

—Creí que era lo que tenía que hacer, Tyler —balbuceó mirando al suelo.

—¿Hacer qué?

—Creí que tenía que hacer que me dejaras —susurró.

Hasta mi pulso se detuvo para escucharla.

—¿Qué?

Tenía los ojos llenos de culpa y dolor.

—Sabía que podíamos superar cualquier cosa que nos hiciera Sterling, pero no podía soportar la idea de que dejaras los hábitos... y que lo hicieras por mí. —Me miró con expresión suplicante—. No me hubiera perdonado saber que te había arrancado tu vocación (tu vida entera) por no poder controlar lo que sentía por ti...

—No, Poppy, no fue así. Yo también estaba allí, ¿no lo recuerdas? Estaba decidiendo lo mismo que tú; si existen culpables, no fuiste solo tú.

Sacudió la cabeza y cayeron lágrimas.

—Pero si nunca me hubieras conocido, nunca hubieras pensado en renunciar.

—Si nunca te hubiera conocido, nunca hubiera vivido.

—Oh, Dios, Tyler. —Enterró el rostro en sus manos—. Las cosas que debes haber pensado de mí estos meses. Lo odio. Me odio. En el momento en que los labios de Sterling tocaron los míos, me quise morir, porque te vi atravesando el parque, supe que estabas allí, y supe que te hice daño, pero tenía que hacerlo. Quería que te olvidaras para siempre de mí y siguieras viviendo tu vida como quería Dios.

—Me hiciste daño —admití—. Mucho.

—Odié tanto a Sterling —dijo en sus manos—. Lo odié tanto como te quería a ti. Nunca lo quise, Tyler, te quería a ti, pero ¿cómo conseguirlo sin hacerte perderlo todo? Me dije que era mejor alejarme que ver cómo te marchitabas.

Le despegué los dedos del rostro.

—¿Me ves marchitado? Porque renuncié, Poppy, y no lo hice por ti ni por las fotos que publicó Sterling, sino porque me di cuenta de que Dios me quería en otra parte, viviendo una vida distinta.

—¿Renunciaste? —susurró—. Pensé que te habían echado cuando salieron las fotos.

—Así es. Pensé... Creo que pensé que lo sabías.

—Pero los rumores... Todos decían... —Respiró hondo, sus ojos en mí—. Pensé que las fotos te habían arruinado. Y me destruyó saber que era en parte culpa mía porque, de no haber sido por mí, Sterling nunca se hubiera metido contigo. Eso me partió el corazón por la mitad y no pude soportarlo. Te he echado tanto de menos.

—Y yo a ti. —Cogí el rosario y deposité las cuentas en su palma—. He venido a devolverte esto —dije, enroscando sus dedos en el rosario—. Quiero que lo tengas. Porque te perdono.

Esa no es toda la verdad, Tyler.

Respiré hondo.

—Y hay más. Me lastimaste tanto con lo que hiciste, y ahora estoy enfadado contigo por hacer algo que solo nos provocó dolor a ambos. Deberías haber hablado conmigo, Poppy, tendrías que haberme dicho lo que sentías.

—Lo intenté —dijo—. Lo intenté muchas veces, pero parecía que no me escuchabas, como si no me entendieras. Necesitaba que te olvidaras de mí para no arruinarte la vida.

Suspiré. Tenía razón. Había intentado decírmelo. Pero yo estaba tan perdido en nuestro amor, tan perdido en mis luchas internas y decisiones, que no la había escuchado.

—Lo siento —dije, sintiendo esas palabras más que nadie—. Lo siento mucho. Tendría que haberte escuchado. Tendría que haberte dicho que no importaba lo que ocurriera con mi trabajo, con nosotros, porque al final creo que Dios nos está cuidando. Creo que Dios tiene un plan para nosotros. Y donde quiera que vaya (que vayamos), sin importar lo feas que se pongan las cosas,

siempre nos acompañará su amor.

Asintió, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Y entonces pasó algo, un despertar, una epifanía.

Todavía la quiero.

Todavía necesito estar con ella el resto de mi vida.

Y, aunque no tenía sentido, aunque solo habían pasado unos minutos desde que me había enterado de que no estaba con Sterling y que nunca lo habían estado, lo hice. Me arrodillé.

—Ese día iba a proponerte matrimonio. Y, si me aceptas, todavía quiero casarme contigo, Poppy. No tengo anillo. No tengo dinero. Ni siquiera tengo un trabajo de verdad en este momento. Pero sé que eres la persona más maravillosa que Dios ha puesto en mi camino y pensar en una vida sin ti me rompe el corazón.

—Tyler... —Respiró.

—Cásate conmigo, cordero. Di que sí.

Bajó la vista al rosario y luego volvió a mirarme. Su sí claro y acongojado llegó a mis oídos casi al mismo tiempo que sus labios alcanzaban los míos, su boca golosa y alegre y desesperada, y no me importaba dónde estábamos ni quién pudiera vernos, me bajé la cremallera del pantalón, bajé los suyos hasta las rodillas y llevé su humedad hacia mi polla, frotándome contra ella, luchando y retorciéndome hasta lograr abrirla las piernas con la rodilla y entrar en ella.

Fue corto, duro y ruidoso, pero perfecto; solos yo, Poppy y Dios en su altar custodiándonos. Quería a esta mujer para toda la eternidad, y quería que la eternidad comenzara tan pronto como fuera posible.



EPÍLOGO

Tienes una mano en mi boca y la otra escarba entre las capas de tul y encaje para encontrar mi coño, desnudo porque es lo que querías. Desnudo precisamente para esto.

Fuera, los invitados empiezan a llenar la iglesia, una iglesia católica a pesar de las quejas de mis padres que, a cambio de aceptar la ceremonia católica, nos lograron convencer de hacer la celebración exuberante que querían para su princesa: fuegos artificiales, litros y litros de champán y cuerdas con luces bajo el cielo estrellado de Rhode Island.

Pero ahora no soy la princesa de nadie. Soy un cordero jadeante que chorrea cuando tus dedos encuentran mi clítoris y lo pellizcan con cuidado. Hay miles de dólares de encaje y seda de diseñador hechos una bola en mi cintura y quiero que me lo arranques todo, que me dejes como Dios me trajo al mundo. Pero no lo haces.

En cambio, murmuras en mi oído.

—Has hecho lo que te dije. Buen cordero. —La mano de la boca viaja a mi pecho.

Me recuesto sobre ti.

—¿No había algo sobre no ver a la novia antes de la boda?

—Dicen que da mala suerte, pero a mí me parece que empezar el matrimonio follando no puede traer mala suerte, ¿o no?

Estamos en una pequeña habitación junto al salón principal; la ventana da directamente a la iglesia. Es difícil ver hacia dentro y hemos trabado la delgada puerta de madera, pero no consigue cubrir los sonidos, y, por más que intente ser silenciosa, es inconfundible el roce de mi vestido y la respiración entrecortada cuando tus dedos recorren mi clítoris hacia los labios mojados.

Luego me das la vuelta, comiéndome con tus hambrientos ojos verdes. Te has afeitado esta mañana, tienes la mandíbula cuadrada y suave, y aunque sé que tu madre te ha cortado el pelo, te caen unos mechones sobre la frente. Me estiro para ponerlos bien, pero atrapas mi mano en el aire antes. No necesariamente para impedirlo sino para poder acercarme más a ti y que la delicada piel de mi coño masajee tus pantalones. Siento tu erección y gimo.

La mano vuelve a mi boca y tu rostro sonriente se pone serio.

—Si vuelve a hacer ruido, señora Bell —siseas en mi oído—, me la follaré por el culo.

¿Se supone que es un castigo?

—Todavía no soy la señora Bell —bromeo.

—Pero sigues siendo mía.

Eso no puedo discutirlo. Soy tuya desde la primera vez que me senté en tu confesionario.

El vestido (de escote en v, ceñido en la cintura, con una fina capa de tul) es una nube en mis

caderas y bloquea la vista de tu mano yendo a liberar tu polla. Después tu brazo va de mi cintura a mis piernas y quedo contra la pared con los pies despegados del suelo.

Siento la cabeza de tu polla empujando mis labios y no me das tiempo de recuperar el aliento, solo me penetras sin preámbulo, e intento no gritar, pero es delicioso, tú de traje y yo con mi vestido de novia levantado como el vestido de graduación de una adolescente en un hotel y con tu mano tan firme sobre mi boca mientras me das duro.

—Toda esta gente fuera —suspiras— no tiene ni idea de que estás a punto de correrte, que te están follando así, en tu vestido de novia, como una putita que no puede resistirse.

Mi corazón late como un pájaro enjaulado (rápido y descontrolado) y mis muslos se tensan contra la áspera tela de tus pantalones. Hace mucho que dejé de querer entender por qué me gusta tanto que me hables así, sobre todo porque fuera del dormitorio eres tan respetuoso y tierno. Tal vez sea ese aura de cura malo que tu nueva carrera académica no ha conseguido borrar o tal vez sea que eres tan buena persona que me excita verte perder el control y comportarte más como pecador que como santo. Sea como fuere, me vuelve loca y lo sabes, así que me susurras toda clase de cosas al oído, «chúpamela» y «puta sucia» y «córrete para mí, más te vale que te corras para mí».

Lo hago y tu mano se traga mis gemidos mientras sigues empujando, encerrándome contra la pared y llevando mi clímax más y más lejos, y luego alzas la vista y buscas mis ojos. Estás tan cerca, y pienso en todas las veces que hemos follado, todas las veces que me desperté con tu boca húmeda y caliente entre mis piernas, todas las veces en que nos escapamos de la realidad follando, que dejamos este mundo para escaparnos a un sitio nuevo, brillante y mágico. De hecho, me siento así ahora, buscando tu mirada, te miro morderte el labio mientras luchas por contenerte.

—Si vis amari, ama —me dices.

Si quieres ser amado, ama.

Palabras que intercambiamos en lo que parece un millón de años atrás.

Fue tu amor el que nos volvió a unir, tu amor inagotable que resistió a mi engaño y mi reclusión. Creí que estaba haciendo el sacrificio necesario para que tú pudieras estar con Dios, pero siempre estuve equivocada. Ahora ambos estamos con Dios y estamos juntos, renunciando a nuestras vidas individuales para fundirnos en un alma eterna.

«No hay amor más grande que este», pienso mientras pierdes todo el control, tu mano va de mi boca a la otra pierna para poder alzarla y abrirme para buscar tu alivio, tu pelo oscuro acurrucado en mi cuello, besando y mordiendo.

—Te quiero —me dices al oído—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Joder, yo también te quiero, y entonces llegas con tanta fuerza que todo tu cuerpo se estremece, clavas las manos en mis muslos, y tu clímax hace que un nuevo orgasmo me atraviese. Latimos juntos, como si compartiéramos el corazón, como las olas poderosas de un solo océano, hasta que llegamos juntos con un suspiro.

En alguna parte de la iglesia comienza a sonar un órgano con una canción bonita y luminosa, música para entrar y sentarse. Seguro que mi madre y las damas de honor están a punto de tener un ataque de pánico.

Me bajas y usas el pañuelo de seda que traes en el bolsillo del traje para limpiar los restos de ti que has dejado en mis piernas. Luego lo doblas y lo vuelves a guardar en el bolsillo; por fuera parece limpio, pero ambos sabemos lo que oculta por dentro.

—Un pequeño recordatorio —me dices con una sonrisa, palmeando tu bolsillo.

—Un trofeo, querrás decir.

No lo niegas, sigues sonriendo con esa adorable sonrisa irlandesa mientras me ayudas a ponerme bien el vestido y el velo largo como para una catedral.

Bajas la vista a tus palmas, manchadas con mi pintalabios, tu boca se abre y tus ojos se oscurecen. Juro que puedo ver cuando se te vuelve a poner dura.

—Te conviene retocarte el maquillaje —dices y tus ojos recorren mi boca. Tengo que alejarte porque, si vuelves a besarme, no podré decir que no y llegaremos tarde a nuestra propia boda.

—¿Qué vamos decir que estábamos haciendo?

Tú también estás vestido y arreglado, totalmente recompuesto salvo por la expresión posesiva en tus ojos.

—Es una capilla. Digamos que estábamos orando.

—¿Piensas que se lo van a creer?

Otra vez la sonrisa irlandesa.

—Bueno, no sé si lo sabías, pero antes yo era cura.

Pensaré en esto durante todo el día, cuando me arregle el pintalabios y luego mi padre camine conmigo hacia el altar, cuando te vea pestañear para contener las lágrimas en el momento en que mi padre ponga mi mano en la tuya. Cuando tomemos la comunión y ambos recordemos una comunión muy diferente que compartimos. Y, luego, cuando me beses con pasión, un beso que me hará despertar a pesar de estar en la casa de Dios.

Antes eras cura.

A veces sigo anhelando esa época, pero ahora me doy cuenta de que lo que tenemos es igual de sagrado, igual de profundo. Algún día tendremos una familia. Crearemos vida juntos, que tal vez sea la cosa más divina que pueden hacer los humanos, y me pregunto, cuando bailamos juntos debajo del cielo de mayo, si tendremos un hijo.

Tal vez también él sea cura.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

Título original: *Priest*

Traducción del inglés: María Laura Saccardo

Diseño de cubierta: © 2019, Gallery Books

Maquetación: Estudio Olifant (@be.olifant)

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: julio de 2024

© 2015, Sierra Simone

© 2024, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.

Balmes 188, 08006 Barcelona - www.vreuropa.es

Publicado bajo acuerdo con Folio Literary Management LLC y la Agencia Literaria International Editors & Yáñez Co.

Todos los derechos reservados, incluidos los derechos de reproducción parcial o total en cualquier forma.

ISBN 978-84-19873-61-3



EUROPA

Seguinos



[VR europa](#)

Table of Contents

[Cubierta](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre Sierra Simone](#)
[Portada](#)
[Nota de la autora](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Epílogo](#)
[Créditos](#)



Wink, Poppy, Midnight

Tucholke, April Genevieve

9788412214857

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

En todas las historias hay un HÉROE.

En todas las historias hay un VILLANO

En todas las historias hay un MISTERIO.

Wink es la chica rara y enigmática del vecindario. La chica que lee demasiado.

Poppy es la rubia arrogante y manipuladora que consigue todo lo que se propone. La chica que se quiere demasiado.

Midnight es el chico dulce y sensible que duda demasiado. Está atrapado entre las dos.

Deja que las voces de los tres protagonistas te sumerjan en una trama que, como todas las historias, gira en torno al amor, la justicia y la venganza. Deja que la tentadora prosa de April Genevieve Tucholke despierte tus sentidos y te acune ahí donde se cruzan verdad, mentira, magia y realidad.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La inexplicable lógica de mi vida

Sáenz, Benjamin Alire

9788412214840

456 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Sáenz explora las relaciones de un estudiante de bachillerato a punto de graduarse, en una historia de aprendizaje y crecimiento llena de calidez y

compasión.

Ha llegado el otoño y, con él, el último año de instituto. Según su inseparable Sam, para Salvador y ella empieza la vida. La universidad y la madurez son promesas a punto de cumplirse. Salvador sabe que todo va a cambiar, pero no sospecha hasta qué punto. Ya el primer día de clase se descubre pegando a un chico que ha insultado a su padre. Jamás había sentido esa violencia. ¿Habrán aflorado los genes del desconocido padre biológico?

A golpe de desilusiones, conflictos y pérdidas, el mundo de Salvador y sus amigos se transforma vertiginosamente. Él desea reconstruirlo, en busca de una nueva lógica que explique su vida. En el camino dejará mucho atrás, pero también ganará. Aprenderá a identificar y vencer los miedos, y dará con una reconfortante certeza: el amor incondicional existe.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La distancia entre nosotros

Grande, Reyna
9788412214826
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Hay libros que nos transforman.

Hay libros que ayudan a mejorar el mundo.

Este es uno de ellos.

Reyna tiene cuatro años y vive con su madre y sus dos hermanos en Guerrero, el segundo estado más pobre de México. Ya no recuerda a su padre, que emigró en busca de trabajo a Estados Unidos, El Otro Lado. Un día, su madre decide arriesgarse a cruzar la frontera para reunirse con él. Promete volver pronto con dinero suficiente para construir la casa de sus sueños y deja a los niños con la abuela paterna, una mujer cruel, endurecida por la vida.

Sin embargo, pasan los años y la promesa del regreso no se cumple. ¿Se han olvidado de ellos? ¿Ya no los quieren? La distancia resulta insoportable, hasta que por fin reaparece el padre y logra llevarlos clandestinamente hasta El Otro Lado. Pero ahí las cosas no son como Reyna esperaba: entre ella y su entorno se abre una terrible distancia emocional. Por suerte, halla consuelo en sus hermanos, la literatura y su imaginación.

Con una autenticidad y una fuerza irresistibles, Reyna Grande nos ofrece una extraordinaria historia de superación y da voz a los cientos de miles de niños que, con sus miedos y sus ilusiones, se ven obligados a abandonarlo todo para llegar a su Otro Lado.

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." **BookPage**

"Este libro debería ser de lectura obligatoria en las universidades, o mejor aún, para los miembros del Congreso de Estados Unidos." **The Washington Independent Review of Books**

"Una autobiografía cautivadora e inspiradora [...] Cuenta sin victimismo y con elegancia el dolor de una familia golpeada por continuas separaciones y traumas." **Publishers Weekly**, reseña destacada

"Una obra esencial de la historia de los inmigrantes a Estados Unidos." **BookPage**

"Una historia profunda que ensalza el poder de la determinación y el amor por los libros." **Los Angeles Review of Books**

"Un libro de una sinceridad brutal [...] *Las cenizas de Ángela* de la experiencia del inmigrante mexicano." **Los Angeles Times**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Creo en una cosa llamada amor

Goo, Maurene
9788412095098
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Puedes lograr cualquier cosa si sigues un plan. Incluso enamorarte.

Desi es una chica equilibrada, casi perfecta, un ejemplo a seguir, que sobresale en todos los ámbitos de la vida excepto uno. ¿Lo adivinas? Sí, el amor: ella cree firmemente en él, pero a la práctica es torpe, incluso catastrófica, un eficaz imán para las situaciones humillantes.

Cuando conoce a Luca, siente un flechazo de película. ¿Qué hacer? No podría soportar otro fracaso. Entonces llega la gran revelación: la clave está en las series coreanas que su padre devora. ¡Es una cuestión de método, y ese es su mayor talento! Así, analizado minuciosamente lo que ocurre en los doramas, prepara un plan infalible para conquistar el corazón de su amado. Al fin y al cabo, su poder de organización nunca le ha fallado, y todas las series tienen un final feliz, ¿verdad?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Collide

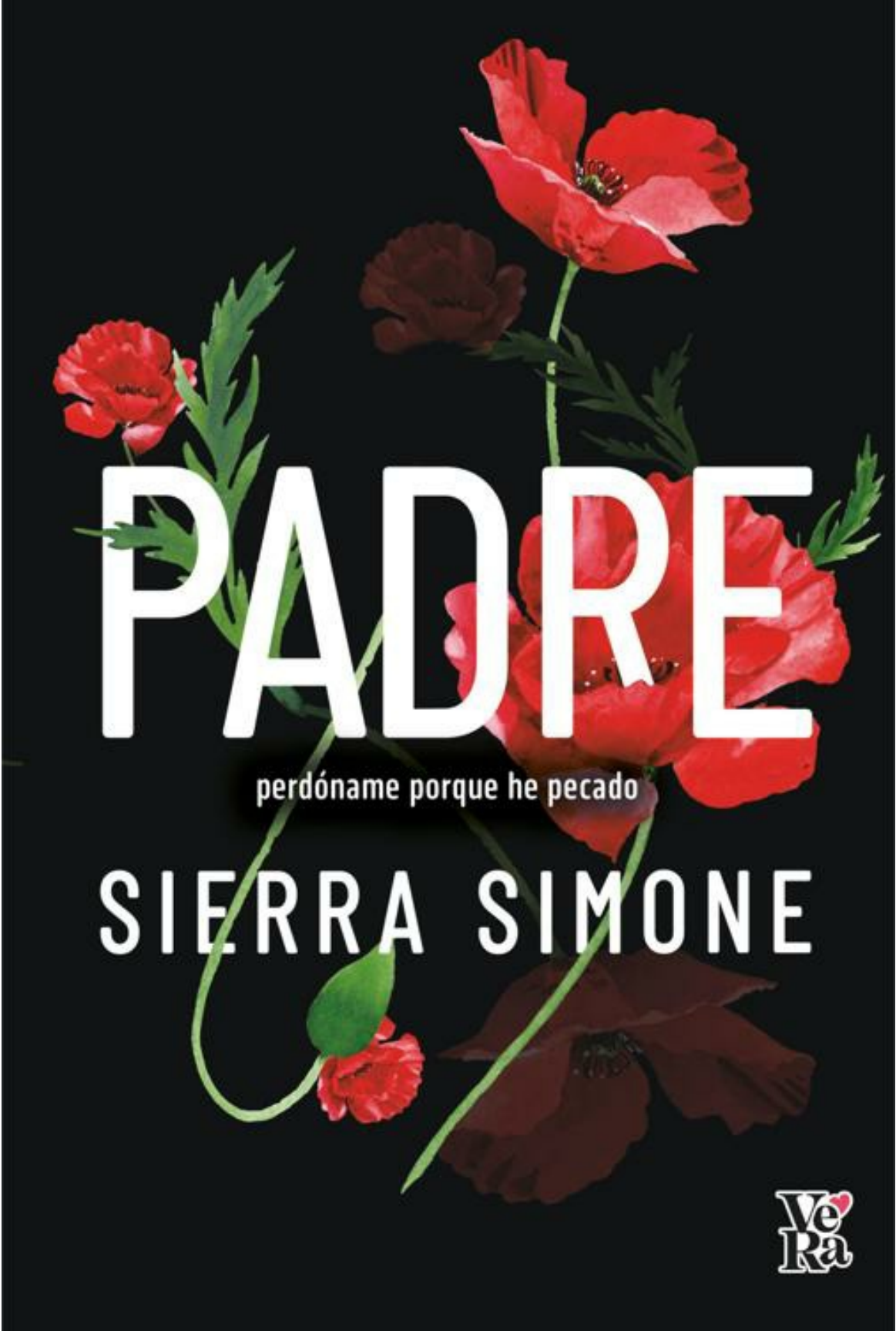
Khabra, Bal
9788419873620
444 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Summer Preston lleva años trabajando sin descanso para convertirse en psicóloga deportiva, pero todos sus sueños se tambalean cuando se ve obligada a trabajar con

Aiden Crawford, el engreído capitán del equipo de hockey, deporte del que lleva huyendo toda su vida. Aiden Crawford se ha ganado a pulso el puesto de capitán del equipo de hockey, pero una serie de errores amenazan con poner en peligro esta posición. Ahora, si quiere salvar la temporada y, muy posiblemente, su futuro profesional, deberá hacer de conejillo de indias en el proyecto de Summer, y no será fácil. La vida meticulosa de Summer choca con la naturaleza impulsiva de Aiden, las provocaciones estarán a la orden del día, y el problema: ninguno está dispuesto a aceptar la derrota. ¿Puede haber un ganador?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

The background of the entire cover is black. It is decorated with several red poppies of various sizes and stages of bloom. Some are fully open, showing their delicate petals and dark centers, while others are buds or partially open. Green stems and leaves are also visible, weaving through the composition. The overall aesthetic is elegant and somber.

PADRE

perdóname porque he pecado

SIERRA SIMONE

**Ve
Ra**